FERNANDO

GAMBOA

PIEL

PIEL

de

Fernando Gamboa

FERNANDO

GAMBOA

PIEL

Tabla de contenido

Prólogo
El monstruo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37

38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
El funeral
NOTA DEL AUTOR
AGRADECIMIENTOS

Prólogo

¡Hola de nuevo! Ya han pasado más de cuatro años desde que publiqué REDENCIÓN, la primera novela protagonizada por Nuria Badal (cuatro años, parece mentira). Tras todo este tiempo podría empapelar mi casa con los correos de lectores pidiéndome el regreso de Nuria, correos que en su mayoría contestaba con evasivas o diciendo que quizá algún día me pondría a ello, pues REDENCIÓN estaba pensada como una novela individual y no como parte de una serie. Además, para quienes lo recordéis, me resulta difícil imaginar un final mejor para la novela y para Nuria, siendo quien fue ella en realidad y lo que significó para mí (si no sabes de lo que te hablo, te invito a hacer clic aquí, un enlace a la revista Zenda donde lo explico).

Resumiendo: que REDENCIÓN terminó siendo una obra tan bien valorada por los lectores y con un final tan hermoso, que escribir una continuación se me antojaba casi un sacrilegio. Pero, hete aquí que, después de publicar *La última revelación* (una trepidante aventura protagonizada por Ulises Vidal), me apeteció cambiar un poco el paso y retarme a escribir algo que nunca había hecho antes. Quise saber si era capaz de escribir Novela Negra (así, con mayúsculas).

Cierto es que REDENCIÓN ya es una novela policíaca, pero la cabra tira al monte y yo acabé trufando la obra de humor, romance y acción, de un modo que se salía notablemente de los cánones de la Novela Negra, así que aquella era una cuenta pendiente. Y digo *era* porque creo que, con PIEL, ahora sí puedo decir que he escrito una obra que entra de pleno en el género y sin nada que envidiar a sus homólogas norteamericanas o nórdicas.

El caso es que una vez decidido a escribir algo así y tener una buena idea para el argumento en la cabeza, me faltaba modular el tono, elegir la época, localizaciones, personajes, etc. Y andaba yo en esas, preparando las audiciones para el casting, cuando una y otra vez me venía a la cabeza el nombre de Nuria Badal y la idea de que sería la protagonista perfecta para la historia que quería explicar.

El problema, claro, es que no quería contar lo que pasaba *después* de REDENCIÓN (tiene un final precioso, ¿lo he dicho ya?), así que solo me quedaba una opción, contar algo que pasó *antes*. Mucho antes, en realidad, ya que REDENCIÓN transcurre en 2028 y la acción de PIEL se sitúa a finales de 2023, es decir, al mismo tiempo que escribo estas líneas.

De ese modo, lo que al final he terminado creando ha sido una

precuela de REDENCIÓN en la que narro un caso estremecedor, aparentemente imposible de resolver, al que se enfrentará Nuria poco después de integrarse en la División de Investigación Criminal de los Mossos d'Esquadra. Un caso que le hará cruzar líneas rojas y que, tanto a ella como a ti, querido lector, te hará replantearte algunas certezas y preguntarte más de una vez: ¿qué haría yo de estar en su lugar?

Así que PIEL no solo es una Novela Negra con policías, criminales, dilemas morales y un misterio irresoluble, además te llevará a oscuros rincones de tu conciencia a los que quizá no te hayas asomado jamás.

Quizá lo más importante cuando llegues a la última página no sea descubrir al asesino..., sino descubrir quién eres tú en realidad.

No está mal para tratase de una simple novela policíaca, ¿no?

Espero que la disfrutes.

El monstruo

Julio Alberto Álvarez de Cortázar sentía cada poro de su piel, cada músculo de su cuerpo, cada fibra. Percibía su peso sobre el edredón, el picor de la nariz, la gota de sudor resbalando por su frente.

Lo sentía todo.

Pero no podía moverse.

Ni un espasmo podía tener.

Estaba completamente paralizado, como en esas pesadillas en que un monstruo te persigue y no puedes moverte.

Pero esto no era ninguna pesadilla. Esto era real, aunque aún no podía creerlo.

Y el monstruo estaba frente a él, aún con la jeringuilla hipodérmica en la mano, observándolo con la indiferencia de un coleccionista de insectos a un espécimen que acaba de añadir a su compilación.

Quería decirle que le pagaría lo que quisiera, que haría lo que hiciera falta. Que se lo regalaba todo, que todo lo que deseara podría ser suyo, que podría firmarle un cheque en blanco si quisiera.

Todo eso quería decirle con tal de que lo dejara libre y se marchara, pero no podía. Su lengua y sus labios estaban tan paralizados como todo lo demás, así que tampoco podía hablar.

Solo podía seguir tal y como estaba, impotente, desnudo y desvalido sobre su propia cama a merced del monstruo.

Entonces vio que dejaba la hipodérmica y de su riñonera extraía un objeto que no pudo identificar en la penumbra de la habitación.

Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando vio el reflejo de la luz en una afilada hoja de acero.

El monstruo clavó su mirada en él y se aproximó lentamente, sin prisa, sabiendo que estaba indefenso y a su merced.

Alberto, con la mirada fija al frente, vio de reojo cómo se acercaba y situaba la afilada hoja frente a sus ojos para que estuviera seguro de que podía verla con claridad.

Luego se inclinó hacia él y, como quien explica una sencilla receta de cocina, le susurró al oído lo que iba a hacerle con sumo detalle y espantosa precisión.

Alberto sintió un terror como nunca antes había sentido en su vida, como quizá nunca nadie había sentido jamás.

Aquello no podía estar pasando.

No podía estar pasándole a *él*.

Intentó gritar, hacer que su cuerpo reaccionara a sus órdenes. Pero

ni un murmullo llegó a salir de su garganta y supo que así iba a morir, mudo y paralizado.

Para colmo, la vejiga también se sumó a aquella postrera traición cuando la humedad entre sus piernas le indicó que acababa de orinarse encima de puro miedo. Iba a morir oliendo a meado.

Su último pensamiento antes de sentir el acero cortando su piel fue que ojalá hubiera tenido más tiempo de vida para hacer las cosas bien, para enderezar y corregir sus muchos pecados; que aquel monstruo se estuviera equivocando y, al contrario de lo que le había dicho al oído, su destino no sería arder en el infierno por los siglos de los siglos.

Entonces, horrorizado, vio cómo se inclinaba sobre él y la sangre comenzaba a manar.

1

Nuria Badal siente una puñalada en el corazón al recordar lo sucedido aquella tarde del 17 de agosto de 2017 cuando, a pocos metros de allí, fue testigo de cómo una furgoneta conducida por un terrorista atropellaba a más de cien personas en las Ramblas de Barcelona.

Han pasado ya seis años y cuatro meses desde que, en esa misma esquina de la calle Pelayo en que se encuentra ahora, se detuvo en el paso de cebra frente a aquella maldita furgoneta blanca sospechando de la actitud del conductor. Pero, a pesar de que su instinto le decía que algo malo estaba a punto de suceder, simplemente se hizo a un lado y la dejó pasar.

Quizá no hubiera podido hacer nada por evitar lo que ocurrió a continuación. Quizá hubiera podido plantarse frente a la furgoneta y alertar a la policía de algún modo. Quizá simplemente habría sido la primera en ser atropellada, como no dejó de insistir el psiquiatra al que acudió durante meses.

Quién sabe.

Pero el caso es que ella estaba viva y quince inocentes habían muerto, y ni podía ni quería librarse del sentimiento de culpa que iba a acompañarla el resto de su vida.

El mismo sentimiento de culpa que la había llevado a entrar en el cuerpo de policía de los Mossos d'Esquadra años más tarde; a la División de Investigación Criminal hacía menos de dos meses y, finalmente, a estar sentada en el asiento del copiloto de un vehículo camuflado en una gélida mañana de diciembre de 2023, casi en el mismo lugar en el que se encontraba aquella lejana y calurosa tarde de agosto.

Puede que nunca encuentre la expiación que busca, pero al menos tratará de hacer lo correcto mientras pueda y, quién sabe, quizá así las pesadillas desaparezcan.

Perdida en esos pensamientos, se queda contemplando el vago reflejo que le devuelve la ventanilla del vehículo: el de una mujer de ojos verdes, camino de la treintena, rostro anguloso, melena rubia recogida en una cola de caballo, nariz demasiado grande para los estándares de Instagram y unas ojeras que ya ni se molesta en disimular. Puede que no gane nunca un concurso de belleza, pero con su casi metro ochenta y su porte atlético, no pasa desapercibida aunque lo intente.

Con un leve suspiro devuelve la mirada hacia adelante, a los copos

de aguanieve que caen perezosamente desde el cielo plomizo y a cómo estos son barridos al instante por el limpiaparabrisas que oscila hipnóticamente de izquierda a derecha con un gemido quejumbroso.

No es normal que haga tanto frío en Barcelona, incluso siendo diciembre y a aquella hora tan temprana. El consenso general era que se habían quedado sin otoño; pasando de un caluroso noviembre en manga corta a sacar gorros y guantes una semana después. Una consecuencia más del cambio climático según los expertos, una conspiración de Bill Gates, Soros y el FMI según los conspiranoicos y un castigo de dios según su madre.

Por falta de teorías no iba a ser.

Aun con la calefacción puesta, Nuria sigue sintiendo las manos heladas y las frota vigorosamente, cuando la portezuela del conductor se abre y el sargento Marcos Hidalgo entra en el Citroën Cactus negro aparcado en doble fila con una pequeña bandeja de cartón reciclable en la que encajan dos grandes vasos blancos con el logo de Starbucks.

—¡La hostia! ¡Qué frío! —protesta nada más sentarse, alargando la bandeja hacia Nuria para que tome su vaso humeante—. ¡La próxima vez te toca ir a ti!

—No seas quejica —se burla ella, tomando su vaso y levantando la tapa para olisquearlo—. ¿Le pusiste canela y nuez moscada?

Marcos se vuelve frunciendo el ceño. De su pelo negro de corte militar chorrean hilillos de agua que resbalan por su rostro y le gotean sobre el abrigo de plumas.

Su compañero de equipo en el DIC es un hombre indiscutiblemente guapo, pero en ese momento parece un perro mojado y su humor no es mucho mejor que su aspecto.

—No pasa nada —aclara Nuria antes de que le suelte un ladrido—. Así también me gusta.

Marcos reniega entre dientes algo que Nuria se alegra de no entender, mientras este acerca el humeante café americano a sus labios.

Nuria hace lo propio, entrelazando el vaso de té chai entre sus largos dedos para calentarse las manos, cuando la radio del vehículo camuflado crepita para dar paso a una voz de mujer.

—Unidad 317, aquí Central —anuncia, haciendo una pausa antes de añadir. ¿Me reciben?

Haciéndose con el micro, Nuria contesta de inmediato.

—Aquí 317. Adelante, central.

—La urbana informa de un posible homicidio en la calle de la Marinada 10. ¿Cuánto tardarán en llegar?

Antes de que Marcos pueda abrir la boca, Nuria vuelve a apretar el botón de transmisión.

—Diez cuatro —contesta, dando el mensaje por recibido—.

Estaremos ahí en diez minutos.

—Recibido, 317 —confirma la voz de mujer—. Cambio y corto.

Nuria deja el micro en su gancho y se da cuenta de que Marcos la mira con cara de pocos amigos.

—¿En serio? —rezonga, señalando el vaso que sostiene entre las manos—. ¿Diez minutos?

—Déjame que conduzca yo y así terminas tu café.

—Mira que eres tocahuevos, Nuria.

—Es parte de mi encanto —replica, estirando una sonrisa inocente.

Desde que entró en el DIC, el inspector Sánchez los había emparejado en el mismo turno y a Nuria le parecía que formaban un buen equipo. Curiosamente, las frecuentes pullas y reniegos se habían convertido en una forma de entablar confianza.

Marcos da un breve sorbo a su café y de mala gana lo encaja en el posavasos del Cactus antes de girar la llave y poner el motor en marcha.

—Diez minutos… —rezonga una última vez, mientras echa un vistazo al espejo retrovisor antes de incorporarse al tráfico.

Para cuando llegan a la dirección indicada han pasado más de veinte, y eso que han puesto la sirena.

El frío y la lluvia han provocado que ese día todo el mundo decida ir al trabajo y llevar a los niños al colegio en coche, así que circular por las calles de Barcelona es como participar en una procesión de Semana Santa, en la que los devotos de Santa Mercedes Benz y San Range Rover se cuentan por miles en ese barrio de la zona alta de la ciudad.

Resulta que el número 10 de la calle Marinada es una espectacular casa, rodeada de un muro color tierra coronado de setos a dos metros de altura, con sendas puertas de garaje y una más pequeña de color verde. Junto a ella aguarda un joven policía municipal que se apoya en la pared, protegido bajo su gorra de plato y un chubasquero amarillo reflectante, con mejor color que su rostro. A los pies del urbano, un pequeño charco de vómito se disuelve bajo la lluvia.

—A este le ha sentado mal el desayuno —murmura Marcos, apagando el motor del coche.

Nuria se cala su gorra negra de piolín sobre la melena rubia, se acomoda la coleta y, arrebujándose en el abrigo, sale del vehículo.

El contraste del frío exterior con el interior calefactado del Cactus le produce un estremecimiento. Levanta la vista hacia el cielo plomizo sobre su cabeza y, torciendo el gesto, piensa en todos aquellos que dicen preferir el invierno al verano.

Desde luego, no es su caso.

—Buenos días, agente —saluda Marcos al policía de la puerta, haciendo ver como que no se ha dado cuenta del vómito del suelo—. DIC —añade mostrándole su identificación—. ¿Qué tenemos?

—¿Son de la Criminal? —pregunta el policía con voz temblorosa.

—División de Investigación Criminal —confirma Marcos—. ¿Qué ha pasado?

—Yo… —Señala la puerta, dubitativo—. Un vecino llamó porque el perro estaba ladrando desde la noche anterior y… bueno, llamé al timbre y nadie contestaba, pero la puerta estaba entreabierta, así que me asomé a ver.

—Se asomó a ver —repite Marcos.

—Sí, bueno… —El joven agente traga saliva, fracasando en el esfuerzo por parecer sereno—. Pensé que podría tratarse de un robo en domicilio y vi que la puerta de la casa también estaba abierta.

—Y entró.

—Llamé primero —señala, buscando a Nuria con la mirada en busca de complicidad.

Como novata en el DIC, la etiqueta profesional lleva a Nuria a quedarse en un segundo plano mientras Marcos habla, pero le dirige una sonrisa comprensiva al atribulado policía municipal.

—De acuerdo —asiente Marcos, impaciente—. Llamó, entró… ¿y?

—El caniche tenía las patas y el morro ensangrentados —prosigue el municipal, tragando saliva—. Todo el suelo de la casa estaba lleno de sus pisadas. Las seguí hasta el dormitorio y… —Cierra los ojos y traga saliva otra vez. Parece a punto de vomitar de nuevo.

—Tranquilo —interviene Nuria, tomándole del brazo con suavidad—. ¿Cómo se llama, agente?

—Rodríguez. Jordi Rodríguez.

—Pues, tranquilo, Jordi —insiste Nuria—. Respire hondo y cuente hasta cinco.

—Lo siento, yo… nunca había visto algo así. —Hincha los pulmones como le ha dicho Nuria y, reuniendo toda la calma y profesionalidad de la que es capaz, añade de carrerilla—. Un cadáver. Varón de entre cincuenta y sesenta años. Nadie más en la casa aparte del perro, al que he encerrado en la cocina. He llamado a la central y he salido de la casa sin tocar nada. La ambulancia y los de la Científica deben de estar de camino —dice—. Aunque, con este tiempo… —aduce señalando el cielo, pero aludiendo al tráfico que se iban a encontrar.

—¿Seguro que está muerto? —pregunta Marcos.

El urbano parpadea un par de veces antes de contestar, como si le costara entender que se dudara de algo así.

—*Collons*, sí. Muerto del todo.

—Muy bien, Jordi —dice Nuria, estrechándole el antebrazo—.

¿Alguna cosa más que debamos saber antes de entrar?

El agente mira a sus pies. Los restos del vómito ya casi han sido arrastrados por la lluvia.

Luego levanta la mirada, meneando la cabeza como para librarse de una imagen de su retina.

—Es horrible… —concluye con una mueca de pavor—. Nunca había visto algo así.

Nuria y Marcos atraviesan el jardín bajo la lluvia siguiendo el camino de losetas de piedra que conduce a la entrada principal de la casa. Una mansión de dos plantas de estilo moderno y minimalista, de líneas rectas y fachada de grandes ventanales que dan a una gran piscina cuadrada y un cuidado jardín que parece el *green* de un campo de golf, salpicado de parterres con rosales y con una caseta de madera con el nombre «Dina» grabado sobre el relieve de un hueso.

—La puta de oros… —murmura Marcos deteniéndose un instante para admirarla en su conjunto—. Menuda chabola. ¿Cuánto costará una casa así?

—En esta parte de Barcelona —apunta Nuria con seguridad—, no creo que baje de los quince o dieciséis millones.

—¿Cómo sabes eso?

—Hace años trabajé en una inmobiliaria —aclara, encogiéndose de hombros.

—No te imagino vendiendo pisos.

—Ni yo —coincide ella, retomando el paso—. Por eso lo dejé.

La gran puerta principal, acristalada como el resto de la fachada, se ha quedado abierta y algunas gotas de aguanieve se cuelan en el recibidor formando un pequeño charco sobre el parqué de madera de haya.

A partir de ese punto, como les había adelantado el municipal, un reguero de huellas de perro rojas se adentran en la vivienda, como un macabro rastro de migas de pan.

Parcialmente protegidos bajo el porche de la entrada, tratan de ver algo a través de los ventanales, pero salvo el rastro de huellas todo parece en orden. Incluso el led rojo de la caja de la alarma sigue parpadeando como si no hubiera pasado nada.

—La cerradura no está forzada y no veo cristales rotos —señala Nuria.

—Espera. —La detiene Marcos, al ver que iba a entrar en la casa.

—¿Qué?

—Mira. —Señala el rastro de pisadas que ambos han dejado en el entarimado del porche—. Si entramos sin patucos y sin gorro, los de la científica nos van a matar.

Nuria echa mano al bolsillo de su abrigo y, como un mago al final

de su truco, saca un gorro, unos guantes de vinilo y un par de cubrezapatos desechables de algodón blanco.

—¿Te refieres a esto?

—Que sepas que estás empezando a caerme muy mal —resopla Marcos, echando un vistazo a su espalda—. Espera aquí. Voy a por los míos al coche.

—Claro, te espero —accede Nuria, cruzándose de brazos.

Marcos se da la vuelta internándose de nuevo en la lluvia y, antes de que desaparezca por el sendero, Nuria ya se ha descalzado y colocado los patucos sobre los calcetines. Luego se quita la gorra, enrosca la coleta sobre la coronilla para que quepa dentro del fino gorro de algodón y por último se enfunda los guantes.

Con el corazón acelerado, esquiva el charco de la entrada y, dando cautelosos pasos con cuidado de no pisar las huellas del perro, se adentra en la vivienda observando a su alrededor a cada paso, tratando de ser consciente de cada detalle por nimio que parezca.

El salón de esa casa de millonarios parece salido de una revista de decoración: con sus lámparas y sillas de diseño, una mesa de comedor del tamaño de un barco pequeño, un sofá blanco níveo con forma de U encarado a una televisión que ocupa media pared, cojines grises dispuestos milimétricamente a la misma distancia unos de otros y, sobre la mesa del centro con forma de enorme tocón, una pila de revistas colocadas en perfecto abanico esperan a que la asistenta las cambie a final de mes por otras tantas que tampoco nadie va a leer.

En la planta baja, más allá de un pasillo, Nuria oye las patas del caniche rascando la puerta de la cocina y gimiendo para poder salir. Toma nota mental de llamar a la perrera municipal para que se encarguen de él, pero ahora tiene asuntos más urgentes de los que ocuparse.

Con el corazón dándole aldabonazos en el pecho a cada paso, asciende por la escalera casi de puntillas siguiendo el rastro de huellas embarradas que ha dejado el policía municipal. Torciendo el gesto, piensa en que no le gustaría estar en su pellejo cuando Antonia Grau, la jefa de la Policía Científica del área de Barcelona, le eche la bronca por haber contaminado de ese modo la escena del crimen. El pobre hombre no va a tener un buen día.

Al final de la escalera, una antesala con un balcón a la planta baja se abre para dar paso a la zona de habitaciones.

En el aire flota un olor que le hace arrugar la nariz. Una mezcla de orina, heces… y algo mucho más sutil. Como el tufo dulzón de un filete olvidado fuera de la nevera.

El rastro de huellas de perro y de policía municipal indican claramente la dirección a seguir por Nuria, que por instinto se lleva la mano a la parte de atrás del pantalón donde lleva la pequeña Walther

PPK con sus seis cartuchos del nueve corto.

Aunque la casa parece vacía y el policía ya ha estado ahí hace un momento, el instinto de conservación y todas las películas de terror de la historia del cine enseñan que, si eres rubia y entras en una casa a oscuras con manchas de sangre en el suelo, más te vale ir con cuidado.

La puerta de la habitación está abierta y las persianas bajadas, así que toda la luz que llega es la que apenas se filtra desde la planta inferior.

Nuria da un paso al frente, traspasando el umbral.

Frente a ella y sobre una enorme cama de matrimonio parece haber un cuerpo con los brazos en cruz, pero es tan poca la iluminación que le resulta imposible apreciar los detalles.

El hedor ahí es mucho más fuerte, pero resiste el impulso de taparse la nariz.

Tanteando con la mano izquierda, sin despegar la vista del cuerpo, busca un interruptor de la luz que no es capaz de localizar en la pared.

A su espalda, oye a Marcos entrar en la casa.

—¿Nuria? —pregunta desde la planta de abajo.

—¡Aquí arriba!

—Joder, te dije que esperases.

En lugar de buscar una excusa, Nuria se vuelve hacia donde se supone que debe estar el dichoso interruptor y, entonces sí, ve un suave resplandor fosforescente de forma cuadrada y lo pulsa.

De inmediato la luz inunda la estancia dejándolo todo a la vista, pero su cerebro es incapaz de procesar la imagen que tiene ante sí.

No es hasta al cabo de unos segundos que aquella inconcebible escena cobra sentido ante sus ojos, justo cuando Marcos se sitúa a su espalda.

—Dios mío… —masculla horrorizado.

Nuria, sin embargo, no logra articular palabra.

Se ha quedado sin aliento y siente cómo una arcada le asciende incontenible desde el estómago hacia a la garganta.

2

Antonia Grau lleva casi cinco minutos en absoluto silencio dando caladas a un Marlboro mentolado que no ha llegado a encender. Como una estatua de brazos cruzados plantada frente a la cama, ignora la febril actividad de agentes que se desarrolla a su alrededor recogiendo muestras con pinzas, depositando pequeños triangulitos amarillos numerados aquí y allá, tomando cientos de fotografías como si aquello fuera un *photocall* en la ceremonia de los Oscar.

Con los guantes de vinilo, los cubrezapatos desechables y el equipo de protección individual que solo deja su rostro a la vista, la jefa de la Policía Científica del área metropolitana parece un sanitario en tiempos del covid. Sus ojos negros e inquisitivos permanecen clavados en el cadáver como si estuviera esperando a que se levantase para darle explicaciones, mientras tamborilea los dedos sobre su antebrazo.

Bajo el holgado traje EPI blanco, Nuria sabe que hay una mujer de cincuenta y tres años, delgada y fibrosa, de carácter fuerte, nerviosa en sus gestos y directa en sus palabras. Una buena jefa, según sus subordinados del equipo forense, que detesta la comida china, la incompetencia y la gente que habla demasiado.

—Humm… —dice al cabo, apenas lo bastante fuerte como para que Nuria logre oírla.

Por lo general aquel murmullo antecede a un razonamiento, así que guarda silencio pacientemente.

Antonia le cae bien y ella también le cae bien a Antonia —le ha comentado alguna vez que le recuerda a su hija—. De otro modo, difícilmente habría podido estar presente durante el proceso de recogida de pruebas por parte de la Policía Científica. Un privilegio del que muchos miembros de la división más veteranos no podían presumir. Antonia le decía que, al ser novata, no había adquirido los vicios de sus compañeros y aún estaba a tiempo de salvar su alma, su carrera y quizá hasta su hígado.

Así que ahí está ella, de pie a su lado, frente aquel cadáver que sigue exactamente igual a como se lo ha encontrado una hora antes.

El cuerpo de un hombre desnudo de unos sesenta años, de complexión gruesa y pelo cano, yace bocarriba con los brazos en cruz y despellejado desde el bajo vientre hasta la coronilla.

Alguien lo ha desollado como un conejo en una carnicería, dejando a la vista sus músculos y vísceras, así como su rostro, al que también le han arrancado la piel y ha quedado congelado con un grito de

angustia de una boca sin labios y unos ojos desorbitados sin párpados que a Nuria va a costarle mucho olvidar.

La piel que le han quitado al pobre desgraciado la han dejado tirada a los pies de la cama, como si fuera una manta vieja. La cama sin deshacer está completamente empapada en sangre seca, que incluso ha goteado hasta el suelo tras atravesar el edredón de plumas y el colchón. Cuesta poco imaginar que los cinco litros de sangre del pobre diablo están todos ahí.

Toda su sangre, salvo la que han empleado para escribir unos números en la pared, que en ese preciso momento es el objeto de atención del fotógrafo forense.

Una marca tan obvia y fuera de lugar más allá de ciertas películas y rituales que parece mentira haberla encontrado en el escenario de un crimen real en el siglo XXI.

Tan solo tres números que simbolizaban demasiadas cosas y ninguna buena: «666». El número de la bestia.

Otros miembros de la DIC andan registrando la casa e interrogando a los escasos vecinos, e incluso puede oír al inspector Sánchez, jefe de la unidad, dar órdenes en el piso de abajo con voz grave y autoritaria.

Por lo que Nuria sabe, que Sánchez se presente en el escenario de un crimen de forma tan apresurada no es en absoluto habitual. De hecho, es algo que no sucede nunca salvo que haya sospechas de un atentado terrorista —lo cual no parece ser el caso—, o que la víctima sea un pez gordo y haya una posible repercusión mediática —lo cual sí parece ser el caso.

—Humm… —repite Antonia, cambiando el peso de una pierna a otra.

Nuria ha estado tomando fotos con su móvil antes de que llegase el equipo de la Científica y ahora repasa las imágenes pasándolas una a una, ampliándolas en la pantalla para apreciar algunos detalles que le habían pasado desapercibidos a primera vista.

—Tiene marcas en las muñecas —murmura, levantando la mirada de la pantalla para añadir—: Debieron de atarlo a la cabecera de la cama.

—También en los tobillos tiene marcas de ataduras —apunta Antonia con su voz pedregosa—. Pero no hay hematomas premortem, ni arañazos, ni marcas en las manos o los nudillos.

—No hubo pelea.

—Exacto. El infeliz no tenía idea de lo que le iba a pasar. Quizá aprovechó que su mujer no estaba en casa para montarse una fiestecita y la cosa no salió como esperaba.

Nuria se vuelve hacia ella con extrañeza.

—¿Ya sabes quién es y que estaba casado?

—El anillo. —Señala Antonia, haciendo un gesto hacia la mano izquierda del difunto—. Se quitó el Rolex que está en la mesita de noche, pero no el anillo. Así que le daba igual que la invitada o el invitado supiera que estaba casado. ¿Tú qué opinas? —le pregunta de improviso, clavándole la mirada.

Nuria se siente de vuelta en la academia de los Mossos rindiendo un examen oral frente al jefe de estudios.

Respira hondo, se toma unos segundos para reflexionar y niega con la cabeza.

—No lo sé —aventura—. No me parece que esto haya sido algo improvisado. Está todo como muy… no sé… ¿estructurado?

—¿Estructurado?

—No hay signos de pelea, ni de robo, y esto… —hace un gesto para abarcar la habitación— me parece una escenificación más que un asesinato.

La forense la observa con interés.

—Explícate.

Nuria toma aire, tratando de ordenar sus pensamientos.

—Tengo la extraña impresión de que el asesino, …o asesinos, quería dejar un mensaje. Que se estaba dirigiendo a alguien.

—¿Lo dices por el 666?

—Por todo. Si quieres matar o torturar a alguien, seguro que hay formas más sencillas de hacerlo. Esto me parece…, no sé. Un acto de exhibicionismo.

—Interesante —asiente Antonia pensativa, y a Nuria le parece haber superado el examen.

—Como una representación para un tercero —añade Nuria—. Lo ataron, lo amordazaron y, cuando ya no podía moverse ni gritar, esperaron a que se desangrara y lo desollaron —concluye.

Esta vez Antonia menea la cabeza.

—No —la corrige—. Lo ataron, lo amordazaron y, cuando ya no podía gritar, le quitaron la piel.

—¿Estaba vivo?

—Y coleando —afirma con seguridad—. De eso no hay duda a tenor de la cicatrización. En la autopsia buscaré restos de drogas o sedantes en el organismo. Eso podría explicar que se dejase atar y amordazar sin oponer resistencia y que luego lo despertaran para torturarlo.

—Querían que sufriera.

—No solo eso —añade Antonia—. Esa cara que se le ha quedado no es solo de dolor. Es…

—De puro terror.

—Así es —confirma la forense—. Estaba tan aterrado que se cagó encima de miedo, literalmente.

—Pobre hombre —masculla Nuria, tragando saliva—. Tuvo que ser horrible.

—Peor que eso —la corrige Antonia—. ¿Ves los bordes? —le pregunta, señalando con un bolígrafo los límites donde la piel aún permanece en el cuerpo—. Se la arrancaron a tirones. Hicieron cortes subcutáneos aquí y aquí —indica el pecho y los hombros—, y luego tiraron para desgarrarla. Pero en la cara aún debió de ser peor —añade, agachándose junto a la máscara de horror que era aquel rostro sin piel—. Aquí hicieron lo mismo, pero la concentración de terminaciones nerviosas es diez veces mayor que en el resto del cuerpo, así que el dolor debió de ser inenarrable. Quizá el peor que pueda llegar a sufrir un ser humano.

La máscara sanguinolenta de músculo y hueso que era ahora el rostro parecía dar la razón a Antonia. A Nuria le resultaba imposible imaginar el sufrimiento de aquella monstruosa tortura.

—Ajá —contesta, tratando de respirar con normalidad.

—Pero acércate, mujer —la anima Antonia—. Desde ahí no lo vas a ver bien.

Nuria, consciente del privilegio de estar recibiendo una clase maestra de análisis forense, respira hondo y se acerca cautelosa, esforzándose en no dejar traslucir la aprensión que siente. Al hacerlo, el tufillo dulzón a sangre y carne muerta que reina en la habitación le inunda las fosas nasales.

—Mira —dice Antonia levantando el borde de la piel, ajena al olor—. Aquí han cortado limpiamente la dermis y la capa de grasa subcutánea, como si fuera mantequilla. Fíjate bien —prosigue, como un carnicero orgulloso mostrándole el corte de vaca que le acaba de llegar—. Quien lo ha hecho, sabía lo que hacía.

Nuria siente cómo el té chai de la mañana asciende de vuelta a toda velocidad por su garganta; apenas es capaz de hablar.

—¿Cómo...? —pregunta a duras penas, tragando saliva—. ¿Cómo se puede tener experiencia en hacer *esto*?

—Quizá sea alguien que haya trabajado en la industria peletera, o un taxidermista, o un trampero de Alaska.

—¿Un trampero de Alaska? —repite Nuria, desconcertada.

—Vete a saber —contesta Antonia, volviéndose hacia ella un instante con una sonrisa torcida en los labios—. Averiguarlo es cosa vuestra. Yo solo soy la forense.

Por mucho que le gustaría hacerlo, Nuria no puede apartar la vista de esos ojos sin párpados que parecen mirar al techo pidiendo ayuda, ni de la mandíbula abierta mostrando los dientes en un grito mudo de dolor.

3

El Complejo Egara, sede central de los Mossos d'Esquadra, es un conjunto de edificios rectangulares y fachada de vidrios tintados que se elevan sobriamente junto a la carretera que une Sabadell con Terrassa y dispuestos alrededor de un patio del tamaño de un campo de fútbol. Cualquiera que no se percate del discreto logo consistente en cuatro pequeños cuadrados rojos en una de sus esquinas, podría confundirlo fácilmente con la sede de alguna multinacional tecnológica.

La sala de reuniones de la División de Investigación Criminal ocupa la esquina sudeste de la tercera planta del Edificio D, un anodino espacio funcional de paredes blancas desnudas, techo de pladur y placas fluorescentes cuya única concesión a la decoración es una bandera catalana arrinconada, un mapa topográfico de Catalunya de un metro cuadrado y una foto oficial del presidente de la Generalitat sonriendo a la cámara desde su despacho en la plaza de Sant Jaume.

Sentada junto a Marcos en la última fila de sillas de plástico blanco, Nuria oye el sordo murmullo de la lluvia nocturna a su espalda tamborileando monótonamente contra el ventanal de la sala de reuniones. Hacía poco más de doce horas que habían hallado el cadáver y desde ese momento ha tenido apenas tiempo de comer o ir al baño, y qué decir de asearse un poco. Tiene que reprimirse para no hacer el gesto de olisquearse a sí misma, pero está segura de que no huele mejor que su compañero.

En la sala también se encuentra buena parte de la División de Investigación Criminal y desde su posición disfruta de una vista panorámica de todos los peinados, cortes de pelo y distintos grados de alopecia de sus miembros.

El equipo de Delitos Económicos agrupado alrededor de la subinspectora Martos, una mujer pequeña, de voz chillona y dientes amarillentos de nicotina, ocupa las primeras filas de la derecha. En el lado izquierdo, los de Investigación de Patrimonio hacen lo propio junto al subinspector Collbany, con su mostacho de morsa, flequillo de cortina disimulando la calva y una nube de colonia barata rodeándolo como un campo de fuerza.

El resto del personal que ocupa la sala lo conforma un par de agentes del área de Crimen Organizado, con cara de no saber muy bien qué están haciendo ahí y, al fondo de la sala, los tres equipos de Investigación de Personas especializados en los delitos contra la vida y

la salud, uno de los cuales es el Equipo C, formado por el inspector Sánchez y cuatro agentes: Carla y Raúl, por un lado, y Marcos y Nuria, por otro, encuadrando sendas parejas de trabajo.

En su corto periodo de estancia en el DIC, Nuria nunca ha visto a tantos miembros de la división juntos al mismo tiempo, como tampoco ha visto nunca al comisario Moncada presenciando el *briefing* matinal, atendiendo con gesto grave a las palabras del inspector Sánchez.

Frente a la pantalla de televisión de 75 pulgadas mostrando una foto de carnet de la víctima, el jefe del DIC del área de metropolitana de Barcelona recita telegráficamente el informe inicial elaborado entre todas las divisiones.

—Julio Alberto Álvarez de Cortázar y Luengo. Sesenta y siete años. Mujer y dos hijos. Consejero delegado del Banco de Inversiones Nostrum.

Nuria mantiene la mirada puesta en el rostro del hombre que ha hallado sin vida horas atrás, cuando aún conservaba el pellejo en su sitio. Le cuesta reconciliar aquellos ojos aterrorizados y la boca congelada en un grito de dolor con el aire de suficiencia y arrogancia que destila el tipo de la pantalla: ojos azules, mandíbula ancha, moreno permanente de esquí en Suiza y veranos en Maldivas sobre una piel casi sin arrugas, media melena de peluquería a cien euros la hora, corbata fosforito sobre camisa rosa y una fina hilera de dientes blanquísimos asomando tras una sonrisa desdeñosa.

Mirando su foto, Nuria calcula que la lista de enemigos de Julio Alberto Álvarez de Cortázar y Luengo debe de ser bastante larga.

Y si tenían que incluir a aquellos que simplemente lo detestaban iba a ser muy, muy larga.

—Hijo del banquero Luis Alberto Álvarez —prosigue Sánchez, leyendo el informe—, Julio Álvarez heredó la Caja de Ahorros Mediterránea fundada por su padre en 1963, la cual quebró en 2010 con sospechas de préstamos irregulares a partidos políticos, al tiempo que dejaba en la ruina a decenas de miles de ancianos con el fraude de las acciones preferentes.

Nuria recuerda entonces cómo, quince años atrás, su abuelo perdió todos sus ahorros a causa de aquella estafa bancaria y cómo, indirectamente, la codicia de banqueros como Julio Álvarez había provocado el suicidio de su padre.

Se muerde los labios y comprende que ella misma acaba de entrar en la lista de personas con motivos para desear la muerte de aquel hombre.

—Julio Álvarez fue acusado de apropiación indebida de 47 millones de euros y administración desleal por la Audiencia Nacional —continúa leyendo el inspector—, que le condenó a cinco años de prisión. Pero, tras recurrir al Tribunal Supremo, se quedaron en dos

años que no llegó a cumplir al carecer de antecedentes. Un año más tarde —añade con un sutil suspiro de desaprobación—, funda el Banco de Inversiones Nostrum, sobre el que también ha habido sospechas de administración irregular y blanqueo de capitales.

Sánchez levanta la mirada del texto, dándoles unos instantes para procesar la información antes de seguir.

—Ya sé lo que algunos estáis pensando —agrega, paseando la mirada por los presentes—, pero quitáoslo de la cabeza. Somos policías y nuestro trabajo es atrapar al asesino, no juzgar a la víctima. ¿Estamos?

Un murmullo de aprobación poco convencido recorre la sala.

—De momento, los interrogatorios iniciales no han aportado gran cosa. Al ama de llaves le habían dado fiesta el día anterior, ningún vecino vio u oyó nada raro y ninguna alarma saltó ni hay indicios de que entraran en la casa por la fuerza.

—¿Y las cámaras de vigilancia? —interrumpe Nuria, levantando la mano—. Recuerdo que había unas cuantas en la casa y el jardín.

—Estaban apagadas.

—¿Todas?

—Todas —confirma Sánchez—. Así que la primera hipótesis es que se trataba de alguien cuya presencia la víctima no quería que quedase registrada. Su mujer y su hija estaban en New York visitando al hijo mayor, que estudia y vive allí.

—Solo en casa, apaga las cámaras y da fiesta al servicio… —comenta mordaz alguien de Patrimonio— . A mí eso me huele a fiestecita con putas que se sale de madre.

—O una reunión de la que no quería dejar constancia —apunta otro de Delitos Económicos.

—No podemos descartar nada —asiente el inspector—. Así que en cuanto regresen esta misma tarde la mujer y los hijos, Raúl y Clara —dice mirándolos—, os encargaréis de ir a verlos y averiguar qué persona de confianza podría tener algo en contra de la víctima. Joan y Josep —añade—, vosotros dos id a las oficinas del banco a hablar con la gente de allí, a ver qué os cuentan. Marcos y Nuria —agrega finalmente—, a vosotros os tocan los numeritos.

Nuria tarda un instante en comprender que se refiere al grafiti del triple seis pintado con sangre.

Eso va a suponer encontrar e investigar a grupos satanistas lo bastante radicales y organizados como para cometer un asesinato de ese tipo o como resume perfectamente Marcos a su lado en un susurro apenas audible:

—A buscar chiflados.

—¿Decía algo, cabo?

Marcos da un respingo.

Por lo visto, ha sido más audible de lo que parecía.

—Nada, inspector —alega de inmediato, aclarándose la voz—. Decía que estoy encantado.

—Eso espero —gruñe Sánchez—. Quiero resultados preliminares esta misma tarde —añade contundente y, haciendo un gesto hacia Antonia Grau, le cede la palabra—. Subinspectora, su turno.

—Gracias, inspector —asiente formalmente, poniéndose en pie y tomando el relevo de Sánchez frente a la pantalla—. De las cinco muestras de huellas digitales distintas halladas en la casa —explica sin preámbulos—, ya hemos identificado tres de ellas: una pertenece a la víctima, otra a su hijo pequeño y otra a la asistenta. La esposa nos confirmó que unos días antes su hermana vino de visita, así que puede que una de las dos huellas que nos faltan por identificar y que está por todo el salón sea la suya. De modo que solo nos faltaría identificar esta última —dice y, dándole a una tecla del portátil que tiene a su lado sobre la mesa, aparece la imagen de media huella digital ocupando la totalidad de la pantalla—. Una huella parcial hallada en el marco de la puerta de la habitación y que no aparece en nuestra base de datos. Sea de quién sea, se trata de alguien sin ficha policial y, como ya saben, sin el nombre y apellidos de un sospechoso, no podemos pedir acceso al registro de huellas del DNI de la Policía Nacional.

—¿Y no hay más huellas en la casa? —pregunta el sargento Raúl Navarro, extrañado—. ¿Pisadas?, ¿pelos?, ¿fibras?, ¿restos orgánicos? Parece ser que un municipal, un perro e incluso unos agentes del DIC accedieron a la escena del crimen antes de que llegaran ustedes.

Raúl y Carla forman la otra pareja de trabajo del equipo C. Raúl es el agente más veterano a las órdenes del inspector Sánchez y, con diferencia, el más gilipollas. Especialmente con Nuria, a la que juzga poco preparada para estar en el DIC.

El hecho de que él hubiera necesitado estar cuatro veces más tiempo que ella pateando calles antes de que aceptaran su petición de ingreso en la unidad lo había tomado como una afrenta personal, así que no perdía oportunidad para tratar de dejarla en evidencia o esparcir falsos rumores, como el de que su inclusión en el DIC se debía a favores sexuales a alguien de arriba.

Como le dijo su amiga Susana una vez, ser objeto de esos rumores es el precio que tenía que pagar por ser una rubia de ojos verdes, alta y guapa. Los hombres la odiarían por no poder acostarse con ella, y las mujeres porque los hombres querrían acostarse con ella.

Antonia cabecea levemente ante la pregunta de Raúl, como si la hubiera estado esperando.

—Efectivamente, había más huellas en la casa que estamos contrastando, y también estamos cribando y analizando las fibras y el

ADN de los restos orgánicos recogidos. En cuanto tengamos los resultados y hagamos el estudio comparativo, seguramente esta misma tarde, se los haremos llegar —aclara, añadiendo a continuación—: Por otro lado, las pisadas de barro del policía municipal han sido fácilmente descartables, y la agente Badal, a la que usted se refiere sin mencionarla —le dirige una mirada fugaz—, procedió con la debida precaución, así que no ha habido contaminación del escenario del crimen. A menos, claro, que considere al perro como un posible sospechoso del homicidio. ¿Es así, sargento Navarro?

Nuria no puede evitar que una ligera sonrisa aparezca en sus labios. Al parecer no es la única que piensa que Raúl es gilipollas.

—¿Alguna cosa más, subinspectora? —pregunta el inspector Sánchez desde la mesa—. ¿Qué hay de la causa de la muerte?

—La muerte fue debida a la extirpación de la epidermis y la consecuente pérdida de sangre. De eso no cabe ninguna duda —confirma—. Pero lo que sí encontramos —añade— fue una pequeña marca de pinchazo en el cuello, apenas perceptible, que nos llevó a ampliar el análisis de sangre en busca de drogas o fármacos.

Un nuevo clic en el teclado de su portátil se traduce en una imagen ampliada de un informe de laboratorio con dos elementos de la lista subrayados en rojo.

—Esto de aquí —prosigue, señalando uno de ellos—, son trazas de un bloqueador neuromuscular no despolarizante. Puede que vecuronio o atracurio, ambos derivados del curare.

—¿Curare? —repite el inspector Sánchez, como si no estuviera seguro de haber oído bien.

—Derivados sintéticos del curare, en efecto —confirma Antonia—. Son despolarizantes que actúan bloqueando la actividad ionotrópica de los receptores colinérgicos de…

—Perdone, doctora —la interrumpe Sánchez, parpadeando de incredulidad—. ¿Nos está diciendo que le inyectaron un derivado del curare antes de arrancarle la piel?

—Así es.

—¿Y no pudo ser esa la causa de la muerte? —inquiere Carla, dos sillas más allá de Nuria—. Eso es lo que usan los indígenas del Amazonas para untar la punta de las flechas, ¿no?

—En realidad, lo que impregnan son dardos de cerbatana —puntualiza Antonia—. Pero, en este caso, la proporción en sangre es tan baja que seguramente se empleó a modo de paralizante para evitar que el sujeto pudiera moverse mientras le practicaban la extracción de la dermis. Los derivados sintéticos del curare se usan de forma rutinaria en las intervenciones quirúrgicas para evitar espasmos involuntarios del paciente.

—¿Quiere decir entonces… que lo anestesiaron antes de desollarlo?

Antonia Grau niega con la cabeza.

—Lo paralizaron —precisa—. Pero el sujeto no estaba dormido. En realidad, diría que se hallaba extremadamente lúcido y consciente durante el proceso.

—Joder —dice alguien de Delitos Económicos.

—¿A causa de la adrenalina? —sugiere Nuria mientras señala a la pantalla. La cifra que indica su porcentaje en sangre está subrayada en rojo.

Esta vez el movimiento de cabeza de Antonia es afirmativo.

—Los índices de adrenalina de la muestra están muy por encima de los generados de forma natural incluso en situaciones de máximo estrés. Mi suposición es que también le inyectaron una dosis elevada de adrenalina para asegurarse de que se mantenía despierto todo el tiempo. Querían que estuviera consciente mientras le arrancaban la piel… —concluye Antonia, dirigiéndose al inspector Sánchez y al comisario Moncada—, pero que no pudiera hacer nada para evitarlo.

Un silencio lúgubre se extiende entre los presentes, conmocionados por la brutalidad de aquel acto.

—Qué hijos de puta —murmura alguien unas filas por delante de Nuria.

—¿Sabemos algo del arma del crimen? —pregunta Sánchez.

—Hemos analizado el borde de algunos cortes al microscopio y se confirma que usaron un instrumento muy afilado. Posiblemente un escalpelo.

—Entiendo… —barrunta el inspector—. De modo que tenemos a alguien que sabe emplear un escalpelo —resume, repasando las notas de su libreta— y tiene acceso a sustancias paralizantes y adrenalina. —Levanta la mirada hacia la forense—. ¿Qué tan fácil es conseguir todo eso fuera de un hospital?

Antonia tuerce ligeramente los labios antes de contestar.

—Más fácil de lo que debería —apunta—. En internet puedes comprarlo todo en webs de material médico y farmacológico sin demasiados problemas. De hecho, conseguirlo en internet dejaría menos rastro que sacándolo de un hospital.

—Pero para administrarlo sí que se requieren ciertos conocimientos médicos, ¿no?

—Nada que no se pueda aprender en un tutorial de YouTube —advierte Antonia—. Si está pensando en que el asesino tiene estudios de medicina, ya le digo que no tiene por qué ser así necesariamente.

—¿Ni siquiera para arrancarle la piel sin matarlo?

—Se la extirparon a lo bestia —aclara Antonia—. Simplemente hacían incisiones y tiraban de ellas. La agonía pudo durar horas. No debió de ser algo bonito de ver.

El inspector Sánchez cierra los ojos y respira profundamente. Por

su rictus, Nuria diría que está sufriendo una úlcera de estómago.

—¿Algo más que añadir, subinspectora? —inquiere el comisario Moncada tomando la palabra. Sus ojeras tenían poco que envidiar a las de Sánchez.

—De momento, esto sería todo, comisario.

—Está bien. Muchas gracias, Antonia —dice, levantándose de la silla al tiempo que la forense toma asiento de nuevo—. Quiero a toda el área de Patrimonio que esté disponible —añade, dirigiéndose al subinspector Collbany—, recabando un listado de propiedades, herederos, seguros de vida y beneficiarios. A Delitos Económicos —hace lo propio con la subinspectora Martos—, escarbando en sus cuentas y transacciones de los últimos seis meses, y los de Crimen Organizado —finaliza—, buscad sus muertos en el armario y su posible relación con redes de blanqueo de capitales, por si le dio por seguir en el negocio. Quiero saber si tiene una multa de tráfico sin pagar, si se tiraba a la criada o si reciclaba la basura. ¿He sido claro?

El comisario Moncada, un ex guardia civil encallecido de la vieja escuela, con el mostacho ya blanco por las canas y un pie y medio en la jubilación, pasea la mirada por la sala. Escruta los rostros del equipo del DIC, deteniéndose un segundo de más en los ojos de Nuria, que por un momento teme que la hagan salir a la pizarra a explicar la lección como cuando estaba en la academia de policía.

Obviamente, nadie dice ni mu.

—Estupendo. Pues quiero un informe detallado con todo lo que tenemos mañana antes del mediodía —ordena—. Y, para las seis, una lista de posibles sospechosos. Deben explorar todas las posibilidades, desde un robo a un ajuste de cuentas, un crimen económico, pasional o incluso algo relacionado con ese triple seis. No dejen cabo sin atar ni cuerda de la que tirar, pero háganlo con tacto y discreción. —La mirada de Moncada vuelve a posarse en Nuria, y a esta le parece intuir un dejo de advertencia—. En cuanto empiecen a filtrarse detalles a la prensa, esto se va a convertir en un circo mediático y desde arriba me van a presionar mucho, lo que supone que yo presionaré al inspector Sánchez y él, a su vez, los presionará a ustedes. —Hace una pausa y pregunta de nuevo—: ¿Está claro?

Nuria sabe perfectamente que la palabra *presionar* es un eufemismo de agarrarles por las pelotas o los ovarios, según sea el caso, y apretarles cada vez más fuerte hasta que resuelvan el caso.

Una marea de asentimientos más o menos convincentes recorre la sala.

—Muy bien —zanja el comisario, dando una fuerte palmada—. Pues ahora iros a casa a dormir y daos una buena ducha, que sabe dios que la necesitáis. —Una risita culpable recorre la sala—. En menos de 72 horas quiero tener al asesino delante del juez y, como sois los

mejores en esto, estoy seguro de que podréis hacerlo —sentencia, lanzándole una última mirada a todo el grupo—. No me decepcionéis.

Y dicho esto, se da la vuelta y abandona la sala seguido de cerca por el inspector Sánchez.

Nuria es novata en el DIC, pero aun con su corta experiencia tiene clarísimo que, a menos que se entregue por voluntad propia, ni de coña van a atrapar al asesino en menos de tres días.

4

Las luces del Volkswagen Polo rojo parpadean cuando Nuria pulsa el botón de su llavero. Se había dejado el paraguas dentro del coche, así que para cuando ha llegado a su plaza de aparcamiento a cien metros del edificio principal ya está empapada de pies a cabeza.

Nada más abrir la puerta, lanza la mochila al asiento del copiloto y se sienta tras el volante con un suspiro de alivio. Ha sido un día duro y eterno, pero la jornada había terminado al fin, al menos hasta las ocho de la mañana del día siguiente.

Arranca el motor, sube la calefacción y automáticamente comienza a pensar en la larga ducha que se va a dar, en el *pad thai* que va a pedir a domicilio para comer, en el vaso de vino que…

¡Toc-Toc!

Saliendo abruptamente del trance, mira por la ventanilla y ve a Marcos al otro lado del cristal, haciéndole el gesto para que lo baje.

Conteniendo una mueca de fastidio, deja a un lado su ensoñación y baja la ventanilla.

—¿Una última copa? —pregunta su compañero, al que no parece importarle estar calándose bajo la lluvia helada.

—Estoy muerta —alega Nuria.

—Ya, yo también, pero he pensado que quizá no es buena idea que te vayas a dormir con todo lo que ha pasado hoy dándote vueltas por la cabeza.

—Estoy bien, gracias.

—Ahora sí, pero cuando llegues a casa…

—Estoy bien, de verdad. Solo quiero darme una ducha y desmayarme en mi cama.

Marcos rumia la respuesta, dudando si objetar algo más.

—Está bien —resopla—. Yo solo te lo aconsejo por experiencia propia. Unas cervezas con amigos te pueden ahorrar sesiones con el loquero a la larga.

—Gracias, lo sé. Otro día.

—Claro. —Sonríe algo forzado, dando una palmadita en el techo del auto—. En fin, que descanses. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana —dice Nuria, y comienza a subir la ventanilla antes de que Marcos se dé la vuelta.

Nuria se queda mirando un instante cómo se aleja su compañero, dudando por un instante si hace bien rechazando su oferta. Pero sabe que esa cerveza no va a venir sola y que, de un modo u otro,

acabarían acostándose juntos, otra vez.

Había sucedido dos semanas atrás, tras la despedida de un subinspector y beber más alcohol del que podía recordar. En el cuerpo no están bien vistas ese tipo de relaciones y suelen acabar con un traslado o, con suerte, un cambio de compañero. Ninguno de los dos quiere aquello por sus propias razones: Nuria porque prácticamente acaba de llegar al DIC y esa no sería una buena carta de presentación, y Marcos porque está en proceso de divorcio por las malas y no quiere dar munición al abogado de su ex, que precisamente lo acusa de infidelidad empedernida. Por ello, habían acordado no hablar del tema, ni atribuirle más importancia que la de una suerte de accidente laboral por culpa del alcohol.

Aunque lo cierto es que lo había disfrutado.

Marcos está como un queso, según el consenso general en el vestuario de mujeres y, a pesar de que los recuerdos de aquella noche resultaban neblinosos, había tenido un par de buenos orgasmos y, con las debidas precauciones, en alguna ocasión no le importaría repetirlos.

Pero no hoy.

Ni próximamente.

La reputación de «chica fácil» quedaría marcada con rotulador indeleble en el imaginario colectivo del cuerpo y, desde ese día, perdería parte del respeto de sus compañeros y superiores, aunque cambiase de comisaría o incluso de provincia. Un estigma que, por supuesto, Marcos no sufriría; más bien al contrario, recibiría en todo caso guiños cómplices y palmaditas en la espalda.

Es una mierda. Una mierda injusta, machista y retrógrada, pero de momento no puede hacer otra cosa que aceptarlo y adaptarse a las circunstancias. Ya habría tiempo para pelear por ello, llegado el momento.

Pero no ahora.

Ahora solo quiere irse a casa de una puñetera vez.

Gracias a la hora tardía y lo desapacible de la noche, el tráfico de entrada a Barcelona, a pesar de la lluvia, es lo bastante fluido como para que pueda llegar a casa en menos de media hora.

El reloj del salpicadero marca las 23:21 y mentalmente ruega para que la cocina del restaurante esté abierta hasta las doce. Su plan de ducha, thai, vino y Netflix no sería igual de placentera si se veía obligada a cenar una lata de fabada del Mercadona.

En la radio, los tertulianos habituales parlotean sobre la caravana de diez millones de inmigrantes subsaharianos que avanzan hacia Marruecos desde Mali y Mauritania; del enésimo encontronazo entre

rusos y ucranianos, y del reciente virus aparecido en China porque de nuevo alguien había metido en su sopa un bicho que no debía.

Vamos, nada nuevo bajo el sol.

La década de los veinte estaba resultando de lo más entretenida y como le dijo el abuelo Pepe unos días atrás: «solo nos falta la invasión extraterrestre y el meteorito para hacer el bingo».

De momento, solo espera no tener que ponerse de nuevo la dichosa mascarilla por culpa de algún chino aficionado a comer murciélagos.

Entonces, la consola central del auto se ilumina con un aviso de llamada.

«Mamá», dice la pantalla.

Su dedo índice vacila un momento entre el icono rojo y el verde, hasta que, exhalando un breve suspiro, pulsa sobre el que debe pero que menos le apetece.

—Hola, mamá —contesta.

—Hola, hija. ¿Cómo estás? Espero no haberte despertado.

—No, tranquila, estoy conduciendo de regreso a casa.

—¿Tan tarde?

—Hoy ha sido un día muy largo —resopla.

—¿Es por lo del banquero ese al que han matado? ¿Te han asignado a ti el caso?

—Ya sabes que no puedo hablar de eso, mamá.

—Vale, vale…, perdona. Es solo que hace mucho que no nos vemos y, como no me devolvías las llamadas, me preocupé un poco. Sabiendo la gente con la que tratas…

—Estoy bien, mamá. No te preocupes, es solo que estoy muy ocupada.

Aunque es cierto, Nuria se siente culpable al excusarse. Había tenido oportunidades de sobra para hablar con ella si hubiera querido.

—Claro, claro… —Hace una pausa, y Nuria sabe qué va a decir a continuación antes de que la voz de su madre pregunte por el altavoz —: ¿Y cuándo vas a venir a verme?

Ahí está la culpabilidad, de nuevo al ataque.

—No lo sé, mamá —responde, disimulando apenas su fastidio—. Ya te he dicho que estoy muy ocupada, quizá la semana que viene.

—Eso dijiste la semana pasada. Ya hace más de un mes que no pasas por casa.

«Mierda, ¿ya ha pasado un mes?».

—El trabajo, ya sabes… —balbucea sin demasiado convencimiento.

—Si todos los policías trabajaran tanto como tú, ya no quedarían delincuentes en Barcelona, hija.

—Y si nos quedáramos sin delincuentes, yo me quedaría sin trabajo —repone—. ¿Tú estás bien? —añade, buscando cambiar de tema.

—Bien —responde con un tono que dice «más o menos»—. El

martes fui al oncólogo a la revisión y esta tarde he ido con una amiga a una reunión con el grupo de apoyo cristiano.

Nuria cuenta hasta tres antes de responder.

—Ya…, vale, ten cuidado con esa gente.

—Son buenas personas —replica su madre al instante—. Los Renacidos solo buscan ayudar, no son ninguna secta rara de esas, solo buenos cristianos. Deberías venir un día para que los conozcas.

—Mamá, ya sabes lo que opino de la religión.

—Eso no importa, seguro que te viene bien, aunque sea por desconectar de ese mundo tuyo de policías y delincuentes, para que veas que hay buena gente que ayuda desinteresadamente al prójimo.

—Estoy cada día rodeada de gente que ayuda al prójimo *de verdad* —subraya un poco más de lo necesario—. Son los sanitarios, los policías o los bomberos quienes ayudan al prójimo, no un puñado de creyentes rezando y poniendo velitas.

Nuria se da cuenta al instante de que está otra vez desahogándose con su madre.

La muerte de su padre las había mandado a ambas en direcciones opuestas en muchos aspectos, especialmente en lo relacionado con las creencias.

Mientras que su madre se había lanzado en brazos de la religión en busca de respuestas y alivio a su dolor, Nuria rompió relaciones con dios y sus representantes en la Tierra. Cada vez que aparecía alguno de ambos en una conversación, tenía que morderse la lengua para no expresar su desprecio por un ser supuestamente amoroso y omnipotente que le había fallado de una manera tan espantosa.

Pero, en cualquier caso, no debe desahogarse con su madre. No es justo en absoluto.

—Perdón, mamá —se disculpa—. Ha sido un día duro y estoy muy cansada.

La respuesta tarda unos segundos en llegar.

—No te preocupes, Nurieta… No pasa nada.

—Te prometo que la semana que viene me paso por casa.

—De acuerdo, ya me avisarás cuando puedas. No te molesto más.

—No me molestas, mamá. Es solo, que… —No sabe qué decir en realidad, aparte de disculparse de nuevo—. Nos vemos la semana que viene.

—Claro, claro… Buenas noches, hija.

—Buenas noches, mamá.

El indicativo de llamada se apaga en la pantalla… y ahí está de nuevo ese familiar sentimiento de culpa.

Finalmente tarda menos de treinta minutos en llegar a Gracia, dejar el coche en el parking y llegar al restaurante tailandés antes de que

cierre la cocina.

Las luces de navidad que decoran las estrechas calles peatonales del barrio se reflejan en el suelo mojado, mientras que la densa lluvia ha dado paso a una frugal llovizna que hace innecesario el paraguas. Así que, a pesar del frío, el agotamiento y su estado de ánimo; los destellos multicolores, el olor a cilantro del *pad thai* que lleva entre las manos y la perspectiva de una larga ducha caliente curvan sus labios en una sonrisa feliz.

Cuando al poco abre la puerta de su piso de la calle Verdi, Melón aparece maullando de inmediato, frotándose contra su pierna mientras reclama su cena a pleno pulmón.

—Ya va… ya va… —le dice Nuria, entrando en casa y dejando la comida thai, las llaves y su bolso sobre la mesa del salón—. Perdona, el día se ha complicado un poco —se excusa con el felino, mientras toma de la alacena una lata de comida con sabor a pollo y la vacía en el comedero de plástico.

No es hasta que deja el cuenco con la gelatinosa comida frente a él —a saber qué lleva eso en lugar de pollo, se pregunta, arrugando la nariz— que Melón deja de maullar. Nuria le pasa la mano por su pelaje negro y blanco, arrancándole un ronroneo de placer mientras se traga su cena sin apenas masticar.

—Te va a sentar mal comer tan deprisa —le advierte, a lo que Melón no le hace ni puñetero caso—. En fin…, voy a darme una ducha. Tú mientras ve pensando qué te apetece ver en la tele.

Nuria va deshaciéndose de la ropa según camina en dirección a la ducha y, para cuando cierra la puerta del baño a su espalda, ya solo le queda puesto el sujetador negro deportivo y unas grandes bragas blancas, que parecen heredadas de su abuela pero que, sin embargo, son extremadamente cómodas. Una de las ventajas del invierno.

—Qué sexy —se dice con una sonrisa torcida, mirándose un instante en el espejo.

Acercando el rostro a su reflejo, es consciente de la rojez en sus ojos y su gesto cansado, del pelo hecho un desastre al quitarse la coleta y de las mejillas algo más marcadas de lo habitual. Sin duda ha perdido algo de peso últimamente, esencialmente por comer poco y no demasiado bien. Toma nota mental de mejorar su dieta mientras se quita la ropa interior y, abriendo el agua caliente casi al máximo, se mete bajo la ducha. Cerrando los ojos, disfruta del aguijoneo del agua sobre su piel y del vapor que la envuelve como en una sauna turca.

—Joder… Qué bien…

En ese momento se alegra de haber rechazado la invitación de Marcos.

El alcohol y el sexo están bien, pero, en días así, la combinación de ducha caliente, mantita y serie es de todo punto insuperable. Divertida

por la idea, fantasea que, si en ese momento hubiera aparecido en su puerta George Clooney vestido de esmoquin con una tacita de Nespresso en la mano, le habría pedido que volviera otro día.

Deleitándose en el placer de los regueros de agua resbalando sobre su piel, imagina que estos se llevan consigo todo lo malo que ha visto, tocado y olido en ese día. Que cada molécula del horror de la que ha sido testigo se pierde desagüe abajo para no volver más.

A su pesar, la imagen del infeliz rodeado de su propia sangre, del olor a heces, orina y a inicio de putrefacción, asaltan su memoria. Para colmo, la imagen del cadáver despellejado y aquellos ojos suplicantes es de esas imágenes que se tardan mucho en olvidar.

Asintiendo para sí misma, se felicita por haber aguantado el tipo en esas circunstancias y recuerda las palabras de sus compañeros más veteranos asegurándole que ser testigo de una escena tan brutal como esa era algo que como mucho sucedía una sola vez en la carrera de un policía. De modo que, estadísticamente hablando, piensa aliviada, difícilmente volvería a ver algo así en toda su vida.

Por desgracia, no tardaría en descubrir lo equivocada que estaba.

5

A esa misma hora, frente al espejo de cuerpo entero del armario, una adolescente de pelo largo y negro azabache que enmarca unos ojos verde ágata heredados de su abuela, contempla en ropa interior el reflejo de su cuerpo espigado, imitando las poses de las modelos que tantas veces ha visto en las revistas y televisión.

Laura hilvana una mueca de desencanto, cuando coloca las manos bajo sus senos y estos se niegan a despuntar con la contundencia que le gustaría. No están nada mal, según el criterio de Paula. Pero, claro, ella ya usaba una talla 100 con catorce años y así es fácil dar consuelo.

Podría comprarse un *Wonderbra* y solucionar el problema, al menos de cara a la futura fiesta de fin de curso, pero esos sujetadores son carísimos y con la paga semanal que le dan en casa no le llegaría ni para pagarlo a plazos.

Ojalá tuviera un trabajo, aunque fuera de fin de semana. Pero mamá es intransigente en ese punto; de momento tiene que centrarse absolutamente en sus estudios y no perder el tiempo ni en trabajar ni en salir con chicos. Cosa nada fácil, todo hay que decirlo, porque la lista de los que la invitan a salir es sorprendentemente larga, incluidos algunos veinteañeros guapísimos con moto y todo. No le está resultando fácil resistirse, vaya que no.

Tiene tiempo, así que abre el cajón de su mesita, saca la cámara Canon que le regalaron hace tiempo y, tras comprobar que aún le queda batería, comienza a sacarse algunas fotos haciendo poses. Primero en ropa interior y luego probándose varios conjuntos y vestidos, incluido el de rojo satén que pensaba llevar a la graduación y que difícilmente iba a rellenar si no le crecían las tetas de buenas a primeras.

Tras una hora larga de pruebas de vestuario, conecta la cámara a su ordenador y descarga las fotos para poder verlas en pantalla grande.

Hay algunas cutrísimas en las que parece una furcia barata, piensa torciendo el gesto, especialmente aquellas con muy poca ropa y demasiado pintalabios. Pero en otras se ve como una mujer sofisticada varios años mayor, posando frente al *photocall* de una entrega de premios. Se mira en la pantalla y piensa que, con una buena iluminación y maquillaje profesional, no desentonaría en absoluto en la portada de Elle o de Vogue.

Algunas de ellas, las mejores, se las manda a Paula por internet y esta enseguida le responde con muchas mayúsculas y un montón de signos de admiración.

«¡MADRE MÍA! ¡ESTÁS GUAPÍSIMA! ¡EL VESTIDO ROJO TE QUEDA BRUTAL! ¡A MARIO LE VA A DAR UN INFARTO CUANDO TE VEA!».

Mario Rochina era probablemente el chico más guapo que había visto en su vida. Parecía un actor de Hollywood con su media melena, su mandíbula ancha y la chupa de cuero negro que llevaba al ir en moto. Tenía veintiún años y cuando no estaba haciendo pesas en el gimnasio estudiaba para ser cirujano plástico, lo que a ojos de Paula lo convertía en el mejor partido que una mujer pudiera desear.

«Ya te he dicho que Mario no es mi tipo» —le contesta en el chat.

«Pues Alberto me ha dicho que Mario le ha dicho que te quiere tirar la caña».

Por un segundo, Laura no sabe qué contestar.

«¿En serio ha dicho eso?» —pregunta al cabo.

«Te lo juro —le asegura Paula—. Deberías follártelo».

«Joder. Qué burra eres» —escribe Laura, con una sonrisa en los labios.

«Venga ya. No vayas ahora de princesita virginal, que ya sé lo que pasó entre Óscar y tú en su fiesta de cumpleaños».

«Ese día estaba borracha, ya lo sabes».

«Cuenta igual» —replica Paula, añadiendo el emoji de un guiño—. «¿Vas a colgar esas fotos o no?».

«No lo había pensado».

«Hazlo, estás cañón».

«A mis padres no les haría ninguna gracia» —objeta Laura.

«¿Y quién se lo va a decir?».

«No sé... Me da un poco de vergüenza».

«¿Vergüenza? ¿Pero tú estás tonta? ¿Cómo te van a dar vergüenza unas fotos en las que estás guapísima?».

«¿Tú crees?».

«Si no las cuelgas tú, lo haré yo».

«Vale... Pondré algunas, aunque no sé si es buena idea».

«Ya verás que sí. Igual hasta te descubre una agencia de modelos».

«Anda ya» —contesta Laura, aunque en su fuero interno ha pensado exactamente lo mismo.

«Te dejo, que acaban de llegar mis padres» —se despide Paula abruptamente—. «¡Nos vemos mañana en clase!».

«¡Hasta mañana!».

Laura cierra la sesión de chat y tras un breve debate consigo misma, termina por subir las fotos menos explícitas a la red social.

Solo espera que sus padres no lo descubran porque tendría que dar

muchísimas explicaciones.

6

Aún no son las siete y cuarto de la mañana, cuando Nuria desciende de su vehículo en el parking del Complejo Central Egara y se dirige a las oficinas de la DIC. Aunque el día ya comienza a iluminarse por el este, todavía falta un buen rato para la salida del sol que, ese día, tampoco volvería a asomar entre las densas nubes grises de aquella borrasca interminable.

Esa noche no ha dormido muy bien y, a pesar de la ducha, el sofá y la soporífera serie, se había visto obligada a tomarse un diazepam para conciliar el sueño.

La aplicación del móvil indicaba que había dormido poco más de cuatro horas y solo veinte minutos de forma profunda, pero, aun así, en cuanto sonó el despertador saltó de la cama como un resorte. Luego, tras un café doble —ahí echó de menos a Clooney y su Nespresso— y una ducha revigorizante, salió de casa con una tostada aún en la boca bajo la mirada de advertencia de Melón, que parecía estar recordándole telepáticamente que su hora de cenar son las cinco de la tarde.

Según avanza por los pasillos del Edificio D, Nuria va saludando a los agentes que terminan el turno de noche y que ya no se sorprenden de verla llegar tan temprano. Desde el primer día, había tomado el hábito de ser la primera del equipo en llegar y la última en marcharse. Se decía a sí misma que era una sana costumbre que le permitía ponerse al día antes que nadie y, de paso, causar buena impresión a sus jefes y compañeros, especialmente siendo la novata del equipo.

Sin embargo, dentro de sí sabe que es porque no tiene nada mejor que hacer. Todos los miembros del DIC tienen una pareja, un amante o siquiera una afición que les impele a aprovechar cada segundo posible en otro lugar que no sea trabajando. Pero ella no.

Esa es la triste verdad que la lleva a estar ahí media hora antes de lo que le corresponde y, aunque en el fondo es consciente de ello, prefiere decirse que lo hace por devoción a su trabajo y auténtica profesionalidad.

Todos tenemos derecho a mentirnos un poco para ser felices.

—Buenos días, agente Badal.

Acostumbrada a no encontrar a nadie de su equipo a esas horas, se sobresalta al abrir la puerta y tropezarse con un saludo. Más aún, si este viene de la boca del inspector Sánchez, que sentado a su mesa

estudia la pantalla de un portátil con cara de circunstancias.

—Ah, eh… Buenos días, inspector.

—¿Cómo estás? —pregunta por encima de sus gafas de leer, relajando un poco el gesto—. ¿Has dormido bien?

—Eh… Sí, muy bien. Gracias —miente, esperando que el maquillaje disimule las ojeras que se ha descubierto esa mañana.

Sánchez se queda mirándola en silencio un par de segundos.

—Todos hemos pasado por eso alguna vez, Nuria —dice al cabo, en un tono casi paternal—. Recuerda que tenemos un equipo de apoyo psicológico. No es ningún demérito ir a hacerles una visita.

Pues no, el maquillaje no ha funcionado.

—Estoy bien. Gracias, inspector.

Sánchez hace otra breve pausa, evaluándola.

—¿Sabes algo de esto? —pregunta al fin, dándole la vuelta al portátil y mostrándole la pantalla.

En la misma, bajo el titular *«¡EXCLUSIVA! ¡Secta demoníaca asesina a banquero!»* en letras en negrita enormes, aparece una foto tomada en el escenario del crimen, del triple seis grabado en la frente del difunto.

—Mierda —masculla, acercándose a la pantalla con incredulidad —. Pero ¿cómo…?

—Eso es lo que me gustaría saber a mí —gruñe Sánchez—. Cuando pille a quien ha filtrado la foto a esos buitres de Extra Diario, va a desear no haber ingresado nunca en el cuerpo.

—¿Cree que ha sido uno de los nuestros?

Sánchez parpadea confuso un par de veces.

—¿Quién si no? Nadie más ha entrado aún en el escenario del crimen salvo nosotros y la jueza para el levantamiento del cadáver.

—Bueno…, en realidad, sí que hay alguien más.

El inspector necesita un instante para comprender a qué se refiere.

—¿Insinúas que el mismo asesino tomó la foto y luego se la vendió al diario?

—¿Por qué no?

Sánchez menea la cabeza, como si tratara de deshacerse de esa posibilidad.

—Porque más nos vale que no sea así —sentencia—. No quiero ni imaginar las consecuencias —resopla, girando de nuevo la pantalla hacia sí—. Tú y Marcos, preparaos para la que os va a caer encima —añade, señalando la esquina donde ambos tienen sus mesas de trabajo —. Os van a llamar todos los chalados del país denunciando a sectas satánicas que comen niños para desayunar.

Nuria se vuelve hacia su escritorio y mira el teléfono de sobremesa como si fuera un sapo venenoso.

—Oh, vaya —se lamenta, recordando que a ellos dos les han asignado la investigación de los números de marras.

Varias horas después, Nuria observa de reojo a Marcos sentado a su mesa, garabateando dibujos en su libreta mientras atiende la enésima llamada de esa mañana.

—No, señora… Sí, claro… —Su compañero del DIC da los últimos retoques a un demonio con cuernos y tridente pintado a bolígrafo—. Ajá, tomo nota. El vecino del piso de enfrente… tiene un gato negro… Ah, dos gatos negros… Comprendo… —Suspira cerrando los ojos—. Muchas gracias, señora. La llamaremos si necesitamos información adicional. Que tenga un buen día.

Nuria aún puede oír la vocecita de la mujer diciendo alguna cosa más antes de que Marcos corte la llamada.

—Dieciséis —anuncia seguidamente, dibujando un nuevo palito en la esquina de su libreta.

—Yo ya llevo veintidós —indica Nuria, mostrándole su propia línea de palitos verticales. No te quejes.

—Eres la nueva —alega Marcos con un guiño—. Deberías estar haciéndolo tú sola.

—¿Y privarte del placer de socializar con desconocidos majaretas? Además, no me habría dejado tiempo para… —Nuria se queda mirando la pantalla de su ordenador, en la que ha aparecido un nuevo mensaje en la bandeja de entrada—. Huy. ¿Qué es esto?

—¿Qué pasa?

—¿Le has dado mi email a alguien?

—Claro que no. ¿Por qué?, ¿te han escrito?

—A mi correo personal —aclara, sinceramente aturdida.

Nuria hace rotar la pantalla sobre su soporte para mostrársela a Marcos. Un correo electrónico con el título de «666» como asunto.

—¿Te suena el remitente? —pregunta.

—Es una cuenta de correo temporal de esas que se borran en diez minutos —aclara Nuria, señalando el seguido de letras sin sentido en la cabecera del correo: «qjoahezmjbjusxxaoh@tmmbt.net»—. Pero ¿cómo puede saber mi correo?

—Buceando en internet todo se puede averiguar, ya lo sabes —desdeña la pregunta con un ademán, quitándole importancia—. Ábrelo, a ver qué dice.

Dándole vueltas aún al hecho de que alguien conozca su email personal, Nuria hace clic sobre el icono del correo y este se abre mostrando una simple línea de texto: *Si busca al demonio, encuentre a Los hijos de Lucifer*.

—Otro puto chiflado —sentencia Marcos con un resoplido, desechando el tema y regresando a sus asuntos.

Nuria, sin embargo, no puede dejar de sentirse inquieta por el

hecho de que un desconocido conozca su correo personal, sepa que ella es miembro del DIC y que además participa en la investigación.

Tampoco hay muchos agentes asignados al DIC y su incorporación había aparecido en el boletín oficial de los Mossos, eso es cierto, pero ver su nombre en ese email le produce un escalofrío de inquietud.

Desliza el cursor hacia el icono de borrar y, cuando está a punto de hacer clic sobre él, siente el impulso de no hacerlo. En cambio, abre la página de Google y teclea «Hijos de Lucifer».

Desecha los resultados de Wikipedia, Amazon, Facebook y una serie de televisión, y al final de la página encuentra una fundación sin ánimo de lucro radicada en Barcelona que se llama justamente así: Los hijos de Lucifer.

—Vaya —dice para sí, abriendo el enlace que la lleva a una austera web encabezada por un símbolo que le recuerda a un cáliz con una «X» en su centro. Ni ángeles en llamas, ni demonios con cuernos, ni nada remotamente satánico.

Pero, claro, con ese nombre difícilmente será una organización de recogida de juguetes, así que comienza a indagar en la razón social y comprueba que está inscrita como una asociación cultural. Por eso no le ha aparecido en el listado de entidades religiosas y sectas que había extraído del registro.

Aquello no alcanzaba ni la categoría de pista, pero lo cierto es que aparte de eso no tenía nada mejor que chismes, noticias falsas o simples exageraciones en blogs de dudosa credibilidad buscando atención.

La realidad es que en los últimos diez años ni en Barcelona, ni en España, había constancia de asesinatos rituales relacionados con sectas satánicas o similares. Más allá de algún pollo decapitado en un cementerio, meter marihuana en incensarios —eso tuvo su gracia, la verdad— o el robo de vino consagrado de alguna parroquia; la actividad satanista en España era más bien de carácter filosófico o incluso lúdica. Algunos incluso llegaban a organizar fiestas en discotecas con gente disfrazada y velas a pilas. Nada que ni remotamente pudiera conducir a arrancarle la piel a un banquero.

Nuria comprueba que la sede social de Los hijos de Lucifer está en la calle Montcada de Barcelona, en el barrio del Borne y a pocos metros del Museo Picasso.

En menos de 30 minutos se podían plantar allí.

Cualquier cosa mejor que seguir ahí sentada, recibiendo llamadas de los chiflados de guardia.

7

Una de las ventajas de ser policía es que puedes aparcar más o menos donde te dé la gana, así que pueden llegar hasta el corazón del barrio del Borne con sus estrechas calles medievales y dejar el vehículo en zona prohibida, desde donde caminan los veinte metros que les separan de la dirección que Nuria había tomado de internet.

—Aquí es —dice, plantándose frente a un enorme portal de madera de casi cuatro metros de altura y doble hoja.

La angosta calle peatonal, aún húmeda por la lluvia de la noche anterior y sin apenas transeúntes, parece una diferente de la que en verano se llena de cruceristas haciendo cola frente al Museo Picasso y los restaurantes de moda. En realidad, la ciudad entera es otra diferente fuera de la temporada turística, mucho más serena, silenciosa y melancólica.

Nuria levanta la mirada y ve que se encuentran frente a lo que debía de ser un antiguo palacete medieval de tres pisos de altura, con algunas pintadas sobre una fachada en buen estado de conservación. Hay muchos edificios como ese en el casco antiguo de Barcelona, camuflados con su desgastada piedra gris entre tantos otros más modestos levantados en las estrechas callejuelas del Borne o el Gótico.

—¿Seguro? —pregunta Marcos, estudiando la fachada—. No veo símbolos satánicos ni nada por el estilo.

—¿Te refieres a una placa diciendo «Bienvenidos al averno» o algo parecido?

—Ya, también es verdad —admite Marcos—. Veamos si hay alguien en el infierno en horario de oficina —dice y, ante la ausencia de timbre, da un par de aldabonazos con el picaporte de hierro macizo que resuenan como campanadas en el silencio de la calle.

Tras unos treinta segundos sin recibir respuesta, repite la operación, pero esta vez casi de inmediato una voz lejana dice:

—¡Un momento, por favor!

Al poco, un descorrer de cerrojos antecede al chirriar de una portilla a la altura de los ojos de Nuria.

Por ella, se asoma un rostro de hombre de cejas espesas y mirada inquisitiva.

—Buenos días, ¿qué desean?

—Policía —anuncia Marcos sin preámbulos, desplegando la cartera con la placa ante la mirilla—. ¿Podemos pasar?

—¿Policía? —repite el hombre, echando un vistazo a ambos con un

punto de incredulidad. ¿Qué es lo que pasa?

—Nos gustaría hacerle unas preguntas.

—¿Preguntas? —repite de nuevo, cada vez más confuso—. ¿Sobre qué? ¿Qué ha pasado?

—Si nos permite pasar, se lo podremos explicar sin necesidad de que se entere todo el barrio —interviene Nuria.

El hombre parece dudar un momento y, cuando cierra de golpe la mirilla sin decir nada, Nuria piensa que les está dando con la portilla en las narices.

Pero de inmediato vuelve el descorrer de cerrojos y, esta vez sin chirrido, una puerta de tamaño humano se abre dentro del portón principal. Nuria no puede evitar pensar que aquello es como una muñeca rusa de puertas; puertas dentro de puertas, dentro de otra puerta mayor.

Para su sorpresa, quien aparece delante de ellos en mitad de un lujoso patio rodeado de rosales, es un hombre impecablemente ataviado con un chaqué negro, camisa blanca, corbatín, pantalones grises y guantes blancos en las manos; un mayordomo de manual.

—¿En qué puedo ayudarlos?

Marcos se queda igual de sorprendido que Nuria y tarda un par de segundos en reaccionar.

—¿Podríamos hablar con su… —por un instante, Nuria teme que vaya a decir «su amo»— jefe?

—¿Con el señor Monells? ¿Me permiten preguntar por qué? En este momento se encuentra ocupado.

—Según parece —Nuria toma la palabra, aburrida de tantos preámbulos—, esta es la sede de una secta llamada «Los hijos de Lucifer», ¿no es así?

—Asociación cultural —corrige el mayordomo.

—Vale, lo que sea. Dado que la sede está aquí, entiendo que el señor Monells es miembro de la asociación, ¿no?

El mayordomo parece rumiar una réplica que tiene en la punta de la lengua, pero finalmente se decide por claudicar y, señalando hacia el suelo para evitar equívocos, les dice:

—Esperen aquí, por favor. Avisaré al señor sobre su presencia.

—Gracias. —Sonríe Nuria teatralmente.

No está segura de qué le molesta más, si la actitud estirada y reluctante del mayordomo, o comprobar en primera persona que aún existen mayordomos al servicio de gente con demasiado dinero.

El hombre desaparece escaleras arriba a paso tranquilo, dejándolos a pie de puerta y con tiempo para admirar aquel patio del que penden tapices de buganvilias y alrededor del cual se eleva el palacete. Nuria no tiene ni idea de estilos arquitectónicos antiguos, pero el lugar dice a gritos que hay gente de dinero viejo viviendo ahí. Gente de esa que

va a tomar café por las mañanas con el alcalde y por la tarde se fuma un puro con el presidente de la Generalitat. Gente, en fin, con la que debes ir con tiento si no quieres acabar regulando el tráfico en un aparcamiento subterráneo.

—*Ojocuidao* —le avisa Marcos, cuyos pensamientos seguramente han ido por derroteros similares.

Nuria asiente. Está clara la advertencia.

Casi cinco minutos más tarde y cuando Nuria ya empieza a pensar que los han dejado ahí como pasmarotes, el mayordomo vuelve a aparecer en las escaleras indicando la puerta por la que acaba de salir.

—El señor Monells los atenderá en la biblioteca —les informa, como si aquello fuera una audiencia con el papa de Roma.

—Mira qué bien —murmura Marcos, volviéndose hacia Nuria con una mueca. Nos atenderá en la biblioteca.

Tras subir las escaleras, siguen al estirado mayordomo por un ancho pasillo con ventanas al patio interior, suelo de madera cubierto de alfombras y cuadros de paisajes y barcos —que Nuria calcula deben de valer más que su sueldo anual—, colgando aburridos de paredes color verde pistacho.

Se siente tan fuera de lugar como si caminara por el interior de la Estación Espacial Internacional.

Finalmente, el mayordomo se detiene frente a una puerta invitándolos a cruzar con un leve ademán.

—El señor Monells los atenderá en breve —dice, justo antes de cerrar la puerta tras él.

El mensaje está claro: nada de pasearse por la casa a su aire. Solo faltó que echase el pestillo.

La biblioteca es un espacio de techos artesanados de cuatro o cinco metros de altura, y las paredes, también pintadas de verde pistacho, apenas son visibles tras la proliferación de tapices, cuadros de antepasados encopetados de mirada altanera y, por supuesto, libros; centenares de ellos, tomos de piel y letras doradas en el lomo, dispuestos en vitrinas y estanterías que llegan hasta el techo.

En el centro de la sala y sobre una alfombra persa —no tiene ni pajolera idea de alfombras, pero Nuria apuesta mentalmente a que podría haber sido del mismísimo Sha de Persia—, una caja de puros descansa sobre una mesita redonda engastada en nácar, flanqueada por un par de sillones orejeros tapizados en terciopelo granate y un sofá estilo Luis *nosecuantos* de aspecto tan caro como incómodo. De esos en los que sientas tu culo proletario y al instante pierde la mitad de su valor.

Nuria aún no ha dejado de mirar a su alrededor cuando se abre la puerta del otro extremo y por ella aparece el que sin duda es el dueño

y señor de aquel palacete.

—Buenos días, agentes —saluda con voz grave.

El tipo trae de serie una sonrisa franca, melena canosa y las arrugas justas para denotar la dignidad propia de sus sesenta y pico años, pero sin pasarse. Sus ojos azules brillan con inteligencia, a juego con su aspecto de caballero de otra época resaltado por el batín de seda azul con filigranas que, de nuevo, Nuria calcula debe valer más que todo su vestuario junto.

—Soy Jordi Monells —se presenta, alargando la mano derecha y dejando a la vista un brillante Rolex de oro—. Bienvenidos a mi casa. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Buenos días, señor Monells —dice Marcos, estrechando la que Monells le ofrece—. Soy el sargento Marcos Hidalgo y ella es la agente Nuria Badal. Nos encantaría hacerle unas preguntas en relación con la… sociedad de «Los hijos de Lucifer». Es usted miembro, ¿no?

—Miembro fundador —subraya orgulloso—. Pero tomen asiento, por favor. —Indica los dos sillones, mientras él toma asiento en el pequeño sofá—. ¿Qué quieren saber exactamente?

—Bueno… —dice Marcos, sacando una pequeña libretita del bolsillo—, nos gustaría saber a qué se dedican aquí, qué tipos de actividades llevan a cabo y si realizan algún tipo de ritual de carácter satánico.

Para desconcierto de Nuria, la respuesta de Monells es una breve carcajada.

—Ahora lo entiendo… —dice, asintiendo para sí—. Ustedes han venido por lo del hombre que asesinaron ayer, ¿no es eso?

Vale, eso anula el factor sorpresa. Está claro que la noticia ha corrido como la pólvora.

—¿Lo conocía?

—¿A la víctima? No, no sé quién era. Un banquero, ¿no?

—Julio Alberto Álvarez de Cortázar y Luengo —recita Marcos, mostrándole una foto del difunto mientras aún conservaba sus órganos dentro del cuerpo—. Consejero delegado del Banco de Inversiones Nostrum.

Jordi Monells le dedica una mirada de pesadumbre, de las de «no somos nadie» que se guardan para tales ocasiones.

—¿Es cierto lo que dicen en el periódico sobre su muerte?

—Lo siento, pero no podemos revelar detalles de la investigación.

—Sí, sí, claro. —Se inclina hacia adelante en el sofá, como si de pronto todo aquello hubiera despertado su interés—. Respecto al nombre de la asociación…, sabía que elegir ese nombre para la sociedad iba a traer algún que otro quebradero de cabeza, pero nunca imaginé que llegaría a ser interrogado por un asesinato. Discúlpenme —añade—, pero todo esto me parece un fascinante malentendido. En

realidad, aunque el nombre les pueda parecer satánico o diabólico, no tiene nada que ver con eso o muy poco al menos. Los hijos de Lucifer es una entidad sin ánimo de lucro encaminada a difundir la sabiduría, la cultura y los valores éticos más elevados entre la sociedad.

—¿Cultura y valores éticos? —interviene Nuria con extrañeza—. ¿Y qué tiene que ver eso con Lucifer?

—Es un malentendido muy común, agente Badal. Lucifer en latín significa literalmente «el portador de la luz». Es el nombre que los romanos daban al planeta Venus y denotaba sabiduría, un dios tomado del dios Fósforo de los griegos e hijo de Aurora y Cefalus. Era el portador de una sabiduría que se transmitía de los dioses a los humanos —añade—, pero los primeros cristianos retorcieron el sentido del nombre con su fanatismo excluyente, identificando todo lo que era cultura y conocimiento como obra de Satanás contra su estricta e intolerante imagen de dios.

—Algo así como los integristas islámicos de hoy en día.

—Algo así —confirma—. Los antiguos cristianos tomaron el nombre de Lucifer para bautizar a uno de sus demonios y dos mil años más tarde aún se sigue hablando del ángel caído y todas esas simplezas, cuando en realidad debería ser recordado como el dios de la sabiduría. Por eso elegimos ese nombre para la sociedad sabiendo que habría malentendidos, pero sin imaginar que algún día la policía llamaría a mi puerta.

—Y en esta sociedad suya… —apunta Marcos—, si no es mucho preguntar, ¿qué es lo que hacen exactamente?, ¿leer libros y fumar puros?

Una breve sonrisa curva los labios de Jordi Monells.

—También organizamos veladas musicales y literarias, apadrinamos investigaciones científicas, acogemos charlas… e incluso organizamos alguna que otra fiesta de vez en cuando para desempolvarnos un poco. No somos tan aburridos como parece.

—¿Y rituales? —quiere saber Nuria—. ¿Tienen algún rito de iniciación o solo hay que apuntarse como al gimnasio?

—Es un poco más complicado que eso, agente Badal. Todos los miembros han de demostrar haber realizado alguna aportación a la humanidad de alguna manera, ya sea cultural, científica o socialmente, pasar un pequeño examen y…, bueno, llevar a cabo un breve ritual, efectivamente.

—¿Qué tipo de ritual? —inquiere Marcos con interés—. ¿Algo parecido a los masones? ¿Son ustedes masones, por cierto?

—Algunos miembros lo son, sargento. Y no, nuestro ritual es muchísimo menos pomposo que el de los masones. Unas pocas velas, un par de juramentos y listo. No hay sables, compases ni capuchas de por medio.

—¿Y sacrificios? ¿Hacen algún rito de sangre?

—Por dios, no —replica horrorizado—. La mayoría somos animalistas convencidos y muchos son vegetarianos. Nunca mataríamos a un ser vivo para algo así.

—¿Y dónde se celebra ese ritual? —Ahora es Nuria la que pregunta de nuevo, haciendo a Monells girar la cabeza otra vez como si estuviera contemplando un partido de tenis—. ¿Aquí? ¿En esta casa?

—En efecto —asiente—. Tenemos habilitado un modesto espacio dedicado a ello. ¿Les gustaría verlo?

—Claro —acepta Nuria, mirando a Marcos de reojo—. ¿Por qué no?

8

Jordi Monells abre la pequeña comitiva encendiendo las luces a su paso mientras descienden por unas estrechas escaleras interiores a las que accedieron desde la cocina.

—¿Vamos al sótano? —quiere saber Nuria, al ver cómo siguen bajando.

—En realidad es la antigua alacena, que la hemos habilitado como salón de ceremonias.

—¿Alacena? —repite Marcos, volviéndose hacia Nuria.

—La despensa —le aclara.

—Ah, ya.

—… de cualquier modo —Monells sigue hablando escalera abajo —, ¿quién almacena alimentos hoy en día? Ni con la pandemia llegamos a usarla.

Finalmente, se detiene frente a una vieja puerta de madera, extrae una enorme llave de hierro del bolsillo del batín y la abre con un chirriar que habría sido la envidia del conde Drácula.

De inmediato se hace a un lado, enciende la luz, y ante los dos policías se ilumina un espacio de unos sesenta metros cuadrados, paredes de piedra vista, con un par de docenas de sillas antiguas frente a una gran mesa carcomida que parece hacer las veces de altar. Al fondo de la sala, rodeado de antorchas apagadas, descubre el mismo símbolo extraño que había visto en la página web, pintado en rojo sobre un panel de madera.

El conjunto resulta vagamente decepcionante y le recuerda el día en que, de niña, su padre la llevó a ver unos decorados de cine, y, a la luz del día, lo que en la pantalla parecían escenarios imponentes resultaron paredes de cartón piedra apuntaladas con tablones y andamios.

—A oscuras, con las velas y antorchas encendidas, el aspecto mejora —apunta Monells, que ha visto la expresión de Nuria—. He de admitir que le añadimos un poco de teatro y sugestión a la ceremonia, pero a los novicios les gusta una pizca de misticismo para que resulten más estimulantes.

—A mí me parece una sala de reuniones para alcohólicos anónimos —susurra Marcos al oído de Nuria.

—¿Qué significa el símbolo? —pregunta Nuria, señalando el fondo de la sala.

—Es un símbolo mágico que representa a Lucifer —aclara Monells

—. No está muy claro su origen, pero parece que es del siglo XV. Dicen que la «V» representa la dualidad hombre/mujer; la «X», el poder, y el triángulo invertido, el útero materno, pero bueno… —hace un ademán con la mano— son solo teorías y yo tampoco soy un experto. Para nosotros, es más un elemento decorativo que otra cosa.

—¿Y el 666 no lo usan para nada? —pregunta Marcos directamente.

Jordi Monells esboza una sonrisa paciente.

—No somos satanistas, como ya les he explicado antes. El 666 aparece en una interpretación del *Libro del Apocalipsis* de los cristianos, y esta asociación es cultural e intrínsicamente laica. Así que no —concluye rotundo, ligeramente molesto con la insistencia de Marcos—. No empleamos de ningún modo el 666 —remacha—. ¿Les puedo ayudar en alguna otra cosa?

—¿Me permite echar un breve vistazo? —apunta Nuria, señalando la sala—. Será solo un minuto.

—Por supuesto —asiente Monells, pero en el tono de voz ya se intuye el límite de su paciencia asomando en lontananza.

Antes de que eso ocurra y les invite a marcharse —sin una orden judicial, solo podrían estar ahí bajo la invitación de Monells—, Nuria se interna en la sala y comienza a recorrerla metódicamente, buscando cualquier cosa que le llame la atención. Lo cierto es que no espera hallar nada de nada, pero, ya que están ahí, prefiere perder un poco de tiempo que lamentar luego no haberlo hecho.

Barre con la mirada las sillas, la mesa, la tarima baja en que se halla y, cuando ya terminaba la breve inspección, una pequeña mancha marrón con forma de lágrima en una de las patas de la mesa le llama la atención.

Dándole la espalda a Monells y Marcos, que charlan sobre la masificación turística del barrio, Nuria saca el cortaúñas del pequeño estuche que lleva en el bolsillo del abrigo y, abriendo la navajita, rasca la superficie manchada hasta tomar una muestra y vuelve a guardársela en el bolsillo con sigilo.

Para disimular, hace como si estuviera apreciando el trabajo de ebanistería de la mesa pasando la mano sobre su superficie y, cuando termina, se pone en pie.

—Pues ya estaría —dice, aparentemente satisfecha—. Muchas gracias, señor Monells. Le agradecemos su colaboración.

—Un placer —contesta con una ligera inclinación de cabeza—. ¿Ha encontrado algo interesante?

—Todo en este sitio es interesante —arguye Nuria—. Pero no para nuestra investigación.

—Muchas gracias —añade Marcos—. Y disculpe las molestias.

—Me alegro de haber sido de ayuda, ha sido un placer —dice,

señalando la escalera—. Ambrosio los acompañará a la salida. Están invitados a volver cuando lo deseen —miente Monells a modo de despedida.

… Y Nuria tiene la sospecha de que aquella no es la única mentira que les ha contado.

—Ambrosio… —rezonga Marcos, conduciendo el Cactus por la C-58 de regreso a la central de Egara—. Manda cojones.

El sol había asomado brevemente entre las nubes, iluminando con inclemente claridad los edificios del barrio del Singerlín, arracimados en las peladas lomas de Santa Coloma y con vistas a las torres de alta tensión y la autopista.

Nuria mantiene la vista puesta en la ventanilla, esperando a que Marcos termine su monólogo sobre la privilegiada vida de los millonarios.

—Bueno —resopla—, al menos hemos salido un rato de la oficina. Aunque volvamos con las manos vacías.

—No del todo —apunta Nuria, sacando el estuche del bolsillo donde había guardado el cortaúñas.

—¿Qué es eso? ¿Te vas a hacer la manicura ahora? No vayas a dejar el coche con tus u…

—Mira —le interrumpe, mostrándole los restos de una sustancia marrón mezclada con virutas de madera, impregnados en la hoja de la pequeña navaja.

—¿Qué coño es eso?

—Ni idea, pero estaba en la mesa del sótano. A mí me parece sangre seca, ¿no?

—Pero… ¿cuándo has tomado la…? En fin, da igual. Sabes que, aunque sea sangre, sin una orden no tiene validez procesal.

—Lo sé. Pero sí que nos serviría para investigar a ese tipo, ¿no?

Marcos aparta la vista de la autopista.

—¿En serio crees que ese fulano puede tener algo que ver?

—La verdad es que no —admite Nuria—. Pero esta gente tan impoluta me produce mucha desconfianza. ¿A ti no? Cuanto más limpios parecen, más escondida tienen la basura, eso es todo.

Marcos parece meditar la respuesta unos segundos.

—Puede —dice al cabo, evidentemente seducido por la idea de fastidiar un poco la perfecta vida de Monells—. ¿Lo vas a llevar a analizar? Dáselo a Antonia y pídele que lo haga extraoficialmente. Luego, según resulte, decidimos qué hacer.

—Justo eso había pensado.

Marcos vuelve a mirar un momento a Nuria y sonríe.

—¿Qué? —pregunta ella.

—Nada. Es solo que… eres una chica lista. Me alegro de tenerte de compañera.

Nuria hace lo posible para no cambiar su gesto, pero las comisuras de sus labios se estiran en una sonrisa de satisfacción. No todos los días se recibe un halago de ese tipo.

Media hora después, Nuria balancea frente a los ojos de la forense una bolsita transparente con su cortaúñas en el interior.

—¿Y dices que lo has rascado de la pata de una mesa en una sala de ceremonias satanistas?

—Sí. Bueno…, no. En realidad, el tipo dice que es una asociación cultural, pero quiero asegurarme de que no nos está tomando el pelo.

Antonia menea la cabeza, dubitativa.

—Aunque sea sangre, quizá no sea reconocible el ADN. Puede estar contaminada.

—Sí, lo sé. Me da igual. Solo quiero saber si es sangre, lo que significaría que nos ha mentido a la cara y sí que hacen sacrificios de animales.

Antonia se encoge de hombros.

—Vale, eso es fácil. —La forense toma la bolsita y se la guarda en el bolsillo de la bata—. Como imaginarás, ahora estamos muy liados, pero se lo pasaré al becario y trataré de que te lo tenga listo esta misma tarde.

—Muchas gracias, Antonia. Por cierto, ¿habéis encontrado algo más en los análisis del cuerpo o la casa?

Antonia compone un gesto de fastidio.

—Nada nuevo. Quien fuera que lo hizo se anduvo con mucho cuidado de no dejar huellas de ningún tipo. Seguramente iba con guantes y esa huella parcial que tomamos del mando del grifo del baño de la habitación es lo único que tenemos. Pero hasta que no me traigáis sospechosos con los que cotejarla, es totalmente inútil.

—Ya… claro. Hacemos lo que podemos, pero por nuestra parte tampoco tenemos nada.

—No, Nuria —se apresura a decir Antonia, frunciendo el entrecejo—. No era una indirecta, ni mucho menos. Estas cosas tardan lo que tardan, y estoy segura de que lo acabaréis pillando.

—Ojalá —bufa Nuria—. Más vale que los otros equipos hayan tenido más suerte que nosotros. Gracias por todo y ya me avisarás cuando tengas eso —añade, señalando el bolsillo de la bata.

—Descuida —se despide Antonia y regresa por el pasillo hacia su laboratorio.

Nuria se queda allí plantada un momento, hasta que el teléfono de su bolsillo lanza un *ping* y ve un breve mensaje de Marcos:

«Sube. Ya».

Cuando llega al ala del DIC en la segunda planta, Sánchez está con cara larga sentado en el borde de su escritorio, con el resto del equipo haciendo corrillo frente a él.

Solo viendo las caras y la expresión corporal de la gente, Nuria ya sabe que las cosas no estaban yendo nada bien.

—Perdón —se excusa en voz baja, entrando en la sala y colocándose lo más lejos que puede de Sánchez y su cara de funeral.

—Los de Económicas y Crimen Organizado no han encontrado nada —prosigue el inspector—. Decidme que vosotros tenéis algo. ¿Hablasteis con la familia?

—Nada por ahí, jefe. Ni enemigos conocidos ni venganzas pendientes ni nada de nada —dice Raúl, repasando una pequeña libretita—. Según su mujer, el tipo se había reformado y ya ni siquiera bebía alcohol. Escuchándola, parecía que estaba hablando de San Pablo tras caerse del caballo.

—¿Y echaron algo de menos en la casa?

—Todo estaba en su sitio… Menos, bueno, ya sabe.

—Déjate de gilipolleces, Raúl.

—Sí, señor. —Traga saliva.

—No robaron nada, jefe —prosigue Carla—. La caja fuerte estaba intacta y ni el Rolex del muerto ni las joyas de la mesita de noche se llevaron. Nada de nada —repite.

—Bueno, está claro que no fue por dinero —sentencia Sánchez—. Nos queda el ajuste de cuentas, la venganza y los chalados —dice esto último dirigiéndose a Nuria y a Marcos.

—Estamos siguiendo una pista —se apresura a decir Nuria, antes de que Marcos confiese la cruda realidad—. Esta tarde puede que tengamos algo más.

—Que ese «puede» se convierta en un «aquí lo tiene» —le advierte —. ¿Estamos?

Nuria traga saliva y asiente.

—De acuerdo. Pues antes de las siete tenéis que darme algo, lo que sea con cara y ojos que pueda llevarle al comisario. ¿De acuerdo?

Un coro desafinado de síes y «a la orden» responde al unísono, y todos vuelven a sus mesas con aire de estar con algo gordo entre manos.

Menos mal que no tenían que ganarse la vida como actores.

—Lo del cortaúñas no es una pista, joder —le susurra Marcos a Nuria al oído, de camino a sus mesas—. Ahora vamos a tener que darle algo por cojones.

—Bueno, pensé que…

—Apréndete esto, Nuria —le interrumpe Marcos—. Esto es como el

ejército: más vale estar calladito y al final del pelotón; son los que llegan a viejos, ¿lo entiendes?

—Sí. Pero…

—Va, venga —la vuelve a interrumpir, ahora más conciliador—. Sigamos buscando sectas en Google y, con un poco de suerte, quizá podamos escaquearnos antes de las siete y ahorrarnos la bronca de Sánchez.

Nuria se rinde y al regresar a su silla teclea en Google «Jordi Monells».

—Ya veremos —musita en voz baja.

9

Resultó que, a pesar de vivir en un palacete del barrio del Borne con un mayordomo llamado Ambrosio, no había mucha información sobre Jordi Monells disponible en internet. El hecho de que no usara redes sociales ni procediera de una familia de pedigrí de Barcelona, sino de un minúsculo pueblo de la provincia de Girona, lo hacía casi un desconocido para los radares de Google salvo por la también escasa actividad de Los hijos de Lucifer, que no es que se anunciaran en Facebook precisamente.

Todo lo que Nuria ha podido recopilar es que su familia procede de unos payeses venidos a más en la comarca del Baix Empordà y que su abuelo había sido compañero de parranda nada menos que de Salvador Dalí. Su madre, tras divorciarse y quedarse con la mitad de la fortuna familiar, se había venido a Barcelona y comprado el palacete para rehabilitarlo cuando décadas atrás el Borne era aún un barrio marginal y salir de noche un deporte de riesgo.

Al heredero de la pequeña fortuna de los Monells no se le conocía actividad profesional alguna, así que Nuria dedujo que para mantener ese estilo de vida y no fundirse la herencia debía tener algún medio de subsistencia desconocido, posiblemente inmuebles o fondos de inversión. Toma nota de preguntarle a los de Delitos Económicos para que husmeen un poco en Hacienda.

Sobre Los hijos de Lucifer, no hay nada de nada. Así de simple. Ni listado de miembros, ni actividades sociales conocidas… Nada. Quizá no sean una secta satánica, pero tanto secretismo no le huele nada bien. No imagina cómo podrían ayudar al progreso humano y toda la murga que les había soltado Monells cuando apenas nadie sabe de su existencia. Aunque, claro —piensa—, en eso consisten precisamente las sociedades secretas, ¿no? «Todo para el pueblo, pero sin el pueblo», rememora de su etapa en el instituto. No recuerda a qué se aplicaba la cita, pero le da la impresión de que encaja con la visión del mundo elitista de gente como Monells.

Suena el teléfono de su mesa.

—¿Sí? —contesta, encajando el auricular entre la oreja y el hombro, sin apartar las manos del teclado del ordenador.

—¿Agente Badal? Soy Campos, de la Científica. Antonia me ha dicho que la llamase en cuanto tuviera el resultado del análisis.

Nuria tarda un momento en recordar a qué análisis se refería.

—Ah, sí. ¿Qué ha salido?

—Positivo en hemoglobina.

—Joder. ¡Lo sabía! —exclama, dando un golpe sobre la mesa—. ¿Y habéis podido averiguar de qué animal se trata?

—Sí, claro —repone Campos—. De los de dos patas y que toman café por la mañana.

—¿Humana? ¿Es sangre humana?

—Con un 99,9% de probabilidad. Podría ser también de orangután, pero no creo que sea el caso. ¿Quiere un estudio de ADN?

—¡Sí! —Casi grita al auricular de la emoción—. ¡Claro! Pensé que era imposible. Antonia me dijo…

—La sangre es relativamente fresca y las paredes celulares aún no se han roto —aclara el ayudante del forense—, así que podemos darte un análisis bastante decente.

—Genial. ¿Para cuándo?

La respuesta tarda unos instantes en llegar, y a Nuria le cuesta poco imaginárselo comprobando la hora. Ya son más de las seis.

—¿Mañana está bien?

—Está perfecto. —Sonríe Nuria al teléfono, feliz por ese inesperado golpe de suerte—. ¡Gracias!

—A mandar —dice Campos bastante menos excitado, y cuelga.

Nuria casi da un salto para ir a hablar con Marcos, que anda peleándose con la máquina de bebidas.

El inspector Sánchez se quita las gafas de leer y espera a que la pareja de detectives termine la exposición antes de contestar.

—Eso no quiere decir nada, la sangre puede ser de cualquiera —alega frente al entusiasmo de Nuria—. Y, además, al tomarlo sin una orden tampoco nos sirve como prueba ante un juez para pedir un registro.

—Nos sirve para saber que Monells nos mintió —aduce Marcos, apoyando la teoría de su compañera.

—No tiene por qué. Podría haberse herido cortando jamón.

—Creo que es vegetariano —apunta Nuria sin poder evitarlo.

La mirada de Sánchez le deja bien claro que calladita está más guapa.

—Jefe, vale la pena insistir con ese tipo. Nos ha mentido. Déjenos apretarle un poco.

—No me jodas, Marcos. No tenéis una mierda. Si voy a tu casa con una luz negra y luminol, seguro que aquello parece un cuadro de Jackson Pollock.

—¿De quién?

—Que no puedes registrar una casa ni interrogar a nadie por encontrar una manchita de sangre, coño.

—Pues no tenemos nada más —confiesa Nuria, abriendo las manos.

Ahora es Marcos quien la mira de reojo con cara de pocos amigos.

—Ese no es mi problema. Seguid investigando, joder. Algo tiene que haber. Nadie se entretiene en dejar el número de la bestia en el escenario de un crimen si no es por un motivo. Averiguad si la víctima tenía relación con Los hijos de Lucifer u otra secta satánica.

—Según su mujer —recuerda Marcos—, parece que era justo lo contrario. Incluso estaba yendo a misa los domingos. Se había vuelto creyente de buenas a primeras.

—Quizá lo hizo de cara a la galería —sopesa Nuria, volviéndose hacia Marcos—. Para que nadie sospechara o para tener acceso a objetos consagrados. Ya sabes, a veces los extremos se tocan.

—Tiene sentido. Si fuera un satanista, ¿qué mejor manera de disimularlo que pareciendo un devoto cristiano?

—Pues, venga, tirad de ese hilo —les despacha Sánchez, haciendo un gesto para que regresen a su mesa—. A ver si podéis darme algo con cara y ojos antes de que me vea con el comisario. —Mira el reloj de la pared—. Tenéis menos de una hora.

Obviamente, no lograron darle nada mejor a Sánchez, y Nuria se alegró de no estar presente en la reunión que debía haber tenido con Moncada esa misma tarde. La bronca les vendría en diferido mañana por la mañana, pero eso ya sería otro día.

De momento, ya está en casa de regreso con Melón arrullando en su regazo y un cuenco de yogurt con frutas y cereales en la mano.

Saltándose su rutina, está viendo el noticiario de la noche y la noticia estrella en todos los canales: el asesinato de Álvarez de Cortázar. Se habían filtrado media docena de fotografías y ya no cabe duda de que habían sido obra del asesino, quien había tenido tiempo de hacerlas después de terminar su trabajito. Está claro que no había ido con prisas.

Entre cucharada y cucharada, Nuria le da vueltas a las implicaciones de ese hecho.

¿Por qué las fotografías? ¿Era un exhibicionista? ¿Era una advertencia? ¿Una retorcida forma de alcanzar la fama? ¿Era obra de…

A - …un psicópata?

B - …alguien racional y minucioso?

C - …un profesional?

D - …todas las anteriores?

En cualquier caso, la conclusión a aquellas preguntas es siempre la misma: están jodidos. Aún más que antes, si es que tal cosa es posible.

Si hoy habían recibido más de cien llamadas, mañana serían mil.

Se acuerda del mensaje en su correo al pensar en ello y, echando un vistazo al móvil, comprueba que no ha recibido ninguno más.

Y justo entonces, sobresaltándola, el iPhone empieza a vibrar en su mano con el icono de llamada parpadeando con urgencia.

Es Marcos.

—Dime —contesta, esperando que no se le ocurra proponerle de nuevo tomar una copa.

—¿Estás en casa?

—En pijama y a punto de irme a la cama —le advierte.

—Pues vístete y ve a la dirección que voy a mandarte por WhatsApp.

—Mira, Marcos. Gracias, pero son casi las doce, no…

—Han matado a otro.

—¿Qué?

—Tenemos otra víctima.

—¿Otra víctima? —repite tontamente, tratando de volver a poner las neuronas en marcha—. ¿Quieres decir… relacionada con el otro asesinato?

—Eso parece.

—Pero ¿cómo sabes que…?

—No tengo respuestas, Nuria. Yo voy de camino. Nos vemos allí en media hora.

10

Para cuando Nuria aparca en la acera de la calle Sant Antoni Abad, a poca distancia del Teatro del Raval, la calle entera ya está atiborrada de ambulancias, vehículos de policía con las sirenas encendidas, un par de coches con pegatinas de TV3 y 8TV, una docena de reporteros y una pequeña multitud de curiosos estirando el cuello detrás de la cinta policial.

Justo en ese momento, en la cercana iglesia de San Lázaro, las campanas anuncian que es la una de la madrugada. Para ser un día entre semana y estar apenas por encima de cero grados, hay más gente en la calle de lo habitual deambulando y asomada a los balcones. Nuria piensa que lo que sucede en ese momento bajo sus ventanas debe de resultarles mucho más entretenido que seguir durmiendo o ver la tele.

Mientras muestra su identificación a un policía municipal, entre los vehículos que atascan la calle, Nuria distingue la Mercedes Vito blanca de la Policía Científica. O se han dado mucha prisa, o a ella la han llamado la última.

En el vestíbulo del teatro muestra de nuevo sus credenciales, esta vez a un mosso d'Esquadra que parece estar haciendo de taquillero.

De reojo se descubre reflejada en la cristalera que da paso al vestíbulo, y casi se asusta al ver sus pelos de loca anudados con una goma de pollo en un moño improvisado. Debería haberse mirado al espejo antes de salir de casa.

Por fortuna a partir de ese punto está obligada a llevar gorro, así que lo saca de su bolsillo junto a los guantes y los patucos desechables, y se los coloca antes de franquear la puerta principal y entrar en la sala.

De nuevo, por segunda vez en dos días, se queda clavada en el sitio, paralizada de puro estupor y sin llegar a entender del todo lo que está viendo ante sí.

Desde su situación al fondo de la sala, junto a la última fila de asientos tapizados en rojo, contempla confusa lo que parece ser la escena de una estrambótica obra de teatro.

Frente al telón de terciopelo rojo, una docena de miembros de la Científica enfundados en trajes EPI y varios agentes del DIC revolotean arriba y abajo sobre el escenario dando órdenes nerviosas entre flashes de fotos, como si estuvieran representado una función surrealista de esas que no entiende ni el fulano que la escribió.

Sobre ellos, alumbrado por los focos de la tramoya como si estuviera representando una versión alternativa de la Pasión de Cristo, un hombre despellejado cuelga boca abajo, atado por los pies. Sus manos y cabeza penden inertes a un par de metros del suelo, y a Nuria le recuerda vivamente la imagen de una vaca desollada colgando del techo de un matadero. Además, sin piel ni músculos que los mantengan en su sitio, varios metros de intestino se han desprendido del cuerpo y se amontonan en el suelo bajo el cadáver.

Si en casa de la primera víctima se quedó paralizada por el asco y la sorpresa, aquí lo está por la escenificación del asesinato y la obvia brutalidad de este. Solo en cierto tipo de películas podía llegar a verse algo así, y desde luego no era algo que esperaba contemplar esa noche mientras cenaba en casa el cuenco de yogurt con fruta, que ahora mismo pugna por hacer el camino de vuelta hacia el exterior.

—¡Nuria! —Una figura alta y delgada enfundada en traje EPI la llama desde el escenario haciéndole el gesto con la mano para que se aproxime. Reconoce a la subinspectora Antonia Grau.

Saliendo del trance, comienza a avanzar hacia la escena del crimen con pasos dubitativos. Le cuesta abarcar la brutalidad de la escena. Tanto, como la aparente indiferencia de los agentes que se mueven bajo y alrededor de la misma, dejando triangulitos amarillos aquí y allá, tomando fotografías y muestras del suelo como concienzudos recolectores de setas.

No es hasta ese momento que descubre al comisario Moncada y al inspector Sánchez hablando entre ellos en un rincón alejado del escenario. Viendo sus caras, parece que están haciendo la digestión de un sapo de considerables proporciones.

Ha sido la última en llegar y, según sube al escenario por la escalerita lateral, va reconociendo a sus compañeros y la barbaridad del crimen que tiene ante ella. La mancha de sangre se extiende bajo el cuerpo de la víctima como un agujero negro que todos procuran evitar. Al igual que la otra vez, también huele a sangre, orina y heces. Huele a muerte, y Nuria se pregunta si todos los asesinatos olerán igual.

—¿Qué te parece? —pregunta Antonia, bajándose la mascarilla y colocándose en la boca un cigarro que no va a encender.

A Nuria no deja de sorprenderle que, siendo el último mono en ese circo, la forense le pregunte su opinión. Procura escoger bien sus palabras para no parecer obvia, ni sabelotodo, ni que preferiría estar durmiendo tranquilamente en su cama.

Levanta la mirada hacia el cuerpo del hombre, al que además de la piel de la cara y del torso, en esta ocasión también le han arrancado la de la espalda.

—Pues yo diría que de esta no se recupera.

Antonia suelta una carcajada seca y está a punto de perder su cigarro. Todos los demás se vuelven hacia ella un instante, sorprendidos por el inusual acto de su jefa.

—¿Se sabe ya quién es? —pregunta Nuria a continuación.

—Es Arturo Galán —le informa Antonia—. Un actor que hacía de guaperas en películas de los ochenta y que ahora se dedicaba al teatro. Incluso vine a verlo actuar una vez, años atrás. ¿No has visto *Amor y gloria* ni *Pasión de medianoche*?

—Pues no, lo siento.

—Bueno, no te perdiste gran cosa, pero por aquel entonces el amigo estaba más bueno que un queso mancheg…

—Subinspectora —le interrumpe un miembro de su equipo—. Ya hemos terminado con las huellas. ¿Lo descolgamos?

—Sí, pero con cuidado. Tomad también huellas y fibras del cuerpo y de la cuerda —añade—. Antes de que toque el suelo.

—A la orden.

—¿Y bien? —insiste Antonia, devolviendo su atención a Nuria—. ¿Qué ves?

—Otra escenificación. —Nuria ha tenido tiempo de pensar la respuesta—. Como la de anteayer, pero aún más exagerada. El asesino, si es que es el mismo, quiere llamar la atención.

—Eso está claro. Dime algo que yo no vea.

—Es fuerte o son varios, para poder subir el cuerpo a esa altura con cuerdas.

—No tiene por qué —objeta Antonia—. Los tramoyistas del teatro usan poleas. Podría haberlo subido un niño de diez años.

—Vale…, pues, descartando que el asesino sea un niño de diez años, diría que, si es la misma persona que asesinó a Alberto Álvarez, tiene una obsesión con despellejar a la gente.

—¿Qué más?

—Bueno, pues, según lo veo, dos asesinatos tan… sangrientos en unas 48 horas apuntan a que se trata de un sicario a sueldo al que han pagado no solo por eliminar a dos objetivos, sino para lanzar un mensaje, al estilo de los narcos mexicanos. Eso, o tenemos a un loco extremadamente creativo suelto en la ciudad con algún tipo de problema con los sexagenarios. —Hace una pausa para ver si Antonia se da por satisfecha, pero sigue mirándola como si aún no hubiese dicho nada—. Quizá el señor Galán pueda ser la clave —prosigue—. Cuando establezcamos la conexión entre él y Álvarez, seguro que aclaramos muchas cosas.

Mientras Nuria habla, la gente de la Científica ha terminado de tomar muestras del cadáver y lo ha bajado hasta el suelo, envolviendo a Arturo Galán y sus tripas en una bolsa negra que cierran con un rasgueo de cremallera antes de subirlo a una camilla.

El escenario es ahora un reguero de huellas rojas como radios extendiéndose desde el charco de sangre.

—Cinco litros de sangre son muchos litros, vistos así —dice una voz a su espalda.

Es Marcos. No lo ha visto llegar.

—¿Hora aproximada de la muerte? —pregunta Marcos a Antonia.

—Sobre las ocho u ocho y media de la noche. —Calcula a ojo—. Por la consistencia de la sangre, no hace ni cuatro horas.

—¿Quién lo encontró? —pregunta Nuria.

—La señora de la limpieza —aclara Marcos—. En cuanto recupere el habla, Raúl y Clara la interrogarán. Aunque de ahí no creo que haya mucho que rascar.

—¿Tienen algo? —pregunta ahora Sánchez, acercándose al grupo por el escenario.

Moncada ha desaparecido de escena, seguramente camino de la Conselleria de Interior de la Generalitat, a pocos minutos de allí.

—Un millón de huellas, un kilo de fibras y una importante falta de sueño —replica Antonia, la única con la potestad de contestar así al inspector.

—¿Cuánto tardará tu equipo en cotejarlas?

—Si se pasan la noche en vela, para mañana al mediodía puedo tener un informe preliminar. Pero, si los dejo sin dormir, es más fácil que cometan algún fallo o pasen por alto algo importante.

—Habrá que arriesgarse —alega Sánchez—. Quiero la autopsia y ese informe a las nueve encima de mi mesa.

Antonia le da una calada ficticia a su cigarro.

—Haré lo que pueda.

Sánchez respira hondo y parece morderse la lengua.

—No podemos perder un minuto —les dice a Nuria y Marcos, pero dirigiéndose especialmente a la forense—. Aunque tengamos que estar toda la semana sin dormir, hay que pillar a este cabrón antes de que vuelva a hacerlo o se nos escape, porque se nos va a echar todo el mundo encima antes de decir Jesús. Si el asesino ha vuelto a tomar fotos y se las manda de nuevo a la prensa, el alcalde, el conseller de Interior y el *molt honorable president* nos van a colgar de las pelotas en mitad de la plaza de Sant Jaume. A todos —subraya para que no les quepa duda de que ninguno queda a salvo, ni siquiera la nueva.

—Nos pondremos a ello ahora mismo —responde Marcos de inmediato, al borde del peloteo.

—Eso espero.

—Inspector —interviene Nuria—. Supongo que, a la vista de esto —señala el charco de sangre—, ya no tiene sentido seguir con la pista satánica y el 666 de marras, ¿no?

Sánchez se la queda mirando un instante y luego se dirige a Marcos

y Antonia.

—¿No se lo habéis dicho?

—¿Decirme? —inquiere Nuria, volviéndose hacia sus dos compañeros—. ¿El qué?

Sánchez saca la pequeña radio de bolsillo que lleva colgada del cinturón.

—Apaguen las luces de la sala un momento —ordena.

Durante unos segundos no pasa nada, pero luego se apagan una a una hasta que se quedan totalmente a oscuras.

Entonces alguien ilumina el telón de terciopelo con una linterna de luz negra… y ahí está.

Sobre la tela roja, brillando por el efecto del luminol, un triple seis pintado a brochazos con la sangre de un actor de teatro.

11

La semana de clases había transcurrido con la monotonía habitual, solo rota por los comentarios sobre sus fotos que habían corrido como la pólvora. La mayoría positivos, una previsible minoría negativos de las envidiosas de siempre y un par o tres bastante interesantes de los chicos de moda en el instituto.

Mauro no había sido uno de ellos, pero Paula le insistía en que las había visto y no tardaría en invitarla a salir.

Lo que no se había esperado realmente es que al regresar a casa ese viernes se encontrara un mensaje en la bandeja de entrada remitido por la Agencia Fotográfica Pigmalión:

Estimada Laura:

Le escribimos para proponerle una sesión fotográfica y la creación de un book profesional sin costo alguno. Hemos visto sus fotos en internet y nos hemos sentido impresionados.

Creemos que tiene un gran potencial en el mundo del modelaje y nos ofrecemos para ayudarla a iniciar una prometedora carrera de modelo.

Si está interesada, contacte con nosotros en esta misma dirección de correo haciéndonos llegar sus datos personales.

Atentamente.

AGENCIA FOTOGRÁFICA PIGMALIÓN

Laura tiene que leer tres veces el email y comprobar la dirección para asegurarse de que no se trata de una broma.

¿Es posible?, se pregunta. No hace ni cinco días que ha colgado las fotos y la predicción de Paula se ha cumplido. Pensaba que cosas así solo pasaban en las películas y, desde luego, que nunca le iban a pasar a ella.

Su primera idea es llamar a su madre para contárselo, pero de inmediato razona que, con un ciento diez por ciento de probabilidades, le dirá que no, que lo que tiene que hacer es estudiar y que si quiere ser modelo lo haga cuando haya terminado la universidad.

El texto del correo sigue frente a ella en la pantalla, como una invitación a un mundo paralelo al que solo en sueños había creído poder acceder. El instituto iba a seguir ahí siempre, pero esta podía ser una oportunidad única en la vida.

Piensa en llamar a Paula y pedirle consejo, pero también sabe lo que le va a decir su amiga, así que toma aire y, resuelta, comienza a

escribir la respuesta.

A la hora de la cena, la pequeña familia de Laura se reúne alrededor de la mesa del comedor con la televisión dando las noticias de fondo.

No es hasta que terminan el flan del postre que Laura carraspea y limpiándose los labios con la servilleta se atreve a preguntar:

—Mamá, papá —dice—. ¿Os gustaría que fuera modelo?

Su padre alza las cejas con sorpresa y parpadea varias veces antes de tomar la palabra:

—Bueno. Si es lo que tú quieres...

—¿Estás de coña? —objeta su madre—. ¿Quieres que tu hija sea modelo?, ¿que acabe siendo una anoréxica enganchada a las drogas?

—Mamá —protesta Laura—. Eso no es así.

—Yo no he dicho que lo quiera —alega a su vez el marido, alzando las manos—. Solo que...

—¿A qué viene eso de querer ser modelo? —interrumpe su madre, volviéndose hacia Laura con ceño inquisitivo—. ¿De dónde has sacado esa idea tan ridícula?

Laura traga saliva sonoramente.

—Solo... preguntaba. Pero no me parece que sea una idea ridícula.

—Tú lo que tienes que hacer es acabar el instituto, luego la carrera y, cuando la termines, entonces podrás hacer lo que te dé la gana.

—Pero para entonces ya seré vieja.

—No digas tonterías —objeta su madre—. Apenas tendrás veintipicos años cuando salgas de la universidad.

—Pues eso, vieja. A esa edad muchas modelos ya se han retirado.

—¿Pero qué mosca te ha picado, Laura? ¿Es que ya no quieres ir a la universidad?

—¡Claro que quiero! Es solo que... Bueno, tú misma me dijiste que estaría bien explorar todas las opciones, ¿no?

—Todas las opciones universitarias —puntualiza, alzando el índice —. Elige la carrera que quieras, pero elige una. ¿Es que quieres acabar de mujer florero o de gogó en una discoteca de Ibiza? Porque es ahí donde terminan el noventa y nueve por ciento de las chicas que quieren ser modelos.

—Yo no quiero dejar de estudiar, mamá. Es sólo que... —añade y se queda en silencio.

—¿Solo qué?

Laura niega con la cabeza y chasquea la lengua.

—Olvídalo... —añade haciendo un ademán—. Solo ha sido una pregunta tonta.

—¿Seguro? —pregunta su padre en tono cordial, atreviéndose a meter baza de nuevo.

—Seguro —asiente Laura y, poniéndose en pie, toma su plato y sus

cubiertos—. Me voy a mi habitación. Tengo deberes que hacer.

Y con cara de póker se aleja por el pasillo, seguida por la mirada preocupada de su madre.

Para cuando Laura cierra la puerta de su habitación tras de sí, ya ha tomado una decisión.

12

—¡Quiero el informe ya! —Al teléfono, Sánchez alza la voz—. Me importan tres cojones la secuenciación de ADN y el VNTR. Lo que quiero es la autopsia y la comparativa de fibras y de huellas. ¡Sí, de todas! —exclama—. Lo otro ya lo haréis luego. ¿Estamos? —Y no da tiempo a réplica alguna antes de colgar de un golpe.

El resto de los agentes del DIC vuelve a meter las narices en sus asuntos, no sea que les alcance la metralla del cabreo del inspector.

No son ni las nueve y media de la mañana y Sánchez ya está más tenso que el fontanero del Titanic. La reunión de la noche pasada del comisario Moncada en la consejería de interior no debió ir muy bien.

—¿Alguna novedad con los interrogatorios? —pregunta en voz alta desde su mesa, dirigiéndose a Raúl y Carla.

Raúl no necesita ni sacar su libretita para repasar las notas.

—Nada de la señora de la limpieza ni del conserje. Esa noche no hubo función y la víctima, como era habitual, fue a ensayar por su cuenta. Generalmente le dejaban el teatro para él solo hasta que se iba a casa, incluso después de que se fuera la señora de la limpieza.

—¿Tenía llave del teatro?

—Salía siempre por la puerta de emergencia, que tiene la alarma desactivada.

—¿Y cámaras? —pregunta ahora, dirigiéndose a Marcos y Nuria.

—Una de la urbana en la calle, en la esquina, pero la farola estaba estropeada, y de noche y de lejos no se ve un pimiento. De cualquier modo, hemos mandado la grabación a los informáticos, a ver si pueden hacer algo de magia.

—¿Ninguna otra?

—Hay dos de pega en el interior de una tienda todo a cien —contesta Nuria—, y una en el cajero automático de una tienda de carcasas de pakis, pero aún no nos han contestado de la empresa de seguridad.

—Pues insistid. ¿Qué más?

—Hemos solicitado un listado de trabajadores del teatro —apunta Carla—, y le hemos pedido a Delitos Económicos que coteje las cuentas de Arturo Galán con el banco de inversiones de la primera víctima. Puede que salga algo de ahí.

—¿Habéis registrado el camerino?

—De arriba abajo, y ni rastro de drogas ni botellas de whisky escondidas en el armario. Le hemos encontrado un par de denuncias

de años atrás, pero ahora mismo debía de ser el actor más aburrido del mundo de la farándula.

—No me lo creo —recela Sánchez—. Esa gente siempre tiene alguna historia rara. ¿Estáis comprobando su ordenador?

—Lo tienen los informáticos, pero al ser un Mac les llevará algo más de tiempo.

—Comprobad el email y si tiene relación con la primera víctima o con Los hijos de Lucifer o alguna otra secta satánica. Tiene que haber algún tipo de conexión.

—¿Entre un banquero reformado con mujer e hijos y un actor de segunda venido a menos? —pregunta Marcos—. No parece fácil.

—Igual esa es la clave —salta Nuria, antes de que lo haga Sánchez —. ¿Y si los dos se han reformado? ¿De qué eran las denuncias? —le pregunta a Raúl.

Este ahora sí que ha de consultar su libreta.

—Agresión y abuso sexual, pero en ningún caso llegaron a juicio. Las dos mujeres retiraron los cargos antes de la vista.

—Les pagaron para hacerlo.

—Seguramente.

—¿Podrías localizarlas?

—Hazlo tú —replica Raúl—. No soy tu puta secretaria.

Nuria sabía que no era el momento ni el lugar, pero fugazmente recordó a su padre diciéndole a la salida del colegio que nunca se dejase avasallar por los abusones.

—Si yo tuviera secretaria… —replica al instante—, no sería un gilipollas como tú.

—¡Ya basta! –ataja Sánchez—. Aquí el único que insulta soy yo, y al próximo que mee fuera de tiesto lo mando a Tráfico. ¿Estamos?

—Pero…

—¿Estamos?

—A la orden —repiten Raúl y Nuria a regañadientes.

Marca el reloj del departamento las 11:58 cuando Antonia aparece por la puerta con una carpeta bajo el brazo como quien da un paseo. Es su forma poco sutil de decirle a Sánchez que se meta la presión y las prisas allá donde la espalda pierde su nombre.

—¡Joder! ¡Por fin! —exclama el subinspector, dando una palmada a la mesa.

Carla y Raúl están en el teatro interrogando al personal, así que, además de Sánchez, solo están Marcos y Nuria allí, recopilando teléfonos y nombres de los amigos y familiares de Arturo Galán.

—Hemos ido todo lo rápido que hemos podido —alega la forense, dejando el informe sobre la mesa de Sánchez—. Os he mandado una

copia a todos por email —añade.

—Bueno, desembucha —la apremia Sánchez—. ¿Conclusiones de la autopsia?

—El mismo *modus operandi* —dice Antonia cruzándose de brazos, tratando de hacer un chiste de humor negro que solo ella entiende—. Le inyectaron curare y adrenalina con el mismo propósito, que estuviera paralizado pero consciente mientras lo despellejaban de arriba abajo o, mejor dicho —se corrige a sí misma—, de abajo a arriba. Por la inclinación del corte, creemos que ya estaba colgado cuando le practicaron la extirpación de la dermis. Creemos que estuvo vivo más de dos horas mientras terminaba de desangrarse.

Nuria se lleva la mano a la boca para ahogar un gemido de horror.

—Qué hijos de puta —murmura Marcos.

—¿Y el instrumento? —pregunta Sánchez.

—El mismo, aparentemente. Un bisturí o similar.

—¿Sigue pensando que no hacen falta conocimientos médicos para hacerlo?

Antonia niega con la cabeza mientras saca un Marlboro mentolado y se lo lleva a los labios sin intención de encenderlo.

—Ambos asesinatos podrían ser igualmente obra de un carnicero o de un chaval que ha visto cuatro tutoriales en YouTube. No hace falta la carrera de Medicina para poner dos inyecciones y arrancarle el pellejo a alguien.

—¿Alguna diferencia respecto al primer asesinato, aparte de lo obvio? —se anima a preguntar Nuria.

—Nada relevante.

—¿E irrelevante?

—Tampoco, salvo la constatación de que es el mismo asesino o asesinos. Dado que los detalles del curare y la adrenalina no trascendieron a la prensa, podemos descartar un imitador.

—¿Y qué hay de las fibras y las huellas? —interviene Sánchez—. ¿Alguna coincidencia?

Antonia estira una sonrisa, que a Nuria le recuerda la de Melón el día que se zampó una lubina que había dejado descongelándose sobre la encimera de la cocina.

—Ahí es cuando la cosa se pone interesante —afirma la forense, dándole una calada a su cigarro apagado—. No hemos hallado coincidencias en fibras ni en huellas…, salvo una excepción.

—¿Qué excepción? —pregunta Marcos.

—Se trata de una huella con un 68 % de probabilidad de coincidencia con la huella parcial hallada en el baño de la habitación de la primera víctima. En otras circunstancias, un 68 % no daría para hacer una correlación razonable ni serviría ante un juez, y por eso el sistema no la correlacionó con la base de datos de la Policía Nacional.

Pero ahora, sin embargo, podría ser que tuviéramos la huella entera.

—Me vale —dice el inspector—. Vosotros dos —se dirige a Marcos y Nuria—, poneos ahora mismo a buscar en la base de la Policía Nacional. Igual esta vez tenemos suerte.

—Eso no va a hacer falta —comenta Antonia, de forma casi casual—. Ya sabemos de quién es esa huella…, aunque eso es lo más raro de todo.

—¿Raro? ¿Por qué? ¿De quién es la huella?

—De Antonio Galán.

—¿Cómo dices?

Antonia da otra calada ficticia.

—Digo que la huella parcial hallada en el baño de Julio Alberto Álvarez de Cortázar y Luengo coincide en un 68 % con las de Antonio Galán.

—No me jodas —se le escapa a Marcos.

Antonia le lanza una mirada apreciativa, como si calculara los beneficios de seguir su consejo.

—¿Cómo es eso posible? —piensa Sánchez en voz alta—. ¿Estás sugiriendo que la víctima número dos asesinó a la víctima número uno arrancándole la piel, y dos días después alguien asesina a la víctima número dos del mismo modo?

—Yo no insinúo nada —recalca Antonia—. Yo os pongo los datos encima de la mesa, sacar conclusiones es cosa vuestra. Solo soy una humilde forense.

Sánchez le devuelve una mirada tan clara de «humilde, mis cojones» a Antonia que podría haberse hecho una camiseta con la frase y no habría sido más evidente.

—¿Y si… —elucubra Nuria— Antonio Galán no es el asesino? ¿Y si estuvo en casa del banquero días antes por alguna otra razón y justo su huella es la única que hemos encontrado?

—Una huella en el baño suite de la habitación del piso de arriba sugiere una gran confianza —apunta Marcos—. A las visitas en esas casas de lujo se las manda al baño de invitados.

—Exacto —asiente Nuria—. Lo que nos indicaría que quizá había una relación entre ambos, quizá incluso íntima.

Sánchez inclina ligeramente la cabeza, como los perros cuando prestan mucha atención a un sonido lejano.

—¿Estás sugiriendo que Galán y Álvarez eran amantes?

—Ateniéndonos a las pruebas, podría ser, ¿no? —Nuria mira de reojo a Antonia y comprende que la forense ya había llegado a la misma conclusión—. Lo que nos llevaría a pensar que se trata de un crimen pasional cometido por un tercero. Puede que un tercer amante de un triángulo amoroso que se vio excluido, o quizá un hombre o mujer despechados. Alguien con la confianza de las víctimas que le

permitió reducirlas sin señales de lucha.

—Y con la oportunidad, los medios y lo bastante jodido o jodida de la cabeza como para matarlos de ese modo —añade Marcos.

—Un triángulo amoroso con un vértice psicópata —deduce Sánchez, pensativo.

—A mí me cuadra —afirma Nuria.

—Vale —asiente el inspector, aparentemente convencido—. Dejadlo todo e ir a interrogar a la mujer del banquero y a sus hijos. Averiguad si el fulano era gay o tenía algún tipo de relación con Arturo Galán; quizá toda esa devoción religiosa sobrevenida era una maniobra de despiste. No sería el primero —añade—. Pero antes, id con Antonia y su equipo a casa del actor en busca de huellas y fibras del banquero, por si las visitas eran recíprocas y por si hay pruebas de una relación que la esposa negará sin duda alguna —y descolgando el teléfono, concluye—: Yo voy a llamar al comisario Moncada para darle la buena nueva. Por fin tenemos un hueso que darle a los de arriba para que se entretengan royendo un rato. —Y tecleando la extensión del despacho del comisario en el aparato, comenta—: Creo que estamos muy cerca de finiquitar todo este asunto.

13

La vivienda de Arturo Galán está a pocas manzanas del teatro. Un sexto piso reformado en la Rambla del Raval, de techos altos y buenas vistas. Una propiedad a nombre de Agapito Peláez, que resulta ser el nombre real de Arturo Galán.

—Agapito...—comenta Marcos, internándose en la casa con Nuria a su espalda—. Joder. No me extraña que se pusiera un nombre artístico.

El equipo de la Científica, mientras tanto, aguarda en la furgoneta aparcada en la acera.

La primera imagen que les recibe en la casa es una fotografía tamaño espejo de recibidor de Arturo/Agapito, cuando este aún era joven y famoso.

Nuria anticipa sin decirlo que, si eso es lo que hay en el recibidor, no quiere ni pensar cómo será el resto de la casa. Y no se equivoca.

Toda la vivienda, de unos cien metros cuadrados, es un decadente monumento a la vida y obra del actor. Los pasillos, el salón y las habitaciones están empapelados con *posters* amarilleados de películas que apenas le suenan, obras de teatro, fotografías dándose la mano con personajes más o menos conocidos y algunos premios menores y diplomas de reconocimiento ocupando cada centímetro cuadrado de pared.

En cierto modo, esa casa le recuerda a la de su madre, atiborrada de recuerdos y sin espacio físico ni mental para crear nuevos. La casa en sí es como un mausoleo, un escenario de una obra pasada de moda que la noche anterior se quedó sin reparto.

—Al parecer, no tenía hijos ni pareja conocida —menciona Nuria, repasando sus notas en el móvil—. Solo una ex de la que se separó veinte años atrás.

—Podría ser interesante hablar con ella —dice Marcos, mientras avanza registrando la casa con la mirada.

—Podría, pero murió hace tiempo.

—Ah, eso lo complica ligeramente.

—Sí, un poco —confirma Nuria, pasando el dedo por encima de una estantería colmada de premios y comprobando que no tiene una mota de polvo. Tuerce el gesto al comprobar que la casa de un muerto está más limpia que la suya.

Se pasean por la vivienda como por un paraje extraño en el que cada cosa que tocan parece imposible volverla a dejar como estaba.

—Es un jodido museo —apunta Marcos—. Va a llevar horas registrarlo. Debe de haber un millón de cosas.

—La pesadilla de una mudanza —añade Nuria, que aún recuerda con escalofríos la última que tuvo que hacer.

—Tú empieza por las habitaciones y yo por el salón —indica Marcos, sacando el teléfono—. Le diré a Antonia que suban en quince minutos.

—Que sean treinta.

Marcos mira a su alrededor y asiente.

Dos horas y media más tarde, la casa está patas arriba, pero no han hallado nada que relacione a Arturo Galán con el banquero, ni fotos, ni notas, ni post-it en la papelera. Tampoco nada relacionado con Jordi Monells y Los hijos de Lucifer u otra secta satánica, ni nada que apunte a una posible homosexualidad o bisexualidad del actor. Dada la absurda proliferación de fotos, afiches y cuadros con su rostro, más bien parece que sus relaciones sexuales eran tirando a onanísticas.

Nuria calcula que, cuando los del departamento informático registren el disco duro de Galán y su historial de internet, podrán comprobar qué tipo de porno veía y cuáles eran sus gustos reales al respecto. De momento solo pueden especular, pero todo apunta a que no hay nada excesivamente raro en la vida del actor, salvo su exagerada afición a sí mismo.

—Aquí ya no hacemos nada —razona, abriendo los brazos—. Deberíamos ir saliendo ya para la casa de la viuda, no sea que al final lleguemos tarde.

La viuda es Margarita Bonanova i Roura, la doliente heredera de la fortuna de Julio Alberto Álvarez de *Blablablá*, que ha accedido a entrevistarse con ellos hoy mismo. —Así lo ha dicho, como si fuera a verse con una reportera del *¡Hola!* y no con los policías que llevan el caso del asesinato de su marido.

Con un apellido compuesto que a la vez es un toponímico del barrio del que es natural —como lo sería apellidarse Castellana en Madrid o Porvenir en Sevilla—, Nuria ya se hace una imagen mental de la mujer y de que seguramente no les va a poner las cosas fáciles. Por su corta experiencia, casi nunca lo hacen y a la mínima presión sacan la agenda y empiezan a recitar su lista de contactos como si fuera una oración protectora a los dioses del Olimpo.

—Tienes razón —coincide Marcos comprobando su reloj—. Vamos tirando.

Se despiden de Antonia y su equipo, que están a lo suyo con sus monos blancos y sus bolsitas de pruebas, y bajan hasta la calle, donde han dejado el Cactus negro aparcado de cualquier manera junto a la

furgoneta de la Científica y custodiados por un municipal, que en ese barrio nunca se sabe.

Sin perder tiempo se encaminan hacia el barrio de la Bonanova, donde Margarita ídem se encuentra estos días en casa de una amiga junto con sus dos hijos. La amiga, al parecer, está pasando el invierno en Dubái, así que les ha asegurado que estarán solos y sin interrupciones.

Llegan poco antes de la una al edificio de alto standing, donde les recibe el portero y les indica que usen el ascensor de servicio, ya que el principal es exclusivo para los inquilinos del inmueble.

La proletaria que habita dentro de Nuria bulle ante la sugerencia y está a punto de decirle al portero alguna grosería, pero Marcos la agarra del codo antes de que diga nada y tira de ella hacia el montacargas antes de que abra la boca.

—Es solo un empleado —le dice, esperando al ascensor de la parte de atrás—, y aunque sea por interés vale la pena no decirle nada. Puede que un día sea un testigo clave en un caso y se acuerde de ti.

—Lo sé, lo sé… —admite Nuria—. Es que me hierve la sangre con este clasismo trasnochado. ¿Qué se piensan?, ¿que vamos a mearnos en el ascensor?

Para cuando llegan al piso, el ama de llaves los espera en el recibidor —hay un solo piso por planta— y les pide que la sigan.

Cuando llegan al salón, allí les espera Margarita Bonanova, de pie con las manos en el regazo, en tacones altos y enlutada en un traje de Chanel, Prada o alguna otra marca de postín que la hace parecer Jacqueline Kennedy Onassis a los ojos de Nuria.

Además, le sorprende la aparente juventud de la viuda, que según la documentación cuenta ya con cincuenta y dos primaveras, pero que así a primera vista difícilmente parece alcanzar la cuarentena. La mujer es tan alta como Nuria, delgada y con ese porte elegante mezcla de seguridad y condescendencia que se hereda o se mama desde la cuna.

«La madre que la parió», piensa Nuria para sí, odiándola y al tiempo rezando por tener su mismo aspecto físico cuando llegue a los cuarenta.

—Buenos días, señora Bonanova —la saludan, estrechándole la mano.

—Buenas tardes —corrige ella, invitándolos a tomar asiento en el sofá del salón con un vago ademán—. ¿En qué puedo ayudarlos? Ya contesté a todas las preguntas de sus compañeros.

La sonrisa y el tono pretenden ser amables, pero Nuria ve —o imagina— que los mira como a *umpalumpas* del inframundo que vienen a importunarla.

—Lo sabemos —dice Marcos, que al ser el veterano lleva el peso

del interrogatorio—, pero tenemos nuevas preguntas que hacerle a raíz de las pruebas que han ido apareciendo. Ojalá esta sea la última vez que la molestamos

—Eso espero —responde con frialdad, tomando un cigarrillo *Gauloises* y encendiéndolo sin ofrecer ni preguntar si les molesta.

Nada de «lo que sea necesario para atrapar al asesino de mi esposo» ni algo parecido. «Eso espero», dice dando una calada, y Nuria confirma sus sospechas de que no lo va a poner fácil. Muy relajada se la ve, piensa, para llevar menos de 72 horas ejerciendo de viuda.

—Le ruego absoluta sinceridad —dice Marcos, bajando el tono de voz una octava—, y que conteste todas las preguntas por muy raras o inoportunas que le parezcan. Recuerde que todo lo que diga es confidencial y nuestra única intención es atrapar al asesino de su marido.

Ese tono de voz es el que pone Marcos cuando trata de seducir a una mujer. Nuria ya lo tiene calado y se pregunta si es una sutil técnica de interrogatorio o está intentando seducir a la viuda para beneficiársela.

La advertencia de su compañero, sin embargo, pone en alerta a Margarita Bonanova, que se yergue en su sillón y los mira a ambos como si pensara que van a preguntarle sobre su marca favorita de vibrador.

—¿Recuerda algo fuera de lugar en estos últimos días? Cualquier detalle, por nimio que le parezca, podría resultarnos útil. ¿Algún comportamiento o mensaje inusual de su marido?

—Ya les dije que no a los otros policías.

—¿Amenazas? ¿Mensajes llamativos?

—Alberto era banquero —responde—. Naturalmente que recibía amenazas. Si llevas un banco y nadie te amenaza de muerte, es que no estás haciendo las cosas bien —sentencia con naturalidad—. Desde lo de «las preferentes» y que algunos medios se cebaran con la banca por hacer algo que nos permitía la ley y la CNMV, mi marido recibió tantas amenazas que tuvimos que poner seguridad en casa. No se imaginan lo mal que lo pasó mi familia con todo aquello.

Nuria piensa en los cientos de miles de ciudadanos a los que arruinaron los bancos y los centenares de suicidios por su causa, incluido el de su padre, y ha de hacer un ejercicio de autocontrol para no saltar sobre la mujer y decirle un par de cosas a la cara.

—Según nos consta de su declaración —prosigue Marcos—, usted dijo que desde entonces su marido se había vuelto más religioso. ¿Por qué razón?

—¿No es evidente? —replica la mujer—. Todas aquellas noticias, todo aquel señalamiento tan injusto afectó mucho al pobre Alberto, haciéndole sentirse culpable. Así que buscó refugio en Jesús nuestro

Señor. ¿Qué haría usted —pregunta a Marcos— si recibiera cien correos al día deseándole que arda en el infierno?

—¿Conserva alguno de esos correos? —pregunta Nuria.

—No, ninguno —aclara, dando una calada—. Al principio lo hicimos, por si llegaba el día en que nos hicieran falta, pero cuando se acumularon miles de ellos y a la policía no le importó —Nuria nota resquemor en la respuesta—, decidimos deshacernos de ellos según llegaban. Yo misma los filtraba y destruía para que Alberto no los tuviera que leer.

—¿Y no recuerda si alguno de esos mensajes mencionaba algún aspecto relacionado con las… circunstancias de la muerte de su marido?

—Si lo hubiese se lo habría dicho, ¿no cree? —le espeta, casi como si le escupiese.

—¿Y alguna mención al diablo o temas satánicos? —aventura Marcos.

—¿Lo dice por el «666»? ¿Cree que unos satanistas pueden haber matado a mi esposo?

La actitud de la mujer hacia Marcos es menos arisca que con Nuria, y esta piensa que igual el truco de la seducción sí que funciona. Decide dejar que sea él quien siga haciendo las preguntas.

—Tenemos que descartar todas las posibilidades, señora Bonanova.

—Pues no. —Niega con la cabeza, dando otra calada—. No recuerdo nada así.

Marcos pasa una hoja de su libreta y pregunta:

—¿Sabe si su marido conocía a un tal Jordi Monells?

—No me consta, pero pueden consultarlo en la agenda de su teléfono, que se han llevado —contesta con tono de reproche.

—¿Y con la asociación Los hijos de Lucifer?

Margarita Bonanova echa la cabeza hacia atrás como si de pronto hubiera olido algo desagradable.

—¿Lo pregunta en serio?

—¿Sabe si su marido tuvo alguna vez relación con alguna secta satánica?

—Mi marido era un buen cristiano —replica con la mandíbula tensa—. ¿Han venido aquí a preguntarme o a insultar la memoria de Alberto?

—¿Y a Arturo Galán? —interviene Nuria rápidamente—. ¿Lo conocían?

—¿Al actor? —inquiere, desconcertada por el cambio de tema.

—Sí, al actor.

—Creo que alguna vez hemos coincidido en alguna gala de premios o algo así, años atrás. Pero nunca hablamos con él, que yo recuerde.

—¿Está segura?

—¿Por qué? —pregunta, extrañada—. ¿Qué tiene que ver ese actor con el asesinato de Alberto?

—Puede que nada —aclara Marcos y, haciendo una pausa para tomar aliento, añade—: Necesitamos hacerle una última pregunta, señora Bonanova.

—Espero que no sea tan estúpida como las anteriores —replica con sequedad, expulsando el humo del cigarrillo por la nariz.

A Nuria le recuerda un toro a punto de embestir.

—Necesitamos saber si su marido… —Marcos traga saliva—, si tuvo alguna vez la sospecha de que… le gustasen los hombres.

—¿Perdón? —pregunta, con el gesto paralizado en el aire y parpadeando de pura incredulidad.

—Necesitamos saber si su marido era gay o bisexual —le suelta Nuria, cansada de tantos rodeos.

—¡Pero cómo se atreven! —exclama la mujer, roja de ira, poniéndose en pie tan rápidamente que a Nuria le parece que está a punto de subirse a la mesita de café—. ¡Salgan de esta casa de inmediato! —Señala con el dedo hacia la puerta—. ¡Fuera!

14

—En fin… —resopla Nuria, poniéndose la parka mientras salen del edificio—. Podía haber ido mejor.

—Y también peor. Al menos ahora sabemos que…

El teléfono suena en el bolsillo de Marcos, interrumpiéndole.

—Inspector —saluda al contestar—. Sí, acabamos de salir… ¿Un vídeo? Sí, ahora mismo… A la orden.

—¿Qué quería? —pregunta Nuria.

—Que miremos un vídeo y volvamos volando para la oficina —aclara, accediendo a un enlace y situando el teléfono en horizontal.

En la página de Extra Diario, bajo el titular de *Vídeo exclusivo del asesino en serie*, aparecía una imagen de Arturo Galán colgando boca abajo en el escenario del teatro, desnudo y amordazado. Parece una foto fija hasta que en el encuadre asoma el filo de un bisturí mientras la cámara se aproxima y pueden verse los ojos del actor desorbitados por el miedo al comprender lo que estaba a punto de pasarle.

El vídeo, de apenas diez segundos, se acaba tan abruptamente como empieza.

—Mierda —dice Marcos—. Esto se nos va a complicar aún más.

—¿No hay ningún juez que pueda evitar que los de Extra Diario publiquen esto? ¿No se dan cuenta del daño que hacen a la familia de la víctima?

—Les da igual con tal de conseguir clics en su página –resopla Marcos—, y para cuando los jueces hagan algo ya será demasiado tarde.

—Pues sí, es una mierda —coincide Nuria—. Aunque, vete a saber, quizá así sea más fácil pillarlo si podemos rastrear el remitente del vídeo.

—Me extrañaría mucho. Hoy en día con las VPN y los emails de usar y tirar, es casi imposible rastrear un email. Aunque quizá no nos haga falta.

Nuria mira a su compañero con extrañeza.

—¿Qué quieres decir?

—Tienen a un sospechoso detenido en Egara; están a punto de interrogarlo.

—¿Quién es?

—Sánchez no me lo ha dicho —dice, sacando el llavero con forma de cactus del bolsillo—. Solo que vayamos para allá cagando leches.

De camino, mientras Marcos conduce, Nuria revisa sus mensajes y

se encuentra con un WhatsApp de su madre preguntándole si es cierto lo de la secta satánica, rogándole que tenga mucho cuidado y señalándole que toda su congregación de Los Renacidos en Cristo está rezando por ella para que el Señor la proteja y guíe, y que los adoradores de Satán sean vencidos por el poder de Jehová.

Nuria se sorprende un poco del lenguaje extremadamente religioso de su madre y sus exageradas referencias a dios y al diablo, como si ella fuera el arcángel Gabriel enfrentándose a los demonios del averno. A Nuria le dan más mala espina los dichosos Renacidos que Los hijos de Lucifer.

Entonces se acuerda del análisis de ADN que tenía pendiente y llama al laboratorio.

Un día más, por lo menos, le dice el ayudante de Antonia, alegando que se les ha acumulado el trabajo desde lo del teatro.

Nuria le pide que lo hagan lo antes posible y le recuerda que puede ser importante, antes de colgar.

Seguidamente, con la curiosidad despierta tras el apocalíptico mensaje de su madre, entra en Twitter para tomarle el pulso a la actualidad nacional más exaltada y se encuentra con que los tres temas principales de conversación en la red son: #666, #AsesinoSatánico y #MossosInútiles

—Mierda —masculla.

—¿Qué pasa? —pregunta Marcos, desviando la vista de la carretera.

Nuria se limita a mostrarle la pantalla y los interminables mensajes con esas tres etiquetas.

—Mierda —concuerda—. Moncada debe de estar que trina.

—No han pasado ni tres días —protesta Nuria—. No sé qué esperan que hagamos. ¿Magia?

—Más vale que el sospechoso que tienen en Egara sea el culpable porque si no van a darnos de hostias en los medios.

—No podemos hacer más de lo que ya hacemos.

Marcos se encoge de hombros.

—Eso lo sé yo, lo sabes tú y lo sabe todo el cuerpo… —resopla—. Pero vete tú a explicar en televisión que pillamos a la mayoría de los delincuentes porque son más tontos que un zapato, pero que a la que sale uno que sea medio listo ya tenemos un problema.

Para cuando llegan a la sala de interrogatorios, el detenido ya está esposado y sentado en una incómoda silla metálica y con las manos apoyadas sobre la mesa.

Carla y Raúl están frente a él. Ella sentada y él de pie con actitud agresiva. De un vistazo a través del cristal espejado, Nuria ya puede

ver que están representando el clásico poli bueno-poli malo de toda la vida. Junto a ella, además de Marcos y Sánchez, también está el comisario Moncada, observando el interrogatorio con la cara más seria que le ha visto nunca. Nuria se pregunta si será por haber recibido una llamada del conseller o si es que habrá entrado en Twitter.

El sospechoso es un hombretón grande. Muy grande, en realidad, como un oso de mediana edad en traje de faena, barbudo, tachuelas en las orejas y aro pendiendo de la nariz, pelo sucio y alborotado, y gruesas cejas negras bajo las que dos ojos oscuros miran a Raúl con un desprecio casi sólido. Nuria se fija en un tatuaje del símbolo okupa asomando por el cuello de su camisa. No le sorprendería nada que, bajo el mono azul de electricista, llevase una camiseta de ACAB.

Todavía no ha soltado palabra, pero Nuria apostaría su sueldo de un año a que no entra en la categoría de los listos a la que se refería Marcos en el camino.

Un minuto antes, Sánchez les ha explicado que se llama Manolo Buendía. Es el electricista que suele hacer los trabajos de mantenimiento en el teatro y tiene varios antecedentes por agresión a policías, resistencia a la autoridad y altercados en la vía pública.

—Como la mitad de los jóvenes de Barcelona —comenta Nuria.

—Los de informática han hallado un email suyo amenazando de muerte a Julio Álvarez en el disco duro que nos trajimos de su casa —aclara el inspector—, lo que lo relaciona también con la primera víctima.

—Poca cosa —alega Marcos, torciendo el gesto—. ¿Tiene algún móvil para el asesinato de Arturo Galán?

—Esta mañana ha colgado un mensaje en las redes sociales alegrándose de su muerte y tachándolo de fascista opresor por su apoyo en la última campaña electoral al partido España Primero.

—¿Y por eso lo han detenido? —inquiere Nuria.

Sánchez se cruza de brazos frente a la ventana de la sala de interrogatorios.

—Por eso lo hemos detenido —confirma Sánchez—. Con un poco de suerte, por la boca muere el pez.

Pero, como comprueban todos al cabo de muy poco, ese pez resulta que habla menos que los de verdad. Quizá sea por la cantidad de veces que lo han detenido, sabe que su mejor arma es guardar silencio y aunque se muere de ganas de ladrarle a los policías que tiene frente a sí, se muerde los labios. De momento.

—Sabemos de tus amenazas a Julio Álvarez —le acusa Raúl, apuntándole con el dedo—, y de que te has alegrado públicamente de la muerte de Arturo Galán. Solo eso podría ser constituyente de delito de odio —añade—. Además, tienes acceso libre al teatro con tu propia

llave y los conocimientos para desactivar el sistema de alarma de la casa del banquero. —Hace una pausa para que procese todas las circunstancias que apuntan en su contra y añade—. Así que ¿dónde estuviste ayer entre las ocho de la tarde y las tres de la mañana?

—En mi casa —responde con voz de oso pardo—, rascándome los cojones.

—¿Tienes algún testigo?

—Claro, tengo dos —replica, llevándose la mano a los testículos—. Aquí colgados.

—¿Y quieres que te los rompa a patadas?

—Después de que me los comas.

Raúl da un paso hacia adelante y le agarra de la solapa del mono, acercándose a menos de un palmo de él.

—¿Te crees que esto es un juego, gilipollas?

Lejos de amilanarse, Buendía esgrime una sonrisa desafiante.

—Es el juego de chúpame la polla, madero.

—¡Raúl! —exclama Clara, cuando ve que este lleva el puño hacia atrás y amenaza con estampárselo en la cara al detenido.

El policía detiene el puño en el aire, pero empuja hacia atrás a Manolo, soltándolo con desprecio.

—Necesitamos que colabores —interviene Clara en el papel de poli bueno—. Así nosotros podremos descartarte como sospechoso y tú podrás regresar a casa.

—Tú también me la puedes chupar cuando quieras —responde el electricista con lascivia.

Nuria, detrás de cristal, sigue convencida de que no es el asesino, pero con esa actitud desearía que lo fuera.

—Queremos ayudarte —insiste Clara, imperturbable—. Pero necesitamos que te ayudes a ti mismo contestando a las preguntas. ¿Lo entiendes?

—Primero me la chupas y, si lo haces bien, luego te daré por culo —responde—. Tienes pinta de que te gusta que te den por detrás. ¿A que sí?

—Mire, señor Buendía… —Nuria admira la capacidad de su compañera para no alterarse, ella no habría aguantado tanto—. Manolo. —Se corrige Clara, tratando de establecer un vínculo de confianza en su papel de poli bueno—. Si no nos aclara ciertos puntos, nos veremos obligados a mandarle al calabozo hasta que colabore. ¿Es eso lo que quiere?

—Vuestro calabozo es un spa para nenazas. —Muestra los dientes en una sonrisa feroz—. Estoy más cómodo que en mi puta casa.

—Creo que no está entendiendo la situación, Manolo. Tenemos suficientes indicios como para iniciar una acusación por doble homicidio.

—Son ustedes los que no la entienden —objeta inesperadamente—. No tienen una mierda y me han pillado a mí para justificar su incompetencia, pero saben tan bien como yo que ningún juez va a tragar con sus chorradas y que, en tres días como mucho, tendrán que dejarme ir. Cuanto más tiempo esté aquí detenido —añade—, más claro quedará lo inútiles que son y que no tienen ni puta idea de lo que están haciendo.

Nuria se sorprende del clarividente alegato del electricista y ha de admitir que tiene toda la razón. Igual se ha dejado llevar por su aspecto y el tipo no es tan burro como parece.

¿Quién sabe? Igual hasta termina siendo un sospechoso viable.

15

A eso de las ocho de la tarde, hasta la señora de la limpieza tiene claro que de Manolo Buendía no van a sacar más que groserías y provocaciones. Tras intercambiar unas pocas palabras con su abogado de oficio, este sale de la sala privada rojo de ira y con cara de estar sufriendo unas hemorroides sangrantes mientras su difícil cliente va de cabeza al calabozo sin pasar por la casilla de salida.

Nuria duda mucho que, a menos que aparezcan nuevas pruebas incriminatorias, haya juez alguno que admita una acusación en firme de homicidio contra Buendía, pero lo que también está claro es que se le va a mantener encerrado las 72 horas que marca la ley como periodo máximo y, si pudiera ser el doble, aún mejor. Ignorar las preguntas e insultar gravemente a los agentes que te interrogan, e incluso a tu propio abogado, no suele ser la mejor estrategia de defensa.

—Iros a casa —le dice Sánchez a todo el equipo—. Aquí ya está todo el pescao vendido. Mañana os quiero frescos a primera hora de la mañana. Tenemos mucho trabajo por delante.

El teléfono de la mesa de Sánchez timbra y este interrumpe la despedida.

—Largaos de una vez —les dice, descolgando y tapando el auricular—. Vais a arruinar al departamento con tanta hora extra.

—Hasta mañana —se despide Nuria de todos, agotada después de la jornada de casi doce horas.

En lugar de dirigirse a su taquilla junto al resto, da un rodeo para pasar por el laboratorio. Podría llamar por teléfono, pero solo le tomará dos minutos y así, de paso, evita ir con Marcos y recibir la posible invitación para tomar algo. Hoy tampoco le apetece.

Cuando llega al laboratorio solo queda uno de ellos supervisando el trabajo que realizan en su mayor parte los ordenadores.

Por supuesto, el análisis de ADN que solicitó todavía no está, así que tras pasar por la taquilla sale al aparcamiento y, bajo la luz de una farola, apoyado en el capó de su coche la espera Marcos.

—¿Me estás evitando? —pregunta él.

—Tenía que pasar por el laboratorio.

—¿Te apetece ir a tomar algo? Hoy tenemos algo más de tiempo.

—Estoy cansada.

Marcos sonríe seductor.

—Ya, y yo. Por eso mismo nos conviene relajarnos. Hay que soltar

presión.

Nuria mira a un lado y a otro. No hay nadie más allí.

—No veo que invites a Carla ni a Raúl. Ellos también tienen que soltar presión.

Marcos da un paso hacia ella. Muy cerca, casi tocándose.

—Ellos no me caen tan bien como tú.

—A ellos no te los puedes follar —replica Nuria.

—Eso también.

Nuria vacila.

—Vamos, unas cervezas y lo que surja —insiste Marcos con un guiño, viendo un hueco en la defensa de Nuria—. Te hará bien.

Nuria consulta su reloj, más por tomarse unos segundos para pensárselo que por saber la hora.

—Una cerveza —claudica, levantando el índice.

Los labios de Marcos dibujan una sonrisa lasciva.

Dos horas más tarde, Nuria resopla desnuda sobre su cama. Está sudando a pesar de no haber puesto la calefacción.

A su lado, Marcos recupera el aliento con la mirada puesta en el techo.

—Joder… —murmura con la voz entrecortada—. Pues sí que había presión que soltar, ¿eh?

Nuria acaba de correrse y no está para chistes, aún siente los temblores del orgasmo recorrer las terminaciones nerviosas de su cuerpo.

Mira a su izquierda y ve el pubis de Marcos cubierto de semen. No han usado protección en un acto de confianza algo estúpido, porque, pese a lo que le ha dicho, está segura de que está tirándose a alguien más, pero necesitaba sentirlo dentro sin goma de por medio. Solo espera no haber pillado nada.

—¿Estás bien? —pregunta él, al ver que Nuria no dice nada.

En realidad, es su forma de preguntarle «¿He estado bien?».

—¿A ti qué te parece? —exhala Nuria.

—Te dije que te haría bien.

—Sí, ya —resopla—. Eres muy listo.

Marcos se incorpora apoyándose sobre el codo. Una sonrisa mordaz aletea en la esquina de su boca.

—¿Alguna queja al respecto?

Nuria señala el semen resbalando por su cuerpo.

—Mi queja es que te limpies y no me manches las sábanas, que las cambié ayer.

Marcos se mira a sí mismo y se levanta para ir al baño.

Nuria aprovecha para incorporarse y comienza a vestirse.

Cuando Marcos regresa, se planta desnudo en el umbral de la puerta, mirando cómo Nuria ya se está poniendo su pantalón de chándal de estar por casa.

—¿Eso es una indirecta para que me marche?

—Ya es tarde. ¿Es que aún no estás satisfecho? —pregunta, señalándole su miembro flácido.

Marcos observa a Nuria arreglarse el pelo, con sus pechos enhiestos y los pezones sonrosados mirándolo fijamente. Una nueva erección comienza a insinuarse.

—Es difícil no querer más —alega Marcos, meneando la cabeza—. Estás muy buena.

Nuria niega con la cabeza y tomando la camiseta del suelo se la pone.

—Ya está bien por hoy.

Marcos alza una ceja.

—¿Eso significa que habrá más otro día?

—Eso significa que es hora de irte —resopla Nuria, señalando la puerta.

Marcos se encoge de hombros.

—Vale. Pero que conste que yo aún tengo gasolina en el depósito.

Nuria coge los pantalones de Marcos tirados en el suelo y se los lanza.

—Que te largues —le insiste con tono amistoso pero firme—. Ah, y no hace falta que te diga que ni una palabra de esto a nadie.

—Mis labios están sellados —replica Marcos, haciendo el gesto de cerrarse la boca con una cremallera.

—Más te vale —le advierte—. Porque si algo de esto se llega a saber…

—Tranquila.

—Ya, bueno… —gruñe Nuria, lanzándole ahora el jersey a la cabeza—. Vístete de una puñetera vez.

Cuando su compañero se ha ido, Nuria hace el esfuerzo de quitárselo de la cabeza mientras espera a que se caliente una crema de calabaza de bote en el microondas.

Hacía semanas que no echaba un polvo y de ninguna manera iba a confesarle a Marcos que en ese momento era su única fuente de placer sexual o de cualquier otro tipo, a excepción del vino blanco y el chocolate negro. Todo lo demás era una extensión gris de trabajo, trabajo y trabajo.

Melón ya descansa sobre el sofá hecho un ovillo haciendo la digestión de la copiosa cena, y Nuria piensa por un momento que está comiendo mejor que ella últimamente. Cuando termine el caso, decide

que se tomará unos días libres y, si el tiempo lo permite, quizá salga a navegar con el abuelo Pepe en el Fermina. Hace casi seis meses que no salen a navegar y no mucho menos que no va a visitarlo.

Resulta curioso, piensa, cómo se siente mucho más unida y confiada con su abuelo que con su madre. Por un momento se siente ligeramente avergonzada de que sea así, pero no le queda más remedio que admitir que es la realidad. Que también ha sido su madre quien, desde la muerte de su padre, ha tomado un camino vital opuesto al de Nuria, anclándose en un pasado que ya no va a volver y lanzándose en brazos de quien le ofrece respuestas fáciles a preguntas complejas sobre la vida y la muerte.

Tratando de no pensar en eso tampoco, decide revisar su correo antes de ir a dormir y descubre en su cuenta de los Mossos un email de una empresa de vigilancia.

Necesita unos segundos para recordar que se trata de la empresa del cajero automático en las cercanías del Teatro del Raval.

Impaciente, abre el correo y se encuentra con un archivo de vídeo comprimido.

En cuanto lo pone en marcha, le da a la pausa y coteja el encuadre con el Street View de Google Maps.

La grabación comienza a las seis de la tarde y ya es de noche. Además de la luz del escaparate de la tienda donde está instalado el cajero, solo una farola alumbra la escena desde el extremo derecho de la pantalla, mientras que la salida de emergencia del teatro queda justo en el borde izquierdo, apenas visible.

—Es lo que hay —le dice a Melón, que a su lado en el sofá abre un ojo con desinterés.

Con el cuenco delante, pone el vídeo en marcha en su portátil y empieza a tomarse la crema salpicada con unos pocos picatostes.

Tras un par de minutos, con la vista clavada en la salida de emergencia, pone el vídeo a velocidad rápida y comienza a reclinarse poco a poco en el sofá.

La gente pasea frente a la cámara de forma más espaciada, y a partir de que el reloj del vídeo marca las 20 horas el tráfico de transeúntes se reduce drásticamente. Solo jóvenes saliendo de fiesta y algún turista camino de su AirBnB arrastrando su maleta por la acera, pero la puerta del teatro no se mueve.

Poco a poco Nuria se va arrebujando en el sofá y, tras echar mano a la manta, acaba recogiendo las piernas y ovillándose como Melón. El cansancio del día y del polvo con Marcos empiezan a pasarle factura y nota cómo los parpadeos empiezan a ser cada vez más largos.

Temiendo quedarse dormida y perderse algo, decide apagar el vídeo y seguir al día siguiente en la oficina.

Pero justo cuando estira la mano para ir a parar el vídeo, la puerta

de emergencia se abre al fin.

Mira la esquina de la pantalla: el reloj marca las 20:43.

Detiene el vídeo, da marcha atrás y vuelve a ponerlo en cámara lenta con el dedo listo para ponerlo en pausa.

Ve de nuevo abrirse la puerta y asomarse a alguien inidentificable. Podría ser Arturo Galán o cualquier otro; la escasa luz y la falta de definición del vídeo impiden ver más allá que alguien abre la puerta.

Pero lo que la sobresalta es que, de pronto, una silueta se coloca delante de la puerta entreabierta y se detiene ahí durante un par de segundos.

Es alguien de espaldas con un abrigo amplio de color negro y capucha también negra que impide calcular su complexión, pero deduce que debe de medir alrededor de un metro ochenta y pesar entre 70 y 80 kilogramos.

La silueta parece cortarle el paso a la persona que quiere salir, o también podría ser que esta le abre a propósito, porque enseguida da un paso atrás y permite al recién llegado entrar por la puerta que acaba de abrir.

Una de dos: o el hombre de la capucha amenaza a Arturo Galán con un arma para que le deje entrar mientras da la espalda a la cámara, o el actor le conoce y le permite pasar.

Nuria comprende que, aunque sea de espaldas, esa es la primera imagen que tienen del asesino, y que desde luego no se corresponde con la del corpulento Manolo Buendía, que debe de pesar casi el doble.

Con la excitación del descubrimiento se le ha quitado el sueño de golpe, así que aprovecha su momento de lucidez para escribir un breve informe de lo que ha visto y sus deducciones y enviárselo a Sánchez con el sello de urgente para que pueda leerlo a primera hora.

Cuando al fin regresa a la cama, esta vez para dormir, en su último pensamiento antes de caer en los brazos de Morfeo, se imagina siendo recibida por el inspector y por Moncada a primera hora, mientras desfila por un pasillo de compañeros aplaudiéndola entre hurras y palmadas en la espalda.

16

—Menuda mierda. —Es lo primero que escucha de los labios de su jefe la mañana siguiente, mientras mira el vídeo en la pantalla de su ordenador—. No se ve un puto carajo.

Pues no. No ha habido palmaditas en la espalda.

—La definición no es muy buena —admite Nuria.

—Es una forma suave de decirlo. Dáselo a los informáticos y a ver si logran mejorarlo.

—Pero, al menos —interviene Marcos en su defensa—, tenemos una primera imagen del asesino. Eso es mucho.

—Posible asesino —le rectifica Sánchez—. Que esta persona entrase en el teatro no significa que sea él, ni que solo sea él. Puede que otros accedieran por la entrada principal, por una ventana o por el techo. No demos nada por sentado.

—Pero con estas imágenes podemos descartar a Manolo Buendía como sospechoso —insiste Nuria, a la que le fastidia que el inspector eche por tierra todo su entusiasmo inicial—. La persona que aparece en la imagen no es tan grande.

—Eso es un problema más que una ayuda —rebate Sánchez—. El del vídeo no es él, pero la imagen no descarta que sea cómplice o accediese por otro lugar y, en cualquier caso, se va a comer hasta el último segundo de las setenta y dos horas de detención. Aunque sus amigos la vuelvan a liar esta noche.

—¿Sus amigos? —inquiere Nuria.

Sánchez se la queda mirando y luego a Marcos, que presenta la misma cara de inopia.

—¿Es que no veis las noticias? Ayer hubo movida con los antisistema y el movimiento okupa en Las Ramblas, exigiendo la liberación de su compinche y acusándonos de brutalidad y detención ilegal. Incluso en algún medio han insinuado que vamos perdidos en la investigación —añade— y hemos detenido a Buendía por sus creencias políticas anarquistas.

—¿Y han hecho mucho destrozo? —pregunta Marcos.

—Lo de siempre: quema de contenedores de basura y motos, rotura de escaparates en tiendas pijas, pintadas en la Bolsa…; lo habitual, vamos. Pero esta noche es la concentración de España Primero en la plaza Catalunya por la muerte de Galán acusándonos de no hacer lo suficiente por ser seguidor de su partido.

—Antisistemas y neofascistas manifestándose a la vez en nuestra

contra… —apunta Nuria alzando una ceja—. Eso es que algo debemos estar haciendo bien.

—Ya —resopla Sánchez—. Pero como se junten se va a liar una buena. Los dos estarán encantados de montar una batalla campal y echar la culpa al otro bando… y el resto de la gente nos la echará a nosotros por no mantener el orden. Así que ya sabéis. —Les dirige una mirada que también se extiende al resto del equipo—. Hay que pillar al asesino —añade alzando la voz—, antes de que la ciudad se convierta en un puto caos.

Nuria va de regreso a su mesa, cuando Clara le hace un gesto para que se aproxime.

Duda por un instante, ya que al hacer pareja con Raúl la desconfianza se le hace extensiva también a ella. Pero comprende que eso es injusto y que al final todos están en el mismo barco.

—¿Has visto esto? —le dice, casi en confidencia, señalándole la pantalla de su equipo.

Nuria se sitúa junto a ella y ve una imagen congelada de un vídeo de YouTube.

Por un momento, piensa que pueda ser otra escena grabada por el asesino, pero enseguida cae en la cuenta de que esa plataforma de vídeos tiene un estricto filtro de censura que no habría podido superar.

—Tu estabas investigando sectas y todo eso, ¿no?

—Eh… sí, ¿por?

—Mira —dice, pasándole los auriculares y poniendo el vídeo en marcha.

Al momento, aparece un fulano con pinta de predicador vestido enteramente de blanco y Biblia en mano con la imagen del 666 de fondo. Tras santiguarse, abre la Biblia y clava la mirada en la cámara.

—¡El demonio está entre nosotros! —exclama sin preámbulos—. Satán ha venido a la tierra como predicen las escrituras. ¡Lean si no me creen! En el Apocalipsis 13:18 dice: «*Aquí está la sabiduría. El que tenga entendimiento, calcule el número de la Bestia, porque es número de hombre y su número es 666*». —Vuelve a clavar la mirada en la cámara—. ¿Puede ser más obvia la palabra de dios? ¡Aquí lo dice claramente! —El predicador alza la voz constantemente y a Nuria ya le duele la cabeza de escucharlo—. ¡Satán está caminando hoy entre nosotros y nos está matando uno a uno! ¡Dos devotos cristianos han sido asesinados en tres días por la mano del hombre y la inspiración del diablo! ¡Y su número es 666! ¿Qué más pruebas quieren? ¡Es al mismísimo diablo a quien nos enfrentamos y nadie está haciendo nada para protegernos! —Alza el índice y exclama—: ¡Tenemos que unirnos y protegernos a nosotros mismos porque nadie más lo hará! Porque dice el profeta Daniel en el versículo 9:27: «*Durante una semana más* —

añade, leyendo—*, él hará un pacto con mucha gente, pero a mitad de la semana pondrá fin a los sacrificios y las ofrendas. Y un horrible sacrilegio se cometerá ante el altar de los sacrificios, hasta que la destrucción determinada caiga sobre el autor de estos horrores*» —dicho lo cual, cierra la Biblia de golpe y sentencia—: Y el que tenga oídos para oír, que oiga.

Clara detiene el vídeo, al que al parecer aún le quedan diez minutos más de perorata.

—Menudo chalado —comenta Clara, volviéndose hacia Nuria—. ¿Sabías que incluso hay una fobia documentada al 666? Lo he visto antes en Wikipedia, se llama… —teclea en Google la búsqueda y aparece en la pantalla—: Hexako… sioihexe… kontahe… xafobia. —Trata de leer del tirón sin demasiado éxito.

Pero Nuria apenas le oye atrabancarse con la palabra de marras, tiene toda su atención puesta en el titular del canal.

Se le ha caído el alma a los pies al leer que es propiedad de «La Iglesia de los Renacidos en Cristo».

—Joder, mamá.

Nuria logra contener el impulso de llamar a su madre y ordenarle que se aleje de esa secta de fanáticos, pero sabe que eso quizá produzca el efecto contrario. Sin embargo, no es capaz de simplemente regresar a su escritorio y seguir como si tal cosa, así que decide ir de nuevo al laboratorio, no porque crea que tengan nada nuevo que mostrarles, sino para salir de la oficina un momento y despejar la cabeza.

Camino de la planta baja, piensa en cómo plantearle a su madre que deje de relacionarse con los Renacidos y concluye que no puede hacerlo por teléfono. ¿Cuándo le había dicho que iría a visitarla?, ¿la semana siguiente? ¿Fue esta misma semana o la anterior? Las jornadas se le están haciendo tan largas que parece haber pasado un mes desde el primer asesinato y apenas han pasado cuatro días.

Necesita unas vacaciones, concluye cuando llega al departamento forense y se encuentra con el equipo en batas blancas mirando sus grandes pantallas triples como gamers del juego más tedioso del mundo.

—Dichosos los ojos. —La recibe una voz familiar.

Nuria se gira y ahí está Antonia Grau, encorvada, levantando la vista de un microscopio.

—¿A qué se debe el honor? —le pregunta a continuación, quitándose de los labios su sempiterno cigarro apagado.

—Buenos días, Antonia —saluda—. En realidad, solo quería estirar las piernas y salir un rato del departamento. ¿Cómo va todo por aquí?

—Ya ves –dice, haciendo un gesto hacia una montaña de informes

impresos encima de su mesa—. Se nos acumula el trabajo. Por cierto… —añade levantándose y rebuscando entre las carpetas y alargándole una de las primeras—. Creo que esto es para ti.

—¿Qué es?

—El informe de ADN que pediste.

—¿Ya está? —pregunta sorprendida—. Creí que… Bueno, da igual —añade, tomándolo y abriéndolo.

Lo que se encuentra es una hoja de papel con una serie de manchas de color impresas en un gráfico de dos dimensiones y un resumen con el grupo sanguíneo, número de glóbulos rojos y varios datos más que no alcanza a comprender.

—¿Es lo que pediste?

—Eh… bueno, sí. Eso creo. Pero no sé cómo interpretarlo, la verdad.

Antonia se acerca y le echa un rápido vistazo.

—Es un estudio de marcadores de ADN —le explica—. Pero no sirve de nada si no lo comparas con otro. Es como una huella digital de la sangre, por así decirlo.

—¿Y podéis compararlo con otros?

—Claro, ¿con el de quién?

Nuria lo piensa un poco, no se había preparado para esa pregunta.

—Pues…, no sé. ¿Podría ser con todos los que tengáis en la base de datos? —propone, pensando que le va a decir que eso es una locura—. Como hacéis con las huellas digitales.

—Claro, sin problema —contesta, en cambio, guiñándole un ojo—. ¿Te lo envío en cuanto esté o prefieres esperarte?

A Nuria le extraña esa posibilidad.

—¿Esperarme? —pregunta—. ¿Cuánto puede tardar?

Antonia le pega una calada a su Marlboro mentolado sin encender.

—Unos minutos. El ordenador central lo hace todo en un plis.

—Vale, guay. —Se cruza de brazos y sonríe, encantada de tener una excusa para no volver a subir—. Pues me espero.

No han pasado ni diez minutos cuando la pantalla de la terminal donde está realizándose la comparativa comienza a parpadear poniendo su borde en color rojo, como una alarma de incendios.

—Ya está —anuncia Antonia, dándose la vuelta en el taburete donde había vuelto a escrutar el microscopio—. A ver quién es el ganador… —añade, tecleando unas pocas órdenes en la pantalla—. ¡Joder!

—¿Qué? —pregunta Nuria—. ¿Quién es?

Antonia se vuelve hacia Nuria con los ojos muy abiertos.

—¿De dónde dices que sacaste esta muestra?

—Del sótano de la sede de Los hijos de Lucifer. ¿Por qué lo

preguntas? ¿De quién es la sangre?

—Antes que nada, he de advertirte que la muestra podría estar contaminada y, aun así, la certeza de correlación tiene un margen de error de un diez por ciento.

—¿De quién es? —le insiste Nuria, desconcertada por tantos preámbulos por parte de Antonia.

—De Julio Álvarez —aclara al fin—. De la primera víctima.

17

Solo dos días después de recibir el email, Laura se encuentra plantada frente a la decimonónica portería de un edificio de Consejo de Ciento, leyendo la placa correspondiente al 5º 3ª: AGENCIA FOTOGRÁFICA PIGMALIÓN.

Durante un buen rato se queda mirando el botón correspondiente en el portero automático sin decidirse a pulsarlo. Su corazón late a mil pulsaciones por minuto ante la posibilidad de que llamar a ese timbre cambie su vida para siempre.

Comprueba su reloj de pulsera y ve que aún faltan cinco minutos para la hora en que habían quedado. Demasiado tiempo para pasárselo ahí plantada y demasiado poco como para ir a tomar un café.

Finalmente, respira hondo y toca el gastado botón del interfono.

—¿Sí? —pregunta una voz de mujer al cabo de unos segundos.

—Hola, soy... —Se da cuenta de que está hablando demasiado bajo y, tragando saliva, repite—: Soy Laura Gómez. He quedado a las cinco para una sesión de fotos.

—Ah, sí. Claro —contesta con aire casual—. Pasa —añade, y al instante el zumbido del portón la invita a entrar en el edificio.

Tras empujar la pesada puerta de hierro y cristal, accede a una oscura portería que más parece una cueva. Por un momento mira a su alrededor en busca del interruptor de la luz, pero rápidamente desiste y se dirige directamente al viejo ascensor, tibiamente iluminado por una triste bombilla amarilla en el techo.

Mientras cierra la puerta y pulsa el botón con el número 5, se plantea qué tan buena puede ser una agencia fotográfica que recibe de tal modo a sus modelos. No se imagina a Gisele Bündchen metida en ese vetusto ascensor. Aunque, probablemente, la primera vez que le hicieron un *book* fotográfico tampoco sería en un glamuroso estudio de New York con vistas a Central Park.

Cuando llega al quinto piso, se encuentra con una mujer menuda y morena, con un elegante de traje de ejecutiva negro y blusa blanca, esperándola con una cálida sonrisa de bienvenida.

—¡Hola! —la saluda, estrechándole la mano—. Encantada de conocerte. Soy la asistente de la agencia. Estoy aquí para ayudarte en todo lo que necesites para la sesión.

Por primera vez en su vida, Laura se siente tratada como alguien especial e irguiéndose en su metro setenta y cinco le devuelve la

sonrisa con lo que espera sea un tono de confianza en sí misma.

—Hola —le contesta, forzando la voz para sonar una octava más grave—. Muchas gracias.

—Pasa adelante —añade, haciéndose a un lado—. Te estábamos esperando.

Laura cruza la puerta y atraviesa un largo pasillo flanqueado de puertas cerradas hasta llegar a un amplio salón de grandes ventanales y pintado de blanco, con una impresionante instalación de cables, focos, difusores y reflectores fotográficos. En ese instante, todas sus dudas sobre la profesionalidad de la agencia se disipan, y cuando hace su aparición un hombre guapo ya entrado en la cincuentena, con media melena canosa y una enorme cámara réflex colgada del cuello, su corazón le da un vuelco al comprender que aquello le estaba sucediendo en realidad.

—Buenas tardes, yo soy el fotógrafo —se presenta, también estrechándole la mano—. Encantado de conocerte en persona, Laura.

—Un... placer —responde, intimidada.

—Eres más guapa aún de lo que pensaba —sonríe este, asintiendo valorativamente—. Esos ojos verdes tuyos son una maravilla. ¿Habías visto alguna vez unos ojos tan increíbles? —le pregunta a la mujer morena.

—Nunca —asegura esta, y Laura siente cómo se ruboriza por más que trata de evitarlo.

—¿Es tu primera vez? —le pregunta con una sonrisa felina.

Laura asiente para que no se le noten los nervios en la voz.

—No estés nerviosa —le dice el fotógrafo, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Yo no... —masculla Laura—. Bueno —admite, encogiéndose de hombros—, quizá un poco.

—Todo va a salir muy bien —le asegura la asistente, apoyándole su menuda mano en el hombro—. No te preocupes.

—Vale —contesta Laura con un hilo de voz.

—Tú ven conmigo —añade, señalándole una puerta blanca situada al costado del estudio—. Mientras él prepara el equipo, nosotras vamos a maquillarte y a mirar qué tenemos para ti en el guardarropa. ¿Al final le dijiste a tus padres que venías?

Laura niega con la cabeza.

—A mi madre no le hace gracia este mundo de la moda —confiesa—. ¿Hay... algún problema?

—No, ninguno —la tranquiliza—. Casi mejor así, en realidad. Muchos padres y madres tienen una idea equivocada de lo que es esto. Pero el día que te vea en la portada de una revista de moda, ya verás cómo se siente muy orgullosa de ti.

—No sé yo...

—Ya verás que sí, mujer —le asegura—. Con esos ojazos y ese cuerpazo que tienes, se van a pelear por ti. Ya lo verás —sentencia con un guiño cómplice—. Este va a ser el primer día de tu nueva vida.

18

—¿Estás segura? —Sánchez se encuentra frente a la misma pantalla que Nuria y Antonia en el departamento de la Policía Científica, al cual ha bajado personalmente tras recibir el aviso de la coincidencia del ADN.

—Todo lo que puede estarse en estos casos —explica la forense—. Alrededor de un noventa por ciento de probabilidad.

—Repite la prueba —ordena el inspector.

—Ya lo hemos hecho —alega Antonia—. Dos veces, y el resultado es el mismo.

—¿Qué hacemos, jefe? —pregunta Marcos, que ha bajado también a la estela de Sánchez—. ¿Vamos a por él?

Sánchez asiente, convencido.

—Id a por él —afirma—. Pedid refuerzos y traedlo aquí —les dice a Marcos y Nuria—. Y tú ve con tu equipo a esa casa —se vuelve hacia Antonia—, y buscad hasta la última huella o gota de sangre. Si Arturo Galán ha estado ahí también, quiero saberlo.

—Dalo por hecho —responde la forense.

—Yo voy a llamar ahora mismo al juez de guardia —añade Sánchez, sacándose el teléfono del bolsillo—. Voy a pedir una orden de detención y de registro de domicilio. —Y, mientras teclea, sonríe y agrega satisfecho—: Creo que ya tenemos al tercer vértice de nuestro triángulo.

Cuarenta minutos después, cuando Nuria y Marcos aparcan en la calle de la Princesa, la calle Montcada ya está atestada de vehículos policiales de los Mossos d'Esquadra y la Policía Municipal bloqueando la entrada y sobre todo la salida de cualquier persona que encaje remotamente con la descripción del sospechoso.

La lluvia está volviendo a arreciar tras unas horas de pausa esa mañana y los policías que montan guardia frente al palacete se guarecen bajo el soportal con sus chubasqueros azules y amarillo fluorescente.

Cuando llegan frente a la puerta, el agente al cargo los saluda formalmente.

—¿Alguna novedad? —pregunta Marcos.

—Nadie ha salido ni entrado de la propiedad —le informa.

—Estupendo, manténganse a la espera y en silencio de radio.

Entraremos ella y yo primero. —Señala a Nuria—. El sospechoso puede ser peligroso, así que estén alerta por si los necesitamos.

—A la orden.

—¿Lista? —Se vuelve hacia Nuria, llevando la mano derecha a la culata de su P30 de Heckler & Koch.

—Lista —responde, desenfundando su Walther PPK y aferrándola con las dos manos.

Hay pistolas mejores y más modernas, pero desde que empezó la instrucción de los Mossos, años atrás, decidió que quería llevar la misma pistola que James Bond. Que su padre hubiera sido un gran aficionado a las novelas de Ian Fleming quizá había tenido algo que ver.

—Pues vamos allá —dice Marcos, aporreando la puerta—. ¡Abran! —exclama—. ¡Policía!

Detrás de ellos aguarda el agente con el ariete, listo para embestir el portón de madera si tardan demasiado en obedecer.

—¡Abran la puerta! —apremia, golpeándola de nuevo—. ¡Abran la puerta o la echaremos abajo!

Nuria cuenta los segundos e imagina al mayordomo bajando las escaleras con la misma parsimonia que si estuviera llamando el repartidor de pizzas.

Han pasado más de diez segundos y nadie responde, así que Marcos se hace a un lado y con un gesto de cabeza invita al agente del ariete a hacer lo suyo.

Tras él, una dotación de Operaciones Especiales con sus trajes negros, subfusiles UMP y escudos balísticos aguardan para entrar en acción.

Al segundo golpe, el pestillo del portón cede y como una horda invasora en un castillo medieval irrumpen en el patio del palacete dando voces de «¡Policía!».

Frente a ellos, el mayordomo, plantado en mitad del patio, parece haber perdido el palo que tenía metido en el culo y los mira con el gesto desencajado de miedo y sorpresa.

—¿Qué… qué significa todo esto?

—¿Dónde está su jefe? —le interpela Marcos, mientras un agente lo esposa con unas bridas de plástico.

—¿Qué? —responde, aturdido.

—¿Dónde está Jordi Monells? —interviene Nuria, menos imperiosa que su compañero—. ¿Está en casa?

—El señor no está en casa.

—¿Y dónde está?

—No… no lo sé. No ha vuelto desde ayer por la mañana.

—¿Lleva veinticuatro horas sin venir? —inquiere Marcos, escéptico.

—Un poco más, diría yo.

—¿Y es eso normal? —insiste Nuria—. ¿No le ha dicho a dónde fue?

—El señor nunca me informa de sus salidas imprevistas. Soy su asistente —afirma, recuperando parte de su aplomo—, no su madre.

—Bueno, ya veremos qué es usted —dice Marcos y, dirigiéndose a un par de agentes que aguardan junto a la puerta, añade—: Llévenselo a Egara para su interrogatorio y que el inspector Sánchez se encargue de él.

—A la orden —responden, tomando al detenido por el brazo y sacándolo de la casa.

—Ustedes —se dirige ahora a los de Operaciones Especiales—, registren esta planta y las superiores. Nosotros iremos al sótano.

—A la orden —dice el sargento al frente del equipo, al tiempo que hace gestos a sus hombres para que se repartan entre ambas plantas.

—¿Vamos? —le pregunta Marcos a Nuria.

—Las damas primero —responde esta, indicándole hacia la puerta que lleva al sótano.

Si la escalera que desciende hacia el salón de reuniones de Los hijos de Lucifer les pareció lóbrego el otro día, ahora la sensación que recorre la espalda de Nuria es la de amenaza. Siente cómo se le eriza el vello de la nuca a medida que descienden la estrecha escalera, barriendo los peldaños con los focos de sus linternas.

—¡Jordi Monells! —exclama Marcos, y su voz retumba en las paredes de piedra como si llegara desde el mismo averno—. ¡Salga con las manos en alto!

—¡Solo queremos hablar con usted! —añade Nuria.

Nadie responde.

No han encontrado el interruptor de la luz al inicio de la escalera, así que descienden paso a paso hacia la absoluta oscuridad del sótano.

Nuria imagina que, en cualquier momento, Monells va a aparecer ante ellos como un maníaco enloquecido blandiendo un cuchillo en la mano.

Que Marcos vaya delante de ella le sirve de poco alivio, ya que no tiene a nadie que le cubra la espalda y, cada pocos pasos, se da la vuelta e ilumina escaleras arriba. Ha visto demasiadas películas de miedo como para saber que los negros, los gordos y las rubias son carne de cañón en situaciones así.

Cuando alcanzan el final de la escalera, Marcos barre la estancia con la linterna mientras Nuria busca el interruptor de la luz.

Finalmente da con él y el sótano queda perfectamente iluminado.

Ahí no hay nadie.

—Mierda —rezonga, volviendo a guardar la pistola de 007 en su funda.

No han pasado ni dos horas del inicio de la operación y Nuria y Marcos ya están de regreso en Egara, sentados delante de Luis Ambrosio Fuentes Meira, que es el nombre completo del mayordomo de Monells. En su casa, en el sótano en concreto, se han quedado media docena de agentes de la Policía Científica tomando huellas y espolvoreando luminol como si no hubiera un mañana en busca de manchas de sangre.

—Ya les he dicho tres veces que no sé dónde está.

—Pues que no sean cuatro —replica Marcos—. ¿Dónde está Monells?

—No-lo-sé —alega, separando exageradamente las palabras.

—Al parecer no se ha llevado maletas ni ropa —alude Nuria—. ¿Suele desaparecer así, durante varios días, con lo que lleva puesto?

Luis Ambrosio se encoge de hombros.

—Depende. El señor Monells es un hombre muy peculiar, como ya habrán tenido ocasión de comprobar. Y tiene también costumbres y amigos peculiares, naturalmente.

—¿Costumbres peculiares como sacrificios satánicos? —le interpela Marcos.

—Yo de eso no sé nada.

—Sabe usted muy pocas cosas para estar todo el día en la casa y dedicarse en exclusiva a atender a su jefe.

—Yo no participaba en sus rituales, si es lo que insinúa. Son solo para los miembros de la asociación.

—¿Y usted no lo es?

—¿Yo? —Ambrosio parece casi divertido por la pregunta—. La gente de la asociación es muy selecta y escogida especialmente por el señor Monells después de superar un riguroso examen de idoneidad. ¿Me ven a mí abriendo un hospital o escribiendo un ensayo sobre Filosofía?

—Háblenos de esa gente —dice Nuria—. ¿Tiene sus nombres?

Ambrosio niega con la cabeza.

—¿Y a estas personas? —Marcos le planta delante las fotografías del banquero y el actor—. ¿Las reconoce?

—Me suenan… —dice dubitativo, acercándose—. Pero puede que de haberlas visto en prensa o televisión… No sabría decirle. ¿Son las que han matado estos días? ¿Por eso se entrevistaron con el señor Monells?

—Las preguntas las hacemos nosotros —replica Marcos, cortante—. ¿Tiene algún listado con los nombres de los miembros de la

asociación?

—Esa lista, si existe, la tiene el señor Monells y no tengo ni idea de dónde la guarda.

—Habrá que decirles a los de informática que la busquen en el disco duro del ordenador —apunta Marcos, dirigiéndose a Nuria.

—¿Y los ritos? —pregunta esta—. ¿Sabe en qué consisten?

—Ya les he dicho que yo no participo en las reuniones.

—Pero seguro que alguna vez ha tenido que bajarles unas botellas de vino, cambiar las velas o limpiar el sótano. Porque no imagino a Jordi Monells pasando la fregona ni quitando el polvo.

—Solo antes o después de que se vayan. Les gusta mantener un aire de secretismo.

—¿Y llegó a ver sangre alguna vez? ¿Tuvo que limpiar algo fuera de lo normal?

—¿Sangre? No, no recuerdo haber limpiado sangre… ni nada extraño. Son gente muy educada haciendo rituales de iniciación, no son juergas universitarias.

—Pero Monells nos dijo que de vez en cuando también organizan fiestas —le recuerda Marcos.

—Sí, pero nunca en casa. Para eso alquilan locales u otras casas. El señor Monells es muy celoso de su intimidad.

—E imagino que a esas fiestas tampoco lo invitan.

Ambrosio tuerce el gesto.

—¿Usted qué cree?

—Creo que no nos está contando todo lo que sabe —le espeta—. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando para él?

—Empecé a trabajar para el señor Monells justo antes de que empezara la pandemia.

—¿Y en todo ese tiempo no ha visto nada sospechoso? ¿Nada extraordinario que quiera compartir con nosotros?

—He visto muchas cosas raras —alega—. Los millonarios de cuna son todos unos excéntricos que se relacionan con otros más excéntricos aún. Son gente que tiene el dinero por castigo y su único fin en la vida es evitar el aburrimiento. Así que claro que he visto cosas que no creerían: gente entrando en casa a caballo vestida de Napoleón, una sinfónica tocando a Vivaldi en ropa interior, destrozar un Mercedes nuevo a martillazos en el patio como una obra de teatro… Cosas así. Pero nada que tenga que ver con ritos satánicos ni sangre ni nada por el estilo; simplemente… —busca la palabra en su cabeza— extravagantes.

—¿Y no ha tratado de contactar con usted, o usted con él en estos días? —pregunta Nuria, cambiando de tercio—. Lo estamos llamando por teléfono y siempre aparece como desconectado o fuera de cobertura.

—Cuando el señor Monells desaparece de ese modo, es porque no quiere ser molestado. Es normal que apague su teléfono.

—Y en las anteriores ocasiones, ¿nunca le dijo a dónde iba?

—A veces se ha ido a Paris o Londres de compras, como quien va al súper de la esquina —explica—. Otras veces a casa de amigos o a su casa en el Empordá… ¿Ya miraron ahí?

—Allí no está —aclara Nuria—. Ya ha ido una patrulla a comprobarlo.

—Pues ni idea, la verdad —confiesa—. Con tanto dinero y sin tener que trabajar, podría estar en cualquier…

El teléfono de la sala suena interrumpiendo al mayordomo.

—¿Sí? —pregunta Marcos, descolgando el aparato que conecta con el otro lado del espejo— Ajá. Vamos para allá.

Cuelga y le dice al detenido.

—Luego seguiremos con esta conversación.

—¿Qué pasa? —pregunta Nuria.

Marcos tira de ella y salen del cuarto de interrogatorios.

—Tenemos una dirección —aclara—. Han rastreado el taxi que lo recogió hace dos días; lo dejó a las afueras de Esplugues —añade, cogiendo su abrigo del perchero y empezando a ponérselo a toda prisa —. Ya hay unidades de camino. En menos de media hora podemos estar allí.

19

Cuando llegan a la dirección de la calle Josep Echegaray en Esplugues, se encuentran con el armazón de una casa de dos plantas en construcción que se alza detrás de una verja, con los típicos avisos de una obra advirtiendo el uso de casco junto a un cartel de la constructora Castells.

Llueve a mares. Nuria se encasqueta la gorra y se sube la capucha del impermeable antes de abrir la puerta del Cactus.

Frente al edificio en obras ya hay aparcadas cuatro unidades de los Mossos, incluido el escuadrón táctico. La furgoneta del equipo forense llegará en pocos minutos con la troupe de trajes de protección individual y su material de recogida de muestras. Pero aún hay que ver si habrá algo que recoger.

En otro vehículo han llegado Carla y Raúl, que ya están tomando posiciones junto a la verja.

—Proceded con cautela —indica la voz de Sánchez a través de la radio—. No sabemos si puede estar armado.

Nuria no ha visto llegar a su jefe, pero imagina que debe de estar con el equipo de intervención.

Las luces azules de las sirenas destellan a través de la cortina de agua, reflejándose en los charcos, en los vehículos y en todas las superficies húmedas, otorgando al solar en construcción un aire casi onírico, como de película de ciencia ficción de los ochenta. Si hubiera aparecido Rick Deckard por una esquina persiguiendo a un Nexus-6, no le habría sorprendido en absoluto.

—Nuria y yo entraremos por la parte de atrás —informa Marcos por la radio.

—Recibido —contesta la voz de Raúl—. Nosotros iremos por delante.

—Vamos —le dice Marcos a Nuria, señalándole con un gesto el borde de la valla que asciende colina arriba una treintena de metros.

Bordear la verja por el exterior le supone subir por el empinado solar anexo, así que para no resbalarse no le queda otra que ir engarfiando los dedos en la alambrada, mientras avanza penosamente por el barro detrás de Marcos.

Entre la densa lluvia y el reflejo de las sirenas, cuesta distinguir algo entre los pilares de hormigón y las ferrallas que se yerguen como púas negras sobre el esqueleto de un extraño monstruo extinguido. Nuria no cree que Monells esté aún ahí. Ha pasado demasiado tiempo

y no tendría ningún sentido, y menos todavía con la que está cayendo.

Aunque ya está construido lo que sería el techo de la planta baja y el suelo de la primera, por su base todo son ríos de lluvia enlodada arrastrando la tierra desde la parte de atrás, donde supone que debería ir el jardín.

Y es ahí donde llegan tras bordear la alambrada y donde descubren que, de nuevo, han llegado tarde. Aunque aún no saben a qué.

—Oh, mierda —dice Marcos.

En mitad del patio trasero de la casa en construcción, alguien ha plantado una rudimentaria cruz hecha con dos tablones clavados y en la que, a pesar de la lluvia y la distancia, Nuria distingue tres seises pintados con algo que podría ser pintura roja.

Sánchez está frente a la cinta amarilla con la que han cercado un radio de tres metros alrededor de la cruz, como protocolo para evitar que se contamine la escena, aunque en esta ocasión y debido a la incesante lluvia no tenga mucho sentido.

—Antonia, ¿encontráis algo? —pregunta Sánchez bajo su paraguas, como un niño al que no le permiten pisar lo fregado—. ¿Alguna huella?

Debajo de una carpa blanca, con focos instalados alrededor alumbrando la escena, seis miembros de la Policía Científica inspeccionan la zona como sabuesos en busca de un rastro.

La forense se baja la mascarilla para contestar al inspector.

—Nada de nada —confiesa—. La lluvia ha borrado todas las huellas; las digitales y las pisadas.

—¿Tampoco hay nada en la cruz?

Antonia menea la cabeza.

—Ni en la cruz ni en ningún otro lado —afirma—. Aquí no hacemos nada.

No llevan ni media hora registrando la zona, pero a Nuria no le cabe duda de que Antonia está en lo cierto. Cualquier rastro que hubiera ha sido arrastrado por el agua.

—¿Qué creéis que ha pasado aquí? —pregunta Sánchez volviéndose hacia su equipo—. ¿Por qué vino hasta aquí después de que fuerais a verlo? ¿Y por qué narices nos ha dejado esa cruz?

—Quería que supiésemos que es él —asevera Raúl con contundencia—. Ese cabrón es un narcisista aburrido y para él esto es solo un juego.

—¿Crees que quiere que lo atrapemos para hacerse famoso?

—Creo que quiere que lo persigamos.

—Pues no irá muy lejos con una orden de captura de la Interpol sobre su cabeza —añade Clara.

—Si se fue hace dos días —alega Marcos—, puede que ya esté en Brasil o en Tailandia.

—Pero, si es así —inquiere Sánchez, pensativo—, ¿por qué venir aquí y clavar una cruz en este sitio? ¿Por qué perder el tiempo? Si quería que supiéramos que era él, podría habernos mandado una postal desde el aeropuerto.

—Quizá le va la marcha —opina Clara.

—O quizá simplemente es un chalado —dice Raúl—, y no se puede saber por qué hace lo que hace, si quizá ni él mismo lo sabe.

—Lo que ha hecho hasta ahora no me parece obra de un chalado —objeta Marcos.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo llamas a arrancarle la piel a la gente? ¿Un comportamiento normal y corriente?

—No lo sé. Pero alguien tan cuidadoso cometiendo asesinatos no me encaja con ese perfil.

—Ya le haremos un examen psicológico cuando lo atrapemos. Pero, para mí, de momento es un puto chalado.

—¿Y tú qué opinas? —pregunta Antonia.

Nuria levanta la vista y descubre que las palabras de la forense van dirigidas a ella. Traga saliva incómoda, sintiéndose el centro de atención.

—Me preguntaba… ¿por qué escribir los números aquí precisamente? ¿Y por qué la cruz?

—¿No he dicho ya que es un mensaje? —insiste Raúl abriendo las manos.

—¿Un mensaje de qué?, ¿de que es el asesino? Eso ya lo sabemos si esperaba que lo siguiéramos hasta aquí, ¿no? Pero ¿por qué hacerlo precisamente en este lugar y de este modo tan extraño? —Nuria hace un amplio gesto abarcando el solar en construcción, de donde ya se han marchado todas las dotaciones policiales menos una—. ¿Y para quién es ese mensaje? ¿Para nosotros? ¿Para la prensa? ¿Para los albañiles? No tiene ningún sentido.

—Estoy de acuerdo —apunta Marcos—. Hay algo que se nos escapa.

—Sí, pero ¿qué? —pregunta Sánchez, mirando en derredor—. Ya lo hemos registrado todo dos veces.

—Nos falta algo —asiente Marcos, arrebujándose en su empapado chubasquero.

—Nos falta la víctima —apunta Nuria, con la vista clavada en la cruz—. Siempre que ha dejado una señal con los números, había una víctima justo debajo.

—Ya —coincide Carla—. Pero está claro que esta vez no.

—¿Seguro?

—Lo hemos registrado todo —repite Sánchez.

Nuria, con la vista clavada fijamente en la base de la cruz, se aclara la garganta y dice:

—Todo no.

Ya ha caído la noche cuando la excavadora ha terminado de hacer un cráter de varios metros de diámetro y dos de profundidad, justo bajo el lugar donde estaba situada la cruz.

La incesante lluvia y el barro han dificultado enormemente la tarea de excavación, haciendo que se inundara constantemente y obligando a instalar una bomba de achique funcionando a toda máquina para evitar que el agujero enlodado se convierta en una pequeña piscina.

Han tardado varias horas en lograr que el Ayuntamiento trajera a los operarios y sus máquinas, y el hecho de no saber lo que podrían encontrarse les ha obligado a trabajar con enorme cautela. La prospección está dirigida por Antonia, quien se ha enfundado un impermeable amarillo encima del traje EPI; un traje embarrado al que ya no le queda apenas un centímetro del color blanco original. A Nuria le recuerda mucho a la jefa de una excavación arqueológica en la que participó cuando era estudiante de secundaria hace cosa de un millón de años.

—¡Con cuidado! —exclama Antonia, mientras le hace gestos al operario de la excavadora—. ¡No estás enterrando una tubería! ¡Ahí abajo puede haber alguien!

El operario tuerce el gesto con hartazgo. Lleva desde las tres de la tarde recordando a todo el equipo que su jornada terminaba a las dos, y tiene escrito en la cara que preferiría estar en cualquier lugar antes que ahí, trabajando bajo la luz de los focos de la policía, a cinco grados sobre cero y mientras sigue diluviando como si fuera un castigo bíblico.

Al menos él está seco, piensa Nuria, que incluso bajo su impermeable está calada hasta los huesos. Los pies hace ya rato que dejó de sentirlos y el entusiasmo inicial no hace más que decaer cada vez que sale una nueva palada de tierra y no hay nada más que un agujero cada vez más profundo.

Nuria siente la mirada de Raúl en la nuca, disfrutando del previsible momento de humillación cuando se den por vencidos y dejen al pobre operario irse a casa de una vez por todas, lo que no tardará mucho en suceder.

Solo Antonia parece aún convencida de que podría tener razón, mientras la mitad de su equipo forense ya se ha ido a casa e incluso Marcos empieza a remolonear y dejar escapar algún bostezo.

Nuria ve de reojo cómo Sánchez mira su reloj por tercera vez en cinco minutos y comprende que no habrá una cuarta.

Pero entonces, por encima del ruido de la lluvia, de la excavadora y de la bomba de achique, se oye *¡clonc!*

—¿Qué ha sido eso? –pregunta Marcos dando un paso adelante, saliendo de su marasmo.

—¡Para! —ordena Antonia al operario.

Nuria no se lo piensa dos veces y agarrando una pala salta al agujero de casi dos metros de profundidad.

El agua le llega por los tobillos, pero eso ya da igual.

Levanta la pala y la clava en el hueco entre sus pies.

¡Clonc!

—¡Aquí hay algo! —exclama.

Un segundo más tarde, Marcos ya está con ella en el fondo del agujero con otra pala.

—Es madera —afirma, dando un par de pisotones fuertes.

Nuria tantea los límites del agujero con la punta de la pala, tratando de establecer su forma y dimensiones.

—Joder, es un ataúd… —musita antes de levantar la mirada hacia Sánchez, que les observa desde el borde del agujero—. ¡Es un ataúd!

Antonia ordena a los dos miembros de la Científica que se han quedado volver a colocar la pequeña carpa sobre el agujero. Luego saltan dentro para ayudar a apartar el fango y rápidamente queda al descubierto lo que parece ser una caja de madera de unos dos metros de largo por medio de ancho.

De pronto, Nuria siente una súbita inspiración y sacando su teléfono hace una llamada.

Un segundo después, el timbre de un teléfono suena.

El sonido proviene del interior del ataúd.

—Pero ¿qué narices…? —gruñe Sánchez con el desconcierto pintado en el rostro.

Nuria le muestra la pantalla de su teléfono y el nombre que aparece en la señal de llamada.

—He llamado al número de Monells —explica—. Por eso nos indicaba que estaba fuera de cobertura.

—Joder —murmura Marcos—. ¿Entonces…?

Antes de que nadie pueda decirle que espere, Nuria clava la pala en el borde de la caja y rompe la madera lo justo como para meter la mano por el agujero.

—Haceos a un lado —le pide a sus compañeros de excavación, antes de tirar con todas sus fuerzas de la tapa y levantarla con un crujido.

—¡Esto deberíamos hacerlo en el laboratorio! —le grita Antonia.

Pero ni Nuria ni Marcos le hacen caso, y entre los dos tiran de la tapa hasta arrancarla del todo. Sánchez tampoco les detiene, siente tanta curiosidad como ellos y, al fin y al cabo, aún podría estar vivo.

A sus pies, en el interior del ataúd, yace el cuerpo de un hombre al que han arrancado la piel del torso y con una botella de aire comprimido entre las piernas. Nuria se fija en que tiene la yema de los dedos ensangrentados y unos ojos que parecen a punto de salirse de su rostro desencajado por el pavor.

Un rostro que, para sorpresa de Nuria, no es el que esperaba encontrarse.

A su espalda y por encima de su cabeza, oye a Sánchez preguntar en voz alta.

—¿Y quién cojones es este?

20

En la sala de reuniones del DIC, Sánchez lee la información que aparece en la pantalla y que no es otra que el DNI que encontraron la noche pasada en el cuerpo de la tercera víctima del «Asesino Satánico», como ha bautizado la prensa a Jordi Monells en un derroche de creatividad. En el exterior ha dejado de llover, pero sigue nublado y el viento soplaba gélido cuando Nuria llegaba a las oficinas de Egara esa mañana.

—Eduardo Castells Palí —lee Sánchez—. Nacido el 3 de diciembre de 1962 en Mataró.

—¿De qué me suena a mí ese nombre? —susurra Marcos, por encima del viento que golpea contra las ventanas.

Sentada a su lado, Nuria le señala el informe que tiene abierto frente a ella.

—Construcciones Castells —lee Marcos—. Joder…, ¿es el dueño del terreno donde lo mataron?

—Nuestro asesino tiene un peculiar sentido del humor.

—Según el informe forense —prosigue mientras tanto el inspector—, después de drogarlo y desollarlo, fue enterrado aún vivo con una botella de aire que lo mantuvo con vida unas 24 horas. —Se detiene para que todo el mundo comprenda lo que eso significa—. Se destrozó las uñas y los dedos tratando de romper la tapa por dentro cuando despertó —añade—, pero el infeliz no sabía que estaba bajo dos metros de tierra y no tenía ninguna posibilidad de salir vivo de ahí.

—A menos que lo hubiéramos encontrado —apunta Raúl—. O que hubiéramos detenido a Monells de un buen principio.

Nuria intuye que, aunque usa la segunda persona del plural, de alguna manera está tratando de culparla a ella por lo sucedido.

Sánchez ignora el comentario y prosigue con el informe.

—No se han hallado señales de lucha ni huellas de ningún tipo ni en el cuerpo ni en el ataúd. Pero la presencia del teléfono móvil de Monells apunta a que este sin duda es el principal sospechoso. Posiblemente se le pudo caer mientras metía el cuerpo en la caja y, cuando se dio cuenta, ya era tarde para recuperarlo.

Nuria chasquea la lengua de forma inconsciente y Sánchez se la queda mirando.

—¿Algún comentario, agente Badal?

Nuria está a punto de decir que no, pero se resiste a no compartir lo que piensa.

—Que me parece muy raro —alega—. Nuestro asesino ha sido extremadamente cuidadoso hasta el momento… No me cuadra que se le caiga el móvil y no se dé cuenta.

—¿Tiene una teoría alternativa?

—No. Bueno... Sí. ¿Y si lo dejó a propósito?

—¿Para qué iba Monells a dejar su móvil a propósito en el escenario del crimen?

—Ya, pero ¿y si Monells y el asesino no son la misma persona?

—Explíquese.

—No estoy segura, inspector. Pero creo que estamos dando por hecho algo que quizá no sea así.

—Las pruebas son las que son —afirma Sánchez—. Y, si no recuerdo mal, usted misma es quien lo señaló como sospechoso inicialmente, ¿no?

—Sí, pero… No sé. Me parece demasiado obvio.

—¿Demasiado obvio? —resopla Sánchez—. Llevamos tres asesinatos en cinco días y, por fin, el asesino comete un error que nos permite tener alguien a quien detener.

—Pero hasta ahora no ha cometido errores.

—*Todo el mundo comete errores* tarde o temprano, agente Badal.

—Sí, pero ¿qué motivo tendría para…?

—Ya basta —le corta Sánchez—. Tenemos un sospechoso viable y todas las pruebas apuntan en la misma dirección, ya le preguntaremos sus motivaciones cuando esté en el calabozo —añade—. Lo que tenemos que hacer ahora es encontrarlo, ¿está claro?

Nuria asiente; enfrentarse a su superior en la sala de reuniones del DIC no es algo que pueda salir bien en ningún universo posible.

—Clarísimo —contesta.

—Estupendo —prosigue Sánchez, satisfecho—. Averiguad la relación de Castells con las dos víctimas anteriores y con Monells; hay que fundamentar el caso y estoy seguro de que tienen que ver con la secta satánica esa de Los hijos de Lucifer. De alguna manera han de estar conectados los cuatro —agrega—. Si encontramos el nexo común, quizá encontremos también a Monells. ¿Estamos?

—A la orden —replican todos a coro.

—¿Y qué hacemos con el mayordomo? —pregunta Marcos—. ¿Seguimos apretándole las tuercas?

—Seguid apretándole —confirma Sánchez—. Aunque no sea cómplice, tiene que saber algo incluso sin saber que lo sabe. No puedes estar años trabajando en la casa de un asesino en serie sin que algún detalle te haga sospechar que no está bien de la cabeza; torturar animales, la biografía de Jack el Destripador, ponerle piña a la pizza...

—¿La gente de informática ha encontrado algo en el ordenador de Monells? —pregunta Clara, alzando la mano.

—Nada, de momento —aclara Sánchez—. Ni en el teléfono, pero aún no han podido acceder a algunos archivos en la nube. Puede que en ellos esté el listado de socios de Los hijos de Lucifer —especula—. ¿Alguna cosa más? —Hace una pausa y, al no ver más manos levantadas, concluye—. Pues, hala, en marcha —dice golpeando con los nudillos sobre la mesa—. Tenemos un asesino al que detener.

A media mañana Nuria se encuentra frente a la pantalla de su ordenador releyendo el mail que enviaron a su correo denunciando a Los hijos de Lucifer como sospechosos de los asesinatos.

Le cuesta creer que una denuncia aparentemente aleatoria haya dado en el clavo de una manera tan directa. ¿Quién lo enviaría? ¿Por qué lo haría? y, sobre todo, ¿por qué a ella en concreto? Es la más joven e inexperta del DIC, por no decir que es el último mono. Si ella hubiera querido señalar a alguien que cree que es un asesino, habría escrito al jefe del departamento o buscado el correo personal de algún compañero. Pero ¿por qué a ella?, se pregunta de nuevo.

Se le ocurre la descabellada posibilidad de que fuera el mismo Monells quien supiera de su existencia y le hubiera escrito como parte de ese macabro juego del gato y el ratón que parece llevar entre manos. Si eso es así, reflexiona, quizá le escribió pensando que era la agente menos competente del DIC o la única que se tomaría en serio la posibilidad de ir a su palacete del Borne. De hecho, tiene que admitir que, de no ser por ese correo anónimo, estarían tan a oscuras como en el minuto uno del caso.

Si es así, y Monells está detrás de los asesinatos y es quien les está dando las pistas para atraparlo, solo se le ocurren dos posibilidades: que de alguna manera sea a la vez el asesino múltiple más retorcido, meticuloso y torpe de la historia…. o que efectivamente se esté divirtiendo, dejando un rastro de miguitas de pan para hacerles creer que tienen alguna oportunidad de atraparlo.

En ese caso, deduce, no tendría sentido que hubiera huido a la otra punta del mundo.

Si realmente está dejando pistas para que puedan seguirlo, lo lógico es que se encuentre cerca. De pequeña, jugando al escondite, aprendió que la manera de ganar no era esconderse en el agujero más profundo, sino allí desde donde pudiera vigilar a su perseguidor para poder adaptarse y cambiar de posición cuando fuera necesario. El cazador nunca piensa que lo están acechando.

Nuria siente cómo un súbito escalofrío recorre su espalda al cavilar la posibilidad de que eso le esté sucediendo justo a ella.

¿Y si en realidad no es la cazadora…, sino la presa?

Carla y Raúl regresan de interrogar al mayordomo de Monells y,

por la cara de ambos, cuesta poco deducir que la cosa no ha ido demasiado bien.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta aun así Marcos.

—No sé si realmente no se enteraba de nada —contesta Carla, dejando una carpeta de golpe sobre su mesa—, o se está haciendo el loco. Según él, Monells era sumamente discreto con todas las actividades relacionadas con Los hijos de Lucifer y se ocupaba de que nunca estuviera presente, así que insiste en no tener ni idea de quiénes eran y lo que hacían en ese sótano.

—¿Y qué vais a hacer? ¿Seguir apretándole las 72 horas que podemos retenerlo?

Carla niega con la cabeza y suelta un suspiro de cansancio.

—Sánchez nos ha ordenado que lo soltemos.

—¿Soltarlo? —repite Nuria—. ¿Por qué?

—Está convencido de que no va a decir nada y quiere que lo mantengamos vigilado las veinticuatro horas del día por si sigue en contacto con Monells y trata de contactarle. De hecho, ha pedido una orden para pincharle el teléfono. Si ve, habla o sueña con Monells, quiere enterarse. ¿Y vosotros? —pregunta—. ¿Algún progreso?

Marcos se recuesta en su asiento.

—Otra vez estamos atascados —confiesa—. Ese cabrón parece haberse esfumado en el aire.

En ese momento, Sánchez entra en el departamento con una expresión similar a la que tienen los demás agentes.

—¿Alguna novedad? —pregunta, mirando a Marcos y Nuria.

—Ahora mismo le decía a Carla que no hay nada nuevo —explica Marcos.

—¿Habéis conseguido alguna imagen de vídeo de los alrededores de la obra?

—He buscado a fondo —aclara Nuria—, pero por esa zona no hay negocios ni cámaras de tráfico, solo viviendas unifamiliares y ninguna a menos de cien metros.

—¿Y en esas viviendas no tienen cámaras? —inquiere Sánchez, extrañado—. Es un barrio pijo.

—Tienen cámaras, pero todas enfocadas hacia el interior de la propiedad. Ya sabe, legalmente no pueden tomar imágenes del exterior o de la calle.

—Pues entonces habrá que hacerlo a la antigua usanza. Id a la zona y preguntad a los vecinos si han visto a alguien sospechoso rondado por los alrededores. La ventaja de esos barrios es que cualquiera que pasee por ahí y no sea vecino, «canta» mucho. Quizá alguien pudo verlo.

—En realidad —advierte Marcos, mirando a Nuria de reojo—, creemos que debió de marcharse de ahí en otro taxi. No hay

transporte público en la zona y el coche del constructor estaba aparcado a poca distancia, así que sabemos que este llegó por voluntad propia y que Monells no se lo llevó.

—¿Y estáis buscando ese segundo taxi? —pregunta Sánchez.

—Estamos en ello, pero hay más de diez mil licencias de taxi en Barcelona y la mitad de ellas compartidas por conductores que apenas ni hablan español.

—Pues buscad a alguien de Tráfico u otro departamento para que os ayuden, y si hace falta traed a alguien que hable pakistaní o el idioma que sea. Tenemos que encontrar a quien recogió a Monells y averiguar a dónde lo llevó, es la única pista que tenemos de momento.

—No me encaja —interviene Nuria—. ¿Por qué iba Castells a reunirse con Monells? Para entonces, ya se sabía de la muerte del banquero y el actor, y, si todos eran miembros de Los hijos de Lucifer, tenían que conocerse por fuerza. ¿No le hizo sospechar? Hay algo que se nos está escapando.

—Tomo nota de sus dudas, agente Badal —replica Sánchez, inclinándose hacia ella—. Pero ahora lo que quiero es que encuentren ese puto taxi.

21

Laura se mira fijamente a los ojos en el espejo mientras la mujer la maquilla con la precisión de quien ha hecho muchas veces lo mismo. Después de limpiarle la cara y añadirle una carísima crema hidratante, le aplica una base de maquillaje con brocha y unos polvos que le dan un toque ligeramente moreno a su piel. Seguidamente le maquilla los ojos y con un rizador de pestañas resalta sus ojos verdes, terminando con una barra de labios color rosa que resalta su apabullante feminidad.

Después de media hora de trabajo, los ojos que le devuelven la mirada desde el espejo ya no son los de una adolescente, sino los de una mujer sensual y escandalosamente atractiva envuelta en la bata de satén blanco que le ha proporcionado. Por un lado, se siente aterrada de no reconocer a la persona que tiene enfrente, pero por otro tiene la impresión de haber viajado al futuro y verse a sí misma como la arrebatadora mujer que será en unos años.

—¿Qué opinas? —le pregunta con una sonrisa satisfecha.

A Laura le cuesta encontrar las palabras.

—Es... increíble...

—Eres guapísima, niña —le dice, apretándole el hombro—. Yo solo me he encargado de resaltarlo.

—Yo... Gracias...

Rodeándola, la mujer se coloca ante ella sentándose en el borde del tocador.

—¿Estás nerviosa?

—Eh... no. Bueno... un poco —confiesa—. Es mi primera vez.

—No pasa nada —la calma, tomándole la mano—. Pero esta sesión es una gran oportunidad y para que salga bien es necesario que estés muy tranquila.

—Pues no sé si podré.

—¿Quieres que te ayude a relajarte?

—Sí, por favor.

La mujer se mete la mano en el bolsillo del pantalón y saca una bolsita de plástico con unas pocas pastillas blancas del tamaño de aspirinas.

—Tómate una de estas y enseguida se te pasarán los nervios —le ofrece con un guiño.

—¿Es droga? —pregunta Laura, alarmada, recordando las palabras de su madre—. Yo no tomo drogas.

La mujer le responde con una breve carcajada.

—No, Laura. No es ninguna droga. Es solo un relajante para los nervios.

—Es que no sé si debería...

—Claro, ningún problema. Es decisión tuya —le dice, guardándose la bolsita en el bolsillo.

Laura respira profundamente y siente cómo el corazón le late desbocado en el pecho. Está muy lejos de sentirse tranquila.

—Está bien —claudica, alargando la mano—. Dame una.

—¿Estás segura?

—No. Pero no quiero fastidiarla.

—Bien dicho —la felicita, colocándole una pastilla en la mano que Laura se traga sin pensar—. Bueno, y ahora que hemos solucionado el tema de los nervios... —añade, señalando el perchero a su espalda—. ¿Te parece si elegimos la ropa que vas a ponerte?

—Claro —contesta Laura contemplando la multitud de piezas, a cada cual más atractiva, y de repente no puede evitar sonreír de oreja a oreja.

Cuando Laura sale por fin del camerino, lo hace enfundada en un ceñido traje negro de Versace que estiliza su figura y realza sus curvas. Encaramada a unos zapatos negros de aguja, se siente alta y poderosa mientras taconea cruzando el estudio.

—Perfecta —comenta el fotógrafo al verla, levantando la mirada del fotómetro—. Simplemente perfecta.

Una sonrisa perezosa se forma en los labios de Laura y una vez frente a los focos da una vuelta sobre sí misma dejándose llevar. Estar ahí en ese momento es como estar viviendo un sueño y quizá sea por la emoción o por la pastilla, le parece estar flotando como si se deslizara unos centímetros por encima del suelo de madera.

—Acércate a la ventana y apóyate en el alféizar —le indica el fotógrafo, alzando la réflex que lleva colgada del cuello.

Laura obedece, situándose junto al gran ventanal de estilo modernista que va del suelo al techo.

—Dame una sonrisa sugerente —le pide, y ella estira los labios en un mohín coqueto, clavando sus pupilas de ágata en el objetivo de la cámara.

—Deliciosa —le felicita el hombre mientras el disparador de la cámara suena como un leve tableteo—. Muévete a un lado y otro, como si bailaras —le indica—. Déjate llevar.

Laura cierra los ojos un instante y le parece escuchar una música que no sabe si es real o está en su cabeza, pero qué más da. Dejándose arrastrar por el ritmo comienza a mover primero los brazos y luego a

cimbrear sus caderas sensualmente, como si estuviera sola en el mundo y todo lo que importa es el ahí y ahora.

—Así, muy bien. Muy sexy. —Oye una voz extrañamente lejana—. Sigue bailando, preciosa.

Laura hace lo que le pide con la extraña sensación de que su cuerpo ha dejado de pertenecerle y ella es tan solo una espectadora mientras sus manos juegan con su pelo y se muerde el labio inferior seductoramente.

—Maravillosa —comenta sin dejar de fotografiarla desde diferentes ángulos, pero Laura ya es apenas consciente de lo que hace o lo que le dice.

Solo escucha la voz del hombre que le ordena qué hacer y cómo ella obedece sin resistencia alguna. Como cuando le pide que se baje un tirante del vestido... y luego el otro.

Pero Laura ya no está ahí, solo es un cuerpo ajeno que se sigue moviendo al ritmo de una música inaudible, mientras el sedoso vestido negro resbala lentamente sobre su piel.

22

A Nuria le arden los ojos de mirar la pantalla, y la garganta de tanto hablar por teléfono. Ya ha perdido la cuenta de las horas que lleva junto a Marcos rastreando el taxi que suponen recogió a Monells en la obra después de matar a su tercera víctima.

A pesar de ello, no han comprobado ni la décima parte de las compañías de taxi, varias de ellas necesitando ayuda del intérprete de urdu, y no han obtenido ningún resultado.

—Estamos perdiendo el tiempo con esto —dice, estirando los brazos hacia el techo. También siente la espalda y el cuello adoloridos; no está acostumbrada a pasar tanto tiempo seguido frente al ordenador.

—Deja ya de insistir con eso —le conmina Marcos—. Ya has oído a Sánchez.

—Que lo haya dicho Sánchez no significa que sea cierto.

—No, pero sí en lo que a nosotros se refiere. Si el jefe dice que busquemos el taxi, buscamos el puto taxi, punto. Así de sencillo.

—Eso no tiene sentido.

—Da igual que tenga o no sentido, es una orden de un superior y tenemos que cumplirla. Si encontramos el taxi, quizá nos conduzca a Monells y si encontramos a Monells, caso resuelto.

—Eso es precisamente lo que no tiene sentido —insiste, ignorando el argumento de Marcos—. ¿Por qué después de ir a verle decide matar a Arturo Galán y luego a Castells? ¿Por qué arriesgarse, cuando sabía que ya estábamos tras su pista? Y el chivatazo que nos puso tras él —añade—. ¿Quién lo mandó?, ¿y por qué? Hay demasiados cabos sueltos.

—Mira, Nuria —le contesta, con un tono que revela una creciente impaciencia—. Odio decirlo, pero en este caso he de darle la razón a Raúl. Lo que tenemos que hacer es pillar a ese desgraciado antes de que mate a nadie más; lo demás es secundario. Cuando lo tengamos en el calabozo ya averiguaremos por qué hizo lo que hizo, cómo lo hizo y qué tan chalado está.

—¿Pero no te preocupa que todo lo que hayamos conseguido sea gracias a un email anónimo?

—Esas cosas pasan, Nuria. Un vecino chismoso, una llamada a la Guardia Urbana quejándose de una tele con el volumen muy alto… y de carambola atrapamos a un traficante de droga internacional.

—Aun así, me parece demasiada casualidad que al único mail

personal al que hayan escrito sea el mío precisamente.

Marcos cierra los ojos y deja escapar el aire largamente por la nariz. Está claro que su paciencia ha llegado al límite.

—¿A dónde quieres llegar? —pregunta con ánimo de zanjar el tema.

—No lo sé…, la verdad. Es solo que… me pregunto si Monells está jugando con nosotros, o si alguien nos podría estar manipulando para perseguir a la persona errónea.

—Monells es culpable —sentencia Marcos—. Si no, no habría huido. Gracias a que descubriste la sangre en su sótano, tenemos pruebas de su relación con una de las víctimas y eso sin contar con que el mismo día que fuimos a verlo un taxi lo llevó justo al lugar donde encontramos a Castells enterrado a dos metros bajo tierra. Así que a mí no me cabe duda alguna de que está implicado. ¿Si lo hizo en compañía o con la ayuda de otros? —se pregunta a sí mismo—. Puede ser. Incluso puede que ese cómplice, por vete a saber tú qué razón, te mandara el mail a tu correo personal. Puede que sea alguien de su club satanista o de su grupo de macramé que quiere desquitarse porque le robó las tijeras. ¿Quién sabe? Pero ¿sabes qué es lo único seguro? Que Jordi Monells está en el ajo y, cuanto antes lo pillemos, antes podremos resolver el caso, ganarnos una medallita y poder dormir ocho horas seguidas. Así que deja de perder el tiempo haciéndote preguntas inútiles —concluye, devolviendo la atención a su ordenador— y ayúdame a encontrar de una vez el puñetero taxi de los cojones.

La tarde casi ha llegado a su fin, el sol hace ya rato que se puso tras los ventanales del departamento y Nuria sigue delante de la pantalla de su terminal, hablando por teléfono.

—Sí, esa misma tarde… —dice al aparato—. Desde la calle Josep Echegaray o alguna cercana… en Ciudad Diagonal, sí. —Una pausa—. No, ya le he dicho que no sé el destino, eso es lo que necesito averiguar. —Otra pausa más larga—. Que no le consta… —repite, tachando un nuevo nombre en su inacabable lista—. De acuerdo, gracias. Buenas tardes —se despide, colgando de inmediato.

Nada más hacerlo, resopla con hartazgo y deja caer la cabeza de golpe sobre la mesa.

—Esto es inútil —gruñe por lo bajo con la frente apoyada en la libreta.

—Baja la voz, que te va a oír Sánchez —le advierte Marcos.

—Pues que me oiga —alega, girándose hacia él—. Estoy harta de hacer llamadas. Soy policía, no teleoperadora.

—El trabajo a veces es así.

—Pues ya estoy harta —replica—. Llevamos todo el puñetero día haciendo llamadas en lugar de estar ahí fuera, pateando las calles.

—¿Y crees que pateando la calle tendríamos mejores resultados? Monells está en busca y captura internacional y, además, hemos bloqueado sus cuentas bancarias y tarjetas de crédito. No podrá ir muy lejos.,

—No creo que se haya ido —apunta Nuria—. Si esto es un juego para él, debe estar cerca, vigilándonos, y te apuesto a que tendrá un buen escondite y un montón de efectivo para ir tirando. Está ahí fuera —se vuelve hacia la ventana, hacia la oscuridad de la noche—, agazapado.

—Ya, bueno… puede, pero no tenemos otra pista y tenemos que aprovechar que la muerte de Castells aún no se ha hecho pública, porque en cuanto suceda la gente se va a volver loca y los jefes nos van a poner delante del paredón.

Nuria ya sabe eso y levantando la cabeza mira el reloj de pared.

Aún falta una hora para poder irse a casa y el tiempo parece haberse detenido.

Se queda mirando la aguja del minutero durante un largo rato, hasta que esta se mueve imperceptiblemente de una rayita a otra. Un minuto. Le faltan cincuenta y nueve.

—Voy a estirar las piernas —dice, poniéndose en pie.

—Te acompaño —dice Marcos, levantando la cabeza.

—Prefiero ir sola. Necesito aclarar las ideas.

—Vale. —Marcos se encoge de hombros—. Como quieras.

Nuria toma su pequeño bolso y su abrigo y sale del DIC pasando por delante de la mesa de Sánchez al que le deja un «ahora vengo» flotando en el aire.

El inspector, enfrascado en la lectura de un informe, no parece siquiera apercibirse de que acaba de pasar frente a él.

Nuria sale al pasillo y, cuando ha de tomar el camino hacia la terraza interior o la cafetería, en el último momento elige ir en dirección contraria, hacia los ascensores que llevan al aparcamiento.

A Sánchez no le va a hacer gracia, pero le deben una montaña de horas extra y hoy siente que necesita irse antes de que le explote la cabeza.

De camino a su coche, ya en el exterior, hace una llamada.

—Hola, mamá —saluda—. Sí, bien. Gracias. Esto… ¿quieres que vaya ahora a cenar?… Sí, hoy he salido antes… Vale, pues paso por casa para dejar el coche y en cosa de una hora estoy ahí… Muy bien, hasta ahora.

Su padre siempre le decía que las cosas que no te apetecen cuanto antes te las quites de en medio mejor. Al pensarlo se siente mal por encuadrar una cena con su madre en la categoría de cosas que no le

apetecen, pero luego razona que sería hipócrita hacerlo de otro modo, así que una cosa equilibra a la otra.

Cuando se sienta en el coche y enciende el motor se siente casi feliz, tanto por cumplir su papel de hija como por haber escapado de departamento antes de que se le derrita la última neurona.

—Hola —saluda con dos besos cuando su madre le abre la puerta de su piso.

—Hola, Nurieta. Qué alegría verte.

Muy poca gente aún la llama Nurieta: el abuelo Pepe, su amiga Susana cuando quiere tocarle las narices y, por supuesto, su madre. Aunque ya se acerque a la treintena, se enfrente a delincuentes a diario y tenga permiso para usar un arma de fuego..., para Estela Jiménez, ella sigue siendo una niña que necesita ayuda para atarse los zapatos. Algo que, por otro lado, Nuria sabe que es extensivo a todas las madres del mundo.

—Me he escapado antes del trabajo para poder verte. —Miente solo a medias, mientras se adentra en la casa—. Están siendo unos días de auténtica locura.

—Ya lo imagino —asiente su madre.

Nuria dedica un instante a contemplar su rostro arrugado y sus facciones cansadas, y que salvo el color de los ojos es como mirarse en un espejo del futuro. Nuria es brevemente consciente del paso de los años en su madre, pero lo deshecha de inmediato al comprender que esos mismos años también pasarán para ella. Con suerte.

—¿Cómo estás? —le pregunta a continuación—. ¿Tienes hambre?

—Mucha.

—Ah, qué bien. Pues te he preparado tu cena favorita.

—¿Has hecho sushi? —pregunta medio en serio, medio en broma.

—Ah, no… —Rechaza la idea con un ademán de desagrado—. Yo no cocino esas cochinadas. Te he hecho guisantes con jamón y huevo. Como a ti te gusta.

En realidad, esa dejó de ser su cena favorita cuando tenía doce años, pero esboza una sonrisa y asiente.

—Qué bien —dice, tratando de que no se le note que miente—. Gracias.

—Pues, hala. —Le señala el sofá—. Ponte cómoda y descansa, que yo caliento la comida en un minuto.

—Gracias —contesta, siguiendo el consejo y derrumbándose sobre los cojines.

Cuando su madre sale del salón camino de la cocina, Nuria pasea la mirada por el mobiliario y la decoración del piso, que está exactamente igual que como la recuerda de su infancia. Las mismas

fotos de boda de sus padres y de ella misma con un vestido blanco haciendo la comunión, las mismas figuritas de perros de porcelana, las mismas macetas con las mismas plantas, las mismas cortinas, el mismo sofá donde está sentada y la misma alfombra bajo sus pies. Ir a visitar a su madre es como viajar quince años al pasado, y esa es una de las razones por las que intenta evitarlo todo lo posible. No puede decirse que aquella fuera la época más feliz de su vida.

Puntual, al cabo de un minuto aparece su madre con dos platos humeantes y los deja sobre la mesa del comedor, que ya está puesta.

De forma maquinal su madre pone la televisión y Nuria resiste la tentación de pedirle que no lo haga. Comprende que el busto encorbatado al otro lado de la pantalla, y que en ese momento está dando noticias sobre la subida del precio de los combustibles, es alguien que le hace compañía durante las largas noches de invierno. Sin duda lo ve a él más que a ella, así que, a pesar de que el volumen demasiado alto le molesta, se calla y se come los guisantes.

—¿Está bueno? —pregunta su madre—. ¿No está muy salado?

—Está perfecto.

Estela Jiménez sonríe, satisfecha.

—¿Y qué tal te va en el trabajo? —pregunta a continuación.

—Bien, muy liada.

—¿Con lo del Asesino Satánico?

—No es un asesino satánico —alega Nuria—. Es solo un asesino.

—¿Y esos números? Los he visto en los dos asesinatos. Es el número de la Bestia —añade, santiguándose.

Nuria se la queda mirando, algo sorprendida.

—¿Y eso?

—Pido al Señor que me proteja de la Bestia y de las hordas satánicas comunistas.

Nuria ha de contenerse para no soltar una carcajada.

—¿Hordas satánicas comunistas? ¿De dónde has sacado eso?

—¿Es que no has visto la tele? —Señala hacia el aparato—. Asesinatos con el número de la bestia y los rojos destrozando las calles al mismo tiempo. No me dirás que es casualidad.

Nuria parpadea desconcertada, tratando de encajar las piezas en su cabeza.

—¿Te refieres a las manifestaciones de los antisistema? —pregunta, comprendiendo a qué se refiere—. Esas las ha habido siempre en Barcelona, mamá. Ahora son porque tenemos a uno de los suyos detenido en Egara. Solo eso.

—¡Ah! Entonces, ¿el asesino es uno de ellos?

—No, que va. —Nuria menea la cabeza con énfasis—. Pero aún sigue detenido y sus amigos no se lo han tomado bien. ¿Y a ti qué tal te va con los redentores? —pregunta, solo por cambiar de tema.

—Renacidos —corrige su madre—. Y muy bien, nos juntamos para rezar y nos dan charlas de vez en cuando. El otro día vino un señor muy simpático de España Primero para explicarnos por qué se está hundiendo el país por culpa de los rojos y las feministas.

—Joder, mamá —rezonga Nuria—. Los de España Primero son una pandilla de… —Se detiene a tiempo—. Creo que no es buena idea juntarse con esa gente.

—Tú no los conoces. Son gente buena y decente.

—Y no digo que no lo sean —objeta Nuria—. Pero el mundo no es como ellos lo pintan y los problemas del país no son culpa de esa gente.

—Bueno, mejor cambiemos de tema —alega haciendo un aspaviento—, está claro que en eso no vamos a ponernos de acuerdo. ¿Cómo está la cena?

A Nuria le toma un instante adaptarse al requiebro de su madre.

—Muy buena, gracias. Hace tiempo que no comía nada tan rico —exagera un poco.

—Qué bien, me alegro. —Cabecea, satisfecha—. Por cierto, mis amigos de la congregación se emocionaron cuando les dije que trabajabas en la Policía y estabas en el Departamento de Investigación. Me preguntaron si ya tenéis alguna pista.

Nuria suelta el tenedor sobre el plato, golpeando contra la porcelana blanca.

—Coño, mamá. Te he dicho que no comentes con nadie que soy policía, y mucho menos digas que estoy en el departamento de… —Se queda pensando unos segundos y pregunta—. Un momento… ¿Cuándo les contaste que estoy en el DIC?

—Uy, no sé. Un par de semanas, quizá. ¿Por qué?

—Porque hace unos días me llegó un correo anónimo a mi correo personal de alguien que sabía que trabajo ahí. Muy poca gente sabe algo así.

—¿Un correo anónimo? —inquiere la mujer, súbitamente preocupada—. ¿Te amenazaron?

—No, no…, en absoluto. Pero, mamá, es peligroso que unos desconocidos sepan que soy policía. ¿Lo entiendes?

—No son desconocidos —alega ceñuda—. Son mi congregación de los Renacidos y ya te he dicho que son buenas per…

—Me da igual. —La interrumpe con más brusquedad de la que pretende—. Por mí como si son angelitos con alas; no quiero que le cuentes a nadie lo que hago ni dejo de hacer. ¿De acuerdo?

—Está bien… —acepta, aunque meneando la cabeza con incredulidad—. Qué carácter más arisco que tienes, no sé a quién habrás salido. Al final no podré decirle a la gente ni que tengo una hija.

Nuria cierra los ojos un instante para calmarse antes de contestar.

—No es eso, mamá. El problema es que…

—Oh, dios mío. —Esta vez es su madre quien la interrumpe llevándose la mano a la boca con estupor.

Nuria sigue su mirada y ve cómo apunta hacia la televisión.

En ella ve una grabación en vídeo de Eduardo Castells metido en lo que sería su ataúd y con la botella de aire entre las piernas momentos antes de ser enterrado en vida.

A Nuria solo hay una palabra que le viene a los labios.

—Mierda.

23

A pesar del frío, Nuria decide regresar a casa caminando en lugar de tomar el metro. Después del inacabable día en Egara y de pasar dos horas con su madre, necesita respirar aire fresco.

A esa hora queda ya poca gente en las calles; los comercios y buena parte de los restaurantes también están cerrados y, quizá por eso, al cruzar la Diagonal en dirección a Gracia, al principio no le llama la atención la ausencia de tráfico. No es hasta que atraviesa la amplia avenida que, a la altura del paseo de San Juan, descubre decenas de sirenas azules de policía lanzando destellos en la noche compitiendo con las luces de navidad. Poco más allá, el resplandor dorado de varios fuegos se alza por encima de la altura de los vehículos.

Los disturbios en Barcelona ya casi forman parte de la idiosincrasia de la ciudad, y Nuria siempre ha pensado que, a pesar de los destrozos recurrentes, son la expresión de una sociedad inquieta y con ánimo de lucha. Alguna vez leyó que a las que hay que temer son a las sociedades donde nunca pasa nada y todo el mundo parece estar conforme y, aun siendo policía, está bastante de acuerdo en esta afirmación. Seguramente, piensa, mucho tendrá que ver la influencia de su padre y sobre todo su abuelo Pepe, quien siempre presumió de una juventud de protestas y carreras delante de los grises. Que precisamente su nieta terminara enrolada en la policía catalana fue un trago que le tomó varios años digerir.

Algunos peatones, como ella, se detienen en mitad del cruce para contemplar el espectáculo de luces, aunque la mayoría le dedican apenas una mirada de reojo al pasar, como si aquello casi se hubiera convertido en rutina.

Mientras está allí de pie en el paso de cebra, su teléfono suena avisando de un mensaje entrante de WhatsApp.

Es de Marcos.

Le envía enlace de vídeo que duda en abrir, pensando que será el mismo que ha visto en el noticiario de la televisión. No quiere volver a ver el rostro horrorizado de Castells a punto de ser enterrado en vida.

Aun así, accede al vídeo y, para su sorpresa, lo que ve es al mismo predicador de traje blanco de los Renacidos mirando fijamente a la cámara con salvaje intensidad.

Nuria le sube el volumen rápidamente, al darse cuenta de que está hablando a la cámara.

«…*el diablo* —está declamando en voz alta—, *cuyos deseos quieren*

cumplir! ¡Desde el principio este ha sido un homicida y no se mantiene en la verdad, porque no hay verdad en él!» dijo Juan, en el capítulo ocho, versículo cuarenta y cuatro. La palabra de dios nos advierte, pero no… —hace el gesto de negar con el dedo—, no hacemos caso, pecadores de nosotros, le damos la espalda a la palabra del Señor y más que nadie los policías y los políticos corruptos, que tienen pactos con Satán y no hacen nada por evitar que el asesino siga matando a creyentes. ¡Porque ellos son también sirvientes del diablo! ¡La serpiente que con sus despreciables siseos está enroscada en esta sociedad y somete a su voluntad a todos los hombres y mujeres que no son temerosos de dios! ¡Salgamos a la calle y mostremos a esos corruptos adoradores de satanás que los puros y decentes no nos arrodillaremos ante ellos y sus maquinaciones! ¡Hermanos Renacidos en Cristo, ha llegado la hora de luchar y defendernos del mal que nos acecha con la ayuda del Señor! Porque como dice Pedro en el capítulo cinco, versículo ocho: «*Su enemigo el diablo ronda como animal rugiente ¡buscando a quien devorar!*».

Nuria ya ha visto lo suficiente y detiene el vídeo.

Comprueba que se ha subido hoy mismo y tiene unas cinco mil visualizaciones. No es Ibai, pero cinco mil visualizaciones son muchas para llevar publicado solo unas horas. Conque solo un uno o un dos por ciento de los que lo han visto se lo tomen en serio, serán cincuenta o cien fanáticos que pueden llegar a liarla en cualquier momento. Luego las televisiones ansiosas de espectáculo ya se encargarán de hacer que parezcan ser diez mil.

Inevitablemente, siempre que sucede un accidente, una pandemia o una tragedia, hay buitres que acuden a la carroña en busca de su propio provecho; es como una ley natural. Pero igual de natural es que los responsables últimos, políticos por lo general, llegado el momento suelten lastre y busquen cabezas de turco entre sus subordinados para así salvar su pellejo y su poltrona.

Nuria resiste la tentación de llevarse la mano al cuello al darse cuenta de que, en esos momentos, su cabeza y las del resto de los agentes del DIC son las más fáciles de cortar llegado el caso.

Y que su madre les haya dicho a los Renacidos de su congregación que ella es policía y participa en la investigación de los asesinatos no la ayuda a que se sienta mejor. No ayuda en absoluto.

Con ese ánimo y la mente dispersa en las posibles implicaciones que pueda tener para su futuro profesional, se adentra en el barrio de Gracia, cruza la plaza de la Revolución y se encamina por la calle Verdi en dirección al número 77.

Las estrechas calles peatonales de Gracia, siempre bulliciosas, aparecen tan desérticas como el resto de la ciudad y quizá por eso, a pesar de estar distraída, distingue gracias a un destello de la

decoración navideña una silueta oculta en un portal.

La luz solo la ha alumbrado por una décima de segundo, pero hubiera jurado que se trataba de alguien con una sudadera de capucha y un abrigo negro.

Alguien vestido exactamente igual a la figura que, en el vídeo recuperado del cajero automático, entra en el Teatro del Raval por la puerta de emergencia la noche que asesinan a Arturo Galán.

Por un instante afloja el paso, sobresaltada por la situación.

Puede ser casualidad, que se trate de alguien esperando a su novia en un portal…, pero también puede que no. Del mismo modo que alguien ha averiguado su email —piensa—, el asesino podría haber descubierto dónde vive.

Tiene que actuar deprisa.

Le quedan menos de veinte pasos hasta la puerta de su edificio.

«Piensa, Nuria. Piensa», se dice.

Sin cambiar el ritmo para no alertarlo, sigue caminando como si tal cosa, sin mirar en su dirección.

Ahora, de reojo, resulta más difícil distinguirlo en la oscuridad, pero está segura de que ahí hay alguien.

No se le ocurre nada, mientras abre el bolso en busca de las llaves de casa.

Si piensa atacarla, lo hará en el momento en que ella se dé la vuelta tratando de abrir la puerta.

No lleva el arma consigo —está, como cada noche, guardada bajo llave en su taquilla de Egara—, pero al rebuscar en el bolso sus dedos encuentran el mango de la porra extensible que siempre lleva consigo. Un policía lo es las 24 horas del día, le recordaron en la academia años atrás, y en ese momento se lamenta de no tener consigo la pistola.

Dando la espalda al desconocido con el oído aguzado, hace ruido con las llaves mientras aferra la porra con fuerza, esperando oír pasos en cualquier momento.

Y el sonido de pasos llega, pero no como los espera.

Se alejan.

Se da la vuelta y ve cómo la figura encapuchada se marcha calle arriba.

Nuria se queda quieta un instante, indecisa.

¿Qué hacer?

¿Se habrá dado cuenta de que ella lo ha visto?

¿Estará simplemente paranoica?

—¡Eh! —le grita.

Pero el desconocido no hace gesto de haberla oído.

—¡Eh, tú! —insiste—. ¡El de la capucha!

Ya se ha alejado unos veinte metros, pero a menos que esté sordo

debería oírla.

Nuria decide emplear las palabras mágicas.

—¡Alto! ¡Policía!

Decir eso en alto suele producir dos tipos de efecto:

A- El interpelado se detiene.

B- El interpelado sale corriendo como alma que lleva el diablo.

Para desgracia de Nuria, este interpelado es del tipo B.

—De puta madre —rezonga y empieza a correr detrás de él.

Le lleva una buena ventaja, y aunque está en buena forma y descansada, enseguida empieza perder terreno.

El sospechoso tuerce la esquina al llegar a la calle de la Providencia y, cuando pocos segundos más tarde Nuria llega a su altura, este ya se interna por la calle Verntallat, perdiéndolo de vista de nuevo.

Nuria acelera el paso y siente cómo el inesperado esfuerzo de esprintar esos cien metros empieza a pasarle factura en la respiración. Pero no puede dejar que escape, así que aprieta los dientes y el paso.

Llega hasta la siguiente esquina y al doblarla ya puede ver al sospechoso alejándose de ella.

No lo va a conseguir.

Aún mantiene el impulso de ir tras él, pero sus pasos se acortan y necesita detenerse un momento para retomar el aliento.

Entonces, el sospechoso se da la vuelta y bajándose la capucha deja a la vista la cabeza de un joven con gorra, que se levanta la sudadera para dejar a la vista las siglas ACAB: *All Cops Are Bastards*.

Acto seguido hace un corte de mangas en dirección a Nuria y grita:

—¡Jódete! ¡Puto madero de mierda!

Nuria, con las manos en las rodillas y respirando a bocanadas, se siente sorprendentemente aliviada hasta el punto de esbozar casi una sonrisa ante el insulto del joven. Seguramente debe ser un antisistema de los muchos que viven en casas ocupadas del barrio y, al darle el alto, lo que ha provocado es que huya.

No es algo que le pueda reprochar, dado el largo historial de interacciones entre antisistemas y policías.

¿Había sido casual que justo estuviera esperando frente a su portal? ¿Esperando a qué? ¿O a quién? ¿Sabría que ella era policía?

«Bueno —resopla—. Está claro que ahora sí lo sabe».

El joven se da la vuelta y le dedica un último saludo mostrándole el dedo corazón. Nuria hace lo propio y se encamina hacia su casa. Solo puede pensar en darse una larga ducha de agua caliente y meterse en la cama a dormir todas las horas que le faltan.

Entonces piensa en Melón y en que no se ha acordado de comprarle comida en lata. Tendrá que descongelarle un filete de pollo y dárselo para que la deje tranquila, porque, con lo sibarita que se ha vuelto, si le intenta dar pienso a palo seco lo más probable es que se lo tire a la

cara.

24

Nuria abre los ojos y todo está completamente oscuro. Pueden ser tanto las 12 de la noche como las seis de la mañana. Ha tenido una pesadilla que no recuerda, pero que le hace sentir el corazón acelerado y la adrenalina corriendo por su torrente sanguíneo.

A regañadientes echa un vistazo a su reloj.

Las 4:12.

Mierda.

Demasiado tarde como para tomarse un somnífero y demasiado temprano como para levantarse.

Toma el Kindle de la mesita de noche y empieza a leer, pero a los tres minutos se da cuenta de que está demasiado alterada como para hacerlo. Se levanta de la cama, enciende la tele del salón y envuelta en una manta se tira en el sofá.

Melón la mira con recelo desde su sillón favorito, una mirada de esas de «ni se te ocurra molestarme».

Evita poner cualquier canal de noticias y empieza a navegar por los canales de pago en busca de alguna serie lo bastante aburrida como para que vuelva a dormirse. Encuentra un *thriller* en Netflix que parece cumplir los requisitos, pero al poco se empieza a poner demasiado interesante para poder dejarlo y cuando se da cuenta ya son las 5 y ha visto un capítulo entero.

Apaga le televisión, ya convencida de que no va a poder dormirse otra vez.

Mira de nuevo el reloj, duda un rato y al final decide darse una ducha e ir a trabajar.

No son aún las seis de la mañana cuando aparca delante del complejo Egara y pasa junto al árbol de navidad que han instalado ante la puerta principal.

A esas horas solo se encuentra trabajando el turno de noche y, aunque no es la primera vez que ronda a esas horas por el edificio, los pocos con los que se cruza la saludan con curiosidad.

Por supuesto, no hay nadie en el departamento cuando llega, así que se prepara un café bien cargado en la máquina y se sienta frente a su terminal.

Viendo el *thriller* en la madrugada, se le ocurrió una idea que no está segura de que vaya a dar resultado. Accede al banco de datos de los Mossos en busca de coincidencias de crímenes en los últimos años que incluyan las palabras despellejar, desollar, enterrado vivo o ritual

satánico.

En los archivos de la policía catalana no encuentra coincidencias, así que pasa a los archivos de la Policía Nacional, ampliando el espectro de búsqueda a todo el país y hasta el máximo de tiempo posible.

Ahí aparece una coincidencia: el caso de la familia Alexander.

En 1970 Harald Alexander y su hijo Frank, alemanes huidos a la isla de Tenerife por la acusación de incesto en su Hamburgo natal, asesinaron a la madre y a dos de las hijas en una orgía de sangre y mutilación nunca antes vista. Según el informe policial, Frank, el hijo, mató a golpes a su madre mientras su padre tocaba el acordeón para ahogar los gritos para, posteriormente, con una cuchilla de afeitar y unas tijeras de podar, cortarle los pezones y arrancarle el corazón, que seguidamente colgaron del techo. La misma suerte siguieron dos de las hijas, a las que también descuartizaron y sacaron las tripas, clavándolas a la pared.

Nuria tiene que leer dos veces el informe para creérselo.

Más aún cuando, buscando posteriormente en Google, descubre que padre e hijo habían sido capturados y llevados a juicio, aunque, al ser dictaminados como enfermos mentales, fueron ingresados en un hospital psiquiátrico del que se escaparon en 1995.

Hacía treinta años de esa fuga y más de cincuenta de aquellos crímenes horrendos y, aunque las similitudes con el caso actual resultaban inquietantes, ambos criminales debían rondar entre los cien y los setenta años respectivamente.

Aun de estar vivos, no se los imaginaba cometiendo asesinatos por toda la ciudad en tacataca.

—Buenos días —saluda alguien.

Nuria levanta la vista de la pantalla y se encuentra a Sánchez con una carpeta bajo el brazo entrando por la puerta.

—Buenos días, inspector.

De reojo echa un vistazo al reloj de la pared de enfrente. Ya son las ocho de la mañana.

—¿Hace mucho que estás aquí?

—Un par de horas.

—Bien, bien… —cabecea Sánchez—. Imagino que buscando al taxi, ¿no?

Nuria necesita unos segundos para recordar de qué le está hablando.

—Ah, sí…, claro. Aunque a ese respecto, quería comentarle que…

—¿Ya lo tienes?

—Eh…, no, aún no.

—Pues entonces no pierdas el tiempo —la interrumpe, sacándose la carpeta de debajo del brazo y dejándola de golpe sobre la mesa—.

Cuando lleguen los demás, reunión urgente. Hay novedades.

Nuria duda un momento si insistir, pero en realidad no tiene nada sólido que ofrecerle a Sánchez, solo dudas, y de dudas ya van bien servidos últimamente, así que calla y asiente. Mejor esperar, concluye.

Poco a poco va llegando el resto del equipo y, en cuanto Marcos aparece por la puerta, en último lugar, Sánchez se sienta en el borde de su mesa con el informe en la mano.

—Eduardo Castells Palí. —Lee en voz alta—. Sesenta y tres años, constructor, divorciado con dos hijas. Sin antecedentes penales. Dos sanciones de Hacienda por declaración fraudulenta que terminaron en juicio y casi quinientos mil euros de multa, pero no llegó a penales. Ninguna relación descubierta con las otras víctimas, ni tan solo circunstancial. Nunca trabajó con el Banco de Inversiones Nostrum de Álvarez de Cortázar, ni frecuentaba el círculo de Monells y, al parecer, según su exmujer, detestaba el teatro y a los actores, a los que llamaba vagos narcisistas. Es decir —añade levantando la vista—, que tampoco parece tener relación alguna con las otras dos víctimas o con Monells.

—¿Se conocen las circunstancias de su desaparición? —pregunta Raúl.

Sánchez asiente.

—Según el portero de su finca —explica, tras buscar la página en el informe—, a eso de las seis de la tarde del día anterior a su muerte, tomó un taxi frente a su edificio en Tres Torres. No aparece ninguna llamada en el registro de su número, así que puede que saliera *motu proprio* o recibiera un email o mensaje de WhatsApp, pero aún no hemos encontrado su teléfono.

—Todas las víctimas son gente adinerada —comenta Clara—. Un banquero, un actor, un constructor…

—Arturo Galán, no tanto —advierte Marcos—. Por lo que he visto, era más bien un actor en decadencia.

—Bueno, pero aún seguía teniendo ingresos por encima de la media, ¿no?

—Eso sí —concede Marcos—, aunque yo no lo llamaría adinerado.

—Dejaos de discusiones semánticas —les interrumpe Sánchez—. El caso es que lo único en común entre las víctimas y Monells es que todos tenían dinero…, pero, sin embargo, el robo no ha sido el móvil en ninguna de las muertes.

—Tiene que ser la secta —apunta Marcos—. Al igual que encontramos sangre de Álvarez en el sótano de Monells, aunque a su mujer no le constaba que lo conociera o fuera miembro de la asociación satanista, puede que pase lo mismo con Galán y Castells. Que no hayamos hallado la prueba de que todos coincidieran ahí, no significa que…

Riiiiing

Suena el timbre del teléfono de Sánchez, y lo descuelga haciendo un gesto a Marcos para que aguarde.

—¿Sí? Ah, buenos días. Aquí estamos todos.

—…

—¿Qué? No es posible…

—…

—¿Estáis completamente seguros?

—…

—De acuerdo. —Sánchez levanta la mirada hacia el equipo—. Gracias por el anticipo, quedo a la espera del informe detallado. Sí, hasta luego.

El inspector cuelga el teléfono y menea la cabeza. Parece muy confundido.

—Era del Departamento Forense —les dice tras tomarse un momento—. Han identificado una de las huellas aparecidas junto al cadáver de Arturo Galán. Al parecer… —añade tras una larga pausa, tomando la foto del informe que tiene delante—, pertenece a Eduardo Castells.

El dictamen del Departamento Forense ha caído en el DIC como si el papa de Roma confesara en una homilía que en realidad es ateo. Nuria ve en sus compañeros expresiones que van desde el desconcierto a la absoluta incredulidad.

—No tiene ningún sentido —repite Carla.

—El actor mata al banquero —Raúl hace repaso levantando los dedos de la mano derecha a medida que habla—, el constructor mata al actor, y Monells mata al constructor —añade—. ¿Me dejo algo?

—No tiene ningún sentido —insiste Carla por tercera vez.

—¿Se han ido matando entre ellos? —inquiere Marcos, tan desconcertado como el resto—. Pero ¿por qué?

—Es absurdo —murmura Nuria, haciendo lo posible por encajar las piezas en su cabeza.

Sánchez se ha ido hasta la pizarra magnética donde tienen dispuestas las fotografías de las víctimas y de Monells, y con el rotulador traza una flecha roja que va desde Eduard Castells a Arturo Galán.

Ahora cada víctima tiene su propio sospechoso de asesinato, que en todos los casos se trata de la víctima siguiente.

—Se han ido matando unos a otros —razona Nuria, contemplando la pizarra—. Es una locura, pero no puede ser casualidad, ¿no?

La pregunta no va a dirigida a nadie específicamente, pero es Sánchez quien se vuelve hacia ella.

—Tenemos tres víctimas y cuatro sospechosos —resume

cruzándose de brazos, algo que suele hacer cuando trata de concentrarse.

—Tres de los cuales ya están muertos —señala Nuria.

—A menos… —Sánchez comienza a trazar líneas negras que parten desde Monells y llegan hasta los tres retratos de los difuntos— que Monells sea nuestro asesino y que de algún modo se las haya arreglado para dejar huellas de los otros en el escenario del crimen para inculpar a los demás.

—¿Y cómo iba a hacer algo así? —inquiere Nuria—. Y, además, ¿qué hace su teléfono junto al cuerpo de Castells?

—Es obvio que se le cayó —apunta Raúl, quien se ha situado a su espalda.

—No me jodas —resopla Marcos—. En este caso no hay nada que sea obvio.

—¿Y si lo dejó a propósito? —apunta Nuria mirando a Marcos de reojo.

Sánchez se vuelve hacia ella.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Para que lo persigamos —responde, incapaz de decir otra cosa que la que piensa—. Creo que está jugando al gato y al ratón con nosotros.

—Insisto, ¿por qué iba a hacer eso?

—No lo sé. Quizá se aburre o quizá está como un cencerro. Pero empiezo a pensar que fue él mismo quien me envió el mail sugiriéndome que fuéramos a verlo y quien dejó la muestra de sangre en su sótano con la esperanza de que la encontráramos.

—Muy rebuscado, ¿no crees? ¿Y si no la hubieras visto?

—Pues quizá se le habría ocurrido otra cosa, ¿quién sabe? —Nuria se encoge de hombros—. Lo cierto es que, si tenemos un solo asesino —señala a la pizarra, a las flechas negras que ha dibujado Sánchez—, todo el caso empezaría a tener cierto sentido ¿no? Al menos… —toma el borrador y elimina las flechas rojas— más sentido que suponer que las víctimas se han ido matando unas a otras, como en una especie de conga de la muerte.

25

—«Una conga de la muerte» —repite Marcos en voz baja, de vuelta a su mesa de trabajo—. Pero ¿de dónde has sacado algo así?

—Es lo primero que se me ocurrió —confiesa Nuria.

—Sigues empeñada en tu teoría de que Monells es una especie de genio del crimen que disfruta que le persigamos.

La frase de Marcos le huele a reproche, pero hace como si no lo hubiera notado.

—Es lo que pienso —alega—. Y, además, es lo único que daría sentido a todo esto. Si no, ¿qué alternativa tenemos? ¿Que todas las víctimas se han ido matando entre ellas una a una y por orden alfabético? Eso sí que suena a locura.

Marcos menea la cabeza.

—Todo este caso es un sinsentido —admite—. De momento lo único que podemos hacer es tratar de encontrar a Monells, pero el hijo de puta parece ir por delante nuestro.

—Eso es porque debía de tenerlo todo pensado de antemano. Seguramente creó Los hijos de Lucifer solo para atraer a sus futuras víctimas. Quizá lleva años planeándolo, piénsalo.

—Pero, salvo por la sangre del banquero en ese sótano, no hay pruebas de que Arturo Galán o Eduardo Castells fueran también miembros de esa secta.

—Los dos vivían solos, no hay nadie que pueda atestiguar lo contrario —le recuerda Nuria—. Álvarez de Cortázar es el único que tenía pareja e hijos, y justo de él es de quien encontramos la sangre en el sótano.

—Mucha casualidad.

—Ninguna casualidad —insiste Nuria—; es lo que Monells quería que viéramos. Cada vez estoy más convencida de que dejó la sangre él mismo, me mandó el mail a mi correo y luego se aseguró de que yo la encontrara. Nos ha manipulado desde el principio, el muy cabrón.

Marcos se arrellana en su silla, mirando pensativo a Nuria.

—Te veo muy segura de tu teoría.

—¿Acaso tenemos una mejor?

Marcos deja escapar el aire de los pulmones.

—No, la verdad es que no. Pero, en cualquier caso, todo sigue girando alrededor de Monells. Tenemos que encontrarlo y no tenemos ni idea de dónde puede estar.

—Estoy segura de que muy cerca. Lo presiento.

—Ya… Bueno, sea como sea, la única pista que tenemos de momento es encontrar el taxi que pudo usar para abandonar la escena del crimen de Castells.

—Yo tengo otra idea —apunta.

Marcos alza una ceja con interés.

—¿Qué idea?

—Es un tiro a ciegas —aclara—. Pero antes de que llegarais estaba buscando crímenes que tuvieran alguna relación con los nuestros, ya fuera por el método empleado, las víctimas o las circunstancias.

—¿Y encontraste algo?

—Todavía no, pero aún me falta mucho por revisar.

—Y quieres seguir con ello… en lugar de seguir buscando taxis, ¿no es eso?

—Dame tres o cuatro horas más. Es todo lo que necesito.

Marcos se toma unos segundos para meditar la respuesta.

—Te doy dos —dice, consultando su reloj.

Han pasado más de tres horas cuando Nuria termina su búsqueda y lo único que ha conseguido es un asesinato cometido en 2010. Un homicidio en el que al parecer se usó un derivado de la escopolamina para reducir la resistencia de la víctima.

Los parecidos se terminan ahí, pues el arma homicida fue un cuchillo hallado junto al cadáver al que le habían seccionado la yugular. Una forma de matar muy sangrienta, pero lejos de la aparatosidad de los actuales asesinatos y, por supuesto, sin la presencia de ningún símbolo satánico o similar en el escenario del crimen.

Además, en esa ocasión se atrapó al culpable y la abrumadora montaña de pruebas en contra derivó en una condena de veinticinco años y un día por asesinato con el agravante de premeditación.

El culpable resultó ser una mujer, la pareja de la víctima, que fue sorprendida en un estado de confusión junto al cadáver con el cuchillo en la mano y cubierta de sangre de pies a cabeza. No había ninguna otra huella ni pruebas de la presencia de una tercera persona en el escenario del crimen, así que, a pesar de que la acusada alegó no acordarse de nada ni tener motivos para matar a su marido, se comió una condena de la que, salvo reducción, aún le quedan dieciséis años por cumplir en la cárcel de mujeres de Wad-Ras.

Nuria apunta todos los datos relevantes en una libreta aun sabiendo que es otro callejón sin salida, pero así siente que la mañana ha sido fructífera. Al menos, hasta que el teléfono de Sánchez suena y ve cómo, tras contestar, se pone en pie de golpe.

—Muy bien —termina diciendo, mientras toma nota—. Estaremos

ahí en diez minutos. Acordonen la zona y que nadie entre, ¿entendido?

Acto seguido, cuelga de golpe el teléfono y se dirige al resto de la unidad, que lo observa atentamente.

—Tenemos otro cadáver —afirma, poniéndose el abrigo que cuelga del respaldo de su silla—. Una patrulla de municipales lo ha localizado en un almacén abandonado de Sant Quirze del Vallés, a menos de dos kilómetros de aquí.

Cuando llegan a la dirección, bajo una lluvia fina y fría, se encuentran frente a una nave común y corriente en mitad de un parque industrial, con un descolorido cartel de «EN VENTA» colgando de su fachada. Una ambulancia aguarda algo más lejos, junto a tres vehículos de la Policía Municipal con las sirenas lanzando destellos azules que se reflejan en los charcos del asfalto.

—Inspector Sánchez del DIC —se presenta nada más bajar del vehículo—. ¿Qué tenemos?

El policía municipal con galones de sargento se cuadra, saluda y señala la puerta abierta del almacén.

—Una patrulla descubrió que habían forzado la puerta y entró a investigar —le informa, mientras la lluvia gotea desde la visera de su gorra—. Encontraron el cuerpo y llamaron por radio. Eso es todo. Nadie ha vuelto a entrar desde que le pasaron el aviso.

—¿Algo más?

—El agente se encuentra en estado de shock y lo están atendiendo en la ambulancia —añade—. No ha sido capaz de decir gran cosa.

—Muy bien —resopla Sánchez—. Esperen aquí —y volviéndose hacia su equipo, añade—: Marcos y Nuria, venid conmigo. Raúl y Clara, entrad por la puerta de atrás.

—A la orden —responden los cuatro al unísono.

Sánchez desenfunda su arma y se acerca a la puerta entreabierta con precaución.

Nuria hace lo propio y asoma detrás de él, pero el interior de la nave está totalmente a oscuras y no logra ver nada más allá de un par de metros de la entrada.

Los tres sacan sus linternas del bolsillo y barren el interior, pero los haces de luz se diluyen a una decena de metros y apenas logran iluminar una figura tendida en el centro del almacén.

—Ahí está —apunta Marcos.

—Vamos allá —ordena Sánchez—. Abríos a derecha e izquierda.

Sin necesidad de añadir nada más, Nuria y Marcos se separan en direcciones opuestas, con las linternas apoyadas sobre el cañón del arma apuntando hacia lo que pronto se revela como un cuerpo

desnudo, con la cabeza cubierta por un trapo y las extremidades extendidas, atadas por muñecas y tobillos a soportes fijados al suelo.

Un cuerpo al que Nuria mira extrañada durante un instante, sintiendo que hay algo que falta.

La terrible comprensión le llega súbitamente cuando se da cuenta de que a ese cuerpo le faltan las manos y los pies. Manos y pies que alguien le ha cortado y luego ha colocado en los lugares incorrectos: las manos en los tobillos y los pies en las muñecas.

Nuria se muerde los labios para no gritar.

Respira profundamente haciendo un esfuerzo para calmarse y da unos cautelosos pasos hacia adelante.

No es hasta entonces que descubre que los genitales de la víctima están en carne viva. Le han arrancado la piel del pene y los testículos.

Súbitamente, siente la necesidad de apartarse de ahí, de darse la vuelta y salir corriendo antes de seguir enfrentándose a tanto horror, antes de seguir alimentando pesadillas que la perseguirán el resto de su vida.

Pero siente que Sánchez y Marcos la están observando y se fuerza a mantener el control. Quiere demostrarles que es tan dura como cualquiera de ellos.

—Es mi puto trabajo —murmura para sí, en un susurro inaudible.

De modo que se aproxima aún más, se agacha junto a la cabeza y con la boca del cañón de la pistola aparta lentamente el trapo que le cubre la cara.

Contiene el aliento mientras lo hace, esperando encontrarse con un semblante congelado en un instante de pavor inenarrable.

Pero, tras apartar el paño, lo que le asalta es una conmoción de pura sorpresa.

Conoce ese rostro.

—¡Joder! —exclama Marcos a su espalda—. ¡Es Jordi Monells!

Nuria, incrédula, se aproxima aún más para comprobar que, efectivamente, aquellas son las facciones aristocráticas del líder de Los hijos de Lucifer.

En la frente le han grabado el «666» con un cuchillo.

En un gesto instintivo, Nuria aproxima la mano izquierda a la mejilla del cadáver para tocarlo, como si le costara creer que su vista no la engaña.

Extrañada, comprueba que el cuerpo no está todo lo frío que cabría esperar.

—¿Pero qué…? —alcanza a decir.

No logra terminar la frase porque, de pronto, los ojos del hombre se abren de par en par como si fueran a salirse de sus órbitas y, mirándola fijamente, abre la boca lanzando un desgarrador grito de agonía que le taladra los tímpanos.

Veinte minutos después, Nuria aún sigue en el asiento del copiloto del Cactus con los ojos cerrados y tratando de moderar sus pulsaciones, pensando en lagos en calma y atardeceres sobre la cubierta del velero de su abuelo.

A su alrededor la actividad es frenética. El equipo de emergencias ha estabilizado in situ a Monells y en ese momento se lo llevan en camilla en dirección al Hospital de Sabadell.

La furgoneta blanca de la Científica ha llegado diez minutos antes y, sin esperar siquiera a que se llevaran a Monells, el equipo forense ha comenzado a tomar huellas y recolectar pruebas, registrando cada centímetro cuadrado de la nave.

Marcos se aproxima a Nuria con un vaso desechable humeante en la mano y abre la puerta del vehículo.

—Tómate esto.

—No estoy para café, Marcos.

—Es una tila —le aclara, ofreciéndole el vaso—. Te hará bien.

Nuria duda un instante. Detesta el sabor de la tila, pero tiene razón. Le calmará los nervios y, por lo menos, está caliente.

Toma el vaso entre ambas manos y asiente.

—Gracias.

—Menudo susto ¿no? —le dice, esbozando una sonrisa amarga.

Nuria le da un trago a la tila. Intenta borrar la imagen de los ojos de Monells abriéndose de golpe.

—No puedo creer que estuviera vivo aún después de… —Niega con la cabeza.

—Parece ser… —aclara Marcos, bajando la voz como si se tratase de una confidencia— que le cauterizaron los cortes según le amputaban las manos y los pies, para que no se desangrase. Según he oído que comentaba Antonia —añade—, puede que lleve más de veinticuatro horas así.

—Dios mío…

—Pues sí. —Marcos chasquea la lengua—. Si hay un dios misericordioso, está claro que no le caía bien.

—Pobre hombre. —Nuria trata de no imaginar el terror de ser testigo de tu propia mutilación—. Pero, al menos —añade—, si logra sobrevivir a la comida del hospital podrá decirnos quién le hizo esto.

Marcos tuerce el gesto.

—¿No te lo han dicho? —pregunta.

—¿Decirme? ¿El qué?

—Pues que las manos y los pies no es lo único que le cortaron al pobre hombre.

Nuria se queda mirando a su compañero, intentando adivinar a qué

se refiere.

Marcos parece dudar, como si solo hablar de ello le doliera personalmente.

—Monells no va a poder decirnos nada —afirma, tragando saliva—. Le han arrancado la lengua de cuajo.

26

Ya es noche cerrada cuando Laura se encuentra frente al portal de su casa. Consulta su reloj y descubre con asombro que ya son casi las diez.

No se acuerda prácticamente de nada de las últimas cinco horas o de cómo ha llegado hasta ahí. Guarda un recuerdo difuso de un hermoso vestido negro y unos focos deslumbrándola mientras alguien le hablaba, pero todo lo demás es como uno de esos sueños que se escurren entre los dedos de la memoria cuando uno intenta aferrarlos.

Saca su pequeño espejo del bolso y descubre que ya no está maquillada, aunque sus pupilas parecen exageradamente dilatadas. Dios sabe qué llevaba esa pastilla blanca que le dio la mujer, pero desde luego no era un simple ansiolítico.

Se siente demasiado aturdida como para razonar con claridad, como si apenas estuviera saliendo de una contundente borrachera, pero tiene claro que no quiere que sus padres la vean en ese estado. A su padre quizá podría torearlo con algún cuento chino, pero a la inquisitiva de su madre no se le escapa una y, si sospecha que ha tomado algún tipo de droga, iba a estar castigada hasta el fin de los tiempos. Poco importaría que adujera que fue en contra de su voluntad.

Pero no tiene otro remedio que subir a casa. Si tarda más allá de las diez, su excusa de que ha ido a estudiar a casa de Paula se desmoronaría y todo se iría al carajo. Así que con cierta torpeza abre el portón del edificio y sube en el ascensor hasta su piso, rezando para que sus padres estén distraídos con la televisión y no le presten atención al llegar.

Apenas puede creer la suerte que tiene cuando entra en casa y se encuentra con una nota de sus padres indicando que han ido al cine y que tiene comida precocinada en el microondas.

Sin embargo, Laura no tiene hambre y se dirige directamente a su habitación. Tras un rápido paso por la ducha, deja preparada la bolsa del instituto del día siguiente y se echa a dormir con la esperanza de que su aturdimiento desaparezca tras unas horas de sueño. Ni siquiera se siente con ánimos de llamar a Paula, como le había prometido, para contarle qué tal había sido la experiencia. De hecho, comprende, en realidad no sabría muy bien qué decirle.

El día siguiente transcurre entre una interminable serie de clases tediosas y el ametrallamiento a preguntas de su amiga, que sin duda alguna está más entusiasmada que la misma Laura.

—¡Cuenta, tía! —le exige, agarrándola por el brazo en el pasillo—. ¡¿Qué tal fue?!

—Bien —responde Laura, mucho menos excitada—. Creo que estuvo bien.

—¿Crees? —exclama—. ¡No me jodas, Laura! ¿Cómo que «crees»?

—Sí, bueno..., estuvo bien. Fue raro.

—Coño, pues claro que debió de ser raro. ¡Es la primera vez que lo haces!

—No *ese* raro —puntualiza Laura—. Raro en el otro sentido.

—¿Qué quieres decir? ¿Pasó algo malo?

Laura se encoge de hombros.

—No lo sé... Creo que no, pero la verdad es que no me acuerdo de casi nada.

—¿Cómo que no te acuerdas? —pregunta Paula, incrédula—. ¿Es que te ha dado Alzheimer o algo?

—No es eso... Me dieron una pastilla para relajarme y..., bueno, no sé. Después de empezar la sesión de fotos todo está como neblinoso. Quizá fueron los nervios o quizá me sentó mal lo que me dieron.

—¿Te drogaron?

—No..., no lo sé. No lo creo, la verdad. Parecían muy profesionales

—¿Y las fotos? —inquiere Paula, cambiando de tema hacia lo que realmente le interesa—. ¿Las has visto?

—No, aún no. Me dijeron algo sobre que tienen que procesarlas a otro formato o algo así, pero que estarían listas en unos días.

—Joder, tía. ¡Qué ganas de verlas! —chilla Paula, dando palmaditas de excitación.

—¡Sí, muchas! —exclama Laura dejándose llevar por el entusiasmo de su amiga, imaginándose en la portada de Vogue con ese precioso vestido negro que apenas recuerda.

27

Ya son más de las siete de la tarde cuando todos los equipos de DIC, la Policía Científica y los distintos departamentos implicados en la investigación se encuentran reunidos en la misma sala de Egara en que lo hicieron seis días antes, tras el primer asesinato.

Seis días, piensa Nuria, asombrada. Parece que hayan pasado seis meses desde la mañana en que se encontró el primer cadáver.

—Cuatro asesinatos en menos de una semana —está diciendo Moncada, de pie frente a todos ellos. Las profundas ojeras en su rostro revelan que Nuria no es la única que no está durmiendo bien últimamente—. Es la primera vez que sucede algo así, que tengamos constancia. Ha habido asesinos en serie en todo el mundo que han matado a decenas de personas, incluso es posible que a cientos: Ed Kemper, Ted Bundy, Jeffrey Dahmer…, pero siempre actuaban durante un periodo de años e incluso décadas, nunca en cuestión de días. Y, todo y así, aún no sabemos si nos enfrentamos a uno o varios asesinos, sus motivaciones o la forma en que llevan a cabo los crímenes; no sabemos nada, en realidad. —Se vuelve hacia la pantalla donde Monells ha pasado de la lista de sospechosos a la de víctimas—. No tenemos ni una pista, ni una teoría sólida, ni mucho menos un sospechoso. Después de una semana de investigación, no tenemos nada de nada —concluye, dirigiéndose ahora a la sala y en concreto a los miembros del DIC—… y eso es totalmente inadmisible.

Un silencio culpable se abate sobre la sala y durante unos segundos solo se escucha el rumor de la lluvia batiendo contra los cristales.

—Hagan lo que tengan que hacer —prosigue—. Exploren cualquier posibilidad y no dejen una alfombra sin levantar. Este asunto es la máxima prioridad de los Mossos en este momento. Además de tener un asesino en serie en la ciudad, los anarquistas siguen quemando las calles cada noche animando al Asesino Satánico a seguir matando a ricachones; los fanáticos religiosos y la ultraderecha se han venido arriba y cada vez son más los que salen a rezar y manifestarse contra el *govern* y contra el diablo, como si fueran la misma cosa; y, para colmo, la oposición está usando todo esto como un arma arrojadiza contra el *president* —concluye—, quien no dudará en usarnos como chivo expiatorio para salvar el pellejo. Así que no solo está en juego nuestro prestigio como organización, sino nuestro trabajo y quizá la existencia misma del cuerpo —añade con el rostro tenso—. Su futuro profesional depende de que atrapemos a ese asesino de forma

inmediata, ¿lo comprenden? —Moncada hace la pregunta y pasea la mirada por los hombres y mujeres que, incómodos, guardan silencio —. Espero que obren en consecuencia. —Finaliza haciendo un gesto hacia Antonia Grau, que se pone en pie para tomar la palabra.

En el *impasse* entre que Moncada se sienta y Antonia se levanta, Nuria oye volar a una mosca a varios metros de distancia.

—Supongo que la mayoría ya habrá leído el informe preliminar —comienza a decir la forense—. Pero, para los que no, les resumiré que Jordi Monells apareció con vida hace unas horas en un almacén abandonado de Sant Quirze del Vallés, mutilado de pies, manos y lengua con una sierra que aún no hemos encontrado, y con el pene desollado en carne viva. —Hace una pausa, y Nuria observa de reojo cómo algunos compañeros se llevan la mano a la entrepierna con un gesto de aprensión—. Sin embargo —prosigue Antonia—, sí hemos hallado en una esquina del almacén unas gomas quirúrgicas y un soplete que se utilizó para la cauterización. Además, en su organismo se han encontrado rastros de curare y adrenalina, como en los otros casos. Al parecer —añade asépticamente, como quien lee la lista de la compra—, después de extirparle la piel del pene, le seccionaron la lengua y posteriormente las extremidades, una a una y asegurándose de que el sujeto se mantenía vivo y consciente durante toda la intervención.

Un rumor de consternación recorre la sala. Hasta los policías más veteranos tuercen el gesto al oír la brutalidad de aquel acto.

—Respecto a las huellas digitales —prosigue, pasando la página del informe que sostiene ante sí—, hemos encontrado tres huellas desconocidas en el mango del soplete y más de cien diferentes en toda la nave, que estamos cotejando con el banco de datos. También hay multitud de huellas de zapatos y neumáticos, pero esas tardaremos más en procesarlas. —Levanta la vista de sus papeles y añade—: ¿Alguna pregunta?

—¿Se recuperará? —pregunta Joana, una agente joven con gafas de pasta y cara de ratón del Departamento de Delitos Monetarios.

—No creo que vuelvan a crecerle los pies y las manos —contesta Antonia, esbozando una mueca—. Pero, aparte de eso, parece ser que vivirá…, si es que a eso se le puede llamar vivir, claro.

Ahora es Clara quien levanta la mano.

—¿Cree que a Monells lo dejó con vida a propósito o tuvimos suerte de encontrarlo antes de que muriera?

Antonia sacude ligeramente la cabeza.

—Es difícil asegurarlo —afirma—, pero por la forma en que realizó las mutilaciones, cortando la circulación sanguínea de los miembros con gomas y luego cauterizando, diría que su intención era dejarlo con vida. Hacerlo de ese modo debió llevarle mucho más tiempo del que

hubiera requerido mutilarlo y dejar que se desangrara. —Hace una pausa y añade—: Así que sí, diría que lo hizo a propósito.

—Es un castigo —murmura Nuria.

—¿Perdón? —pregunta Antonia.

Nuria se sobresalta, de nuevo no ha sido consciente de hablar en voz alta. Tiene que controlar eso.

—Decía… —carraspea, aclarándose la voz— que es un castigo. Alguien está castigando a esos hombres por algo —agrega—. No es un loco paseándose por ahí con un cuchillo. Creo que el asesino los conoce y está castigándolos o vengándose por algo.

—¿Igual que creías que Monells era un genio del crimen que estaba jugando con nosotros?

Nuria reconoce la voz de Raúl a su espalda; no necesita volverse para saber de dónde viene el comentario.

—Todos creíamos que Monells era el asesino —interviene Marcos, echándole un capote—. Las pruebas apuntaban a que así era.

—Pruebas que se supone que tomó ella misma en la casa de Monells.

—¿Qué insinúas? —replica Nuria, ahora sí encarándose.

—¡Ya basta! —les interrumpe Sánchez—. No tenemos tiempo para estas tonterías —añade—. Ha de haber un nexo común entre todas estas muertes y tenemos que encontrarlo. Estamos tratando con un asesino que actúa con una gran planificación, lo que significa que vamos muy por detrás. —Señala la pantalla con las cuatro fotografías —. Seguimos sin saber su motivación o cómo elige a las víctimas; no tenemos ni móvil, ni pistas, ni sospechosos.

—¿Y qué pasa con las huellas digitales? —pregunta Aleix, un agente con coleta y tatuajes de Crimen Organizado—. Tengo entendido que, en cada escenario del crimen, han aparecido huellas de quien será la próxima víctima. ¿No podría ser tan simple como eso? ¿Y si se han ido matando entre ellos?

Marcos se acerca al oído de Nuria y le susurra:

—Mira, tu teoría de la «conga de la muerte».

—En este momento no podemos explicar aún la presencia de esos indicios en los escenarios del crimen —explica Sánchez—. No hemos hallado todavía ninguna explicación a ese hecho.

Nuria levanta la mano.

—¿Y si todo fuera parte de algún ritual satánico de Los hijos de Lucifer en el que tuvieran que ir matándose entre ellos? —pregunta—. Sé que parece absurdo, pero explicaría las huellas que se han encontrado.

—¿Un ritual en que los miembros de una secta se matan entre ellos uno a uno y el líder de la secta es mutilado horriblemente? —inquiere Sánchez—. No me cuadra, la verdad, por muy satánicos que fueran.

—Pues alguna relación ha de tener, inspector —insiste Nuria—. No puede ser casualidad: la secta satánica, el número de la bestia, la sangre, las huellas... Solo hemos de averiguar cómo encajan las piezas. Creo que debería ser una línea de investigación a tener en cuenta.

Moncada mira de reojo a Sánchez, quien asiente imperceptiblemente.

—Está bien —resopla—. Tú y Marcos poneos con eso. ¿Alguna propuesta más? —pregunta, paseando la mirada entre los presentes. Nadie dice ni pio—. Pues, en ese caso, ya sabéis lo que tenéis que hacer —sentencia, dando un golpe con los nudillos a la mesa—. Aún tenemos a uno o varios asesinos dando vueltas por la ciudad. Encontradlos.

Todos los presentes se ponen en pie mientras Moncada abandona la sala. Nuria escucha los comentarios en voz baja de sus compañeros. Las expresiones de desánimo se multiplican.

—Y ahora, ¿qué? —pregunta Marcos, aproximándose—. Tu discurso ha estado muy bien, pero la verdad es que estamos como al principio.

—Lo sé —admite Nuria—. Habrá que volver a repasar las pruebas, para ver si nos hemos pasado algo por alto.

—O sea, que no tienes ni idea de qué hacer a continuación.

—Ni la más remota —admite.

—Lo imaginaba —resopla Marcos—. Aunque, al menos, en una cosa sí que has acertado.

Nuria se vuelve, extrañada.

—¿A qué te refieres?

—Esta mañana dijiste eso de «Monells está muy cerca, lo presiento». Y mira por dónde —sonríe torcido—, resulta que estaba a solo cinco minutos de aquí.

—Ya. —Nuria frunce el gesto al recordarlo, mientras los compañeros abandonan la sala haciendo comentarios en voz baja entre ellos—. Soy la Sherlock Holmes de Mercadona.

Marcos consulta su reloj y se queda mirando a Nuria.

—Si me dejas invitarte a cenar, te puedo hablar de mis teorías.

—Tú no tienes ninguna teoría.

—Sí que la tengo.

Nuria alza una ceja y se cruza de brazos.

—Tú lo que quieres es beber cerveza y echar un polvo.

Marcos sonríe, culpable.

—Esa es una buena teoría —admite—... que podríamos llevar a la práctica ¿Qué me dices?

—Digo que siempre estás pensando en lo mismo.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un no.

—Pues el otro día te lo pasaste muy bien —insiste, acercándose mucho.

—Eso fue el otro día. Hoy no quiero —zanja Nuria, dando un paso atrás. Está demasiado cansada como para discutir—. ¿Algún problema con eso?

—Joder, Nuria. No hace falta que te pongas así de borde.

—¿Borde? Te he dicho que no y tú sigues insistiendo.

—Bueno, vale —asiente su compañero, levantando las manos—. Pues lo dejamos para otro día. Pero te iría bien.

—Sí, claro. Gracias por preocuparte tanto por mí —replica con patente ironía, dándose la vuelta y saliendo de la sala.

La realidad es que sí que le apetece salir y divertirse un poco, pero no con Marcos, con quien inevitablemente acabará hablando de trabajo y de su divorcio y lo bruja que es su exmujer. Hoy no tiene paciencia para eso y no sabe si la volverá a tener.

Pero tampoco le apetece volver a casa y a la solitaria rutina de pijama-cena-tele-sofá.

Decide que lo más sencillo será buscar algún desconocido en Tinder al que poder decirle que todo en su vida es maravilloso y así, de algún modo, convencerse también a sí misma de que es la verdad.

En fin, cada una es feliz como quiere.

O como puede.

28

Cuando la mañana siguiente suena el despertador a las seis y media, su cita de Tinder ya se ha marchado; un mulato brasileño de ojos color miel y tableta de abdominales, recién llegado a España y con una conversación escasa debido a carencias del idioma que a Nuria le resultó deliciosa. No hay nada mejor para no tener que pensar que hablar con alguien a quien no entiendes casi nada y limitarse a sonreír, repetir palabras sin sentido y rozarse los pies bajo la mesa. Apenas entendió que se llamaba Joao, que era de Salvador de Bahía y que no se imaginaba que hacía tanto frío España.

Después de la breve cena en el restaurante Thai de la plaza de la Revolución, subieron a su casa y apenas contuvieron las ganas de desnudarse mientras ascendían las escaleras hasta su piso.

Luego de eso, cualquier intento de conversación directamente desapareció y pasaron a los gemidos y susurros al oído, hasta que en algún momento más allá del segundo orgasmo Nuria cayó exhausta y perdió el conocimiento hasta que el despertador la sacó del trance con su tintineo impertinente.

Cuando abre los ojos, un gato negro y blanco está sentado en la cama frente a ella, mirándola fijamente.

—Buenos días —masculla con boca pastosa.

—*¡Meooow!*

—Sí, ya sé... Ayer me olvidé de darte la cena.

—*¡Meoooooooow!*

—Vale, vale..., ya voy —dice, apartando el edredón y saliendo de la cama.

La habitación está fría y, al contacto del aire con su piel, sufre un escalofrío. Además de dar de comer al gato, al parecer también se olvidó de conectar la calefacción.

Mira en derredor en busca de su ropa, pero cae en la cuenta de que debe estar toda repartida por el salón, así que ni se molesta en ir a buscarla y directamente se dirige a la ducha.

Abre el agua caliente y cierra la puerta del baño al salir para que el vapor inunde el pequeño cuarto de baño. Seguidamente se dirige a la cocina, aún desnuda, y al buscar una lata de comida de gato en la alacena recuerda que todavía no ha ido a comprar.

—Joder —reniega, al ver el estante vacío.

Echa un vistazo al congelador y encuentra una pizza congelada, un helado de vainilla y chocolate, cubitos de hielo y, por suerte, una

última pechuga de pollo cubierta de cristales de hielo.

—No sé cuánto tiempo lleva esto aquí, pero es lo que hay, colega —le dice a Melón, que la observa desde la puerta de la cocina con escepticismo.

—*¡Meoooooow!*

—Palabra que hoy mismo te compro varias latas de las buenas —le dice, mientras mete la pechuga en el microondas y la pone a descongelar.

—*¡Meoooow! ¡Meoooow!*

—Perdona, oye —le replica, poniendo los brazos en jarra—. Pero es que algunas tenemos vida. Que tú estés castrado no significa que yo no pueda echar un polvo.

—*¡Meoooooow!*

—Que sí... que ya lo sé... —le dice, pasando junto a él camino del baño—. Me ducho mientras se descongela y te lo hago a la plancha para desayunar. Si al final vas a salir ganando.

La ducha caliente le sienta fenomenal y quizá sea por el sexo, por el frío que hace dentro de casa o por alguna otra razón que se le escapa, pero se siente revigorizada y con la mente más clara que los días previos.

Desayuna unos cereales con leche a punto de caducar, cocina y sirve el pollo a Melón, y con el tiempo justo sale para Egara silbando, aun cuando el día gris y frío no invita a ello.

El tráfico por la C-58 es sorprendentemente escaso y no es hasta que enciende la radio que se da cuenta de que es domingo. Hace cuentas y descubre que lleva casi dos semanas seguidas trabajando sin tomarse un día libre.

Dadas las circunstancias, nadie en el equipo se ha atrevido a reclamarlo y lo extraño es que ni tan solo lo ha echado de menos. Por un momento le parece triste ese hecho, al pensar que prefiere estar trabajando que de fiesta; pero lo cierto es que, en un domingo de invierno como ese, probablemente se limitaría a quedarse en casa viendo la tele en el sofá con Melón en el regazo y, como mucho, saliendo a tomar unas cervezas por el barrio con Susana.

Sin duda, concluye, nada tan emocionante como resolver unos misteriosos asesinatos en serie que están poniendo patas arriba a la ciudad.

Mientras conduce, en la radio las noticias se reparten entre los crecientes altercados en la ciudad, con los primeros choques entre okupas anarquistas contra los *skinheads* de España Primero y el macabro hallazgo de Jordi Monells en una nave abandonada, mutilado y con apenas un hilo de vida.

Como ya es habitual en Barcelona cada vez que hay protestas

antisistema de extrema izquierda, los anarquistas de media Europa aprovechan para pasar unos días en la ciudad y echar al fuego toda la gasolina que pueden, convirtiendo pequeñas protestas de grupos locales en llamativos altercados que copen los titulares en todo el continente.

Lo que ya no es tan habitual es ver lo propio con grupos neonazis y franquistas, organizando manifestaciones por su cuenta que «casualmente» terminan convergiendo con los antifascistas y que, inevitablemente, han terminado en batalla campal; esta vez en el paseo de San Juan, donde tras una noche muy larga no ha sobrevivido ni un escaparate intacto y una docena de coches han terminado incendiados en mitad de la calzada.

Nuria piensa en sus compañeros del grupo de antidisturbios y se compadece de ellos, aunque luego recuerda aquella tarde de mayo de 2011 en que sufrió en sus carnes una carga indiscriminada mientras celebraban pacíficamente una asamblea del 15M en la plaza Catalunya, y en parte se le pasa. Tiene amigos en la BRIMO y siente cierta hermandad con sus compañeros del cuerpo, pero reconoce que, a pesar de ser necesarios cuando las cosas se salen de madre y que la mayoría son buena gente que solo cumple órdenes, algunos disfrutan demasiado repartiendo porrazos.

Para esta noche, advierte el locutor, hay anunciadas nuevas concentraciones de ambos grupos antisistema, con ganas de proseguir la batalla campal en el punto que la dejaron la noche anterior.

Por su parte, el gobierno de la Generalitat afirma estar haciendo todo lo que puede con los medios de que dispone, la oposición no duda en culpar de incompetencia al gobierno y a los Mossos, y algunas voces extremas ya reclaman un toque de queda nocturno con fuerzas militares hasta que la situación esté controlada. Nada nuevo bajo el sol.

La parte buena de todo esto, piensa Nuria, es que los asesinatos han pasado a segundo plano en el noticiario y eso les puede dar algo más de tiempo para tratar de resolverlos.

Aunque, a tenor de los progresos que han tenido hasta el momento, van a necesitar más que un poco de tiempo para lograrlo.

Cuando llega a las oficinas del DIC, pasan diez minutos de su hora de entrada y el equipo al completo ya está ahí. Sánchez le dedica una fugaz mirada de reojo que va de ella al reloj de pared, y vuelve a hundir la nariz en la pila de informes que se amontonan sobre su mesa.

A Nuria no hace falta que le diga nada para entender la sutil indirecta.

—Buenos días —saluda en general, mientras se acerca a su mesa.

Marcos levanta la vista de su ordenador y se echa hacia atrás en su silla.

—Tienes cara de no haber dormido mucho —le dice, cruzándose de brazos.

—Fui a tomarme unas cervezas y me acosté tarde —contesta, antes de darse cuenta de que era mejor no hacerlo.

—Vaya, así que solo estabas cansada para salir conmigo, ¿no? ¿Con quién saliste?, ¿con alguno de tus rollos de Tinder?

A Nuria le borbotea una réplica cortante en la punta de la lengua para recordarle que eso no es asunto suyo, pero cuenta hasta cinco y toma asiento en su escritorio en silencio.

—¿Qué tal todo por aquí?

Con la mirada clavada en ella, Marcos parece meditar si seguir preguntando.

—Trabajando —le dice al cabo con un teatral tono de reproche—. Estoy localizando al entorno de Castells —añade al cabo de un rato—, pero es viudo y su hija vive en Berlín. Sin embargo, al parecer tenía una señora que iba cada mañana a su casa a limpiar y hacerle la comida. Localízala para que vayamos a interrogarla —le ordena secamente—. Tienes los datos en el informe.

—De acuerdo —contesta en el mismo tono.

Le parece una pérdida de tiempo hablar con la asistenta del constructor, pero no tiene ganas de discutir con Marcos. De hecho, ahora mismo no tiene ganas ni de tenerlo enfrente.

Enciende el ordenador, dispuesta a sumergirse en la tediosa búsqueda, pero al hacerlo le aparece aún abierta la ventana sobre su búsqueda de asesinatos con puntos en común con los actuales.

En concreto, tiene frente a ella el informe del asesinato de un hombre degollado a manos de su pareja en el que habían encontrado rastros de escopolamina. La mujer, Luisa Domínguez, lleva diez años en Wad Ras alegando que es inocente y aún le quedan otros tantos, como mínimo, si logra rebajar su condena.

Nuria mira de reojo a su compañero y toma una decisión.

—Tengo que salir —dice, poniéndose en pie.

—¿Qué? —pregunta Marcos, desconcertado—. ¿De qué estás hablando?

—Tengo una pista que puede ser interesante, necesito ir a comprobarlo.

—¿Qué pista?

—Un asesinato de hace años con algunas cosas en común. La acusada está en la cárcel y quiero ir a hacerle una visita.

Marcos se toma un momento antes de contestar señalando la pantalla de Nuria.

—Pues si está en la cárcel no va a ir a ningún sitio —alega—. Así que ponte con lo que te he dicho, que es urgente.

—Lo haré cuando vuelva —le dice, poniéndose el abrigo que ha dejado en el respaldo del asiento.

—No me toques los cojones, Nuria.

El lenguaje corporal de Marcos delata una crispación que Nuria decide ignorar. Cuanto más se irrita, más necesidad siente de irse.

—Vuelvo en un par de horas —arguye, dirigiéndose a la salida.

Con la visión periférica puede ver cómo Marcos se revuelve en su asiento y duda si darle un grito o salir tras ella, pero al final no hace nada y solo la sigue con la mirada mientras se marcha.

Nuria sabe que ese desplante a su compañero va a tener un precio de una u otra manera. También sabe que, si se hubiera quedado un solo minuto más, a la larga habría sido peor.

29

El Centro Penitenciario de Mujeres de Barcelona, popularmente conocido como cárcel de Wad Ras, es una de esas prisiones urbanas propias del siglo pasado, que por razones presupuestarias aún no se han trasladado a nuevas instalaciones del extrarradio.

El complejo, construido más de un siglo atrás bajo inspiración mudéjar, no es más que un edificio alargado encuadrado en plena Villa Olímpica y que comparte manzana con unas instalaciones deportivas municipales. De no ser por las garitas de vigilancia, los altos muros y las verjas en las ventanas, podría haber pasado por una vieja biblioteca o unas oficinas municipales algo decrépitas.

En total son poco más de ochenta reclusas las que alberga el centro penitenciario, pero a Nuria solo le interesa hablar con la que aparece en el dossier que ha impreso y que repasa por última vez antes de salir del auto.

Cuando cree haber memorizado la información más importante, encaja la carpeta bajo el brazo y se dirige a la entrada del recinto.

Frente a la puerta de hierro pintada de azul y tras llamar al timbre, una funcionaria la recibe por el interfono.

—¿Qué desea?

—Soy la agente Nuria Badal, de la División de Investigación Criminal —responde, mostrando su identificación a la cámara—. Necesito hablar con una reclusa.

—¿Tiene cita previa?

—¿Necesito una? Tengo que hacerle unas preguntas en relación con una investigación en curso.

—Todo el mundo necesita cita previa —aclara la voz del interfono—. Además, hoy no es día de visitas.

—No es una visita —puntualiza Nuria—. Es un interrogatorio.

—Con más razón aún ha de notificarse —insiste—. ¿La reclusa está informada? ¿Va a venir su abogado?

Nuria maldice por lo bajo. Definitivamente, no lo ha preparado bien.

—No —aclara—. La reclusa no está informada ni va a venir su abogado.

—En ese caso, sin cita previa ni abogado no puede…

—Escúcheme —la interrumpe Nuria—. Se trata de un caso de máxima prioridad y necesito hacerle unas preguntas a la reclusa de forma urgente. Si hace falta, páseme con alguien de la dirección del

centro —añade—... a menos que prefiera que la llame directamente el comisario Moncada y le tenga que explicar personalmente por qué no me han permitido hacer mi trabajo.

Nuria puede oír funcionar los engranajes del cerebro de la funcionaria.

—Un momento —dice, al cabo de unos segundos de silencio.

La mujer regresa dos minutos más tarde.

—Pase —le indica ásperamente, al tiempo que un zumbido sordo abre la puerta exterior.

Nuria la traspasa para encontrarse en un espacio cerrado frente a otra puerta idéntica.

Levanta la cabeza, mirando directamente a la cámara que la enfoca mientras aguarda a que se abra.

Cuando lo hace, con un nuevo zumbido, Nuria accede a una sala pequeña en la que es recibida por una agente penitenciaria situada tras un cristal blindado.

—Tiene que dejar aquí su arma —le indica, señalando una bandeja metálica que asoma bajo el cristal.

Abriendo el abrigo, Nuria saca su Walther PPK de la cartuchera y se la entrega.

La agente le pide su tarjeta identificativa y con los datos le entrega una tarjeta impresa con una «V» roja de visitante.

—La primera puerta a la derecha —le indica escuetamente—. Suba las escaleras hasta el segundo piso. La directora Carbó la está esperando.

—Gracias —le contesta en el mismo tono y, siguiendo las indicaciones, llega hasta una puerta de madera con una chapa dorada con la inscripción «Dir. Eugenia Carbó».

Golpea un par de veces con los nudillos y una voz de mujer la invita a pasar.

—¡Adelante!

Nuria entra y se encuentra con una mujer de pelo cano y rostro cansado sentada al otro lado de un escritorio descascarillado. La oficina es pequeña y, curiosamente, la ventana exterior está igual de enrejada que las demás. Por un segundo, Nuria piensa si aquella mujer está también condenada en aquel puesto.

—Buenos días, directora —saluda Nuria—. Gracias por recibirme.

—Buenos días, agente —contesta con una voz desgastada, a juego con el estado del mobiliario—. Tome asiento, por favor. ¿En qué la puedo ayudar?

—Necesito hablar con una de las reclusas. —Abre el informe y lo consulta, aunque se lo sabe de memoria—. Luisa Domínguez.

—¿Puedo preguntar el motivo?

—Lo siento, pero solo puedo decirle que está relacionado con una

investigación en curso de máxima prioridad.

—Hay un cauce oficial para este procedimiento. Seguro que está al corriente.

—Sí, por supuesto —miente solo un poco—. Pero se trata de una situación excepcional; de no ser así, habría hecho la petición por los cauces reglamentarios.

—Entonces, entiende que su petición es altamente irregular. Máxime, cuando la reclusa tampoco cuenta con la presencia de su abogado.

—Lo entiendo —asiente Nuria—. Pero, como le digo, es una situación urgente y excepcional. La vida de varias personas puede estar en juego.

Eugenia Carbó parece meditar un momento, evaluando los pros y contras de la situación.

—Lamentablemente, la legislación vigente me impide autorizar un interrogatorio en estas condiciones —explica al fin—. Solo podría permitirlo de forma excepcional, como un encuentro personal y solo si la reclusa lo consiente.

—De acuerdo —Nuria accede al instante.

—Está bien —asiente la directora, poniéndose en pie—. Espere aquí.

Eugenia Carbó sale del despacho y deja a Nuria sentada con la carpeta sobre las rodillas y un enjambre de dudas aguijoneando su confianza.

Cuando tomó la decisión frente a su ordenador en Egara, todo parecía más sencillo. De hecho, su mayor impulso venía de las ganas de salir de allí antes que otra cosa.

Esperando a que regresara la directora, es consciente de que no se ha preparado las preguntas ni tiene muy claro cómo enfrentar la reunión. Había llegado hasta allí con una idea difusa de qué quería saber, pero sin idea de cómo llevarlo a cabo. En la academia habían realizado teatralizaciones de interrogatorios entre los compañeros, para aprender los diferentes métodos, ventajas e inconvenientes; pero a quien iba a tener enfrente esta vez era a una rea ya condenada a la que, además, tampoco podría apretarle, pues aquello no era un interrogatorio.

Según pasan los minutos, el castillo de naipes de su confianza se desmorona poco a poco y más nerviosa se siente. Se pregunta, incluso, qué explicación le dará a Sánchez si al regresar le pregunta dónde ha estado, y lo cierto es que no se le ocurre una justificación lo bastante razonable como para que no le caiga un buen rapapolvo.

Pero, bueno, piensa respirando hondo, ahora ya no hay vuelta atrás. Hará lo que pueda y asumirá las consecuencias de sus errores. Como le dice siempre su abuelo Pepe, es mejor pedir perdón que pedir

permiso. Aunque, quizá, esa frase no encaje demasiado bien en una institución como los Mossos d'Esquadra.

Finalmente, diez minutos más tarde la directora regresa y se queda de pie junto a la puerta.

—La reclusa ha accedido a la visita.

A Nuria le da un pequeño salto el corazón.

—Estupendo —contesta, poniéndose en pie—. Gracias.

La directora asiente y le hace un gesto para que la siga.

—Tiene veinte minutos —le informa según desciende la escalera, precediéndola—. Pero en cualquier momento, la reclusa tiene la potestad de cancelar la visita.

—Entiendo.

—La visita será personal, pero sin contacto —prosigue—. Estarán en una misma sala, pero separadas por barrotes. No puede haber contacto físico.

—Nada de contacto —repite—. Solo necesito respuestas.

Eugenia Carbó se detiene en mitad del pasillo y se vuelve en redondo.

—No es un interrogatorio —le recuerda—. Si coacciona o amenaza a la presa de algún modo sin la presencia de su abogado, las dos estaremos en un buen lío.

Nuria trata de parecer serena y segura de sí misma.

—No se preocupe, directora. Solo le haré unas pocas preguntas y me iré. Nada de coacciones ni amenazas.

La mujer asiente, aunque puede leerse en sus ojos una sombra de duda. O quizá sean solo ojeras.

—De acuerdo —y señalando una puerta metálica al final del pasillo, le indica—: Espere ahí dentro. Traerán a la reclusa en unos minutos.

—Gracias, directora.

—No haga que me arrepienta —contesta, y dándose la vuelta se marcha por donde han venido.

Nuria entra en la sala de visitas número dos, que resulta ser una pequeña habitación de dos por cuatro metros aproximadamente, dividida por la mitad por unos barrotes de hierro que van del suelo al techo, una silla a cada lado, luces fluorescentes y cuatro cámaras de vigilancia apostadas en cada una de las esquinas.

Las paredes de la habitación son de un verde deslucido, con varias marcas de iniciales, fechas y algunos corazones. Un amplio ventanal con doble enrejado da al exterior, con vistas al cielo gris y a los árboles plataneros desnudos de hojas de la acera de enfrente. El interior de la sala es deprimente, pero la visión del exterior no es que sea mucho mejor.

Nuria se remueve incómoda en la silla de plástico, tratando de tranquilizarse y de pensar en una buena estrategia, pero a pesar de que hace algo de frío siente que empieza a sudar bajo el jersey.

La espera termina cuando al otro lado se abre una puerta de acero con un chirrido y una funcionaria de prisiones invita a pasar al interior a una mujer menuda y morena vestida con un holgado chándal de táctel morado y amarillo.

Nuria no sabe decir si es por el chándal ochentero, por la notable delgadez de la mujer o por las dos cosas, pero de inmediato piensa que tiene ante sí a una yonqui.

—Buenos días, Luisa —la saluda en cuanto toma asiento.

—¿Quién es usted? —le espeta directamente. Su tono es agresivo, pero su voz rota es la de una mujer agotada de la vida.

—Soy la agente Nuria Badal de los Mossos d'Esquadra —se presenta—. Y me gustaría hacerle unas preguntas.

—¿Qué preguntas? ¿Sobre qué?

Nuria no había planeado ser ella la que contestara a las preguntas.

—Estoy trabajando en una investigación y le agradecería mucho su colaboración.

—¿Mi colaboración? —repite con una mueca.

—Sí, su colaboración. ¿Sería tan amable de contestar a mis preguntas?

—No me joda —replica—. Dígame qué gano yo.

Eso tampoco lo había pensado.

—Puedo... —vacila—, puedo traerle tabaco, támpax... cosas que necesite.

—No fumo y hace años que se me cortó la regla.

—¿Qué es lo que quiere?

—Salir de aquí

Nuria suspira.

—Lo siento, pero no puedo hacer nada al respecto. Solo soy una agente.

—¿Y por qué coño tendría yo que ayudar a un madero?

—Puede ayudarme a evitar que otras personas sufran daño.

Luisa Domínguez tuerce una mueca cruel.

—¿Y por qué cojones debería importarme que alguien sufra daño? ¿Es que alguien se ha preocupado por mí en estos catorce años?

—Podría evitar un asesinato, Luisa.

Eso parece llamar la atención de la reclusa, que se endereza en la silla.

—¿Un asesinato?

Nuria se da cuenta y le da un más giro a esa tuerca.

—Lo que me diga, Luisa, podría salvar la vida de un ciudadano inocente.

—Yo soy inocente —replica—. Y aquí estoy.

—De eso mismo quería hablarle.

—¿De mi caso?

—Usted alegó que había sido drogada y que algún otro mató a su pareja. ¿Es correcto?

—Me cansé de repetírselo al juez —explica, meneando la cabeza—. Yo quería a Félix, jamás le hubiera hecho daño y mucho menos matarlo. Alguien me drogó, lo mató y me puso el cuchillo en la mano.

—En el examen físico que le hicieron —alega Nuria, abriendo el informe—, no aparecieron restos de drogas.

—Porque tardaron mucho en hacérmelos, joder —alega—. Yo qué sé. Igual era una droga de esas que desaparecen del cuerpo en unas horas, como la burundanga. ¿Por qué me pregunta eso? ¿Van a reabrir mi caso?

—No puedo dar detalles de mi investigación, lo siento.

—Ah, joder. No me puede dar detalles, pero bien que quiere que yo la ayude en su mierda de investigación, ¿no es eso?

Nuria pasa una página de la carpeta y extrae la foto de Jordi Monells de su interior. Por un instante duda, pero al final se la muestra a Luisa.

—¿Conoce usted a este hombre?

Al instante, el rostro de Luisa sufre una transformación y su gesto abatido se transforma en uno de reconocimiento primero y luego algo parecido a una expresión de triunfo.

—Viene por los asesinatos, ¿no?

—Ya le he dicho que no puedo darle detalles de mi…

—Déjese de mierdas. Ya sé por qué está aquí.

Nuria se echa hacia atrás en su asiento.

—Ah ¿sí? ¿Por qué?

Luisa sonríe, ahora sí abiertamente. Nuria ve que le faltan varios dientes.

—Usted viene para que le ayude a encontrar a ese Asesino Satánico del que hablan en la tele.

Nuria trata de mantener la compostura y que no se trasluzca su ansiedad.

—¿Sabe usted algo al respecto?

Luisa se cruza de brazos.

—Desde luego que sé algo al respecto.

Nuria deja transcurrir unos segundos, hasta que se da cuenta de que no va a añadir nada.

—¿Y le importaría compartirlo conmigo?

—Estaré encantada de compartirlo con usted —la remeda, imitando su tono—. Pero quiero algo a cambio.

—¿El qué?

—Ya se lo he dicho. Que me saquen de aquí.

—Yo no pue...

Luisa se pone en pie, interrumpiendo a Nuria.

—Me importa un huevo lo que pueda o no pueda —le espeta—.Si quiere atrapar a ese asesino, tendrá que sacarme de aquí.

Dicho lo cual, se encamina a la puerta de acero a su espalda y la golpea con los nudillos.

—¡Guarda! —exclama—. ¡Ya hemos terminado!

30

Sánchez está leyendo el breve informe que Nuria le acaba de entregar mientras ella aguarda de pie frente al escritorio. Marcos la observa desde su mesa, aguardando el dictamen del inspector.

Sánchez ha levantado la vista un par de veces del papel para mirar a Nuria por encima de sus gafas de leer. A Nuria no le parece que esté excesivamente contento.

Cuando termina de leer, deja el documento a un lado, se quita las gafas y se queda mirando fijamente a Nuria.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto? —le pregunta.

—Esa mujer sabe algo.

—Esa reclusa le ha dicho lo que quiere escuchar.

—Usted no la ha visto. Le cambió la cara cuando le mostré la fotografía de Monells.

—Esa fotografía ya ha salido en los noticiarios —le señala—. Simplemente ató cabos, dedujo lo que necesitaba y trató de manipularla.

—Con todo respeto, inspector. Usted no estaba ahí.

—¿Y cree que me hace falta? —replica—. ¿Cree que es la primera vez que un recluso trata de manipular a un policía para conseguir algo a cambio?

—¿Y si es cierto? ¿Y si realmente tiene información sobre el caso? ¿No habría que tener en cuenta esa posibilidad?

—Desde luego que la podemos tener en cuenta, agente Badal. Pero lo que no podemos hacer es ir al juzgado y pedir que dejen en libertad a una asesina condenada porque ha hecho un poco de teatro cuando le ha mostrado una foto y le ha soltado una patraña. Ningún juez aceptaría siquiera considerarlo sin tener pruebas sólidas.

—Pero ¿y si no es mentira? —insiste Nuria—. ¿Y si logro alguna prueba de que lo que dice es cierto? Me gustaría investigar a fondo su caso y volver a reunirme con ella. Quizá logre que...

Sánchez menea la cabeza.

—Entiendo que tenga dudas, Nuria —la interrumpe—. Un recluso que lleva más de diez años en la cárcel y al que le quedan otros muchos por delante, puede ser muy convincente. Créame, yo también pasé por eso una vez y también me engañaron... Pero no podemos permitirnos el lujo de perder el tiempo con eso.

—Pero...

—Pero nada —vuelve a cortarla, esta vez con mayor brusquedad—.

Tenemos tres muertos y medio encima de la mesa y un puto psicópata dando vueltas por ahí con un bisturí en la mano. No tenemos tiempo ni recursos para reabrir un caso resuelto hace catorce años. ¿Está claro?

—Eh... Sí, pero...

—¿Está claro? —repite Sánchez elevando la voz.

Esta vez, Nuria asiente significativamente.

—Está claro.

—Muy bien —le dice, señalándole su escritorio—. Pues entonces no pierda más tiempo con esto y póngase a trabajar.

Nuria baja la cabeza, conteniendo su frustración.

—A la orden —contesta, y siguiendo la línea del índice de su jefe regresa a su mesa de trabajo apretando los dientes.

—¿Qué tal ha ido? —le pregunta Marcos cuando se aproxima. Una sonrisita de suficiencia aletea en sus labios.

Nuria sabe que ha estado contemplando la escena, así que ni se molesta en contestarle.

—Te lo advertí —añade su compañero—. No puedes ir con algo así a Sánchez y esperar que te haga caso. Esto es el mundo real —sentencia—, no una serie policíaca.

—Tenía que intentarlo —alega, mientras toma asiento frente a la pantalla de su ordenador—. Estoy segura de que Luisa Domínguez sabe algo.

Marcos se encoge de hombros.

—Puede que sí o puede que no. Pero lo que sí es seguro es que ningún juez la va a dejar libre por la cara.

Nuria está a punto de decirle que está segura de que podría conseguir más información si puede volver a hablar con ella, pero comprende que no tiene sentido insistir. Sánchez tiene la última palabra al respecto y ha dejado meridianamente clara su postura.

De todos modos y en un último arrebato de orgullo, murmura en voz baja:

—Ya veremos...

El resto del día lo emplean en entrevistar a la asistenta de Castells, a quien Marcos logró localizar horas antes, pero, aparte de descubrir la inclinación por el helado de macadamia y su obsesión con la limpieza del baño, poco más logran averiguar de la tercera víctima. Ninguna relación sospechosa, ningún hábito llamativo y por supuesto ninguna inclinación satánica o religiosa. Según la señora, un empresario divorciado que vivía para trabajar y del que no tenía constancia de pareja conocida, ya fuera hombre o mujer.

De la inspección de la casa del difunto tampoco logran sacar

ninguna conclusión; un ático lujoso en el barrio de Tres Torres con vistas al pequeño cementerio de Sarriá. Una vivienda con todos los caprichos que un sexagenario querría comprar, pero desprendiendo la misma sensación que Nuria había sentido en la casa de Julio Álvarez de que aquello no era un hogar. Si ese es el culmen de una vida exitosa, piensa contemplando el fotogénico pero aséptico piso, quizá no sea algo a lo que valga la pena aspirar.

De regreso a Egara y sin estar un milímetro más cerca de resolver el caso, Sánchez les llama para avisarles de que se ha publicado un nuevo vídeo mostrando la tortura a la que se sometió a Monells. Nuria abre el enlace y empieza a mirarlo mientras Marcos conduce, pero, a pesar de que en la web de Extra Diario han tenido la decencia de pixelar las partes más cruentas, no es capaz de ver más allá de un minuto.

La cámara parece estar fija sobre un trípode, enfocando al rostro aterrorizado de Monells y, cuando comienzan a cortarle lo que parece ser una de las manos, los gritos ahogados por la mordaza se le clavan en el alma.

Es lo más desgarrador que Nuria ha oído jamás.

El resto del camino hasta la central transcurre en un pesado silencio, hasta que Marcos, sin apartar la vista de la autopista, pregunta:

—¿Tienes planes para esta tarde?

—Voy a ir a ver a mi abuelo.

Marcos deja transcurrir unos segundos, como si esperase que Nuria amplíe la respuesta.

—¿Y ya está?

—Y ya está —confirma, sospechando hacia dónde va a girar la conversación.

—¿Nada de quedar con ningún mulato en Tinder?

Nuria se vuelve hacia él de golpe.

—¿Me estás vigilando? —inquiere con el ceño fruncido.

—No te creas tan importante, guapa —replica Marcos con suficiencia—. Un amigo te vio cenando con él, y como sabe que tú y yo somos compañeros...

Nuria ha de contenerse para controlar su enfado. Respira hondo tres veces antes de contestar lo más calmada que puede.

—No es asunto tuyo con quién salga o deje de salir.

Marcos ahora sí se vuelve hacia ella un instante.

—Pensaba que éramos un equipo.

—En el trabajo —le recuerda—. Lo que haga yo en mi vida privada es cosa estrictamente mía.

Marcos resopla con aire lastimero.

—¿Y qué pasa con lo nuestro? —pregunta—. ¿Acaso no significa

nada para ti?

—¿Lo nuestro? —replica Nuria, como si fuera una palabra incomprensible—. No hay un «nuestro», Marcos. Pensaba que eso había quedado claro desde el principio. Nos hemos liado un par de veces y ya está, punto. Yo no estoy buscando pareja, y si llegara el caso no sería nunca un compañero de los Mossos.

—Ya veo... —murmura lúgubre—. Está claro que me he equivocado mucho contigo. Pensé que eras diferente.

Nuria se lo queda mirando, incrédula de estar escuchando esas palabras. ¿Cuándo ha pasado todo eso sin que ella se dé cuenta? Comprende que, si no es lo bastante contundente para parar eso ahí y ahora, puede que ya no pueda hacerlo más adelante.

—Mira, Marcos —le dice, tratando de suavizar el tono—. No sé qué pajas mentales te has hecho, pero te lo quiero dejar claro por última vez: no hay nada entre tú y yo, nunca lo ha habido y ya te puedo decir que nunca lo habrá. Así que si tienes alguna idea romántica en la cabeza, ya te la puedes sacar ahora mismo porque te aseguro que eso nunca va a pasar.

Marcos continúa con la mirada fija al frente, en silencio, como si no la hubiera escuchado, pero Nuria puede leer su estado en la tensión de su mandíbula.

Decide no añadir nada más porque ya está todo dicho y, agotada emocionalmente por el choque con su compañero, apoya el codo en la puerta y se vuelve hacia la ventanilla, desviando la mirada hacia el cielo encapotado sobre la ciudad de Sabadell.

Es entonces que oye a Marcos mascullar apenas lo justo para resultar audible:

—Todas sois iguales.

Nuria necesita todo el camino de regreso a casa para tranquilizarse. Apenas llegar a Egara se ha marchado sin despedirse, arriesgándose a un rapapolvo de Sánchez por no quedarse ni un minuto más del mínimo imprescindible, pero de nuevo necesita salir de la central lo antes posible, aunque por razones muy distintas al día anterior.

Cuando de vuelta en Barcelona aparca su coche en el barrio de la Barceloneta, su ánimo sufre un empujón, y bajo las farolas amarillentas que alumbran las estrechas calles del antiguo barrio de pescadores, se permite sonreír por primera vez en todo el día.

Cuando atraviesa la calle Pepe Rubianes, su sonrisa se ensancha aún más al recordar al inolvidable monologuista y sus maravillosos exabruptos. Así que, cuando llega frente al edificio donde vive su abuelo, un inmueble de cuatro plantas y algo avejentado, con ropa tendida en los balcones como cualquier otro del barrio, podría decirse

que casi está de buen humor.

—¿Sí? —contesta una voz en el interfono tras llamar al timbre.

—Abuelo —le saluda—. Soy yo, Nuria.

—¿Nuria? —pregunta al cabo de unos segundos—. No conozco a ninguna Nuria.

—Venga, abre... que hace frío aquí abajo.

—¿Contraseña?

—Si no me abres, le voy a regalar la botella de vino que llevo en el bolso al primero que vea.

—¡Contraseña correcta! —responde con una risita, y un segundo después suena el zumbido del portero automático abriéndole la puerta.

31

Las visitas al abuelo Pepe son las antípodas a las que hace a su madre. Aquellas son una obligación que trata de eludir siempre que puede y que invariablemente terminan en una discusión sobre cómo encaminar su vida y qué debería hacer o dejar de hacer con su trabajo y relaciones personales. En cambio, visitar al padre de su padre siempre es un buen rato de chistes malos y buenos consejos, sin juicios sesgados ni opiniones no solicitadas.

Cuando le abre la puerta, un hombre de pelo blanco y penetrantes ojos azules, ataviado con un elegante batín y zapatillas a juego, sale a recibirla. Es como un personaje extraído de una novela de principios del siglo pasado, y si no la recibe en traje y corbata es porque lo ha tomado de improviso. Aun así, luce más apuesto que la mayoría de la gente en el día de su boda. Las suaves notas de una trompeta de jazz suenan en el viejo tocadiscos Phillips del comedor.

—Hola, abuelo —le saluda de nuevo, dedicándole un par de besos en las mejillas.

—Hola, princesa. Cuánto me alegro de verte.

—Hoy me he podido escapar un poco antes del trabajo —le dice, mostrándole la botella de vino.

José Badal sonríe apreciativo y le hace una indicación hacia el interior de la vivienda.

—Ponte cómoda. Iré a por un par de copas.

Cuando regresa, Nuria ya está sentada a la mesa del salón bajo la lámpara de estilo Tiffany como un puzle de cristales de colores. La luz suave que desprende la bombilla de bajo consumo pinta el techo de tonos pastel, del mismo modo que Nuria lo recuerda cuando iba a esa misma casa a tomar chocolate caliente y apenas alcanzaba a subirse a la silla.

—¿Todo bien por aquí? —le pregunta, dando un ligero sorbo al vino.

—Todo bien, gracias —contesta el abuelo—. ¿Te he dicho que me he apuntado a bailes de salón los martes? —pregunta con una sonrisa pícara.

Lo cierto es que ya se lo contó la última vez que se vieron, pero Nuria contesta que no para que tenga la oportunidad de explicarle de nuevo que está aprendiendo a bailar tango y que tiene de pareja de baile a una encantadora mujer diez años más joven que le hace ojitos.

Nuria asiente entusiasmada como la primera vez, preguntándole

por detalles de las clases y el estado civil de su pareja de baile.

—¿Le has presentado ya a Fermina?

—Uy, no —alega con un aspaviento—. Ni siquiera la he invitado a tomar un café.

—¿Y a qué esperas?

—Todo a su tiempo, Nurieta. —Le guiña un ojo—. A las mujeres hay que seducirlas poco a poco, que crean que son ellas las que llevan la iniciativa, dejar que maduren hasta que caigan como fruta madura.

Nuria sonríe aviesa.

—Pues, a vuestra edad, como la dejes madurar mucho se te va a pochar en el árbol.

El abuelo Pepe suelta una carcajada que retumba en las paredes del pequeño salón.

—Mira que eres burra, Nurieta —sonríe, meneando la cabeza—. Mejor cuéntame cosas tuyas. ¿Qué tal te va en el trabajo? ¿Estás contenta con el traslado?

—Ya llevo varios meses en el DIC, abuelo.

—¿Y todo bien?

—Estupendamente.

José Badal esboza una mueca. La conoce demasiado bien.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, de verdad.

—¿Problemas con los compañeros? —adivina—. Eso es siempre lo más difícil.

—No, bueno... —contesta, cada vez con menos convicción—. Es solo que...

Su abuelo aguarda paciente a que termine la frase, y solo insiste al ver claramente que no va a terminarla.

—¿Personal o de trabajo?

—Ambos.

—Vaya. —Tuerce el gesto—. ¿Grave?

—Puede —resopla—. En fin... Son solo malas decisiones que ahora estoy pagando. Aunque lo raro sería que yo no tome malas decisiones, ¿no?

Su abuelo niega con la cabeza.

—Las decisiones no son malas ni buenas —le contesta—. Son solo caminos que uno toma lo mejor que puede con lo poco que sabe. Luego las cosas pueden salir mejor o peor, pero eso muchas veces ya no está en nuestra mano.

—Ya, pero cuando me equivoco tantas veces, quizá es porque mi criterio no es el mejor.

—No te confundas, Nurieta. —Vuelve a menear la cabeza—. Todos nos equivocamos constantemente, todo el mundo lo hace. La diferencia es que unos lo disimulan, otros no piensan en ello y otros

simplemente le echan la culpa a los demás. Tú, en cambio —añade—, te culpas como si hubieras sabido de buen principio cómo iba a acabar todo, y eso es un error que llevas cometiendo desde que te conozco.

—Pero, en este caso, es así —alega—. Sabía que la estaba cagando y aun así insistí hasta fastidiarlo del todo.

Don Pepe parpadea pensativo por unos segundos.

—¿Y puedes hacer algo para solucionarlo?

—Ya he hecho lo que he podido, aunque no sé si lo he empeorado aún más.

—Pues entonces, ya está. —Se encoge de hombros, estoico—. Si ya has hecho todo lo que has podido para arreglarlo, ¿para qué preocuparte? Y si ya no puedes hacer nada más... —agrega, levantando su copa—, ¿para qué preocuparte?

Nuria al fin estira una sonrisa y levanta también su copa.

—Tienes razón —admite, haciéndola entrechocar con un delicado tintineo.

En realidad, su preocupación no ha desaparecido en absoluto, pero prefiere disfrutar de ese momento sin pensar en los problemas con Marcos y lo que puede suponer para su futuro en el departamento.

—Oye, y ahora que caigo —le dice, devolviendo la copa a la mesa —. ¿Qué está pasando con esos asesinatos? Eso lo lleva tu departamento, ¿no?

—Es la prioridad número uno en el DIC en este momento.

—Ya lo imagino —asiente—. Sé que no debería preguntarte, pero me come la curiosidad. ¿Tenéis algún sospechoso? ¿Es verdad eso que dicen de que son ritos satánicos?

Nuria abre la boca para darle la respuesta estándar de que no puede contarle nada, pero quizá por culpa de vino o por la confianza en la discreción de su abuelo, toma aire y contesta.

—Todavía no sabemos casi nada —confiesa—. No sabemos quién los mata, ni cómo, ni por qué. Este caso es una pesadilla y desde arriba no hacen más que presionar.

—No me extraña. Y, para colmo, la ciudad se está volviendo loca y cada muerto no hace más que echar más leña al fuego.

—Sí, lo sé. Pero te aseguro que hacemos todo lo que podemos. Quien sea que está detrás de los asesinatos, es alguien muy listo que lleva tiempo preparándolo todo.

—O sea, que no es un loco satánico como lo pintan los medios.

—Bueno, muy bien no ha de estar si va por ahí matando a gente —objeta Nuria—. Pero, si es un loco, es uno que sabe ocultar muy bien sus huellas.

—¿Y aún no tenéis ninguna pista?

Nuria se echa hacia atrás en la silla y niega lentamente con la cabeza.

—Ninguna.

El abuelo se la queda mirando, escudriñando su expresión.

—No pareces muy convencida.

—Ya, bueno... Podría haber una, pero Sánchez, mi inspector, no quiere que la investigue.

—¿Por qué?

—Porque dice que es una pérdida de tiempo y seguramente tenga razón.

—Pero tú crees que no.

—Creo que valdría la pena asegurarse.

José Badal hace una pausa pensativa.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes lo que quiero decir... —esgrime una mirada astuta—. Te conozco bien, Nurieta, y estoy seguro de que eso te está reconcomiendo por dentro. ¿Me equivoco?

—¿Y qué puedo hacer? —Se abre de manos—. No puedo contradecir las órdenes de un superior, me abrirían un expediente.

—Eso nunca te ha detenido.

—Esta vez es diferente.

—Si tú lo dices...

Nuria se cruza de brazos y ensancha una sonrisa.

—Sabes que eres una mala influencia, ¿no?

—Yo solo te pongo el espejo delante, Nurieta.

—Ya... claro —contesta, meneando la cabeza sin perder la sonrisa.

Cuando era pequeña, su madre y su abuelo eran como ese ángel y ese diablillo que se representan en cada hombro, susurrando al oído buenas y malas ideas. Su madre siempre tirando de ella hacia lo que se supone que es lo correcto, el qué dirán y las normas; mientras que su abuelo tiraba en dirección contraria sugiriéndole saltarse las reglas, tomar vías alternativas y confiar en su instinto.

Su padre, el pobre, era quien siempre había tenido que lidiar entre su padre y su mujer, ejerciendo de mediador y tratando de mostrarle a Nuria que el camino del medio solía ser el más razonable. Pero ahora que él no estaba ya no había nadie que le mostrara lo bueno y lo malo de ambas formas de ver el mundo, ya no disponía del marco de referencia para juzgar cuándo hacer una cosa u otra.

Ahora solo estaban su madre, su abuelo y un criterio propio del que dudaba profundamente. Pero era el único que tenía y, puestos a cagarla, pensó, mejor que sea siguiendo mi intuición a que sea por seguir la de otros.

—¿Y qué tal te va a ti? —pregunta al cabo, buscando cambiar de conversación—. ¿Te llega con la pensión? Ya sabes que, si lo necesitas, puedo echarte una mano.

—Bah, no te preocupes —contesta con un mohín de indiferencia—. Fermina se lo come casi todo, pero tampoco tengo muchos gastos aparte de ella.

—¿No has cambiado de opinión respecto a venderla?

—No, mientras pueda seguir pagando el amarre —aclara—. Hay demasiados buenos recuerdos en ese barco y tenerlo me da esperanzas de seguir creando nuevos recuerdos en el futuro. Si lo vendiera —añade—, sería como asumir que mi vida se ha terminado y que ya todo va a ser cuesta abajo hasta el día que me muera.

—Joder, abuelo. No seas tan melodramático. Yo también le tengo cariño a Fermina, pero tu felicidad no va a depender de tener un velero amarrado en el Puerto Olímpico.

José Badal alza una ceja, divertido.

—Vaya, mira por dónde ahora eres tú la que me da consejos a mí.

—No es un consejo, es solo... —resume la respuesta con un ademán indefinido—. ¿Quieres que vayamos un día de estos a limpiarlo y tomarnos unas cervezas en cubierta?

—Eso ni se pregunta. —Sonríe feliz.

—Pues no hay más que hablar —sentencia Nuria, alzando de nuevo su copa de vino—. El próximo día que tenga libre me paso a buscarte y nos vamos tú y yo a lavarle la cara a Fermina.

Esa pequeña decisión también la hace sentirse feliz a ella y, por un momento, mientras saborea los matices del robusto tinto del Empordà, se olvida del asesino que anda suelto en la ciudad, de la posibilidad de desobedecer a Sánchez, del incipiente problema con Marcos... Se olvida, incluso, de que tampoco hoy le ha comprado comida a Melón.

32

Dos semanas después, aún no le han enviado las fotos ni la han llamado para mostrarle el *book*. De hecho, no han contactado con ella en absoluto y Laura, dando vueltas en su habitación, duda si llamarles por teléfono o mandarles un email.

Finalmente se decide por el correo electrónico, para evitar parecer menos ansiosa, pero sobre todo porque teme meter la pata. Por escrito puede leer y releer el correo cuantas veces quiera antes de mandarlo.

Media hora más tarde y después de darle al botón de enviar, Laura decide ir a darse una ducha para despejarse y tratar de desconectar del asunto. Quizá incluso, piensa, podría quedar con las chicas para ir de tiendas al centro, aunque tenga que aguantar de nuevo la batería de preguntas que llevan haciéndole desde que se enteraron de lo de la sesión de fotos. Siempre será mejor que quedarse en casa dándole vueltas a la cabeza como un tigre encerrado.

Sin embargo, poco después de salir de la ducha suena el teléfono y Laura se abalanza sobre el aparato para contestar.

—¿Hola?

—¿Laura? —pregunta la voz del fotógrafo de la Agencia Pigmalión.

—Sí, soy yo.

—Tengo algo para ti —le anuncia, como si acabase de ganar la lotería.

—¿Las fotos?

—Mejor —contesta—. Una oportunidad inmejorable para darte a conocer.

—No... no comprendo.

—Una fiesta —le aclara—. La semana que viene. Habrá gente muy importante. Gente que puede lanzar tu carrera y convertirte en una estrella.

—¿Una fiesta? —repite desconcertada—. Pero... ¿y las fotos?

—Olvídate de las fotos. Cualquier chica mona puede hacerse un *book* de modelo. Lo que te estoy ofreciendo es la oportunidad de que esa gente te conozca en persona.

—¿Qué... gente?

—Gente con dinero y contactos, Laura —le contesta con un punto de impaciencia, como si se tratase de una obviedad—. El tipo de gente que de otro modo nunca llegarías a conocer.

—No sé, la verdad. Yo...

—Te estoy ofreciendo la oportunidad única de asistir a una fiesta

muy exclusiva —la interrumpe—. Allí irán otras modelos profesionales y sus agentes..., pero quizá me haya equivocado contigo —añade con un suspiro decepcionado—. Quizá no estés preparada.

El corazón de Laura le da un vuelco al oír esas palabras. Se da cuenta de que ese es uno de esos momentos que marcan el punto de inflexión de una vida. Un tren acaba de detenerse ante ella y las puertas se están cerrando ante sus narices.

O salta dentro ahora mismo, o nunca más podrá hacerlo.

—Está bien —contesta decidida—. Iré.

El sábado siguiente, va vestida con su atuendo más elegante, un vestido entallado color burdeos a conjunto con los zapatos de tacón y el carmín de sus labios. Sobre el papel, es el que planeaba estrenar para su graduación, pero ni remotamente tiene dinero para comprar otro y mucho menos le podría pedir a sus padres dinero para ello. De hecho, ha salido de casa con la excusa de una fiesta de pijamas en casa de Paula, con el vestido y los zapatos metidos en su pequeña mochila del instituto.

Un poco después de la hora señalada, su taxi se detiene frente a una elegante mansión de la avenida del Tibidabo en la parte alta de Barcelona y desde la que puede disfrutar de la vista de la ciudad a sus pies.

Desde el exterior del palacete no parece en absoluto que allí vaya a celebrarse una fiesta y solo la profusión de coches de lujo aparcados en las cercanías delata que ahí está pasando algo fuera de lo habitual.

Tras comprobar un par de veces la dirección y asegurarse de que es la correcta, Laura llama al timbre y a los pocos segundos, un mayordomo con un antifaz negro, como si fuera el Zorro, le abre la puerta y le pregunta su nombre.

Laura, desconcertada, tarda unos segundos en reaccionar.

—Ehh... Laura Gómez —le dice.

El mayordomo comprueba un listado que lleva en la mano y, haciéndose a un lado, la invita a pasar.

Laura cruza la puerta y a los dos pasos se queda clavada en el sitio, con los ojos como platos.

El interior de la mansión es sin duda alguna lo más fastuoso que ha visto en su vida. Paredes forradas de terciopelo, enormes cuadros de marcos dorados y lámparas de araña arrancando reflejos de ensueño desde cada una de sus lágrimas de cristal.

Pero lo que ha hecho detenerse en seco a Laura no es eso, sino descubrir que las varias decenas de invitados que se arremolinan en el salón que se abre ante ella, van todos cubiertos por antifaces, algunos sencillos como el del mayordomo o el de los camareros que se mueven entre la pequeña multitud, pero la mayoría cubiertos de pedrería,

plumas o ribetes brillantes.

—Mierda —piensa en voz alta.

En ese preciso momento, la ayudante del fotógrafo se aproxima a ella a grandes zancadas. Por supuesto, también lleva un antifaz puesto.

—¡Laura! —exclama, abrazándola como si fuera una vieja amiga—. ¡Qué alegría verte aquí! Pensé que ya no venías.

—¿Es una fiesta de disfraces? —inquiere Laura, señalando al personal—. ¡Nadie me dijo que tenía que traer antifaz!

—Es que a ti no te hace falta, niña —le aclara sonriente.

—¿Cómo que no? —protesta—. ¡Pero si todo el mundo lleva!

—Precisamente —le guiña un ojo cómplice—. ¿Cómo van a ver lo guapa que eres con un antifaz puesto?

—Pero...

—Relájate, Laura. Simplemente sal ahí, paséate, bebe algo y disfruta de la fiesta.

—¿Que disfrute de la fiesta? ¿Pero qué voy a hacer? —le pregunta, cada vez más alterada—. ¡Nunca he estado en un lugar así ni tampoco conozco a nadie!

—De eso no te preocupes. —La tranquiliza—. Lo que importa es que ellos te conozcan a ti. Tú solo sígueme la corriente —añade, y tomándola del brazo la conduce al interior del aristocrático salón, donde algunos rostros ya se han vuelto hacia ella con gran interés.

33

Cuando Nuria sale de casa de su abuelo ya son casi las once. Calcula que mientras llega a casa, se ducha y se acuesta ya será más de medianoche, y tuerce el gesto al comprender que esa noche también va a dormir poco. Pero lo cierto es que ha valido la pena y la larga charla no solo le ha levantado el ánimo, sino que también le ha insuflado una determinación que esa misma tarde estaba lejos de sentir.

De camino al aparcamiento le echa un vistazo al teléfono y se encuentra con varias llamadas perdidas de Marcos, pero no quiere hablar con él de ningún modo. Solo con haber visto el icono rojo en el teléfono su buen humor se desvanece.

Justo a su lado, un pakistaní con una barriga tan prominente que parece estar embarazado de trillizos, cierra de golpe la persiana de su pequeña tienda de alimentación. Es solo entonces que se acuerda de Melón.

—Joder —maldice por lo bajo, acercándose al hombre—. Disculpe, necesito comprar una cosa. Será solo un momento.

—Ya cerrado, señorita —aclara él, señalando la persiana bajada.

—De verdad que será menos de un minuto. Por favor... —le pide, guiñándole un ojo.

—Ya muy tarde. —Señala su reloj de pulsera.

Nuria saca un billete de cinco euros de su cartera y se lo pone en la mano.

—Esto solo por las molestias —le dice, ensayando su mejor cara de disculpa—. Será solo un minuto, se lo prometo.

El pakistaní la mira a ella, mira el billete, y agachándose con no poco esfuerzo levanta de nuevo la persiana.

—¡Un minuto! —le advierte, levantando el índice.

Cuando Nuria sale del negocio, con una sonrisa satisfecha y apenas más tarde del minuto prometido, lo hace cargando en dos bolsas de plástico todas las latas de comida de gato que ha podido encontrar.

La mañana siguiente, Nuria se presenta en la sede de Egara justo antes de la reunión matinal del departamento y lo hace directamente en la sala de reuniones.

Mientras deja el abrigo de plumas en el perchero, Marcos se le aproxima.

—Ayer te llamé varias veces —le espeta.

Nuria se vuelve con los brazos en jarra.

—Estaba ocupada —contesta secamente—. ¿Alguna urgencia?

Antes de que conteste, la voz de Sánchez invita a tomar asiento a los asistentes y Nuria le da la espalda a Marcos. Aún no sabe cómo gestionar lo que ha pasado con él, pero el cuerpo le pide mantener las distancias dentro de lo posible.

—Buenos días a todos —saluda el inspector cuando ya todo el mundo está sentado y atento—. Hoy tenemos que...

De pronto, la puerta de la sala de reuniones se abre de golpe y un agente entra en la sala y se dirige directamente a Sánchez. Le dice algo en voz baja y le pasa una pequeña nota.

Este la lee, niega con la cabeza y levanta la vista.

—Reunión suspendida, tenemos otro cuerpo —informa con voz grave—. Todo el mundo en marcha.

Esta vez el escenario del crimen se sitúa en Sarriá, en un palacete de la calle Ballester. Durante el camino Marcos no ha abierto la boca y Nuria agradece que así haya sido; no tiene el menor deseo de hablar con él. Sabe que llegará el momento en que tendrá que hacerlo, pero cuanto más tarde, mejor.

Circulando por las estrechas calles del barrio en silencio bajo una fina lluvia, Nuria tiene tiempo de pensar en el hecho de que, en solo ocho días, se hayan cometido casi los mismos asesinatos que suelen registrarse en Barcelona en todo un año. No es sorprendente que los medios sensacionalistas estén haciendo su agosto y que cada titular de noticiero y cada especial televisivo de esta semana gire alrededor del caso.

Para colmo, esta noche tampoco ha dormido bien. Los disturbios llegaron esta vez hasta las calles de Gràcia, y los gritos, petardazos y sirenas de los antidisturbios le robaron el sueño hasta bien entrada la madrugada. Ahora, ya de día, circulando por las tranquilas calles de Sarriá, parece que todo haya formado parte de una pesadilla, pero aun así no puede deshacerse de la sensación de que la ciudad se está convirtiendo en una olla a presión a punto de estallar.

—¿Es que esta puta lluvia no va a parar nunca? —rezonga Marcos inesperadamente.

Nuria no sabe si se está dirigiendo a ella en un intento de conversación o si solo está desahogando su mal humor con la climatología. Ante la duda no dice nada y permanece en silencio, sin despegar la vista de la ventanilla.

—Lleva lloviendo una semana y con un frío de cojones —añade su compañero—. ¿Dónde está el puto calentamiento global?

—El cambio climático es así —responde Nuria al fin.

—¿Qué? —inquiere Marcos, volviéndose hacia ella.

—Digo que el cambio climático no solo es más calor y sequía, también más frío y lluvias más fuertes de vez en cuando. Climatología extrema.

Marcos resopla.

—¿Qué pasa? ¿Es que ahora eres la jodida mujer del tiempo?

Nuria pone los ojos en blanco y devuelve la vista a las calles que transcurren al otro lado de la ventanilla. Debería haber seguido callada.

Cuando se detienen al llegar a la dirección indicada, Nuria se siente aliviada de bajarse del coche. Varios vehículos policiales ya están aparcados junto al muro del jardín que rodea el palacete del siglo XIX y tres plantas con enormes ventanales. La verja de la entrada está abierta y un agente de uniforme les franquea el paso tras mostrarle sus credenciales del DIC.

—Están todos en la parte de atrás —les dice, señalando con el pulgar a su espalda—. En el invernadero.

—Gracias —contesta Nuria, mientras se saca del bolsillo del abrigo el gorro y los guantes.

La furgoneta blanca de la Policía Científica aún no ha llegado, pero no le cabe duda de que lo hará en pocos minutos. Tiempo suficiente para echar un vistazo antes de que el lugar se llene de forenses con monos blancos.

—Tú espera aquí —le dice Marcos, señalando el suelo a los pies de Nuria.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque yo lo digo. Ya basta de que te pasees por el escenario de un crimen sacando fotos con el móvil como una turista. A partir de ahora las cosas se van a hacer de otra manera.

—Pero ¿de qué coño estás hablando? ¡Hago mi trabajo!

Marcos se planta frente a ella con gesto agrio.

—Su trabajo es hacer lo que yo le diga, agente Badal —replica fríamente—. Y como su superior, le ordeno que espere aquí y no se acerque hasta nueva orden. De lo contrario, me veré obligado a informar al inspector y solicitar que se le abra un expediente disciplinario por desobediencia. ¿Entendido?

—Eres un cabrón.

Marcos da un paso hacia ella, poniéndole el rostro a menos de un palmo con la clara intención de intimidarla.

—¿Entendido?

—No puedes hacer eso.

—Puedo y lo hago —subraya—. Y como te quieras pasar de lista, te voy a meter un paquete que vas a desear no haber entrado nunca en el

DIC.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Qué me vaya del departamento?

Los dientes de Marcos asoman en una sonrisa cruel.

—Veo que lo vas entendiendo.

Dicho lo cual se da la vuelta, encaminándose hacia la parte de atrás de la casa y dejándola atrás.

Nuria no se ha sentido tan humillada en su vida. La sangre le hierve en las venas, aprieta los puños clavándose las uñas y ni tan solo es consciente de la lluvia que cae sobre sus hombros, ahora con más fuerza.

Apenas conteniendo su ira y frustración, solo es capaz de pensar en diferentes maneras de matar a su compañero de forma lenta y dolorosa. Pero pronto enfoca la responsabilidad en sí misma; sabía que se estaba arriesgando estúpidamente.

Era consciente de que la situación con Marcos iba a convertirse en un problema, pero no imaginaba que pudiera llegar a ese punto. Quería pensar en que, de un modo u otro, la situación se resolvería y aunque durante un tiempo la relación entre ellos sería complicada, con el tiempo las aguas volverían a su cauce y podrían tener una convivencia laboral razonable.

Pero, de pie bajo la lluvia, comprende dolorosamente que eso es una fantasía que no se va a cumplir. Todo se ha ido al infierno y ya no hay vuelta atrás.

Baja la cabeza y se queda mirando sus manos enguantadas. En las gotas de lluvia resbalando sobre el látex blanco escurriéndose entre sus dedos, igual que su futuro en el Departamento de Investigación Criminal.

¿Puede ser que su carrera policial termine así? ¿Que su sueño de ser investigadora se acabe con la venganza infantil de un compañero despechado?

Entonces levanta la cabeza y se queda mirando al grupo de agentes que entran y salen del gran invernadero acristalado.

—Y una mierda —dice en voz baja, cerrando los puños con fuerza.

34

Con la determinación de no dejarse pisotear por su compañero, decide tomar una decisión audaz. No quiere acceder al escenario del crimen y arriesgarse a ser humillada públicamente por Marcos, que quizá sea justo lo que está esperando.

En el bolsillo de los tejanos siente el bulto de las llaves del Cactus, y antes siquiera de que un plan consistente tome forma en su cabeza ya se está dirigiendo al coche con paso decidido.

Sabe que tomar decisiones por su cuenta en estas circunstancias es una temeridad y que, de no conseguir nada sólido, se arriesga a un expediente disciplinario o algo peor. Incluso si lograse un avance significativo en la investigación, puede que se lo abran igualmente. Pero, si algo tiene claro, es que no hacer nada la conduce a un callejón sin salida en el que no quiere entrar.

Al girar la llave del contacto del auto, ya se ha convencido a sí misma de que su única salida es jugarse el todo por el todo.

Su primera parada es el Hospital de Sabadell, donde Monells se encuentra ingresado en la unidad de cuidados intensivos.

Tras presentarse a la doctora de guardia de la UCI, una mujer morena más joven que Nuria, gafas de pasta y gesto cansado, la respuesta que recibe a su petición de ver a Monells es rotunda.

—No —le contesta—. De ningún modo. Totalmente imposible.

—Doctora Díaz, por favor —insiste Nuria, leyendo el apellido en su tarjeta de identificación—. Es imprescindible que hable con él. Es el único testigo con vida que podría identificar a quien le ha hecho eso.

—Eso da igual. El paciente se encuentra en estado crítico y cualquier esfuerzo podría resultar fatal para él, especialmente si se trata de revivir un momento tan traumático.

—Puedo conseguir una orden judicial —farolea Nuria—, pero eso solo hará que perdamos un tiempo muy valioso.

—No, no puede —replica la doctora, negando tranquilamente con la cabeza—. Aquí los jueces no tienen potestad. La decisión es solo mía y la respuesta es no.

Nuria comprende que tiene razón.

—Si no necesita otra cosa —añade la doctora, haciendo el gesto de marcharse—. Tengo muchas cosas de las que ocupar...

Nuria la sujeta del brazo antes de que se vaya.

—Si no hablo con él, va a morir gente inocente. ¿Quiere cargar eso

en su conciencia?

La doctora Díaz se queda mirando fijamente la mano de Nuria y la suelta. Teme que ese gesto haya empeorado las cosas.

—¿Hablar con él? —pregunta en cambio la doctora—. Aunque estuviera plenamente consciente, ¿cómo piensa que le diga nada un hombre sin lengua ni manos para escribir?

—Déjeme intentarlo, por favor —insiste Nuria, casi suplicante—. Es cuestión de vida o muerte. Hay unos asesinos en serie sueltos en la ciudad, y Jordi Monells es el único que puede decirnos quiénes son.

La doctora vuelve la cabeza hacia el fondo de la sala y tras meditarlo unos instantes exhala un suspiro de aquiescencia.

—Cinco minutos —le dice al fin—. Pero si se alteran sus constantes vitales, lo cortamos de inmediato. ¿Queda claro?

Nuria asiente, ligeramente sorprendida de haberse salido con la suya.

—Gracias, doctora.

—Cinco minutos —repite, mostrándole los dedos de la mano abierta—. Ni uno más.

Nuria no pierde un segundo y se encamina a la cama que le ha indicado al fondo de la sala.

A ambos lados de la unidad se suceden camillas ocupadas por pacientes que apenas asoman entre una maraña de cables, vías y conductos de respiración asistida, rodeados de monitores y sensores que emiten un coro de desacompasados «bips» como único hilo que les une con el mundo de los vivos.

Cuando Nuria alcanza la cama de Jordi Monells, este se encuentra semioculto tras el sinfín de aparatos conectados a su cuerpo para mantenerlo con vida. Dos pantallas muestran los signos vitales y unos números que no sabe qué representan, salvo la reconocible línea de las pulsaciones que indica unos relajados 52 latidos por minuto.

Nuria se aproxima a la cabecera de la cama y al tener frente a ella de nuevo el rostro de Monells, regresa a su mente el recuerdo de menos de 48 horas antes en el que lanzó aquel grito desesperado a pocos centímetros de su cara. Nuria siente el impulso de dar un paso atrás, como si temiera que aquello volviera a sucederle, pero haciendo acopio de entereza se mantiene en el sitio y apoya su mano en el hombro de Monells.

—Señor Monells... Buenos días —le dice al hombre que yace inerte—. Soy Nuria Badal... ¿Se acuerda de mí? Necesito hacerle unas preguntas.

Jordi Monells no reacciona en absoluto; ni un parpadeo, ni un gesto involuntario, ni una pulsación desacompasada.

Nuria sospecha que debe estar sedado hasta las cejas.

—Señor Monells... –insiste, sacudiéndole el hombro, uno de los

pocos lugares donde no tiene un parche adherido ni una vía clavada —. Despierte, por favor. Tengo que hablar con usted.

Nada, como si estuviera zarandeando a un muerto.

Por un instante se le ocurre pedirle a la doctora que le inyecte un café doble o lo que sea para despertarlo, pero sabe de antemano que no va a aceptar y solo hará que perder un tiempo precioso.

Mira a su alrededor peguntándose qué puede hacer, y en una bandeja encuentra una aguja hipodérmica. Asegurándose de que nadie la ve, la agarra y con disimulo pincha a Monells con ella. Primero ligeramente y luego, al ver que no reacciona, la clava un poco más, hasta que un hilillo de sangre brota de la incisión.

Nuria retira rápidamente la aguja, toma una gasa y limpia la pequeña herida.

Cuando levanta la vista, descubre que Jordi Monells ha abierto los ojos y, en silencio, la observa con mirada neblinosa.

—Señor Monells —le dice de inmediato—. Necesito hablar con usted. Tiene que decirme quién le atacó para que podamos detenerlo.

El hombre la mira por encima de su máscara de oxígeno sin hacer otro movimiento que un leve parpadeo.

Nuria no sabe si es un acto reflejo o una señal de asentimiento, pero el tiempo corre y no le queda otra que insistir.

El monitor de las pulsaciones emite un bit y, de reojo, ve que estas han subido a 58 por minuto.

En el camino al hospital se le ha ocurrido un método para tratar de comunicarse con un hombre sin manos con las que escribir ni lengua con la que hablar, y en su pequeña libreta de notas ha escrito un «SÍ» y un «NO» en la portada y contraportada, y luego todas las letras del abecedario en cada página. Es un método lento y difícil, pero no se le ha ocurrido nada mejor.

—Señor Monells —prosigue, poniéndole la libreta frente a la cara —. Necesito que se concentre. Si la respuesta es correcta, parpadee. ¿De acuerdo? ¿Conoce usted a la persona que le hizo esto?

Nuria le muestra la portada con el «SÍ».

Parpadeo.

Espera un par de segundos y le da la vuelta para mostrarle el «NO».

Parpadeo.

—Empezamos bien... —murmura.

Aun ante lo confuso de la respuesta, decide seguir adelante.

Bip.

Las pulsaciones se ponen a 61.

—¿Fue una persona sola o un grupo de personas? —pregunta, y al momento se da cuenta de que lo ha formulado mal—. ¿Fue un grupo de personas quienes le atacaron?

Misma operación.

El parpadeo coincide con el «NO».
Bip.
65
—¿Fue una sola persona? —pregunta de otro modo, para asegurarse.
«NO» responde con un parpadeo.
—Mierda —reniega en voz baja.
La cosa no acaba de funcionar, pero no hay plan B.
—¿Fue un hombre?
«SÍ».
Bip.
68
—¿Fue... una mujer?
«Sí».
Bip.
72
Por un instante, a Nuria se le ocurre que el asesino pueda ser un transexual, pero luego se le ocurre otra posibilidad.
—¿Fueron un hombre y una mujer?
«Sí».
Bip.
76
La línea de las pulsaciones es más irregular.
—¿Le dijeron por qué le... hicieron esto?
«SÍ».
Bip Bip.
80
El número ahora está en amarillo.
—¿Eran miembros de Los hijos de Lucifer?
«NO».
Bip Bip.
84
—¿Fue por algún rito satánico?
«NO».
Bip Bip Bip.
89
Ahora el número aparece en naranja.
—¿Fue por un tema económico o profesional?
«NO»
Bip Bip Bip.
93
—¿Fue por algo personal?
«SÍ».
Bip Bip Bip Bip.

98

Nuria oye los pasos de la doctora aproximándose por detrás.

—¿Fue por un asunto personal? —repite pasa asegurarse.

«Sí».

Bip Bip Bip Bip

103

—¡Agente! —dice la doctora a su espalda—. ¡Ya basta!

Nuria ve que Monells desvía la vista hacia la doctora Díaz y aferrándole la mandíbula le obliga a mirarle.

—Céntrese, Jordi —le interpela—. Esto es muy importante. ¿Dijeron algún nombre estas personas? ¿Hay alguna pista que pueda darme para encontrarles?

Libreta vuelta y vuelta.

«Sí».

Bip Bip Bip Bip

109

Los números del monitor ya están en color rojo.

La doctora la sujeta por el brazo, pero Nuria se revuelve.

—Necesito un minuto más —le dice.

—¡Ni un segundo más! —replica la doctora—. ¿Es que no ve lo que está haciendo? ¡Este hombre está en estado crítico!

Nuria la ignora y se vuelve hacia Monells.

—¿Tiene un nombre que darme?

Monells parpadea furiosamente y Nuria entiende, o quiere entender, que tiene una información crucial que quiere comunicarle.

Bip Bip Bip Bip

114

La doctora Díaz se ha marchado y Nuria aprovecha para pasar las páginas de su libreta una a una, atenta al parpadeo de Monells que finalmente se produce cuando llega a la letra «M».

Cierra la libreta y vuelve a empezar desde la «A», y antes de que empiece a pasar páginas de nuevo Monells vuelve a parpadear.

«MA»

Bip Bip Bip Bip Bip.

121

—Muy bien. Lo está haciendo muy bien —le dice, pasando las páginas de nuevo.

Pero entonces un par de manos como tenazas le sujetan los brazos, haciendo que la libreta caiga abierta sobre la camilla.

Monells parpadea enfáticamente

De reojo, Nuria ve que la última página mostrada es una «R».

«MAR».

—¿Qué hacen? ¡Suéltenme! —protesta entonces, volviéndose hacia quienes la sujetan.

Se encuentra con los rostros ceñudos de dos fornidos guardas de seguridad del hospital, quienes la agarran como a un borracho al que echar de la discoteca a la tres de la mañana.

—¡Soy policía! —protesta—. ¿Se dan cuenta de que están interrumpiendo una investigación oficial?

—Yo solo soy un mandado, señorita —alega uno de los seguratas, rapado y con unos brazos como jamones de bellota.

—Se lo advertí —le dice la doctora al pasar por su lado, meneando la cabeza.

—¡Esto es importante! —insiste Nuria—. ¡Iba a darme un nombre!

—¿Es que no lo entiende? Ese hombre está sedado y en estado crítico —le contesta la doctora mientras se la llevan casi a rastras—. En estos momentos no sabe ni cómo se llama.

Nuria no sabe qué contestar a eso y mientras la llevan en volandas fuera de la Unidad de Cuidados Intensivos, se le ocurre que quizá la doctora Díaz tenga razón.

Pero, de nuevo, no le queda otra que seguir adelante.

35

Nuria abandona el hospital con más peguntas que cuando entró. No solo las respuestas de Monells han abierto nuevas incógnitas, sino que ni tan solo puede estar segura de la veracidad de sus respuestas. ¿Era él quien contestaba o los opiáceos que corren por su torrente sanguíneo? ¿Hasta qué punto puede fiarse de que realmente fueran un hombre y una mujer? Parecía bastante seguro de que no eran miembros de Los hijos de Lucifer, pero, dado que ni siquiera dispone de la lista de miembros, en realidad saber eso tampoco supone una diferencia.

¿Y esas tres letras? ¿Serían las tres primeras letras del nombre de uno de los asesinos o de su apellido? ¿O quizá sus iniciales? MAR podría ser cualquier cosa.

Mientras camina en dirección al aparcamiento, crece en su interior la terrible sensación de que lo que ha hecho no ha servido para nada. Para nada, excepto arriesgarse a una seria reprimenda de sus superiores si el asunto termina llegando a sus oídos; algo que, a tenor del cabreo de la doctora, intuye más que probable.

Pero bueno, piensa, tenía que intentarlo. Como reza el dicho, uno termina arrepintiéndose más de las cosas que no hace que de las que sí hace. Su única duda es si el refrán puede aplicarse también a una agente de policía con su puesto en la cuerda floja.

Cuando Nuria se sube al asiento del conductor del Cactus, se queda durante unos segundos con la mirada perdida en las manchas del parabrisas.

¿Y ahora?, se pregunta.

Podría regresar al escenario del crimen, donde quizá aún se encuentre el resto del equipo. Pero ¿para qué? La situación será la misma que una hora atrás, solo que aún más tensa por haberse marchado sin avisar ni decir a dónde iba. Lo que ha averiguado no le sirve para poder ofrecérselo a Sánchez y que compense el hecho de haber ido a ver a Monells, saltándose cualquier tipo de protocolo.

De pronto, un nombre acude a su mente: Wad Ras.

La cárcel de mujeres.

Luisa Domínguez.

Pero no tiene sentido volver a hablar con ella sin un trato que ofrecerle.

Un trato que no le puede ofrecer.

¿O sí?

Cuando entra en las oficinas del departamento en el complejo Egara, lo hace mirando a los lados como una ladrona, procurando que nadie la vea y pueda plantearle preguntas incómodas.

Tras asegurarse de que no hay nadie del equipo, se dirige directamente a su escritorio, enciende el ordenador y comienza a redactar un documento a toda prisa. Se esfuerza en darle una apariencia creíble y oficial, pero la literatura de estilo notarial nunca ha sido su fuerte, así que tras darle un breve repaso y asegurarse de que es lo bastante enrevesado para que apenas resulte comprensible, como cualquier documento oficial que se precie, hace un corta-y-pega con el logo del ministerio de justicia, lo encuadra en la cabecera y le da al botón de imprimir.

Con el papel en la mano lo relee una vez más, confiando en que sea convincente e impreciso a la vez, aunque sabe que buena parte de la credibilidad del documento dependerá de la desesperación de quien va a leerlo. Luego lo mete en una carpeta marrón con el emblema de los Mossos y sale del departamento casi de puntillas.

De nuevo en el coche, está a punto de arrancar cuando su teléfono comienza a sonar con urgencia en el bolsillo del abrigo.

Echa un vistazo a la pantalla y comprueba el nombre: Marcos.

Sin dudarlo un segundo, pone el móvil en silencio e, ignorando la llamada, vuelve a guardárselo en el bolsillo.

—Que te den —murmura, girando la llave de contacto y poniendo el motor en marcha.

Si llama Sánchez no podrá hacerle lo mismo, pero piensa que ya cruzará ese puente cuando llegue al río.

Nuria atraviesa Barcelona a toda velocidad y en poco más de media hora se encuentra sentada de nuevo en el despacho de Eugenia Carbó, la directora de Wad Ras.

Con la carpeta sobre las rodillas, espera inquieta la llegada de la funcionaria, que aparece al cabo de diez minutos haciendo resonar sus tacones sobre el suelo de baldosas. Nuria no necesita ser psicóloga analista para verle en la cara que no está contenta de volverla a ver.

—Esto es sumamente irregular, agente —le espeta, apenas tomando asiento en su sillón de oficina—. No puede presentarse por las buenas cuando le venga en gana saltándose todos los protocolos, y pretender que yo simplemente haga la vista gorda.

—Yo... lo siento —asiente contrita—. Tiene usted toda la razón, directora.

—Los procedimientos están por algo, no son un capricho mío. ¿Lo comprende? Las reclusas tienen derechos y yo muchas obligaciones

legales que cumplir. Si una de ellas decidiera denunciarme, el problema lo tendría yo y no usted.

—Soy consciente de ello, directora. —Nuria tiene un *déjà vu* de sus tiempos de secundaria, mientras trataba de convencer al director del instituto de que no avisara a sus padres por haberse saltado una semana seguida de clases para ir a la playa.

—Lo siente, tengo razón y es consciente de ello... —repite Eugenia Carbó con un asomo de sorna—. Pero aquí está de nuevo, sentada en mi despacho y pidiéndome ver a una reclusa de manera totalmente irregular.

—Se trata de una emergencia, directora. Cuestión de vida o muerte.

—Eso me lo dijo la última vez.

—Y sigue siendo cierto. Ha habido una víctima más desde entonces y no sabemos cuántas otras puede haber. Cada minuto es crucial.

—¿Y, de ser así, por qué no estoy leyendo ahora mismo una orden judicial que le conceda el permiso que necesita?

Nuria no sabe qué contestar a eso.

—Yo... —Traga saliva y decide jugársela, de perdidos al río—. En realidad, mi superior no está al corriente de esta visita. Él cree que hablar con Luisa Domínguez es una línea de investigación inútil y se ha negado a apoyarme. Cree que nada de lo que me pueda contar tiene credibilidad alguna y que solo me lleva a un callejón sin salida.

Eugenia Carbó se reclina en su asiento haciendo crujir el cuero bajo su peso. Entrelaza los dedos.

—Y, sin embargo, aquí está.

Nuria asiente con la mirada.

—Y, sin embargo, aquí estoy.

—¿Cree que va a lograr algo más de lo que logró la vez anterior?

—No lo sé —confiesa—. Pero tengo que intentarlo.

La directora rumia sus palabras durante casi un minuto, mirando fijamente a Nuria como si tratara de escrutar qué tipo de mujer tiene frente a ella.

—Me gusta usted, agente Badal —termina diciendo—. Me caen bien las mujeres valientes y decididas —añade—, quizá porque yo también lo fui años atrás... hasta que terminé aquí. —Hace un gesto con la mano que engloba no solo su despacho sino a la prisión de Wad Ras y quizá incluso a toda la ciudad—. En algún momento acabé incomodando a un superior por intentar cambiar las cosas y de pronto me vi con mi culo pegado a este asiento. Ser valiente y decidida tiene sus riesgos, especialmente si eres mujer.

Nuria asiente.

—Lo sé. Puede que la esté cagando, pero tengo que hacer lo que creo que es correcto, moleste a quien moleste. Para eso me hice

policía.

Eugenia Carbó esboza una sonrisa que parece no practicar mucho y asiente también, satisfecha con la respuesta.

Menos de diez minutos más tarde, Nuria aguarda nerviosa en la sala de visitas a que Luisa Domínguez aparezca. En sus planes no entraba siquiera la posibilidad de que la reclusa se negase a verla, pero ahora que se encuentra ahí, esperando a que se abra la puerta al otro lado de los barrotes, las dudas comienzan a acecharla. Se ha lanzado a la piscina de cabeza, a ciegas y desde el trampolín más alto, y ahora empieza a preguntarse si cabe la posibilidad de que no haya agua debajo.

A pesar del frío, siente las manos sudorosas y sobre la superficie áspera de la carpeta marrón se han formado pequeñas marcas de humedad con la forma de sus dedos.

Cuando finalmente la puerta de acero se abre con un gemido y tras ella aparece Luisa Domínguez con el mismo chándal y gesto de desconfiado agotamiento del día anterior, a Nuria se le escapa un suspiro de alivio.

—¿Otra vez usted? —le espeta directamente.

—Pues sí, otra vez yo.

—Ya le dije todo lo que le tenía que decir —afirma—. No le diré nada más hasta que...

Nuria levanta la carpeta para que Luisa pueda verla con claridad.

Los ojos de la reclusa se achinan al tiempo que echa la cabeza hacia adelante.

—¿Qué tiene ahí?

—Lo que usted me pidió.

Luisa parpadea incrédula. Mira la carpeta, mira a Nuria y vuelve a mirar la carpeta de nuevo.

—Anda ya —replica, recelosa.

Nuria abre la carpeta y saca de su interior el documento que ella misma ha impreso en Egara.

—Aquí lo tiene —le dice, acercándose a los barrotes y ofreciéndoselo.

Luisa observa el papel que le tiende Nuria con suspicacia, como un mal estudiante receloso de recoger las notas a final de curso.

—Me estás vacilando.

—Compruébalo tú misma.

Luisa alarga la mano entre los barrotes y agarra la carpeta con un ligero temblor en la mano que Nuria no sabe si atribuir a los nervios o a algún tipo de abstinencia.

Con el celo de un rabino abriendo la Torá, saca la hoja y comienza

a leerla con avidez. Sus ojos se mueven impacientes de izquierda a derecha y de arriba abajo, como quien busca una palabra clave en una sopa de letras.

Al cabo de un minuto, levanta la vista del documento y clava la mirada en Nuria con el ceño fruncido.

—No entiendo una mierda —afirma—. Pero aquí no dice nada de que me vayan a soltar.

Nuria asiente con fingida tranquilidad.

—Sí que lo dice. Es una resolución jurídica que supedita su revisión del juicio a la colaboración que nos pueda prestar para resolver el caso. Evidentemente —añade con aplomo—, si nos intenta tomar el pelo no logrará nada de nada, pero si realmente nos ayuda podrá salir de aquí.

—Pero aquí dice —alega, señalando el papel en su mano—, que «revisarán el caso», no que me vayan a soltar.

Una hora atrás, mientras redactaba aquel documento más falso que una promesa electoral, Nuria se planteó si hacer que la resolución mencionara una inmediata excarcelación en agradecimiento por los servicios prestados y blablablá. Pero, en ese momento, le pareció que algo así era demasiado poco creíble y optó por una fórmula más limitada, pero con mayores visos de verosimilitud.

Ahora se arrepiente.

Sospecha que, si hubiera añadido que además de liberarla le regalaban un apartamento en la playa y un descapotable, también habría colado.

—Luisa —le dice con su mejor cara de póker—. Yo creo que usted es inocente y tras revisar su caso con urgencia, el juez cree que también podría serlo. Los indultos solo están en manos del Gobierno y podría tardar años. Lo que le ofrezco es una oportunidad de volver a presentar su caso y ser juzgada de nuevo, pero esta vez de forma justa y teniendo en cuenta todas las circunstancias del caso.

—Eso no es lo que yo le pedí. No quiero otro puto juicio, lo que quiero es salir de la cárcel ya mismo.

—Esto que le ofrezco es su oportunidad para hacerlo, Luisa. Tiene que ser realista, es el mejor trato que va a recibir —y como un tahúr empujando todas sus fichas al centro de la mesa, añade—. Lo toma o lo deja.

—Pues lo dejo —replica—. O me sacan de aquí o nada.

Nuria suspira y se encoge de hombros.

—En fin..., como quiera. —Se pone en pie y alarga la mano hacia los barrotes—. Devuélvame el documento y olvidémonos del tema. Lo siento por usted, la verdad.

Luisa, sin embargo, vuelve a echarle un breve vistazo a la carpeta.

—Yo... no sé —vacila—. Tendría que enseñárselo a mi abogado.

Nuria traga saliva.

—Por supuesto —sonríe tensa.

—Antes de decirle nada.

Nuria niega con la cabeza con rotundidad.

—No hay tiempo para eso —replica—. Esta misma mañana ha habido un nuevo asesinato. No podemos perder ni un minuto.

—Yo llevo perdidos diez años aquí.

—Lo sé y la entiendo. Pero seguro que comprende que este trato es algo sumamente excepcional debido a las circunstancias. Si muere más gente mientras se lo piensa, le aseguro que el juez no será tan benévolo con usted.

Luisa Domínguez clava sus ojos hundidos en Nuria, como si tratara de escrutar su alma.

Un alma que Nuria sabe que irá al infierno por engañar de forma tan miserable a la pobre mujer. Solo el consuelo de que pueda salvar vidas a cambio, le permite conservar la entereza y el gesto calmado.

Finalmente, Luisa da un paso atrás, toma asiento aferrando la carpeta marrón como a un salvavidas y advierte:

—Nada de lo que le diga podrá ser grabado, ni usado en mi contra en el futuro.

Nuria se sorprende por dicha petición, pero aun así asiente sin dudarlo.

—Tiene mi palabra.

Luisa parece dudar de nuevo, pero termina bajando la vista hacia un punto en el suelo entre las dos, como si sus recuerdos se hallaran en las manchas que lo cubren.

—De acuerdo… —dice—. Ahora escúcheme con atención.

—Años atrás... —comienza a explicar—, Félix, mi pareja, buscaba chicas jóvenes y guapas en los chats y las redes sociales de aquella época como MySpace, de esas que hoy hacen bailecitos en TikTok o Instagram deseando que el mundo las mire y saltar a la fama. A las chicas que veía con potencial les ofrecía una sesión de fotos gratuita y un *book* profesional para poder iniciar una carrera como modelos.

Nuria guarda silencio, expectante.

—Solo que... —Luisa prosigue, bajando la mirada—, además, se les ofrecía la posibilidad de sacarse un dinerillo haciendo..., bueno, trabajos extra.

—¿Qué clase de trabajos?

—Ya sabe... citas, masajes, fiestas...

—¿Sexo?

—A veces.

—¿Me está diciendo que captaban a chicas jóvenes para prostituirlas?

—Yo no lo llamaría así.

—Ya, claro. Y esas jóvenes... ¿eran menores?

—Algunas.

—¿Algunas?

—Bueno, la mayoría. Pero, ya sabe, hay niñas de quince años que parecen veinteañeras.

Nuria se muerde los labios para evitar responderle lo que piensa de esa afirmación. En especial, proviniendo de otra mujer.

—¿Y qué más? —pregunta en cambio.

—Félix, al ser fotógrafo, era uno de los captadores y yo le ayudaba de vez en cuando en las sesiones de fotos para que las chicas se sintieran más cómodas. Eso era todo lo que hacíamos. Luego eran otros quienes se encargaban de todo lo demás.

—¿Quienes?

—No lo sé, lo juro. Todo eso lo llevaba Félix, pero creo que él tampoco sabía quién estaba detrás. Era todo como muy misterioso. Incluso los clientes, cuando había alguna fiesta privada, llevaban máscaras como en la película esa de Tom Cruise y Nicole Kidman. Yo creo que se inspiraron en la peli para hacer esas cosas.

—¿Me está diciendo que organizaban orgías con menores?

Luisa se encoge de hombros, como si quisiera decir «así es la vida».

A Nuria se le forma un nudo en el estómago y respira hondo,

tratando de tranquilizarse.

Luisa ve su gesto y le apunta con el dedo.

—Me ha dado su palabra de que nada de esto podrá usarse en mi contra.

A Nuria le dan ganas de mandarla al infierno, pero recuerda que no es esa la razón por la que está ahí.

—No diré nada —le asegura—. Pero explíqueme qué tiene que ver todo esto con mi caso.

—Una vez acudí a una de esas fiestas... —confiesa—, ayudando en el guardarropa, y reconocí a uno de los clientes, Arturo Galán, el actor. Llevaba máscara, como todos, pero reconocí su voz y su porte. Yo era una gran fan, ¿sabe?

—¿Está segura?

—Al cien por cien.

—Y usted cree que quien mató a su marido, inculpándola a usted, es el mismo asesino de Arturo Galán.

—Eso mismo.

Nuria se cruza de brazos echándose hacia atrás en la silla.

—No veo la relación —concluye, negando con la cabeza—. Además, han pasado más de quince años entre un homicidio y el otro.

—Espere —alega, alzando el índice—. En esa red debía de haber gente importante, porque unos padres trataron de denunciarnos a los Mossos, pero le echaron tierra encima al caso y al final no pasó nada.

—¿Qué quiere decir con que le echaron tierra encima?

—Joder, pues eso. Que seguramente alguien hizo una llamada al juez o a quien fuera, y aquí paz y después gloria.

—Eso no puede hacerse.

—Venga ya, no me joda —bufa Luisa—. ¿Y usted es policía? ¿En qué mundo vive?

De nuevo Nuria se muerde la lengua. Esta vez para no replicarle sobre la honorabilidad del cuerpo.

—¿A dónde quiere ir a parar, Luisa?

—Coño, está claro. Pues que alguien, al ver que la policía no hacía nada, decidió tomarse la justicia por su mano.

—Matando a su marido y a Antonio Galán.

—Y seguramente a todos los demás —afirma—. Me apuesto lo que quiera a que todos esos ricachones a los que se han cargado eran miembros de la red o clientes de las chicas.

—¿Me está hablando de una especie de padre justiciero que ha decidido hacer justicia por sí mismo?

—¿Por qué no? No sería el primero.

—Y esa red de prostitución... ¿aún sigue en marcha?

—¿Cómo quiere que lo sepa aquí metida? —replica con un ademán —. Puede que sí o puede que se asustaran con la denuncia, yo qué sé.

—¿Tiene alguna manera de contactar con ellos?

Luisa niega con la cabeza efusivamente.

—Ya le he dicho que era Félix quien trataba con ellos. Yo solo le echaba una mano de vez en cuando —añade—. Pagaban muy bien.

—¿Y todo esto se lo contó a la policía o al juez cuando la juzgaron por el asesinato de su marido?

—¿Y que me enchironaran también por eso? No me joda, suficiente tengo con una sola condena.

Nuria reflexiona un momento.

—Es decir..., que lo único que tiene es que cree haber reconocido la voz de Arturo Galán en una de esas fiestas.

—Estoy totalmente segura.

Nuria menea la cabeza, poco convencida del argumentario.

—No me cuadra —apunta—. Podría ser que algún padre quisiera vengarse de ustedes por haber convertido a su hija en una prostituta, eso no lo descarto. E incluso que tuviera algo que ver con la muerte de su marido, si fue él quien la captó. Pero... ¿empezar a matar tantos años más tarde a miembros de esa red? Eso no tiene mucho sentido.

—Hay gente muy loca por ahí.

—Y también gente muy miserable —añade Nuria, taladrándola con la mirada—. Pero los asesinatos han sido especialmente crueles y quien los haya cometido se ha esforzado en provocarles una agonía terrible. Para cometer unos crímenes como esos, más de una década después, la carga de dolor ha de ser muchísimo más fuerte que la venganza por haber inducido a una hija a cobrar dinero a cambio de sexo.

—Bueno...

—Bueno, ¿qué?

—Las chicas no siempre aceptaban a la primera.

—¿Qué quiere decir?

—A veces había que darles un pequeño empujoncito... Ya sabe.

Nuria frunce el ceño y se inclina hacia adelante en la silla.

—No. No sé.

Luisa parece buscar una respuesta adecuada en la pequeña ventana de la sala.

—Digamos que, en ocasiones..., Félix se veía obligado a presionarlas un poco.

—Explíquese.

—En las sesiones de fotos se les solía dar algo para que se relajasen y..., bueno, perdieran un poco la vergüenza inicial. Muchas se volvían demasiado recatadas en cuanto se encendían los focos.

—¿Las drogaban?

—Solo una dosis mínima de burundanga. Lo justo para que en la sesión de fotos se relajaran y se dejasen llevar.

—Las drogaban con escopolamina —resume Nuria con la mandíbula tensa—. ¿Y luego?

—Luego hacíamos las fotos —responde—. Primero las normales, con vestidos y todo eso, y luego, cuando ya estaban muy relajadas..., las privadas. Las que se mostraban a los clientes.

—¿Fotos pornográficas?

—Más bien eróticas —puntualiza Luisa—. Pero bueno, había de todo, claro.

—Y usted estaba ahí.

Luisa Domínguez asiente levemente.

—Yo ayudaba a las chicas a cambiarse y relajarse. Que otra mujer estuviera presente en el estudio las tranquilizaba.

—Y luego las drogaba —dice Nuria, conteniendo su ira al imaginar la escena.

—Ya se lo he dicho, solo lo justo para que se relajasen. Seguro que cualquier noche de fiesta con unos chupitos se ponían peor.

—Pero ustedes se aprovechaban para fotografiarlas desnudas.

Luisa se encoge de hombros.

—Era nuestro trabajo —alega indiferente, como si fuera la reponedora de un supermercado—. Las fotos no salían del círculo de clientes..., a menos que diesen problemas.

—¿Las chantajeaban con esas fotos? —comprende Nuria.

—Y a veces con vídeos que grabábamos en las «fiestas». Era nuestro seguro para que no se fueran de la lengua... o por si se negaban a colaborar.

—Por si se negaban a prostituirse —precisa Nuria, imaginando el terrible dilema al que se enfrentaron esas chicas.

—No estoy orgullosa de lo que hice..., de lo que hicimos —arguye—. Pero, al final, la gran mayoría de las chicas acababan accediendo y llevándose un buen dinero. Muchas se pagaron una carrera con la pasta que sacaron, ¿sabe?

—¿Y las que no? —pregunta Nuria—. ¿Qué pasaba con las que se negaban?

—No lo sé.

—¿Cómo puede no saberlo?

—Ya se lo he dicho varias veces. Era Félix el que llevaba esos temas y no me contaba casi nada. Siempre decía que, cuanto menos supiera, mejor.

—Y a usted ya le iba bien, ¿no?

Luisa vuelve a encogerse de hombros.

Nuria sigue pensando que la conexión entre ambos casos sigue siendo muy débil, tan solo sustentada por la posible coincidencia de Arturo Galán. Aunque, el hecho de que usaran burundanga para aprovecharse de las chicas y que el asesino también lo emplee para

someter a sus víctimas, podría no ser una coincidencia.

Aun así, sigue siendo muy poco como para presentárselo a Sánchez y justificar lo que ha hecho desobedeciéndole y creando un documento falso para engañar a una reclusa.

—¿Y las fotos? —pregunta al cabo.

—¿Las de las chicas? Las destruimos.

—No me lo creo —replica Nuria.

—Cuando hicieron la denuncia en los Mossos, Félix se asustó y borró cualquier rastro. Al final todo quedó en nada, pero desmontó el chiringuito por si las moscas.

—¿Y los nombres de esas chicas?

—También —asiente Luisa—. Lo quemamos todo, hasta los negativos.

—Me cuesta mucho creerlo —advierte Nuria—.Si esas fotos eran su seguro para que las chicas no les denunciaran..., ¿cómo es que una lo hizo?

—No fue una de las chicas, sino sus padres después de que...

Luisa deja la frase en el aire, bajando la mirada.

—¿Qué pasó? —pregunta Nuria.

—Parece ser que se suicidó —aclara en voz baja, como si al hacerlo así atenuara su culpa.

—¿Por culpa vuestra?

—¿Y cómo quiere que lo sepa? —se defiende—. Solo sé que se suicidó. Sus padres encontraron algunas fotos y mensajes..., y decidieron que había sido por nuestra causa.

—Y fueron quienes os denunciaron.

Luisa asiente en silencio.

—Y la denuncia quedó en nada —añade Nuria.

—Nadie fue investigado, que yo sepa.

—¿En qué año fue eso?

—Creo que en 2006 o 2007, no recuerdo bien.

—Y tú crees que esos padres, vengándose por la muerte de su hija, podrían estar detrás de la muerte de tu pareja y de los asesinatos actuales.

—¿No quería un buen motivo para matar? —replica—. Pues ahí lo tiene.

Nuria se toma un momento para pensar en ello. Lo cierto es que ahora sí que tiene un móvil, y aunque las pruebas siguen siendo circunstanciales al menos tiene un hilo del que tirar.

—¿Y el nombre de esa chica que se suicidó? —pregunta Nuria.

—No lo sé.

—¿Qué? —explota Nuria—. ¿Una joven se suicida por vuestra culpa y no te preocupas por saber ni cómo se llama?

—No quise saberlo —murmura Luisa, cabizbaja.

A Nuria cada vez le cuesta más controlar su ira.

—¿Y de sus padres? —pregunta—, ¿recuerda sus nombres o apellidos?

—Gómez —contesta, alzando la mirada.

—¿Gómez y qué más?

—No lo sé —confiesa, abriendo las manos—. Recuerdo que Félix lo mencionó una vez en una llamada de teléfono, pero no sé siquiera si es el apellido del padre o de la madre.

—Eso no es de mucha ayuda, Luisa.

—Es todo lo que tengo —suspira, como si se hubiera quitado un peso de encima—. Lo juro.

Nuria se pone en pie cerrando los puños con fuerza.

—Es muy poco. Demasiado poco.

Luisa alza la carpeta marrón.

—Pero tenemos un acuerdo.

—A cambio de información que nos lleve a detener al asesino. —Y frunciendo los labios, añade—: No sé si lo que me ha dicho será suficiente para el juez.

—¡Tenemos un trato! —agita la carpeta.

Nuria contiene las ganas de confesarle que todo ha sido una farsa, pero termina dándose la vuelta y, ya en la puerta, sin volverse, le dice:

—Veré qué puedo hacer.

37

Cuando Laura abre los ojos ya es de día y su mirada vaga sin rumbo por los enrevesados artesonados del techo. Confusa, parpadea varias veces tratando de fijar la vista en algún elemento familiar, pero no lo encuentra; aquello no es su casa.

«¿Dónde estoy?», se pregunta, volviendo la cabeza a un lado y a otro, descubriendo sorprendida que se halla en una lujosa habitación de paredes decoradas con cuadros al óleo, muebles de época y una ostentosa lámpara de cristal de Bohemia colgando del techo.

La luz de la mañana se abre paso entre las gruesas cortinas y comienza a recordar vagamente cómo la noche anterior llegó a una fiesta de gente enmascarada y, tras la primera copa que le ofrecieron, todo se volvió borroso.

Laura mira finalmente hacia abajo y, alzando las sábanas de seda, se da cuenta de que está desnuda.

Instintivamente se lleva la mano entre las piernas y al retirarla se la encuentra manchada de sangre seca.

—No, no, no... —masculla, incapaz de contener las lágrimas—. No, por favor...

Está sola y desnuda en una casa extraña, y acaba de descubrir que ha perdido su virginidad con un desconocido en algún momento de una noche que es incapaz de recordar.

Llevándose las manos al rostro, se deja llevar por un llanto desconsolado que se alarga hasta que, repentinamente, la puerta de la habitación se abre y en ella aparece una mujer con una bata azul y un pañuelo en la cabeza, arrastrando una aspiradora.

—Uy, perdón —se disculpa al ver a Laura—. No sabía que aún quedaba alguien en la casa.

Laura se sorbe los mocos y enjuga las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Qué... qué ha pasado? —pregunta—. ¿Dónde estoy? ¿Quién es usted?

La mujer deja la aspiradora apoyada en la pared y se acerca a Laura.

—Yo solo soy la de la limpieza —le dice—. Esta es una casa que se alquila para fiestas y diría que anoche estuviste en la que se hizo aquí.

—Yo... yo... —murmura Laura, incorporándose en la cama, cubriéndose los pechos con la sábana—. No recuerdo nada.

—¿No recuerdas nada de nada? —le pregunta la mujer con

extrañeza—. Pero... ¿sabes tu nombre y esas cosas?

—Sí, eso sí. Pero no recuerdo nada de la fiesta. Solo que llegué, me dieron algo de beber y luego... ya no sé qué pasó.

—Pero ¿estás bien? —le pregunta con aire maternal—. ¿Te han hecho algo?

En ese momento una docena de distintas respuestas se le pasan por la cabeza a Laura, con diferentes grados de lamento y consternación, pero acaba asintiendo. Al fin y al cabo, no tiene demasiado sentido compartir todo aquello con una desconocida.

—Estoy bien —miente con un hilo de voz—. Solo quiero irme a casa.

La mujer se queda plantada delante de la cama y Laura ve en su expresión la duda de si seguir preguntando, pero termina por asentir ante aquella mentira tan obvia.

—De acuerdo —contesta—. ¿Quieres que te llame a un taxi?

Está a punto de decirle que no, pero se da cuenta de que solo quiere irse a casa lo antes posible.

—Sí, por favor. Gracias.

Laura sigue con la mirada a la mujer cuando sale de la habitación en busca de un teléfono. Cuando esta cierra la puerta tras de sí, se levanta y se dirige al baño de la habitación para hacer un pis. Pero al verse en el espejo, se queda clavada en el sitio.

El maquillaje del día anterior se ha corrido de una manera grotesca y casi le cuesta reconocer su propia cara, parcialmente cubierta por su pelo revuelto de recién levantada. Pero lo que la deja sin habla es la mancha de sangre seca en su entrepierna y la infinidad de marcas y moretones que se reparten por toda su piel, especialmente en pechos y las nalgas.

Siente un fuerte dolor en los pezones como si alguien los hubiera retorcido exageradamente, así como una gran irritación en el interior de la vagina y un agudo dolor en el ano. Con mucho cuidado se pasa un trozo de papel higiénico por el mismo, y al comprobarlo lo encuentra manchado de un rojo intenso casi escarlata.

—¡El taxi estará aquí en diez minutos! —oye exclamar a la mujer de la limpieza al otro lado de la puerta.

—Gracias —contesta Laura con un hilo de voz, a punto de romper otra vez en llanto.

No hay que ser muy lista para deducir lo que ha pasado esa noche, y su primer impulso es ir directamente a la policía y denunciar el hecho.

Pero, mientras se limpia la sangre con una toalla húmeda, empieza a pensar qué le dirá a la policía cuando le pregunten qué hacía en esa fiesta, quién abusó de ella y por qué no lo recuerda. Imagina al policía de turno mirándola con desconfianza, poniendo en duda su versión y

explicándole que si hubo consentimiento no hubo violación, y si no puede recordar con quién, cómo o cuándo tuvo relaciones sexuales, ¿cómo puede estar segura de que no consintió a ello?

Imagina a la policía no creyéndola.

Imagina a su madre culpándola por lo sucedido.

Imagina el gesto de profunda decepción de su padre.

Imagina la denuncia y el eterno proceso judicial en el caso de que llegaran a creerla.

Imagina el estigma, la acusación que siempre caería sobre ella por parte de aquellos que creen que, si una chica va a una fiesta con desconocidos, ya sabe a lo que se expone.

Imagina todo esto y otras muchas cosas mientras recoge su ropa desparramada por el suelo y se viste.

Para cuando el taxi hace sonar el claxon frente a la puerta, Laura ya ha decidido que es mejor callar y tragarse sus lágrimas de dolor y vergüenza.

38

Durante el viaje de vuelta a Egara, mientras conduce bajo un cielo encapotado, Nuria trata de ordenar la información en su cabeza para exponérsela a Sánchez de una manera lógica y razonable que justifique el engaño a Luisa con un documento falso como la única manera de lograr una pista que de ningún otro modo habría conseguido.

Por fin algo de todo esto tiene sentido, hay un móvil y unos posibles sospechosos, que es más de lo que han tenido hasta el momento. Pero sabiendo del recelo del inspector hacia la confesión de una reclusa, decide que antes de presentarle nada buscará a esa chica que se suicidó y a sus padres, así como la denuncia que interpusieron y que, por extraño que parezca, no desembocó en una investigación.

Por un instante, al recordar a Luisa abrazada a la carpeta marrón como si fuera un salvavidas, siente una punzada de culpabilidad por haberla engañado de ese modo. Pero al momento se acuerda de cómo drogó a aquellas chicas en las sesiones de fotos y cómo colaboró para chantajearlas e introducirlas en la prostitución, y se le pasa.

Piensa en todo ello mientras deja el coche en el aparcamiento y sube en ascensor hasta las oficinas del DIC.

Para su sorpresa, Sánchez ya ha regresado y se encuentra sentado tras la mesa de su despacho.

—¿Dónde estabas? —le espeta sin prolegómenos.

—Yo... —Nuria traga saliva—. Tenía que ir a comprobar una pista.

—Tu lugar era estar esta mañana en el escenario del crimen.

—Marcos me obligó a esperar fuera de la casa —alega de inmediato—. Pensé que podía hacer algo mejor para aprovechar el tiempo que quedarme vigilando el coche.

Sánchez le clava una mirada afilada.

—Tu primera obligación es cumplir las órdenes de tus superiores, incluidas las de Marcos —añade—. Esto no es un club excursionista, sino un cuerpo policial jerarquizado en el que las órdenes se cumplen aunque no te gusten. ¿Estamos? Si te dicen que esperes fuera, esperas fuera y punto.

—Pero...

—¡Sin peros, joder! —replica Sánchez, poniéndose en pie—. ¿Estamos?

—Sí, inspector.

—Te lo advierto, Nuria —añade, bajando el tono—. Me caes bien y

creo que eres una buena incorporación al equipo, pero no voy a tolerar que vayas haciendo lo que te salga de las narices, yéndote a casa cuando te apetece o saltándote las órdenes cuando no te gusten; esto no funciona así. Si vuelves a ignorar una orden directa, no me dejarás más remedio que abrirte un expediente disciplinario. ¿Queda claro?

—Sí, inspector.

Sánchez respira hondo y vuelve a sentarse.

—Muy bien —dice, levantando la vista—, y ahora explícame lo de esa pista que has tenido que comprobar mientras el resto del DIC estaba trabajando.

Nuria vacila. Su plan era reunir todas las pruebas y datos posibles antes de mostrárselos al inspector.

—¿Y bien? —insiste Sánchez, cruzándose de brazos.

—Yo... necesitaría un poco más de tiempo para comprobar unos datos.

—No, dame lo que tengas. —Niega con la cabeza—. Debe ser importante para haberte marchado de ese modo.

—Sí, bueno... Creo que podría ser importante. Puede que por fin tengamos un móvil y unos sospechosos.

Sánchez se inclina hacia adelante apoyando los codos en su mesa y entrelazando las manos con gesto de interés.

—Soy todo oídos.

Nuria duda si tomar asiento frente a su superior, pero, entre que no la ha invitado a hacerlo y que no está el horno para bollos, decide mantenerse en pie.

—Verá... —comienza a explicar, tratando de recordar lo que había ensayado de camino mientras conducía—. Esta mañana he ido a ver a Monells y luego a la prisión de Wad Ras.

Diez minutos más tarde, Nuria está sentada a su mesa con la vista puesta en la pantalla apagada de su ordenador, mientras Sánchez redacta un expediente disciplinario martilleando el teclado con furia contenida.

Que se presentara en el hospital ella sola y sin consultárselo, lo enervó, pero cuando Nuria le confesó que fue a ver de nuevo a Luisa Domínguez y que, para lograr que hablara, creó un documento falso firmado por un juez ficticio, casi se le salen los ojos de las órbitas.

—Tendrás suerte si no te echan del cuerpo. —Había sentenciado Sánchez, meneando la cabeza de izquierda a derecha con incredulidad —. ¿Pero en qué cojones estabas pensando?

—Quería ayudar a resolver el caso —contestó simplemente, encogiéndose de hombros.

—Me cago en la hostia, Nuria. Tenemos unas reglas y una normativa que seguir, lo sabes perfectamente. No somos pistoleros ni detectives privados, somos agentes judiciales. Tenemos que ceñirnos a la ley para hacer nuestro trabajo. No podemos saltárnosla y hacer lo que nos salga de los huevos. Nunca —reafirmó, dando unos golpecitos con el índice sobre la mesa—, bajo ningún concepto o circunstancia.

Nuria asiente contrita. Pero, aun así, insiste.

—Era la única manera de que me contara lo que sabía. Supuse que atrapar a un asesino valía la pena el riesgo.

—Pues ya ves que no.

—Inspector..., ahora tenemos un nombre que quizá empieza por MAR, un móvil y unos sospechosos.

Sánchez bufa por la nariz con hartazgo.

—No, joder —replica—. Lo que tienes son los desvaríos de un moribundo drogado hasta las cejas y de una reclusa que vendería a su madre por salir del trullo. ¿Una red de ricos montando orgías con menores? ¿Denuncias que no se investigan? ¿Padres justicieros que casi veinte años después se dedican a vengarse por el suicidio de su hija? —Sánchez menea la cabeza de nuevo, decepcionado y apenado al mismo tiempo—. ¿Pero tú te estás escuchando, Nuria? ¿No te das cuenta de que es un desvarío sin sentido sacado de alguna película?

Nuria recuerda entonces la alusión de Luisa Domínguez a la película *Eyes Wide Shut* de Tom Cruise y Nicole Kidman, y su convicción cae rodando unos cuantos escalones por la empinada escalera de la realidad.

—Yo... —murmura—. No creo que...

—Te dije que te olvidaras de ello por una razón —la interrumpe Sánchez, más apenado que furioso con ella—. Entiendo tus motivaciones, pero has olvidado que eres agente de policía y eso no lo puedo pasar por alto, aunque quisiera..., que tampoco quiero. Porque esa reclusa acabará hablando con su abogado, su abogado con un juez de verdad y, antes de que nos demos cuenta, el DIC estará de mierda hasta el cuello y todos estaremos jodidos. —Sánchez abre su cajón y saca un documento—. Voy a tener que abrirte un expediente y suspenderte de empleo y sueldo hasta nueva orden, Nuria. No puedo hacer otra cosa. ¿Lo comprendes?

La cabeza de Nuria bulle en un remolino de confusión y tristeza. De repente se siente increíblemente idiota. ¿Cómo se le pudo ocurrir que aquello era una buena idea?, se pregunta.

—Lo comprendo —contesta al cabo de unos segundos—. Yo... lo siento mucho, inspector.

—Yo también lo siento, Nuria —asiente quedamente Sánchez—. Créeme que yo también lo siento.

Después del rapapolvo de Sánchez, Nuria permanece frente a su escritorio sin saber muy bien qué hacer. Ni siquiera se ha quitado el abrigo, ¿para qué? Ya no es parte del caso y puede que ni del DIC. El suyo debe de haber sido el paso más frugal de un agente por el departamento. Apenas ha necesitado unos meses para cagarla hasta el punto de que podría incluso acabar fuera del cuerpo.

Con una mueca, piensa en que seguro que ha batido algún récord de incompetencia y terminará como ejemplo en la academia sobre todo lo que no hay que hacer como policía: liarse con un compañero, desobedecer a un superior, falsificar documentos... Mirándolo en perspectiva, se da cuenta de que le han quedado pocos charcos por pisar.

Ahí sentada, cruzada de brazos, comprende que sus compañeros acabarán por regresar a Egara tarde o temprano y se da cuenta de que no quiere estar ahí cuando eso suceda. Soportar las inevitables miradas de triunfo de Raúl y Marcos es más de lo que puede aguantar en ese momento, así que se pone en pie y, agarrando su pequeña mochila, se encamina hacia la puerta.

Al pasar frente a Sánchez espera que este le pregunte a dónde va o quién le ha dado permiso para marcharse. Pero no dice nada, y Nuria siente una extraña decepción en ese hecho. Es como si ya no le importase lo que haga o deje de hacer.

Con las lágrimas asomando en la esquina de sus ojos, Nuria recorre el pasillo que conduce a los ascensores evitando cruzar miradas con nadie. A duras penas logra mantener el control de sus emociones mientras desciende hasta la planta baja y se dirige al aparcamiento.

No es hasta que alcanza su coche y se sienta dentro que se permite abrir las compuertas y dejar salir toda la pena y la frustración que siente en ese momento.

Nuria se deja caer sobre el volante y llora desconsoladamente. Llora como no lo hacía desde la muerte de su padre. Llora por lo que ha perdido, por lo que pudo haber sido y por lo que ya nunca será. Llora por la vergüenza y por lo estúpida que ha sido, por ese carácter suyo que la lleva siempre a pretender hacer las cosas a su manera y despreciar las normas como si no estuvieran ahí para ella.

Solo tenía que comportarse de forma responsable, aceptar las órdenes sin rechistar y mantener las piernas cerradas frente a su compañero de patrulla. Pero, claro, como siempre, ella tenía que hacerlo todo justo al revés.

—¿Pero qué coño me pasa? —se pregunta a sí misma—. Joder, Nuria —resopla—. Esta vez sí que la has cagado de verdad.

Cuando al cabo de un largo rato siente que las lágrimas dejan de recorrer sus mejillas, se incorpora, respira hondo, se limpia los mocos

con un kleenex, comprueba en el espejo que no le haya quedado un reguero de rímel y, exhalando un profundo suspiro, hace girar la llave de contacto.

Mientras abandona el recinto de Egara, se da cuenta de que no sabe a dónde ir. Lo único que tiene claro es que de momento no le apetece hablar con nadie, ni siquiera con Susana o con su abuelo, así que la idea de ir a casa y encerrarse con la calefacción a tope, con Melón en su regazo y devorando una tarrina de helado de nueces de macadamia de pronto le parece de lo más seductora.

Ya habrá tiempo más adelante para preocuparse y pensar si hay alguna manera de salir del embrollo en el que se ha metido. Pero, de momento, solo le apetece desaparecer del mundo y compadecerse de sí misma durante el resto del día.

Sí, ese es un buen plan —concluye, incorporándose al denso tráfico de la C-58—. Sin duda, el mejor que ha tenido en lo que va de día.

39

En la televisión, justo después de anunciar que un nuevo vórtice polar se dirige hacia el sur de Europa y se esperan fuertes nevadas incluso en la costa mediterránea, aparecen unas imágenes del palacete frente al que estuvo esa misma mañana para, seguidamente, anunciar la última víctima del Asesino Satánico: el duque Francisco Ludwig de Hohenmohen.

Tras advertir a los telespectadores de la crudeza de las imágenes, insertan un vídeo filmado en primera persona idéntico al que ha publicado varias veces Extra Diario en su página web. Al parecer, piensa Nuria sosteniendo el mando de la tele en la mano, el baremo del periodismo responsable ha bajado muchos enteros y dar pábulo a un asesino en serie ya no es cosa exclusiva de periódicos sensacionalistas.

Asqueada, pero sin poder apartar la vista, puede ver cómo la cámara se acerca a un hombre desnudo atado al tronco de una pequeña palmera en el interior de un invernadero. La imagen está pixelada en los genitales de ese hombre, que debe rondar los setenta años, de pelo cano y barriga prominente, cuyos desorbitados ojos azules irradian un pavor auténtico, mientras se puede ver su boca pugnando por emitir algún sonido bajo la mordaza que la cubre. Pero es inútil. La cámara se aproxima a la futura víctima y, cuando está a menos de un metro, aparece en el encuadre un cuchillo que lentamente se acerca a su ojo izquierdo hasta que su afilada punta se clava en el globo ocular del desdichado, y es ahí cuando el vídeo se corta bruscamente.

—Joder... —resopla Nuria, que se da cuenta de que ha estado aguantando la respiración.

Melón, acurrucado junto a ella, levanta un momento la mirada por si acaso es una señal de que ha llegado la hora de cenar.

—No me mires así —frunce el ceño Nuria—. Solo intentaba hacer lo que creía que era mejor.

Melón parpadea, tratando de descifrar el mensaje.

—La he cagado, ya lo sé —añade—. Pero no me podía quedar de brazos cruzados.

El enorme gato blanco y negro suelta un bostezo y estira las patas delanteras hacia adelante.

—¿Qué pasa? ¿Te aburro con mis problemas? Para ti es fácil, jodío —le reprocha—. Todo el día en casa comiendo, cagando y durmiendo.

¿Tú qué habrías hecho en mi lugar?, ¿eh?, ¿dejar que siga muriendo gente inocente por no arriesgarme?

Melón comienza a lamerse la pata derecha como si fuera un helado.

—Ya... bueno —se objeta Nuria a sí misma—, quizá no sean tan inocentes si lo que me dijo Luisa Domínguez es verdad. Pero, aun así, no se puede ir por ahí despellejándolos para vengarse. Si no, esto sería el caos. Para eso está la ley y la policía, para atrapar a los delincuentes y juzgarlos.

Aparentemente satisfecho con el resultado, Melón pasa ahora a lamerse la pata izquierda.

—Sí, claro —asiente Nuria—. Es verdad que, según Luisa, lo denunciaron y que el caso se archivó. Pero seguro que hay una razón para ello. Probablemente no había indicios suficientes como para investigarlo a fondo, o quizá todo fuera la fantasía de unos padres desesperados con exceso de imaginación, o quizá, como dijo Sánchez, todo es una invención de una reclusa que vendería a su madre por salir de la cárcel.

Mientras en la televisión entrevistan a la que parece ser una vecina de la última víctima —collar de perlas y pendientes a juego para andar por casa—, Nuria toma una cucharada de helado y se lo mete en la boca.

La idea es pasar la tarde en el sofá compadeciéndose de sí misma, olvidarse de todo lo relacionado con el caso y con su negro futuro en los Mossos y terminarse esa tarrina de medio litro de helado *Häagen Dazs*. Pero no puede.

Bueno, lo del helado sí. De hecho, ya casi está llegando al fondo del envase.

Lo que no puede es dejar de pensar en el caso y en que, si no estuviera suspendida, todavía podría estar ayudando a atrapar al asesino en lugar de devorando calorías frente a la tele.

Aunque... en realidad...

Presa de la curiosidad, se acerca el portátil que tiene al alcance de la mano, entra en la página de los Mossos d'Esquadra y con la sensación de estar colándose sin permiso teclea su clave y, sorprendida, descubre que no se ha cancelado su acceso.

Quizá no se han acordado, especula. O quizá la suspensión todavía no se ha hecho efectiva... Pero el caso es que está dentro.

Es consciente de que su visita será registrada por el sistema y que solo está echando más leña al fuego de su propia pira funeraria. Pero ¿qué es lo peor que pueden hacerle?, se pregunta torciendo una mueca, ¿despedirla dos veces?

Ahora que está dentro, el problema es qué buscar exactamente.

No tiene fechas ni nombres, solo la endeble referencia del suicidio

de una joven en 2006 o 2007 y un apellido: Gómez.

Es poco, pero quizá sea suficiente, piensa mientras introduce los datos en el buscador.

No aparece nada.

Amplía el rango de fechas varios años más, por si Luisa Domínguez estaba errada, pero tampoco.

Decide eliminar la variable del apellido y le aparece un deprimentemente listado de suicidios de menores entre 2005 y 2008, pero en ellos no aparece ninguna chica apellidada Gómez.

Probando otro enfoque, busca la supuesta denuncia de los padres de la chica por la muerte de su hija, pero tampoco aparece ninguna. Eso ya es más raro.

Cabe la posibilidad de que Luisa se lo inventara todo de principio a fin y le haya mentido incluso en eso, pero lo cierto es que no se lo pareció cuando la tenía frente a ella, al otro lado de los barrotes. Si lo hizo, piensa Nuria, cuando salga de la cárcel debería dedicarse a la actuación profesional. O a la política.

La sugerencia de que los Mossos o el juez echaron tierra sobre el caso le sigue pareciendo inaceptable, así que trata de afinar la búsqueda de la supuesta denuncia interpuesta durante esos años.

Dispuesta a tomarse el tiempo que haga falta, comienza a examinar una a una todas las denuncias registradas en Barcelona en ese periodo.

Al cabo de dos horas de revisar expedientes, los ojos comienzan a lagrimearle por cansancio y aquello ya no le parece tan buena idea. Mira su reloj y, volviéndose hacia Melón, le dice:

—Cinco minutos más y lo dejo.

Pero no llegan a pasar ni dos cuando un expediente que aparece en su pantalla le llama su atención poderosamente. No por lo que contiene, sino precisamente por lo que le falta.

Debajo del número de diligencia, la totalidad del documento aparece censurado. Cada línea de texto, cubierta bajo un grueso trazo negro que impide leer ni una sola palabra.

Nuria, incrédula, revisa las dos hojas del documento hasta el final, donde una simple nota a pie de página informa: «Procedimiento erróneo».

—¿Qué? —le pregunta a la pantalla, luego se vuelve hacia Melón y le pregunta a su vez—: ¿Te lo puedes creer? ¿Procedimiento erróneo? ¿Y qué coño significa eso?

Alzando la mirada, Melón pone cara de «¿Y a mí que me preguntas? Solo soy un gato».

Nuria asiente, comprensiva, y tomando un papel apunta el número de diligencia:

—Cero… ocho… seis… tres… nueve… ocho… siete… siete…

Seguidamente teclea el número en el buscador y en lugar de

aparecer el nombre del agente que tramitó el caso, el juez que procedió con las diligencias o los datos del denunciante, lo que ve en la pantalla es un mensaje de error.

Lo vuelve a intentar tecleando más despacio los números para evitar equivocarse, pero el resultado vuelve a ser el mismo.

—Mierda —musita para sí.

Nuria se queda mirando la pantalla, pensando cómo averiguar lo que se esconde bajo ese número de expediente, pero no ve la manera de sortear el filtro de la web interna de los Mossos.

—Quizá yendo en persona a la central y preguntando... —murmura, volviéndose de nuevo hacia Melón, que ya ni le devuelve la mirada—. No, claro. Eso no es buena idea.

Entonces se le ocurre otra cosa. Saca el teléfono y en la agenda pulsa sobre el nombre de Susana.

Al segundo timbrazo, contesta la voz de su mejor amiga.

—¡Pero bueno! ¡Qué milagro es este! ¡Pensaba que habías perdido mi número!

—Hola, Susi... Perdona, han sido unos días muy intensos.

—Lo imagino —responde Susana, comprensiva—. ¿Ya habéis pillado al asesino?

—Eh... no. Creo que no.

—¿Crees? —repite—. ¿Pero tú no estás en el equipo que...?

—Ya no —aclara Nuria antes de que acabe la pregunta.

—Joder, ¿y qué ha pasado?

—Es una larga historia.

—¿La has cagado y te han echado del caso?

Nuria toma aire y resopla.

—¿Tan previsible soy?

—Coño, Nuria... —se lamenta Susana—. ¿Qué ha pasado?

—Pues...

—¿Sabes? —la interrumpe—. Mejor quedamos en el Puzzle y me lo cuentas delante de una birra.

—No sé si...

—Dentro de una hora —la vuelve a interrumpir Susana, y cuelga antes de que Nuria tenga oportunidad de llevarle la contraria.

Nuria se queda contemplando el teléfono y suspira con resignación. Le apetece salir a la calle tanto como un puñetazo en la barriga, pero, tras dudar unos segundos si mandarle un WhatsApp a Susana diciéndole que no está de ánimos, se da cuenta de que quizá unas cervezas con su vieja amiga sea justo lo que necesita.

40

Tras resumirle de la manera más concisa posible todo lo sucedido en los últimos días, Susana se ha quedado con la boca abierta, meneando la cabeza con absoluta incredulidad.

Su amistad se remonta a la academia de policía y sin lugar a duda es su mejor y casi única amiga, pero hasta que no ha tenido delante su rostro pecoso, su melena despeinada y su mirada sarcástica, no ha recordado lo mucho que echaba de menos volver a verla.

—No me jodas, Nuria —le repite por enésima vez—. Pero ¿en qué coño estabas pensando? Somos la p-o-l-i-c-í-a —le deletrea como a una niña pequeña—. No podemos hacer lo que nos venga en gana. Hay unas normas, unas reglas... Somos agentes judiciales, joder, no putos detectives privados de una serie de televisión.

—Ya lo sé, Susi.

—Joder, pues no lo parece. ¿Y liarte con tu compañero de patrulla? —añade, poniendo los ojos en blanco—. ¿Cuántas veces te he dicho que no lo hicieras?

—En realidad, ninguna.

Susana frunce el ceño.

—Bueno, da igual. Seguro que lo sabías.

—Sí —admite Nuria.

—Y aun así, te lo tiraste.

—Otra vez —asiente con pesadez.

—¿Otra vez? —Susana da un trago a su segunda cerveza de la noche y por unos instantes se queda con la mirada perdida, con la vista clavada en el techo.

—Espero que el polvo al menos valiera la pena.

Nuria frunce los labios y menea la cabeza ligeramente.

—No estuvo mal. Pero tampoco para tirar cohetes.

—En fin... —dice Susana, dando un breve trago a la cerveza—. No te preocupes. Seguro que todo se acabará arreglando.

—¿Eso crees?

Susana parpadea un par de veces antes de exhalar con desánimo.

—No, la verdad es que no —contesta al cabo—. Es difícil cagarla más de lo que lo has hecho, Nurieta.

Nuria asiente con la mirada.

—Ya te digo —afirma y a continuación agarra su botella como un náufrago a un salvavidas y se la termina de un trago.

—¿Y qué piensas hacer? —pregunta Susana.

—Aún no lo sé —confiesa Nuria, dejando la botella vacía en la mesa—. Pero, de momento, sigo indagando para esclarecer un par de cosas del caso.

—Vaya, pues estaba equivocada —apunta Susana, cruzándose de brazos y echándose hacia atrás en la silla.

—¿Equivocada? ¿En qué?

—En que sí que puedes cagarla todavía más.

—No puedo dejarlo así —alega Nuria—. Hay pistas que, si no las investigo yo, nadie más lo hará.

—Pues por algo será, ¿no te parece?

—Sí, ya sé que puede que Sánchez tenga razón y solo esté perdiendo el tiempo y complicando más las cosas..., pero no puedo dejarlo correr sin más.

—Claro que puedes, joder. Te han suspendido y es posible que te echen del cuerpo; este ya no es tu trabajo. Lo que deberías hacer es subirte a un avión e irte a Canarias a rascarte el chichi en la playa hasta que te llamen para declarar.

—Ya, supongo.

Susana se queda mirando a su amiga con una mueca amarga en los labios.

—Pero no lo vas a hacer.

—Ya sabes que no.

—Joder, qué terca eres.

—Es parte de mi encanto. —Sonríe sin humor—. Lo que necesito saber es si vas a ayudarme.

—Lo vas a hacer igual, con o sin mi ayuda, ¿no?

Nuria se encoge de hombros.

«¿Qué otra cosa puedo hacer?», dice su gesto.

Susana alza las manos, rindiéndose y quitándose la responsabilidad al mismo tiempo.

—En fin, tú verás... —resopla—. ¿Qué necesitas?

—Acceder a los datos de un expediente censurado —explica—. Es una denuncia interpuesta en la época en la que murió la chica y que han tachado con un sello de «procedimiento erróneo» que vete a saber tú qué significa. Sé que parece imposible, pero alguien de arriba ha tratado de ocultar todos los datos de esa denuncia.

Nuria observa que Susana la está mirando con aire pensativo, como si acabara de acordarse de algo.

—No pareces sorprendida —le pregunta.

Susana echa un vistazo suspicaz a izquierda y derecha, como si temiera que alguien las estuviese escuchando.

—Hace unos años —dice en voz baja reclinándose sobre la mesa—, se creó un pequeño grupo anticorrupción en los Mossos para investigar a políticos catalanes. Solo un año después —añade—, el

grupo fue disuelto, los mandaron a cada uno a una punta del país y los expedientes fueron completamente censurados.

—Joder, no lo sabía.

—Bueno, no es algo de lo que se hable en las cenas de empresa. Al menos, no si quieres conservar el puesto.

—¿Y crees que podrían estar relacionados?

—No imagino cómo —alega Susana—. ¿De qué año es tu caso?

—Me parece que del 2006.

Susana niega con la cabeza.

—Del que yo te hablo es de 2010 y 2011.

—¿Recuerdas quién era el comisario en aquellos años?

Susana se frota la barbilla, pensativa.

—Ni idea. Pero podrías tratar de averiguar qué agentes llevaron el caso.

—Ya pensé en ello, pero los nombres de los agentes también están censurados y la plataforma dice no tener esos datos, y, claro, tampoco puedo presentarme en Egara y empezar a preguntar. Aunque... ahora que lo pienso —agrega Nuria, entrecerrando los ojos—. ¿No había un fulano en archivos que te había tirado los tejos unos meses atrás? Le podrías pedir que busque el expediente original.

—No me jodas, Nuria —replica Susana, frunciendo el ceño—. Ese tío es un pelmazo y encima es más feo que una nevera por detrás. Si le pido ese favor, se lo va a querer cobrar en especies.

Nuria junta las manos como si se dispusiera a rezar.

—Por favor, Susi. Es muy importante.

—Lo que deberías hacer es olvidarte del tema. Solo vas a lograr meterte en más problemas de los que ya tienes.

—Te deberé una.

—Ya me debes muchas.

—Es mi única oportunidad para tratar de arreglarlo —insiste Nuria—. Sé que es un clavo ardiendo y que lo más seguro es que la cague, pero tengo que intentarlo.

Susana eleva la mirada al techo del bar, donde unas pocas bombillas brillan dentro de lámparas de mimbre y papel, bañando el local en un ambiente en una luz cálida y relajante.

Respira profundamente y bajando la vista clava la mirada en los ojos verdes de Nuria.

—Mira que eres cabrona... —le dice.

Nuria sonríe culpable.

—¿Me ayudarás?

—Trataré de hablar con él esta semana, si logro que...

—¿No podrías preguntarle ahora?

Susana suelta una carcajada que corta en seco cuando se da cuenta de que lo dice en serio.

—Son más de las diez de la noche —objeta, dando un golpecito a la pantalla de su *smartwatch*.

—Así podrá buscarlo mañana a primera hora.

Susana resopla una vez más y saca el teléfono de su bolsillo.

—Me debes una de las gordas —le dice mientras escribe un WhatsApp.

—Te invito ahora mismo a cenar a La Vietnamita.

—Con eso no tienes ni para empezar..., pero vale —resopla—. La verdad es que no me sentaría mal un cuenco de pho bien calentito.

41

—¡Cuenta! ¡Cuenta! —la interroga Paula por teléfono—. ¿Qué tal fue la fiesta?

Laura traga saliva y se alegra de que su amiga no esté delante para ver su rostro, porque sabría al instante que le está mintiendo.

—Bien —contesta desabrida.

—¿Cómo que bien? Joder, Laura. Pero ¿qué te pasa últimamente? ¡Quiero saber los detalles!

—Pues, no sé... Una fiesta normal y corriente, elegante, con gente que no conocía.

—¿Y? ¿Te presentaron a alguien interesante?

—Yo... La verdad, no me acuerdo. Ya sabes que soy muy mala para los nombres.

—Joder, Laura. ¿No te acuerdas de nadie? ¿Cómo es posible?

—No sé... Puede que bebiera demasiado.

—¿Te emborrachaste? —pregunta Paula, escandalizada—. ¿En serio? ¿Vas a una fiesta de postín para que te conozcan y pillas un colocón?

—Supongo que estaba nerviosa —se excusa Laura, deseando terminar la conversación cuanto antes—. Quizá ese no sea mi mundo.

—¿Qué quieres decir?

—Que no me siento cómoda con todo esto de la moda y demás... Creo que no es para mí.

—¡Anda ya! —protesta su amiga—. ¿Cómo puedes decir eso a estas alturas? ¡Pero si ni siquiera has empezado!

—Ya, bueno... Creo que he tenido suficiente.

—Me estás troleando —aventura Paula.

—No, de verdad —resopla Laura con cansancio—. Mi madre tenía razón, ese mundo es una mierda. Prefiero seguir estudiando y sacarme la carrera.

Los siguientes segundos transcurren en silencio, hasta que al otro lado del teléfono Paula pregunta:

—¿Te ha pasado algo en esa fiesta?

—No. No, nada —responde Laura demasiado deprisa.

—Joder, Laurita. Me estás mintiendo.

—¿Eh? No, de verdad. Todo está bien.

—¿Me lo juras?

—Sabes que soy atea.

—¿Me das tu palabra, entonces?

—Te doy mi palabra de que estoy bien —responde Laura, tratando de convencerse a sí misma de que no está mintiendo.

De nuevo una pausa al otro lado de la línea.

—Algo raro te pasa —afirma Paula—. No sé qué, pero algo te pasa. Hace nada estabas como loca por ser modelo y ahora no quieres ni hablar de ello.

—Será la resaca.

—Mis ovarios, la resaca. Tú me estás ocultando algo.

—Es que me gusta parecer misteriosa —bromea Laura sin humor.

—Sí, eso se te da muy bien —rezonga Paula—. Si no me lo quieres contar... —añade—, no puedo obligarte.

Laura va a contestarle que no oculta nada, pero decide que ya ha mentido demasiado a su amiga así que prefiere obviar la acusación.

—Estoy bien —repite aún con menos convicción que antes.

—Ya... bueno. En fin, si en algún momento te decides a hablar sobre qué coño te está pasando, ya sabes.

—Sí, lo sé. Gracias, Paula —se despide y cuelga el teléfono.

Esa misma tarde, sentada delante del ordenador y haciendo de tripas corazón, escribe a la Agencia Pigmalión. Se tiene que infundir valor a sí misma para hacerlo, aunque sabe que ella no ha hecho nada malo. Pero solo el hecho de escribirle pidiéndole explicaciones por lo sucedido la noche anterior le provoca una vergüenza terrible. No le da detalles sobre el estado en que se despertó por la mañana, pero le insiste en que no recuerda nada de lo sucedido y le pide que se lo aclare, con un tono en el que trata de no parecer una adolescente asustada.

Después de reescribir el email una docena de veces, le da al botón de enviar y apaga el ordenador. Desea y a la vez teme, que en cualquier momento suene el teléfono y le dé unas respuestas que no quiere oír. Necesita saber, pero al mismo tiempo le aterra.

Mañana irá a alguna farmacia lejos de su casa, donde no la conozcan, a comprar una píldora del día después.

Solo pensar en esa posibilidad le produce un escalofrío que recorre su espalda desde el coxis a la nuca. Tamara, de su clase del año pasado, se quedó embarazada y en el centro de salud le dieron una píldora abortiva y sus padres no llegaron a enterarse, pero preferiría no tener que pasar por eso. Sobre todo, teniendo en cuenta lo mal que lo pasó los días siguientes, con vómitos y dolor de estómago. Pero, claro, por muy incómodo que sea, siempre es mejor que la alternativa.

De nuevo siente el deseo urgente de ducharse, aunque ya sea la tercera vez en lo que va de día. Tiene la insoportable sensación de estar sucia y que los demás son capaces de ver huellas repartidas por

todo su cuerpo, como si hubiera sido impúdicamente manoseada por decenas de manos sucias y grasientas.

42

El sonido de un mensaje entrante de WhatsApp es lo que despierta a Nuria.

Intenta ignorarlo y seguir durmiendo, arrebujada bajo el grueso edredón de plumas, pero lentamente se abre paso el recuerdo de la noche anterior y la petición que le hizo a Susana.

Con la cara hundida en la almohada, trata de convencerse de que el mensaje va a seguir ahí aunque se quede media hora más en la cama, pero el insidioso gusano de la curiosidad se abre paso hacia su cabeza hasta que termina sucumbiendo al impulso de comprobar la pantalla del móvil.

Aún con los ojos cerrados, busca a tientas el teléfono en la mesita de noche estirando el brazo. Su mano tira algo que hace *clinc* al golpear el suelo y luego tropieza con la lámpara, hasta que finalmente da con la familiar silueta del teléfono.

Con no poco esfuerzo, gira sobre sí misma hasta ponerse bocarriba y abriendo los ojos al fin enciende la pantalla.

La brillante luz del aparato la deslumbra como los faros de un coche y un dolor agudo le atraviesa las pupilas y el cerebro hasta la nuca como un cuchillo.

—Joder... —masculla, frotándose los párpados para mitigar los efectos de la resaca. Uno de los habituales efectos secundarios de salir a tomar algo con Susana.

Cuando el dolor de cabeza pasa a ser solo una molestia, Nuria vuelve a abrir los ojos lentamente y toca con la yema del dedo el icono verde de la aplicación.

Efectivamente, el mensaje procede de Susana.

«Misión cumplida: el agente al cargo del caso era el sargento Ismael Flores González, retirado en 2007. No hay dirección, pero sí teléfono, el 767346228. El jueves voy a tener que cenar con el pelmazo de archivos. Me debes una bien gorda».

Nuria parpadea aún somnolienta, releyendo el mensaje de su amiga. Ha sido más rápido de lo que esperaba y ahora la asalta una inesperada inquietud: se pregunta si seguir adelante con el caso es la decisión más inteligente, y no le queda más remedio que admitir que no. Ni de lejos. Debería seguir el consejo de su amiga y largarse a Canarias a tomar el sol hasta que las cosas se resuelvan por sí mismas de una u otra manera.

Aunque, por otro lado, quizá esta sea su única posibilidad de

redimirse y recuperar su trabajo. Si logra descubrir al asesino en serie que está aterrorizando la ciudad, no solo no podrán echarla, sino que quizá hasta la asciendan. Quién sabe —piensa, imaginándose recibiendo una medalla frente a una multitud de fotógrafos.

Inhalando profundamente, aparta de golpe el edredón y de pronto ve una mancha negra y blanca saltar de la cama con un maullido de protesta.

—Uy. Perdona, Melón. No te había visto.

El gato le dirige una mirada de reproche desde la puerta y con aire dolido sale de la habitación.

—Qué carácter, hijo —le dice Nuria mientras se incorpora y se sienta al borde de la cama.

Un breve mareo le hace tomarse un instante antes de ponerse en pie. Siente náuseas y la cabeza le pesa como si llevara puesto un sombrero de plomo.

—Mierda… —masculla apoyando las manos en la frente.

Cada vez que sale con Susana bebe más de la cuenta y acaba arrepintiéndose a la mañana siguiente. Pero, por más que se promete a sí misma que esa ha sido la última vez, siempre termina siendo la penúltima.

Con paso ligeramente tambaleante, se pone en pie y se encamina a la cocina pensando en un café bien cargado y un ibuprofeno. Luego tocará el desayuno de Melón, el suyo, la ducha caliente y, una vez se sienta de nuevo en plena posesión de sus facultades físicas y mentales, tocará llamar a ese tal sargento Ismael y descubrir hasta dónde le lleva la madriguera de conejo.

—¿Sí? —contesta al tercer timbrazo la rugosa voz de un hombre quebrada por la tos.

—¿Ismael Flores? —pregunta Nuria

—¿Quién es?

—Disculpe, me llamo Nuria Badal, agente del DIC de los Mossos d'Esquadra. ¿Es usted el sargento Ismael Flores?

—Sargento retirado —puntualiza el hombre.

—Sí, lo sé. Encantada de saludarlo. Verá…, lo llamo porque necesito hacerle unas preguntas sobre un antiguo caso que podría estar relacionado con uno actual.

—¿Un antiguo caso? —contesta con extrañeza—. Muy antiguo ha de ser. Me jubilé hace más de quince años. ¿De qué año estamos hablando?

—Del 2006.

—Uff… —resopla Ismael—. Hace ya mucho de eso y mi memoria ya no es lo que era.

—Se trata del suicidio de una menor que, al parecer, fue chantajeada para entrar en una red de prostitución. Tras su muerte, los padres denunciaron el caso, pero la investigación se cerró y los documentos del registro están censurados. No estoy segura, pero puede que el apellido familiar fuera Gómez. —Nuria hace una pausa para darle tiempo a que procese la información y a continuación pregunta—. Según creo, usted estuvo a cargo del caso.

Ismael Flores se toma casi un minuto en responder.

Solo la respiración pedregosa del hombre le dice a Nuria que el sargento aún está al otro lado del aparato.

—Seguro que puede encontrar la información que necesita en los archivos de la central —contesta al fin.

—Ese es el problema, sargento. Como le he dicho, el informe está censurado y señalado como «procedimiento incorrecto». Todo lo que he podido averiguar es que usted fue quien lo tramitó, por eso le he llamado.

Ismael hace una nueva pausa antes de murmurar con aire pensativo:

—Yo... algo recuerdo de aquel caso... —afirma pausadamente—. El padre estaba deshecho y fue la madre quien trató de que se abriera una investigación, pero casi todo lo que nos decían eran incoherencias o meras suposiciones. Estábamos muy liados por aquellas fechas y el inspector decidió hacerse él mismo con el caso.

—¿El inspector tomó su caso? —pregunta Nuria con extrañeza.

—No parecía ir a ningún lado, sin pistas ni base sólida en la denuncia —aclara—. No había caso, en realidad —añade—. Así que, poco después, el inspector le dio carpetazo.

—¿Y no le pareció raro que el inspector lo relevara del caso? No es algo habitual.

Ismael hace una nueva pausa y pregunta:

—¿Cuánto tiempo lleva en el DIC, agente Badal?

—No demasiado —admite—. Pero ¿qué tiene eso que ver?

—Lo imaginaba, su voz suena bastante joven.

—No tan joven, me temo.

—Verá... —añade—. Con el tiempo, se aprende que es mejor cerrar la boca y hacer lo que te ordenan si no quieres que tu carrera en el cuerpo se vaya a la mierda. ¿Entiende lo que le quiero decir?

—Me hago una idea.

—Si en algo aprecia su trabajo, le recomiendo que deje de escarbar en el pasado y se olvide del tema o terminará por pisarle el callo a alguien con el poder de joderle la vida.

—¿Es eso lo que le pasó a usted? —pregunta Nuria—. ¿Por eso se jubiló menos de un año después de este caso?

Ismael respira profundamente y exhala con cansancio.

—Me temo que se me está haciendo tarde, agente.

—Pero...

—Lo siento, no puedo ayudarle.

Nuria teme que corte la llamada en cualquier momento.

—¡Espere! —exclama—. ¿Recuerda el nombre de la chica o de los padres?

—No, ya le digo que fue hace mucho.

—¿Y el nombre del inspector que tomó el caso? De eso si se acordará, ¿no?

El sargento parece dudar, pero termina por dar un nombre.

—Inspector Samuel Coixet. Pero no creo que le sea de gran ayuda.

—¿Por qué?

—Porque murió hace seis años.

Nuria no puede evitar un bufido de frustración.

—¿Y el juez ante el que se instruyó el caso? ¿Recuerda su...?

—No recuerdo nada más —la interrumpe—. Lo siento, agente, pero no puedo hacer nada más por usted.

—Ya..., en fin, gracias por su tiempo, sargento. Si por casualidad acaba recordando algo, por favor llámeme a este número.

—Una cosa, agente... —dice, en cambio—. Me ha dicho que estaba investigando la posible relación un caso actual, ¿no?

—Así es.

—¿Podría... ponerme al corriente del mismo? —pregunta a continuación—. Quizá de ese modo le podría resultar de alguna ayuda.

Nuria duda un momento. En cualquier otra circunstancia, aun tratándose de un agente retirado, habría resultado altamente irregular hablarle de un caso abierto. Pero lo cierto es que todo lo que estaba haciendo últimamente era muy irregular, por decirlo suavemente. Así que...

—Estoy investigando los homicidios de estas últimas dos semanas en Barcelona —le explica.

—¿Los del Asesino Satánico?

—No creo que tenga nada de satánico —apunta Nuria—. Pero sí, eso mismo.

—¿Y por qué cree que puede estar relacionado con un caso de suicidio de hace más de quince años?

—No lo sé. En realidad..., es más bien una intuición —confiesa—. Poco después del suicidio de la chica, el fotógrafo que la captó para la red fue asesinado y su mujer fue encontrada culpable. Pero hay ciertas cosas que no me encajan y me hacen sospechar que el asesinato de ese fotógrafo y los actuales pudieran estar relacionados.

—No parece demasiado convencida.

—Sí..., bueno, no. No lo sé. Como en su caso, no tengo pruebas ni

nada sólido a lo que agarrarme, pero quiero tirar de ese hilo hasta donde pueda, a ver hasta dónde me lleva.

—Su superior al mando en el DIC es el inspector Sánchez, ¿verdad?

—¿Lo conoce?

—Lo suficiente como para que me extrañe que permita una línea de investigación basada en intuiciones.

Nuria traga saliva. Igual ha sido un error llamar al sargento, cavila, pero ya es demasiado tarde para recoger cable.

—Ya... sí, bueno..., en realidad..., es una especie de investigación paralela que estoy haciendo por mi cuenta. Mi intención es ponerle al corriente en cuanto logre alguna prueba.

Ismael guarda silencio por unos segundos mientras Nuria reza en silencio por no haber metido la pata de nuevo.

—Entiendo —dice finalmente el sargento, y por su tono parece sincero—. Espero que encuentre esa prueba que necesita.

—Eh... sí. Gracias. Yo también.

—Si termino recordando algo, se lo haré saber. No se preocupe.

—Estupendo.

—Buenos días, agente Badal —se despide bruscamente el exsargento, dando por finalizada la llamada.

Nuria se queda mirando la pantalla de su teléfono con incredulidad.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —se pregunta volviéndose hacia Melón, que la observa desinteresado desde el sofá—. Primero me dice que me olvide del caso, y luego se interesa y me dice que no me preocupe. ¿Tú entiendes algo?

El gato no llega a contestarle, y Nuria no puede librarse de la sensación de que hay algo que se le escapa, algo que no está logrando ver aunque está delante de sus narices.

43

La llamada al exsargento Flores la ha dejado con más dudas que antes y tampoco ha logrado sacarle ninguna información relevante. La única puerta que le queda por llamar es la del juez de instrucción del caso, pero por absurdo que parezca en un ámbito tan burocrático como el judicial, de qué juez se trata es un dato que no logra averiguar. Es como si alguien se hubiera tomado el tiempo y el esfuerzo necesario para eliminar todo rastro de aquella denuncia. La pregunta es ¿quién? Y, sobre todo, ¿por qué?

Por un momento se plantea volver a llamar a Susana y pedirle que su «amigo» de archivos escarbe un poco más, pero comprende que eso ya sería abusar de su confianza e implicarla aún más en algo que podría llegar a salpicarle.

Sentada frente al portátil, Nuria se masajea las sienes como si hacerlo pudiera estimular las neuronas que no estuvieran aún de resaca.

—Piensa, Nuria... Piensa.

Lo único que se le ocurre es buscar en Google cualquier noticia sobre el suicidio de una joven en Barcelona y alrededores durante el año 2006.

Es consciente de que será como buscar una aguja en un pajar, pero en ese momento no es capaz de pensar en una idea mejor, así que, soltando un bufido, se levanta para ir a prepararse el segundo café de la mañana con la sospecha de que no va a ser el último.

Varias horas más tarde, con la taza ya vacía de su tercer *espresso intenso* de cápsula sobre la mesa, Nuria da al fin con algo.

El siete de junio en el periódico local Vilaweb se publicó la noticia del suicidio de una joven con las iniciales L. G. M. en el barrio de la Sagrada Familia, a poca distancia de la inconclusa catedral.

No aparecen más detalles del suceso en la noticia, que apenas ocupa un par de pequeños párrafos en el diario, pero sí el nombre de la autora del artículo, una tal Mar Alonso. Sin perder un instante, con el impulso de la cafeína que corre por sus venas se pone en contacto con la redacción del diario, donde le informan de que la periodista dejó el puesto en la empresa años atrás.

—¿Y podría ayudarme a localizarla? —pregunta Nuria—. Es importante.

—¿Quién me ha dicho que es usted? —inquiere la voz desconfiada de una asistente al otro lado del teléfono.

—Nuria Badal, agente de los Mossos d'Esquadra. Estoy investigando un caso en el que la señorita Alonso podría ayudarnos.

—Ya... No se lo tome a mal, pero ¿cómo sé que es usted quien dice ser? Necesitaría una petición oficial para entregarle datos personales de una exempleada. Espero que lo entienda.

Nuria respira profundamente y ahoga un bufido de impaciencia.

—La entiendo —dice en cambio—. Pero el tiempo es crucial y le agradecería mucho su colaboración. Con que me dé su teléfono es suficiente, solo necesito hacerle una pregunta sobre un artículo que publicó en 2006.

La joven al otro lado del teléfono parece reflexionar sobre algo durante unos segundos.

—Si lo que necesita es información sobre un artículo, todos están archivados en nuestra base de datos, eso sí que se lo podría proporcionar si no hay nada confidencial. ¿A qué artículo se refiere?

—Fue publicado el siete de junio de 2006, sobre el suicidio de una chica llamada L. G. M.

—Un momento... —murmura la joven, mientras se la oye teclear febrilmente—. Sí, aquí está —dice al cabo de un momento—. ¿Qué necesita saber?

—Todo —contesta Nuria de inmediato—. Cualquier información puede llegar a ser relevante.

—Lo que puedo darle —contesta al otro lado del aparato–, es el nombre de los padres y su dirección. ¿Le va bien?

—Eso es justo lo que necesito.

Cuando Nuria llega a la dirección indicada, se encuentra frente a un edificio de siete plantas en la calle Lepanto, apenas a dos manzanas de distancia de la Sagrada Familia y veinticinco minutos andando desde su casa.

Uno de los aspectos de Barcelona que más le gustan a Nuria es la posibilidad de ir a pie a cualquier parte, de cruzar la ciudad de cabo a rabo en dos horas de agradable paseo; así que, a pesar del frío y las amenazadoras nubes negras que se ciernen sobre las azoteas de los edificios, en lugar de tomar el metro o un taxi, ha ido caminando a su destino.

Nuria pulsa el botón del interfono correspondiente al 6º 2ª y espera.

Pocos segundos después, una voz de mujer contesta desde el altavoz.

—¿Sí?

—Buenos días. Soy la agente Badal de los Mossos d'Esquadra y estoy buscando a María Martínez y Alfonso Gómez.

—¿La policía? —pregunta con sorpresa.

—Sí, la policía —confirma Nuria—. ¿Es usted María Martínez?

—No, no. Se equivoca de piso. Aquí no vive nadie llamado así.

—¿Me podría abrir la puerta, por favor?

La mujer parece dudar un instante, pero acaba accediendo.

—Sí, claro —responde de mala gana, y al momento un zumbido le indica a Nuria que la puerta del edificio está desbloqueada.

Una vez dentro de la portería, mientras espera a la llegada del ascensor, se acerca a los buzones y confirma que, en efecto, los nombres de María Martínez y Alfonso Gómez no son los que aparecen en el 6º 2ª. De hecho, con un vistazo rápido comprueba que nadie se llama así en aquel edificio.

Cuando llega el ascensor, sube hasta el sexto y llama a la puerta indicada con un 2 de latón dorado.

Al instante, la mujer con la que ha hablado antes, de unos cuarenta, pelo pajizo, bata verde de andar por casa y cara de estar a dieta de acelgas, abre la puerta y se queda observando a Nuria con desconfianza.

—¿Es usted policía? —le vuelve a preguntar, mirándola de arriba abajo.

Nuria ya está acostumbrada, al ir de paisano, que la gente dude que una rubia de metro ochenta y aire desaliñado sea un agente del orden, así que en un movimiento casi automático saca la cartera del bolsillo y le muestra la identificación a la recelosa mujer.

—Buenos días, señora. Estoy buscando a la familia Gómez Martínez, que me constan en esta dirección.

—Pues se equivoca, no es aquí.

—¿Me permitiría comprobar su DNI si es tan amable?

—¿Para qué? ¿Me está llamando mentirosa?

—No, señora. Pero es mi obligación comprobarlo, disculpe las molestias.

La mujer se queda plantada en la puerta, como dudando qué hacer.

Nuria mantiene el rictus de sonrisa amable en el rostro, aunque no le resulta fácil.

—Un momento —dice al fin la señora, cerrando la puerta de golpe.

Unos segundos después, reaparece y sin mediar palabra le extiende a Nuria su Documento Nacional de Identidad.

—Mariana Lombau Becerra. —Lee—. ¿Es usted?

—Claro que soy yo, ¿es que no lo ve?

—¿Y cuánto hace que vive aquí?

—No sé, nueve o diez años. ¿Por?

—¿Llegó a conocer a la familia Gómez Martínez?

—No sé quiénes son, ni he oído nunca hablar de ellos.

—Al parecer, eran los antiguos inquilinos de este piso.

Mariana se cruza de brazos con impaciencia.

—Pues muy bien. ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Nuria respira profundo, esforzándose por no perder la sonrisa.

—¿Sabe si hay algún vecino que lleve veinte años viviendo en el edificio?

—Ni idea. No tengo trato con los vecinos.

—Qué raro, con lo simpática que parece.

—¿Perdón?

—Gracias por su colaboración —dice Nuria en cambio, estirando la falsa sonrisa y devolviéndole el documento de identidad—. Que tenga un buen día.

La mujer le arrebata su DNI de las manos con un gruñido y cierra dando un sonoro portazo.

Nuria pone los ojos en blanco y dándose la vuelta pulsa el botón de llamada del ascensor, pensando en cómo averiguar qué vecinos conocieron a los Gómez Martínez.

Entonces, la puerta 6º 1ª se abre con un leve gemido de bisagras y el rostro de una anciana asoma por el quicio de la puerta, como un ratoncito asustado.

—¿Está buscando a la familia que vivía enfrente? —pregunta con voz envejecida.

—¿Los conocía?

—Claro. Eran buena gente, no como... —Echa un breve vistazo a la puerta de la vecina—. Una desgracia lo que les pasó.

—¿Qué sabe de lo que les pasó?

—¿Saber? Bueno, sé lo que todo el mundo. Que la pobre niña se suicidó y los padres quedaron destrozados. Cada día oía llorar desconsolada a María, la madre. Ha de ser terrible perder a una hija así —añade santiguándose—. Y luego, lo del padre... Terrible, terrible —repite.

—¿El padre? —pregunta Nuria.

La vecina compone un gesto de extrañeza y dirige a Nuria una mirada evaluadora.

—¿No es usted policía?

—Agente de los Mossos d'Esquadra —aclara Nuria, mostrándole la identificación—. ¿Qué pasa con el padre?

—Pensé que lo sabía —explica la anciana—. Menos de un año después de la muerte de Laura, el padre también se suicidó.

—Joder —masculla Nuria—. No, no lo sabía.

—Pues sí, ya ve —menea la cabeza con pesar—. El pobre no pudo aguantar la pena.

—¿Y la madre? ¿Sabe qué fue de ella?

—¿María? —pregunta, alzando las cejas y asintiendo, como si se tratara de uno de los grandes misterios del Universo—. Unos días después de la muerte de su marido, hizo las maletas y, sin decir nada a nadie, se marchó.

—¿No dijo a dónde iba?

—No dijo ni adiós —explica con mal disimulado reproche—. No es que fuéramos amigas, pero al menos podría haberse despedido. ¿No cree?

—Sí, claro... ¿Y no ha vuelto a saber nada de ella?

—No, qué va.

—¿Y sabe si podría estar en contacto con algún otro vecino?, ¿alguien con quien tuviera más... confianza?

—Yo era la vecina con la que tenía más confianza, créame. Si no me dijo nada a mí, es que no se lo dijo a nadie.

—Ya... comprendo. ¿Y qué más me puede contar de María Martínez? ¿Sabe a qué se dedicaba? ¿Tenía más familia?

—Médica —contesta la anciana—. Creo que ginecóloga, si no recuerdo mal. Y creo que no tenía más familia. Me dijo una vez que era hija única, así que...

—¿Y sabe dónde ejercía?

—¿Cómo dice?

—Pregunto si sabe dónde trabajaba. ¿En algún hospital?

—Ah, sí. Creo que trabajaba en la privada en varios sitios.

—¿Recuerda alguno?

La mujer hace un gesto de concentración y se frota la barbilla.

—Puede ser en la Teknon —afirma al cabo de un rato—. Un par de veces el cartero se equivocó y metió cartas suyas en mi buzón con el sello de la Clínica Teknon. Quizá eran nóminas o algo así.

—Genial —se felicita Nuria, al menos tenía una pista—. ¿Y recuerda algo más? Cualquier detalle puede ser de gran importancia.

—Fue hace casi veinte años, hija —resopla la anciana—. Mi memoria ya no es lo que era.

—Está bien, muchas gracias —le dice Nuria, sacando una tarjeta de visita de la cartera y entregándosela a la mujer—. Ha sido usted de gran ayuda, y si por casualidad recuerda alguna cosa más, lo que sea, aquí tiene mi número. No dude en llamarme.

Cuando Nuria regresa a la calle ya ha empezado a llover de nuevo. Lleva un pequeño paraguas rosa en el bolso, pero el paseo hasta la clínica Teknon es largo y cuesta arriba, así que levanta la mano y para el primer taxi que aparece con la luz verde encendida.

44

El taxi atraviesa los versallescos jardines que rodean la exclusiva clínica privada y se detiene frente a la fachada neoclásica color salmón del edificio principal.

Nuria baja del vehículo sin abrir el paraguas y las puertas acristaladas se abren de par en par cuando se aproxima a la entrada. Ante ella, se extiende un vestíbulo que aparentemente ha conservado elementos del palacete de Vilana original. Justo frente a la entrada y tras un pulcro mostrador de madera de nogal, una joven recepcionista de sonrisa dentífrica la saluda con una leve inclinación de cabeza.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla?

—Hola. Estoy buscando el departamento de Recursos Humanos.

—¿Viene a entregar un currículum? Para eso necesita ir a...

—No, no —la interrumpe—. Soy agente de policía —aclara mostrándole la identificación—. Necesito información de uno de sus empleados.

—Ah, pues, en ese caso, diríjase al edificio contiguo —dice, señalando a su derecha— y baje a la planta semisótano. Allí verá las indicaciones para llegar a Recursos Humanos.

—Gracias —se despide Nuria y siguiendo el ancho pasillo en la dirección indicada cruza el edificio y baja por las escaleras de mármol inmaculado.

Mientras recorre el ala oeste del edificio, se sorprende de la poca gente con la que se cruza. Su recuerdo de los hospitales públicos es de un ajetreo constante y médicos, pacientes y visitantes yendo arriba y abajo, mientras que aquel centro médico más bien parece un hotel de lujo en temporada baja.

Una vez frente a la puerta de Recursos Humanos, repiquetea en la puerta con los nudillos y la abre sin esperar invitación.

En la espaciosa oficina, media docena de administrativos trabajan concentrados en sus ordenadores y ninguno levanta la cabeza para ver quién ha llegado.

—Hola —saluda Nuria, dirigiéndose a nadie en particular.

Solo uno de los empleados, una mujer gruesa de pelo corto y gafas de secretaria de los años setenta, aparta la mirada de la pantalla y pregunta:

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Eso espero —contesta Nuria, aproximándose—. Necesito información de una doctora que trabajó aquí —añade, mostrándole la

identificación antes de que le ponga algún pero.

La administrativa acerca la vista y achinando los ojos escruta la credencial de Nuria con su foto y lo compara con la rubia con gorra y cola de caballo plantada frente a ella.

—¿Es usted policía? —le pregunta, aún con desconfianza.

—Agente Badal del Departamento de Investigación Criminal —le aclara y añade de inmediato—. Necesito toda la información que pueda darme de María Martínez, una ginecóloga que trabajó aquí hasta el año 2006.

La mujer, reticente, mira en derredor como buscando a alguien.

—Yo... no sé —murmura—. Quizá debería hacer una petición por escrito al jefe del departamento y él luego...

—Es cuestión de vida o muerte —la interrumpe Nuria, apoyando las manos sobre la mesa—. No hay tiempo para peticiones por escrito. Necesito esa información ahora mismo.

—Pero...

—Vida o muerte —repite Nuria—. Usted decide.

La mujer parpadea un par de veces, indecisa, pero termina inclinándose sobre el teclado.

—María Martínez Oller. —Lee al cabo de un momento en su pantalla—. Nacida en Manresa el 3 de julio de 1969. Cursó la especialidad de Ginecología y Obstetricia en la Universidad de Barcelona. Número de colegiada 32411. Trabajó aquí desde julio de 2001 a enero de 2007 como ginecóloga. ¿Quiere su dirección y su teléfono?

—El teléfono, por favor.

La administrativa lo apunta en un post-it amarillo y se lo pasa.

—¿Algo más? —pregunta Nuria.

—Eso es todo.

—¿Hay alguna foto?

—No, ninguna. Las fichas del personal no incluyen fotografías.

—Vaya. ¿Y dice ahí a dónde fue después de dejar la Teknon?

La mujer echa un breve vistazo a la pantalla y menea la cabeza.

—No. No dice nada más.

Nuria se queda pensando un momento, a la espera de que se le ocurra alguna otra pregunta, pero aquello parece ser otro callejón sin salida.

—En fin... —resopla, metiendo la mano en el bolsillo—. Le dejo mi tarjeta por si recuerda alguna cosa más. Gracias por su colaboración.

Tal y como sale por la puerta, Nuria saca su teléfono y teclea el número que le han dado. Al instante, una voz pregrabada le anuncia que ese número ha sido dado de baja.

—Menuda sorpresa —murmura por lo bajo, apagando el aparato y

volviendo a metérselo en el bolsillo.

Ya en la calle, decide regresar a casa caminando. Es más de media hora a paso ligero, pero es cuesta abajo y así tendrá tiempo de pensar en qué hacer a continuación... si es que hay algo que hacer a continuación, claro. Porque cada vez que parece que puede avanzar un poco, se encuentra con un nuevo muro que le cierra el paso.

La idea de arrojar la toalla empieza a rondarle la cabeza mientras busca información de María Martínez Oller en las redes sociales y el buscador de Google, pero comprueba con sorpresa que no hay ninguna información que aluda a una ginecóloga con ese nombre. Ni en Facebook, Instagram, Twitter, LinkedIn, ni ninguna mención en blog, buscador médico o página web alguna. Nada. Cero. Como si nunca hubiera existido.

Nuria es consciente de que en 2006 las redes sociales no eran lo que son ahora y que los buscadores como Google no tenían la voracidad de hoy en día, pero aun así han pasado casi veinte años desde entonces y cuesta creer que María Martínez no tenga ningún rastro en internet. Incluso su madre, reacia a cualquier cosa que huela a siglo XXI, aparece en la red al teclear su nombre.

Solo se le ocurren dos posibilidades que expliquen ese extraño vacío: que haya borrado cualquier rastro de su alter ego digital o, lo que parece más probable, que después de dejar su casa y su trabajo, tomara la misma decisión que su marido quitándose de en medio y no quedase constancia de su muerte en ningún registro.

En cualquier caso, el resultado era prácticamente el mismo; María Martínez había desaparecido a todos los efectos y sospechaba que, por mucho que siguiera buscándola, el resultado iba a ser siempre el mismo.

Caminando de vuelta a casa, Nuria guarda el teléfono en el bolsillo y se arrebuja en su abrigo. La lluvia ha dado un descanso, pero el frío sigue atenazando las calles de la ciudad como una mano invisible que hiela todo lo que toca. El vapor condensado que escapa de los calefactores de los negocios y los tubos de escape de los coches le provoca una sonrisa torcida, imaginando si también habrá una teoría paranoide que les atribuya algún tipo de conjura de control mental como sucede con los supuestos *chemtrails* provocados por las estelas de los aviones. Tendría gracia, piensa, ver a un conspiranoico aguantando la respiración para no contaminarse con el vapor de agua de su propia exhalación.

Aunque divertido, aparta de la mente ese pensamiento para centrarse en lo que de verdad le preocupa en ese momento.

Sigue atrapada en un bucle de suposiciones sin pruebas ni acaso una teoría plausible que ofrecer a sus superiores. Allá donde ha ido se ha encontrado con un muro o, en el mejor de los casos, un callejón sin

salida.

Nada más va a poder sacar de Monells, ni de Luisa Domínguez, ni de los archivos de la policía o de la misma internet. El único cabo suelto que le quedaba era el de María Martínez y su posible móvil para vengarse por la muerte de su hija Laura, pero sin nadie a quien interrogar o un hilo del que tirar para averiguar si siquiera está viva, es un enigma que no tiene posibilidad alguna de resolver.

Por otro lado está Ismael Flores, pero el expolicía no parecía tener mucho más que contarle o querer hacerlo de haber podido. Su inspector por aquella época está criando malvas y tampoco va a resultar de mucha ayuda, así que ya no queda nadie a quien poder preguntar.

¿O sí?

¿Y si para censurar el informe hubiera hecho falta un acceso más restringido que el de un inspector? —se pregunta—. ¿Podría ser que alguien aún más arriba en la pirámide alimentaria de los Mossos también estuviera al corriente o incluso hubiera sido quien tomó la decisión?

Inmediatamente vuelve a sacar su teléfono del bolsillo y en el buscador de Google escribe:

«Comisario Mossos d'Esquadra año 2006».

Al instante, aparece en la pantalla la fotografía de un hombre de unos cincuenta años, porte autoritario, abundante mata de pelo canoso bajo la gorra de comisario y una mirada inquisitiva que le suena muchísimo.

Luego lee el nombre bajo la fotografía y se queda con la boca abierta de puro asombro.

—No fastidies...

Termina repitiendo el nombre en voz alta para oírse a sí misma y estar segura de que no se lo está imaginando.

—Jordi Soler i Casas —lee con incredulidad—. Comisario de los Mossos d'Esquadra de 2001 a 2008. Desde 2022 ocupa el cargo de conseller de Interior de la Generalitat de Catalunya.

De pronto, mientras relee el texto de la Wikipedia, suena el teléfono y en la pantalla aparece el nombre de Susana Román.

—Hola, Susi —contesta de inmediato—. ¿Qué pasa?

—Acabo de enterarme por la radio de la policía —le cuenta con urgencia—. Han encontrado muerta a la jueza Martina Mas Serret.

Nuria da un respingo. Siente que el corazón se le detiene por un segundo.

—¿La han… —toma aire antes de terminar la frase— asesinado?

—Le han despellejado la puta cabeza —aclara Susana—. Yo diría que sí.

—Joder.

—Ya te digo.

—¿Y sabes... algo más? —pregunta—. ¿Han pintado con sangre un 666 o algo parecido?

—Aún no tengo los detalles, Nuria. Me he enterado de casualidad y la prensa todavía no lo sabe, pero parece que han hecho una carnicería con la mujer. Me apuesto un ovario —añade en tono confidencial—, a que es la jueza del caso que estás investigando y que desestimó la denuncia.

—¿Martina Mas Serret, has dicho que se llama?

—Se llamaba —la corrige Susana.

Nuria toma nota mental del nombre de la jueza para investigarlo en cuanto llegue a casa.

—Vale. Muchas gracias, Susi. Si te enteras de algo más...

—Sí, sí. Ya sé —contesta y, tras una breve pausa, añade—: Pero tú ve con ojo, ¿vale? Sea quien sea que está detrás de esto, es un puto psicópata.

—Tranquila, iré con cuidado.

—Venga ya, ¿a quién quieres engañar, Nuria? —rezonga Susana al otro lado de la línea—. Tú nunca vas con cuidado.

45

La noche anterior a Nuria le costó conciliar el sueño. Eran pasadas las dos de la mañana cuando aún se mantenía con la vista clavada en el techo de la habitación, dándole vueltas a la cabeza mientras Melón roncaba a su lado.

La muerte de la jueza, sorprendentemente, aún no había trascendido a la prensa, pero era cuestión de horas que lo hiciera. Algo así no podía mantenerse en secreto, aunque fuera por el bien de la investigación.

Susana, sin embargo, la había llamado a medianoche para confirmarle que, en efecto, el asesinato había venido acompañado de la usual parafernalia del triple seis pintado con sangre, la tortura previa, las drogas paralizantes y por último una muerte espantosa. En este caso, desollando la cabeza de la desdichada mujer con lo que se sospechaba había sido un cuchillo de cocina no especialmente afilado.

Según parecía, el DIC seguía a cargo del caso, pero el asesinato de la jueza podría ser la gota que colmara el vaso poniendo en evidencia a los Mossos y llevar a que la Policía Nacional o la Guardia Civil se hicieran con el caso, poniendo en entredicho la misma existencia del cuerpo policial de Catalunya.

Al parecer y según «radio macuto», la bronca del conseller de Interior a los mandos de Egara había sido de órdago, con ultimátum incluido. Si en 24 horas no habían atrapado al asesino, no iba a quedar títere con cabeza en el cuadro de oficiales del DIC.

Por un momento, Nuria barajó la posibilidad de contactar con Sánchez y ponerle al corriente de sus pesquisas, pero lo cierto es que seguía sin tener nada sólido que mostrarle. De hecho, su teoría de que el suicidio de Laura pudiera ser la causa de los crímenes hacía aguas por todas partes sin el informe policial, con el padre muerto y la madre desaparecida diecisiete años atrás.

Sin embargo, el asesinato de la jueza Martina Mas Serret apuntaba justo en esa dirección y aunque aún no había podido confirmar que hubiera sido la magistrada asignada al caso, estaba convencida de que había sido ella quien había dado carpetazo a la investigación que a la postre le había costado la vida.

De modo que, siguiendo la macabra lógica del asesino, al menos quedaban dos nombres más en la lista negra del asesino. Las dos personas que aún quedaban vivas y que habían tenido cierta responsabilidad en no llevar a quienes provocaron la muerte de Laura

ante la justicia: el agente que llevó el caso, Ismael Flores, y el actual conseller de Interior y antiguo comisario de los Mossos, Jordi Soler i Casas.

Nuria decide que ya está bien de dar rodeos y que es hora pedir respuestas a quien realmente se las puede dar.

El pequeño inconveniente es que el equivalente al ministro de Interior de la Generalitat de Catalunya difícilmente le va a conceder una cita urgente a una agente suspendida. Porque una cosa es «olvidarse» de mencionar ese detalle a un civil cualquiera y otra muy diferente es tratar de sonsacarle información a un alto cargo público, que casualmente es también su jefe y le podría buscar la ruina con solo chasquear los dedos.

La primera idea que le viene a la cabeza a Nuria es hacerse pasar por otra persona; una periodista, por ejemplo. De esa manera, piensa, quizá podría tener acceso al antiguo comisario e interrogarlo sin levantar sospechas.

Sin pensarlo demasiado, busca en internet el número de teléfono del Departamento de Prensa de la Conselleria de Interior de la Generalitat y pide una cita para entrevistar a Jordi Soler i Casas.

—¿Medio? —pregunta la funcionaria al otro lado de la línea.

«Mierda, tendría que haberlo planeado mejor».

—Eh... El... Periódico —dice el primero que se le ocurre.

—¿Y sobre qué versaría la entrevista, en concreto?

«Joder. Decididamente, se había precipitado».

—Esto... sobre la actualidad en general. Un poco de todo..., ya sabe.

—No, no sé.

—Bueno... —Traga saliva y se la juega—. Estoy trabajando en el caso del Asesino Satánico —casi se atraganta al decirlo—, y me gustaría hacerle al conseller unas cuantas preguntas al respecto.

A Nuria le parece oír un resoplido en el auricular del teléfono.

—Me temo que la agenda del conseller está completa —alega secamente—. Lo siento.

—Pero...

—Gracias por su llamada. Vuelva a intentarlo si quiere en febrero, quizá haya un hueco.

—No puedo esperar tanto.

—Ya... disculpe, tengo otra llamada —contesta—. Que tenga un buen día.

Y cuelga sin decir nada más.

Nuria se queda mirando el teléfono con incredulidad. Definitivamente, mencionar el caso no ha sido una buena idea.

Ha quemado el que quizá era su mejor cartucho y ahora no le quedan muchas más cartas que jugar.

En realidad, solo una, concluye tras pensarlo un momento.

—En fin… —masculla, apartando el edredón y apoyando los pies descalzos sobre la gruesa alfombrilla de lana—. De perdidos al río.

A media mañana, Nuria está plantada frente a la puerta principal de la sede del Departamento de Interior en la calle Diputación, a pocos metros de la plaza Tetuán. Un edificio de acero y cristal de diez plantas, flanqueado por otro con aspecto de palacete de principios de siglo pasado y cierto aire parisino.

No había que ser muy observadora para deducir en cuál de ellos trabajaban los funcionarios de rango bajo y medio y en cuál se encontraban los cargos políticos con chófer y dietas pagadas.

Nuria se dirige a la entrada y gracias a su credencial de policía accede sin problemas al interior del complejo.

Tras preguntar por su ubicación al conserje, se dirige al despacho del conseller —como había supuesto, situado en el edificio neoclásico— y busca un rincón en el pasillo desde el que vigilar la puerta sin llamar la atención.

Al cabo de diez minutos ya está aburrida.

Las vigilancias nunca habían sido plato de su gusto, y estar plantada de pie en un pasillo por el que apenas pasaba algún funcionario ensimismado de vez en cuando, le resulta especialmente tedioso.

Sin perder de vista la puerta del despacho con la visión periférica, saca el móvil de su bolsillo y empieza a curiosear por las redes sociales en busca de distracción y, de paso, calmar los nervios que han formado un nudo en la boca de su estómago.

Empieza a barruntar si aquello no estará siendo una pérdida de tiempo hasta que, tras más de una hora de espera, se abre la puerta del ascensor y por ella aparece el conseller con paso apresurado y gesto de preocupación, seguido de un pequeño séquito de funcionarios tratando de seguirle el ritmo.

—¿Conseller? —le dice Nuria al pasar por su lado.

El aludido se detiene un instante y dirige un rápido vistazo a Nuria.

—¿Sí? —contesta con impaciencia.

El excomisario es un hombre de unos sesenta y muchos años, con una exagerada mata de pelo que apunta a implante capilar en Turquía, traje azul a medida, corbata de seda de nudo perfecto y un reloj de pulsera de oro que seguro cuesta más que su coche. En persona es mucho más bajo de lo que esperaba, pero su lenguaje corporal y su mirada inquisitiva dejan claro que la talla no es un problema y que lleva muchos años acostumbrado a mandar.

—¿Podría hablar con usted un momento a solas? Será solo un

momento.

—Estoy muy ocupado. Pida hora con mi secretaria —alega señalando a su espalda y poniéndose de nuevo en marcha.

Nuria ve cómo en pocos segundos el conseller desaparecerá por la puerta de su despacho y, sin pensarlo, dice lo primero que se le pasa por la cabeza para llamar su atención.

—Se trata de un expediente censurado cuando usted era comisario de los Mossos en 2006 —recita, alzando la voz.

El conseller se detiene de nuevo y, volviéndose hacia Nuria, afila la mirada detrás de sus gafas de Armani.

—¿Quién es usted? —pregunta suspicaz.

—Agente Badal, del DIC —le responde.

El conseller frunce el ceño.

—Pues entonces..., agente —replica, subrayando su grado en el escalafón policial para que sea consciente de la diferencia entre ambos —, sabrá que esta no es manera de abordar a su superior. Si desea hablar conmigo, siga el procedimiento reglamentario.

—Se trata de algo muy urgente, conseller. No tengo tiempo para hacer una petición administrativa.

Jordi Soler i Casas da unos golpecitos con el índice a la esfera de su reloj.

—Soy yo quien no tiene tiempo que perder —alega, dándose la vuelta—. Pida cita con mi secretaria.

Antes de que a Nuria se le ocurra algo que objetar, el conseller abre la puerta de su despacho y desaparece junto a las tres personas que le siguen, cerrando la puerta tras de sí.

—Pues la cosa no ha ido demasiado bien —murmura Nuria en voz alta.

Por un momento se queda ahí plantada en mitad del pasillo, sintiéndose un poco tonta y sin saber qué hacer a continuación.

El conseller reaccionó cuando le mencionó el expediente censurado, pero no ha dado muestra alguna de querer abordar el tema.

Nuria tuerce el gesto, convencida de que en ese mismo momento el conseller puede estar recabando información sobre ella y que, de ser así, tardará muy poco en descubrir que está suspendida.

Finalmente se encoge de hombros y decide que, una vez ha llegado hasta ahí, ya no hay marcha atrás posible.

Un par de horas más tarde, el conseller Jordi Soler i Casas sale del despacho y se dirige a paso rápido a los baños de la segunda planta.

Felicitándose de que no haya nadie a quien tenga que saludar, entra en el primer cubículo y bajándose la cremallera del pantalón se

alivia después de aguantarse durante una interminable llamada del presidente de la Generalitat.

Al terminar, con un suspiro de placer vuelve a subirse la cremallera y sale del cubículo para lavarse las manos.

Se queda de piedra al encontrarse, de pie frente a él, apoyada en la puerta de los baños a una rubia de ojos verdes y metro ochenta, cruzada de brazos.

—¿Qué hace usted aquí? —le pregunta en cuanto recupera la compostura.

—Esperarle —admite Nuria con total naturalidad.

—Creo que ya he sido lo bastante claro. Pida cita con mi secretaria.

—Y yo ya le he dicho que es urgente. Solo necesito que me conteste un par de preguntas.

—Pero ¿quién coño se cree que es usted para interrogarme a mí? ¿Comprende que puedo hacer que la expulsen del cuerpo inmediatamente?

—Ahora mismo, mi carrera policial es lo último que me preocupa —miente Nuria, esperando que no se le note—. Junio de 2006 —empieza a decir—. Una menor llamada Laura Gómez Martínez se suicida tras ser captada por una organización que la obliga a prostituirse. Sus padres denuncian el caso, pero nadie mueve un dedo y el informe inicial termina censurado.

—No sé de qué me está hablando.

—Usted era el comisario jefe por aquel entonces.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Necesito saber los detalles de ese caso y por qué se censuró. Podría ser la clave para detener la actual ola de asesinatos que tanto le preocupa.

El conseller menea la cabeza.

—No veo qué tienen en común ambos casos.

—Puede que nada —admite Nuria—... o puede que todo. Por eso necesito acceder a ese expediente y saber por qué se desestimó la denuncia en lugar de llevar a cabo la investigación correspondiente.

—¿Y cómo quiere que me acuerde de un caso que se desestimó hace casi veinte años?

—Estoy segura de que usted tiene acceso al informe original y puede averiguar qué pasó en realidad con ese caso.

—¿Y se puede saber por qué tendría que ayudar a una agente suspendida a la que se le ha abierto un expediente disciplinario?

—Vaya, veo que no ha perdido el tiempo.

—Y usted va a perder su empleo.

Nuria se tuerce el gesto y resopla.

—Puede. Pero, si estoy en lo cierto, usted podría ser el próximo en la lista del asesino.

El conseller abre los ojos de par en par.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que alguien está vengando el suicidio de Laura. Que primero ha ido a por los que abusaron de ella y ahora, tras asesinar a la jueza, pretende matar a todo aquel que no hizo nada para detener a los culpables.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Usted sabrá —replica Nuria—. Por eso necesito ese expediente censurado.

—Yo no he autorizado que se censure ningún expediente.

—Pues alguien lo hizo.

El conseller se toma unos segundos para pensarlo mientras se lava las manos meticulosamente.

—De todo lo que me está diciendo... ¿sus superiores están al tanto? ¿Por qué es la primera noticia que oigo al respecto?

—Estoy suspendida, ¿recuerda? Precisamente, por seguir esta línea de investigación.

—No la pueden haber suspendido solo por eso.

—Bueno, quizá me salté algunas normas en el proceso —confiesa Nuria—. Pero en este caso creo que el fin justifica los medios, ¿no le parece?

El conseller se la queda mirando fijamente, calibrando a Nuria y sus palabras.

—Hablaré con su inspector al mando —afirma tras unos instantes —. Todo este asunto es tremendamente irregular.

—¿Me conseguirá el expediente original? Quizá ahí esté la clave de todo.

—Veré qué puedo hacer.

—Gracias.

Jordi Soler i Casas menea la cabeza.

—No me las dé antes de tiempo, agente Badal. Aún no he decidido qué hacer con usted.

—Haga lo que tenga que hacer, conseller —contesta Nuria, haciendo ver como si no le preocupase—. Yo haré lo propio.

El excomisario le dirige una última mirada y, haciéndola a un lado, sale del lavabo de caballeros sin decir una palabra más.

Cuando la puerta vuelve a cerrarse, Nuria mete la mano en el bolsillo del abrigo y detiene la grabadora de voz.

46

Han pasado varias semanas desde aquella aciaga noche y solo un día menos desde que escribió a la agencia pidiendo explicaciones.

De hecho, desde esa tarde volvió a escribirle no menos de diez veces y llamado por teléfono aún muchas más, pero era como si se los hubiera tragado la tierra. Ni una respuesta, ni un mensaje respondido desde el contestador. Nada.

El tono de exigencia en los mensajes de Laura había ido creciendo según pasaban los días, hasta que aceptó que la estaban ignorando y que lo mejor que podía hacer era pasar página y esconder aquella horrible experiencia en el rincón más oscuro de su memoria. De hecho, cada vez pensaba menos en ello y había días enteros en que casi lograba evitar el recuerdo de aquella mañana.

Hasta que un día el teléfono vuelve a sonar y, al descolgar, oye la voz del fotógrafo saludándola como si tal cosa al otro lado de la línea.

Laura se queda paralizada.

Durante todo aquel tiempo había pensado mil cosas que reprocharle, que exigirle, que amenazarle incluso. Pero en ese instante se queda muda sin saber qué decir.

—¿Cómo va todo? —le pregunta el fotógrafo, como si fuera un viejo amigo al que lleva una temporada sin ver—. Este fin de semana hay otra fiesta —añade tranquilamente— y necesito que vayas. Habrá gente muy importante del mundo de la moda y...

—¡No! —le grita Laura desde el fondo de su alma—. ¡No! —repite, saliendo al fin de su estupor—. ¡Me drogaron y me violaron! ¿Te enteras? ¡En esa puta fiesta abusaron de mí! ¡Debería haberte denunciado! ¡Debería haberos denunciado a todos! ¡Sois unos hijos de puta! —explota—. ¡Unos hijos de puta!

—Tranquilízate, Laura.

–¡¡¡¿Que me tranquilice?!!! —ruge—. ¿¡Cómo me voy a tranquilizar?! ¡Me violaron! ¿Es que no me has escuchado?

—Son cosas que pasan —alega tranquilamente—. El mundo de la moda es así.

—¡Me importa una mierda! ¡No quiero saber nada de ti ni de tus putas fiestas en la vida! ¿Te enteras?

—Eso no va a ser posible.

—¿Qué no va a ser posible? —repite Laura, incrédula—. ¡Ya te digo yo que sí va a ser posible! ¡No vuelvas a llamarme jamás o llamaré a la policía! —sentencia y cuelga el teléfono con rabia.

Durante un largo minuto se queda mirando el aparato con la respiración entrecortada, temiendo que vuelva a sonar. Pero no lo hace.

Las pulsaciones le van a mil por hora y necesita un buen rato para recuperar la calma. Cuando finalmente lo logra, conecta el ordenador para terminar el trabajo de ciencias que ha de presentar a final de semana, pero se encuentra con el aviso de un correo enviado desde la agencia.

De nuevo el corazón vuelve a palpitarle a martillazos y, a pesar de que tiene la tentación de simplemente eliminar el mensaje sin mirarlo, cede a la curiosidad y lo abre. «¿Qué mal puede hacerme verlo?», piensa, imaginando que quizá en él le pida las disculpas necesarias y le dé todas las explicaciones que merece.

Pero ni lo uno ni lo otro.

Todo lo que lee es una dirección, la hora a la que presentarse en la siguiente fiesta y la frase: «Si no quieres que todo el mundo lo vea».

Comprende que la explicación a ese críptico mensaje está en los archivos adjuntos a ese mensaje en formato ZIP.

Con mano temblorosa, le da al botón de descomprimir y al hacerlo se encuentra una serie de vídeos cortos sin título.

Abre el primero de ellos y, al hacerlo, casi se cae de espaldas en la silla.

El vídeo está grabado con una cámara de mano sin excesiva calidad, pero en ella puede ver claramente a cinco hombres de mediana edad, enmascarados y totalmente desnudos, alrededor de una cama en la que yace una joven también desnuda y con evidente aspecto de haber sido drogada.

Su cerebro tarda unos instantes en comprender que esa cama es en la que se despertó aquella aciaga mañana y que la joven desnuda es ella misma.

La disociación de esas imágenes con lo que ella recuerda es absoluta, como si se tratase de otra persona. Una parte de su mente se niega a creer que lo que está viendo es real, pero comprende que no tiene sentido engañarse a sí misma, incluso cuando esos hombres empiezan a manosearla, a recorrer su piel con manos ansiosas y peludas, a meterle los dedos en la boca y el sexo, a masturbarse esperando su turno, mientras el primero de ellos le da la vuelta como a un muñeco y, jadeando como un cerdo, empieza a penetrarla por detrás.

47

Apenas acaba de salir del edificio de Interior cuando suena su teléfono y en la pantalla ve un número desconocido.

—¿Sí? —pregunta.

—¿Agente Badal?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy Eugenia, de Recursos Humanos de la Clínica Teknon. Hablamos ayer.

—Ah, sí. Dígame.

—La llamo porque, después de que se fuera, escribí al colegio de ginecólogos para preguntar sobre la doctora Martínez y me informaron que se había dado de baja como colegiada en enero de 2008.

—Ajá —contesta Nuria, tras comprobar que no añade nada más—. Y eso es importante por...

—No lo sé —aclara la administrativa—. Pero si se dio de baja es porque iba a dejar de ejercer como ginecóloga o porque se mudaba a otra parte.

—Según parece —explica Nuria—, dejó su casa en Barcelona. Así que es probable que fuera a otra ciudad.

—Sí, eso pensé yo. Pero lo raro es que he cotejado todos los colegios médicos del país y no se inscribió en ninguno de ellos. Sin estar inscrita en un colegio oficial —aclara—, en España no se puede ejercer la medicina.

—Ya..., comprendo. ¿Y en el extranjero?

—Eso ya no lo puedo saber, agente. Si pidió una convalidación, puede trabajar en casi cualquier país del mundo.

—Entiendo… —dice Nuria—. Muchas gracias por su colaboración, Eugenia. Ha sido usted de mucha ayuda.

—Encantada de ayudar, agente. Buenos días —se despide y termina la llamada.

Nuria se queda pensativa, contemplando la pantalla negra del teléfono.

Que María Martínez abandonara su casa y los duros recuerdos que debía albergar cada rincón le parece lógico, seguramente ella habría hecho lo mismo. Pero dejar de ejercer una profesión a la que debió dedicar tantos años de estudio y prácticas..., eso ya no tiene tanto sentido.

Descartando que también se hubiera quitado la vida, para lo cual

no te molestas en darte de baja de nada ni borrar tu rastro de internet, la otra opción, aparte de cambiar de trabajo, es que se hubiera mudado a otro país, en cuyo caso sería imposible seguirle la pista.

Resumiendo: que, de un modo u otro, la doctora Martínez se había esfumado como el sentido del ridículo en un karaoke a las tres de la mañana.

Un cosquilleo en las tripas le decía que esa mujer era la clave de todo el asunto, pero había llegado al enésimo callejón sin salida y se había quedado sin opciones.

Dudaba mucho que el conseller llegase a ayudarle en algo que podría salpicar su carrera política, aunque él mismo pudiera ser un objetivo del asesino. Más probable era que el improvisado interrogatorio en los baños de la Conselleria precipitase su salida de los Mossos.

Por no tener, ni siquiera tenía una grabación incriminante con la que poder presionarlo llegado el caso.

Ha dedicado la última semana a cavar su propia tumba profesional, y acababa de entregar la pala al conseller para que empiece a tirarle tierra encima.

—Pero qué lista que soy —se dice a sí misma, torciendo una mueca.

Recorriendo sin rumbo la calle Diputación, el olor a comida asiática le hace detenerse frente a un restaurante de Hotpot. Sin embargo, no tiene ganas de ponerse a hacer ella misma su comida, así que, a pesar de que empieza a tener bastante hambre, sigue caminando en busca de un lugar que ofrezca un menú bueno, barato y ya cocinado.

Cuando llega al cruce con el paseo de Gracia sin encontrar ningún restaurante a precios razonables, comprende que lo mejor que puede hacer es tomar el metro e ir a casa y olvidarse de todo: de comer fuera, de seguir con el caso, de su carrera profesional... Su futuro está más negro que el cielo encapotado de nubes que amenaza la ciudad y, por un momento, observa a la gente que cruza por su lado en la amplia acera; cada uno ensimismado en sus propios problemas, pero con el aire confiado y paso firme de aquellos que saben a dónde van y por qué.

Con cierta sorpresa, se da cuenta de que ella también era así hace tan solo unos días atrás.

¿Qué coño ha pasado? ¿Cómo han podido torcerse tanto las cosas en tan poco tiempo?

Por un momento siente la tentación de llamar al abuelo Pepe y desahogarse con él en busca de consejo, e incluso por un breve instante se plantea llamar a su madre.

Se siente terriblemente sola y necesita que alguien le diga que todo

va a salir bien, por muy flagrante que sea la mentira..., pero no. No puede hacer cargar a su familia con eso. Ni tampoco a Susi o cualquiera de sus amigas, que tampoco son tantas en realidad.

Comprar un billete de avión a Canarias o a cualquier otro sitio de sol y playa, apagar el teléfono y largarse hasta que la reclamen desde Egara para declarar, le parece una idea estupenda. Incluso países sin acuerdo de extradición como Brasil y Tailandia se apetecen como destinos aún mejores, por lo que pudiera pasar.

Por una vez en su vida creía haber encontrado su camino. Pero, claro, no sería ella misma sin esa arraigada tendencia a joderlo todo y retorcer las cosas hasta que se rompen. Llevaba treinta años repitiendo el mismo patrón con sus relaciones, sus estudios y sus trabajos. Nuria Badal no podía dejar pasar una oportunidad para cagarla bien cagada, claro que no.

Y ahí está ahora, apoyada en la pared junto al ostentoso escaparate de una tienda de Louis Vuitton, rodeada de desconocidos de confianza impostada y sin saber qué hacer a continuación.

Instintivamente saca el teléfono, como si el iPhone pudiera ayudarle de alguna manera con eso.

Tras un instante de vacilación abre la agenda del teléfono en busca de alguien a quien llamar, como quien busca un salvavidas en mitad del océano. Sus ojos van a parar a un nombre que acapara toda su atención: Ismael Flores.

Durante un instante pasea la yema del pulgar sobre el nombre del expolicía, dudando si llamarle o no, pero al cabo se le ocurre una idea mejor.

Cuarenta minutos más tarde, Nuria está frente al interfono de un edificio centenario de la Rambla del Poble Nou.

—¿Sí? —pregunta la voz metalizada del hombre.

—Buenas tardes, señor Flores. Soy Nuria Badal.

La respuesta tarda un par de segundos en llegar.

—¿La agente de los Mossos? —inquiere con incredulidad.

—La misma.

—¿Y qué hace aquí? ¿Qué es lo que quiere?

—Hablar.

—¿Hablar? —repite—. Ya le dije todo lo que tenía que decirle. Déjeme en paz.

—No puedo —alega Nuria—. El padre de Laura Gómez murió y su madre está desaparecida. He ido a ver al conseller de interior y tampoco creo que vaya a ayudarme. Ya no me queda nadie más con quien hablar excepto usted.

El interfono se queda en silencio durante tanto rato que Nuria piensa que Ismael Flores ha cortado la comunicación.

—¿Ha hablado con el conseller? —pregunta al fin.

—De ahí vengo.

Una nueva pausa, algo más corta que la anterior.

—Suba —le dice, y suena el zumbido de apertura de la puerta.

Cuando Ismael Flores abre la puerta de su piso en la quinta planta, lejos de cualquier protocolo, la invita a pasar al recibidor y le repite la pregunta a bocajarro en cuanto cierra la puerta.

—¿En serio ha ido a ver al conseller?

El expolicía presenta un aspecto desaliñado y sin afeitar, a pesar de lo avanzado del día.

Al menos no sigue en pijama, piensa Nuria nada más verle.

—No me quedaban más opciones —arguye, encogiéndose de hombros—. Era el comisario en 2006 y pensé que podría ayudarme con ese informe, pero no he logrado nada excepto cabrearlo.

—¿Y qué esperaba? Jordi Soler hace tiempo que dejó de ser policía, si es que alguna vez lo fue en realidad. Ahora es un político y, como tal, solo se interesa por sí mismo.

—Ya, bueno. Tenía que intentarlo.

Ismael exhala el aire con fuerza por la nariz.

—En fin... —masculla, meneando la cabeza—. ¿Quiere un café?

—Pues sí, gracias.

Ismael se interna en la cocina y enciende la cafetera eléctrica.

—¿Solo o con leche?

—Solo, con un poco de azúcar.

A Nuria le ruge el estómago ruidosamente e Ismael se vuelve hacia ella.

—¿Y algo para acompañar el café? —pregunta alzando una ceja—. ¿Unas galletas o unas magdalenas?

Nuria esboza una sonrisa tímida.

—Eso estaría bien, gracias —contesta, ruborizándose.

Poco después, ya sentada a la mesa del salón con el café humeante entre las manos, Nuria echa un disimulado vistazo a su alrededor. Se trata de un piso pequeño y algo oscuro, con una decoración pasada de moda y no demasiado ordenado ni limpio.

—No esperaba visitas —se justifica Ismael, siguiendo la mirada de Nuria.

Ella, sin embargo, dirige su atención a los recortes de periódico clavados con chinchetas que decoran las paredes a modo de cuadros. Algunos amarilleados por el tiempo referidos a casos policiales fechados décadas atrás y otros más actuales.

—¿Son casos suyos? —pregunta Nuria, abarcándolos con un amplio gesto.

Ismael menea la cabeza levemente.

—Algunos —contesta—. Los más antiguos.

—¿Y los otros?

—Soy un policía prematuramente jubilado y sin ninguna afición —aclara, encogiéndose de hombros—. Seguir algunos casos me mantiene distraído.

—Cuando uno es policía, es policía para siempre, ¿no?

—Algo así. —Ismael le da un sorbo a su café y se la queda mirando —. ¿Qué es lo que quiere exactamente?

—Respuestas.

—Yo no las tengo, ya se lo he dicho.

—Necesito entender qué está pasando.

—Y yo necesito una tele nueva.

—Por favor, Ismael... Necesito que haga memoria, hay mucho en juego.

—¿Se refiere a su trabajo? Sigue suspendida. ¿No es así?

Nuria se queda sin habla un momento.

—¿Desde cuándo lo sabe? —pregunta al cabo.

—Desde cinco minutos después de hablar con usted la primera vez. Aún tengo contactos en Egara.

—¿Habló con Sánchez? —inquiere, súbitamente preocupada—. ¿Dijo algo sobre...?

—No le he dicho nada a nadie —aclara—. Solo quería saber quién es usted.

—¿Y ahora lo sabe?

—Sé que es una agente novata que se ha metido en un buen lío por querer hacer las cosas a su manera. Saltándose los procedimientos policiales, la cadena de mando e incluso la ley.

—Ya, bueno, es una manera de decirlo —asiente Nuria—. Pero lo que me pregunto es, si ya lo sabía, ¿por qué me ha invitado a subir?

—Porque yo también quiero respuestas —contesta—. Empezando por saber la razón de que se haya jugado el puesto, haciendo lo que ha hecho para tratar de resolver un caso de hace casi veinte años.

—Estoy convencida de que hay una relación entre ese caso y el asesino que está despellejando a gente cada dos o tres días.

—No ha contestado a mi pregunta —insiste Ismael—. ¿Por qué tiene tanto interés *para usted*?

—No... no lo sé —confiesa Nuria—. Supongo que quiero hacer lo correcto. Atraparlo antes de que siga matando.

—Saltarse las normas de actuación policial no es que sea muy correcto.

—Lo sé —admite—. Pero creí que el riesgo valía la pena.

Ismael se recuesta en su silla, cruzándose de brazos.

—¿Y lo ha valido?

Esta vez es Nuria quien se encoge de hombros.

—Aún no lo sé —admite—. Dependerá de si me ayuda a solucionar el caso.

A Ismael se le escapa una risita.

—Es usted muy… insistente.

—Cabezona es la palabra. Según mi madre.

—La verdad —dice Ismael estirando una sonrisa—, es que nunca he conocido a nadie en el cuerpo que antepusiera resolver un caso a su propia carrera.

—Ya, bueno. Puestos a ser sinceros…, yo tampoco esperaba que me suspendieran. Creí que encontraría al asesino yo sola, que me ascenderían y que hasta me pondrían una medalla.

—¿Y aún lo cree?

—Tal y como se ha dado la cosa, si no me echan a patadas de los Mossos, ya me daré por satisfecha.

Ismael se la queda mirando un largo rato antes de apuntar:

—Y, aun así, sigue insistiendo en resolver el caso.

—Ahora que he llegado hasta donde he llegado —contesta, abriendo las manos—. ¿Qué otra cosa puedo hacer? No puedo simplemente darme la vuelta y olvidarme de todo. Tengo que… al menos intentar…

—Hacer lo correcto.

Nuria asiente con un lento parpadeo.

—¿Me ayudará?

48

Nuria pone su teléfono encima de la mesa y le muestra a Ismael la imagen de una mujer de unos sesenta años, moño adusto, boca recta sin arrugas de sonrisa en las comisuras y unos ojos negros que parecían dictar sentencias al primer vistazo.

—Esta es la jueza Martina Mas Serret —le dice al expolicía, ampliando la fotografía—. La han asesinado hace unas horas —añade, mirándolo de reojo a la espera de su reacción—. Dígame que no es esta la jueza que sobreseyó el caso de Laura.

—¿Cómo... cuándo la han...?

—Desconozco los detalles —explica Nuria—. Pero, al parecer, ha sido un asesinato similar a los anteriores. Es ella, ¿no?

—Es posible.

—¿Es posible? —replica Nuria, alzando la voz inconscientemente—. ¡No me joda, Ismael! Alguien está asesinando a todos los que estaban relacionados con el caso. Primero a los que al parecer abusaron de la chica, y ahora a quienes no hicieron lo posible para juzgar a los culpables.

—Eso es mucho suponer.

—Sé que estoy en lo cierto.

—¿Lo sabe? —le interrumpe Ismael—. Usted no sabe una mierda, señorita. Solo está especulando y haciendo suposiciones que encajen con su teoría.

Nuria se enerva en su silla, dando golpecitos a la pantalla del móvil.

—Tengo razón —insiste, frunciendo el ceño—, y lo sabe. He visto la cara que ponía al ver la foto de la jueza; la ha reconocido. ¿Por qué lo niega?

Ismael Flores hace una nueva pausa, casi tan larga como la anterior, y se inclina sobre la mesa mirando primero la fotografía de la jueza y luego a Nuria.

—¿Para qué me pregunta si ya tiene la respuesta?

Nuria ignora la pregunta y, como él, se reclina sobre la mesa entrelazando las manos.

—Necesito que me ayude, Ismael.

—¿Cómo?

—Si el asesino sigue con su pauta, ya le deben de quedar pocas personas en la lista negra. Y una de esas personas es usted.

Ismael da un respingo de sorpresa.

—¿Cree que va a venir a por mí? —pregunta, incrédulo.

—Usted fue el agente que llevó el caso hasta que lo cerraron, ¿no?

—Yo hice todo lo que pude hasta que me quitaron de en medio —alega—. Ya lo sabe.

—Lo que importa no es que yo lo sepa, sino que lo sepa el asesino. Si cree que usted es responsable de que el caso se archivara...

—Bueno —resopla Ismael, aparentemente despreocupado ante la perspectiva—. Supongo que no tardaremos mucho en averiguarlo.

—Puedo ayudarle —apunta Nuria—. Podemos ayudarnos mutuamente, Ismael.

—¿A qué se refiere? ¿Es que quiere ser mi guardaespaldas?

—Mejor que eso. Si viene a por usted, podríamos tenderle una trampa.

—Y yo haría de cebo, ¿no es eso? ¿Es que me ha visto cara de gusano? —replica, señalándose el rostro.

—¿Acaso se le ocurre una idea mejor? —alega Nuria, cruzándose de brazos.

—¿Aparte de quedarme en casa y esperar a que me maten? Joder, seguro que sí. ¿No tiene ningún sospechoso?

—Sí. Bueno..., no lo sé. Podría.

—¿Sí-bueno-no-lo-sé-podría?

—Creo que el asesino podría ser en realidad una asesina.

—¿Una mujer? —inquiere Ismael, sorprendido.

—María Martínez, la madre de Laura. Era ginecóloga.

—¿Y?

—Está desaparecida desde 2007 y ha borrado todo su rastro de internet —aclara Nuria—. Tiene conocimientos de medicina, sabe cómo usar un escalpelo y posiblemente tiene acceso a las drogas paralizantes que han usado en los asesinatos.

Ismael bosqueja una expresión entre incrédula y divertida.

—¿En serio cree que la madre de la chica es una asesina en serie?

—Después de su hija también se suicidó su marido, así que no le faltan motivos para haber perdido la chaveta y querer vengarse de todo el mundo.

—¿Diecisiete años después? —objeta Ismael, meneando la cabeza —. Me parece poco probable que alguien se tome tanto tiempo para consumar una venganza, y menos una tan sanguinaria y cruel como esta.

—¡Al contrario! —alega Nuria—. Piénselo. ¿Cómo una mujer normal y corriente podría asesinar a media docena de personas a lo largo de diez días de esa manera tan metódica sin dejar una sola pista y teniendo a la policía dando palos de ciego?

Ismael se toma unos instantes para meditar la respuesta.

—Con mucha preparación.

—¡Exacto! María Martínez ha tenido diecisiete años para planear estos asesinatos hasta el último detalle. Por eso ha sido imposible detenerla, porque nos lleva años de ventaja. Nos ha estado mareando con huellas y pistas falsas desde el principio, para que miráramos hacia el sitio equivocado haciéndonos creer que se trataba de una secta satánica o de un chiflado con un cuchillo.

Ismael se queda pensando las palabras de Nuria.

—Es una locura —dice al fin.

—Pero tiene sentido. La venganza es un plato que sabe mejor frío, ¿no?

—Ya, pero esto es exagerado. Diecisiete años son muchos años.

—En realidad —apunta Nuria, levantando el dedo índice—, si mi teoría es correcta, el primer asesinato sucedió mucho antes, en 2010. El fotógrafo que captó a Laura para la red fue asesinado a cuchilladas, y su mujer, que colaboró con él, fue acusada del asesinato, aunque ella insiste en que es inocente.

—Todos dicen que son inocentes —le recuerda Ismael—. Aunque los pilles con la pistola en la mano.

—Sí, eso decía mi inspector —asiente Nuria—. Pero Luisa Domínguez alega que no recuerda nada y que fue drogada con algo como la escopolamina..., que es justo lo que usaban ellos para que las chicas perdieran su voluntad de resistencia.

—Buff… Algo enrevesado, ¿no?

—Todo es enrevesado en este caso —razona Nuria—. Pero es la única manera de que las piezas encajen.

—¿Insinúas que María Martínez asesinó primero a ese fotógrafo y luego le cogió el gustillo al asunto?

—Quizá al principio solo quería matarlo a él, pero puede que antes de morir le diera los nombres de sus cómplices y la mujer decidió tomarse la justicia por su mano: hacer lo que la policía y los jueces no habían hecho.

—¿Y toda esa parafernalia con el «666» pintado con sangre en el escenario de los crímenes?

—No lo sé —admite—. Puede que lo haga para despistar o que signifique algo que no alcanzamos a compren... —Nuria se calla de repente y abre los ojos como si hubiera visto un fantasma—. No puede ser —murmura incrédula—. Joder..., no es posible.

—¿Qué pasa?

Nuria devuelve su mirada al expolicía.

—La fecha del suicido de Laura. La fecha exacta, ¿la recuerdas?

Ismael niega con la cabeza.

—Fue en 2006. Creo que en junio si no recuerdo mal, pero el día exacto...

—La noticia en prensa del suicidio apareció el día 7 de junio —

recuerda Nuria—. Así que posiblemente sucedió el día anterior, ¿no?

—Supongo, ¿y?

—El 6 de junio de 2006 —dice Nuria lentamente, esperando una reacción de Ismael que no llega—. Seis del seis del seis.

—¡Me cago en la puta! —exclama Ismael—. ¡Es una fecha!

—Ahora ya no cabe ninguna duda —sentencia Nuria—. Ambos casos están relacionados.

Esta vez la pausa de Ismael es mucho más larga. Con la mirada perdida en el techo parece un matemático queriendo resolver en el aire una ecuación especialmente compleja.

Nuria se mantiene en silencio, expectante. Es la primera vez que ha expuesto su teoría en voz alta. Si ha cometido un error de deducción, será ahora cuando se haga evidente.

Ismael respira hondo y deja escapar el aire lentamente, al tiempo que baja la mirada.

—Creo que tienes razón —afirma con la mirada aún perdida en un punto frente a él.

Nuria se muerde los labios para no lanzar un suspiro de alivio.

—Claro que la tengo —afirma, fingiendo seguridad—. Por eso necesito que me ayude.

—No voy a hacer de cebo —advierte, volviéndose hacia ella.

—Sería la mejor manera de que...

—Pero se me ocurre una idea mejor —la interrumpe—. Quizá... que el cebo sea otro. Por ejemplo, el conseller. Si el asesino viene a por mí, con más razón irá a por él, ya que era mi jefe y tuvo que autorizar que me sacaran del caso.

Nuria niega con la cabeza.

—No querrá colaborar —advierte—. Además, ya tiene a su propio equipo de seguridad y no lo expondrán a una situación en la que pueda correr el más mínimo peligro porque se lo digan una policía suspendida y un agente retirado.

—Pues en ese caso, sería mejor no decírselo.

—¿Está sugiriendo que lo protejamos sin que él se dé cuenta?

—¿Qué mejor manera de tender una trampa —señala Ismael, reclinándose sobre la mesa esgrimiendo una sonrisa lobuna—, que con un cebo que no sabe que lo es?

49

Desde una esquina de la acera de enfrente, a unos cincuenta metros y apostada con unos prismáticos dentro de su coche, Nuria mantiene la vista clavada en la entrada principal del edificio de Pedralbes, donde tiene su lujoso piso el conseller de Interior de la Generalitat de Catalunya.

—No se mueve ni un alma —murmura sin apartar los ojos del visor.

—Aún es temprano —apunta Ismael, sentado a su lado en el asiento del copiloto—. Dudo que el conseller se levante antes de las siete.

Llevaban ahí casi doce horas, desde las seis de la tarde del día anterior, vigilando el domicilio del «molt honorable» conseller Jordi Soler i Casas, a la espera de que María Martínez, o quien estuviera actuando en su nombre, hiciera su aparición.

Pero han sido doce horas de frío, tedio y sándwiches de gasolinera.

Justo de frente a la puerta del edificio, un coche patrulla de los Mossos también había montado guardia toda la noche, pero con el motor encendido para así poder mantener encendida la calefacción.

Nuria les echa un vistazo con cierta envidia, ya que ellos no han podido permitirse ese lujo de llamar la atención y, de haber conectado la calefacción tirando de batería, habrían tenido que salir de ahí empujando el vehículo.

—Voy a mear —anuncia Ismael, abriendo la puerta del vehículo.

—Yo también tengo ganas —dice Nuria, apartando los prismáticos —. Pero las chicas lo tenemos más difícil.

—Dentro de nada abrirá la cafetería de ahí abajo —dice Ismael, apuntando con la cabeza en la otra dirección—. ¿Puedes aguantar?

—Qué remedio —suspira, llevándose los prismáticos a la cara.

El expolicía cierra la puerta con suavidad para no hacer ruido y se aleja calle abajo en busca de unos arbustos.

Nuria se queda sola en el coche recordando la primera vez que hizo una vigilancia de ese tipo; aún era cadete en prácticas y el objetivo era un camello de poca monta en la montaña de Montjuic. En aquella ocasión le pareció emocionante, como estar dentro de una película de detectives, lista para salir corriendo en cualquier momento pistola en mano detrás de un sospechoso dándose a la fuga.

Hoy solo tiene ganas de ir al baño, darse una ducha caliente, bajar las persianas de la habitación y meterse en la cama con un buen

somnífero.

Volviéndose un momento, echa mano del termo de café y se sirve lo poco que queda en un vaso de plástico desechable. Está frío y amargo, pero al menos le sirve para deshacerse del sabor pastoso que tiene en la boca.

Ismael vuelve a entrar en el vehículo y sube al asiento del copiloto.

—Bueno… —dice, frotándose las manos en las piernas para entrar en calor—. Pues yo creo que por hoy ya estaría. Dudo que a estas horas vayamos a tener más acción.

Nuria está a punto de decirle que esperen hasta que llegue la escolta que protege al conseller durante el día, pero en cambio asiente con cansancio.

—Me parece bien —coincide, arrancando el motor—. ¿Te dejo en casa?

—No hace falta. El metro ya está abierto y tengo una parada muy cerca. Me apetece estirar un poco las piernas.

—De acuerdo. ¿Esta tarde paso a buscarte a la misma hora?

—Claro. ¿Traerás café?

—Y unos pañales —añade Nuria con una mueca, medio en broma medio en serio.

El impaciente sonido del despertador la despierta en su cama casi diez horas más tarde, obligándola a estirar la mano y detener el insidioso timbre.

Al final no necesitó somníferos ni tuvo las fuerzas suficientes para darse la anhelada ducha caliente. Después de dar de comer a Melón, se deshizo de la ropa camino de la habitación, bajó la persiana y se ovilló bajo el edredón de plumas cerrando los ojos pocos segundos después.

Al despertarse, nota un incipiente dolor de cabeza presionándole la nuca, como si hubiera dormido sobre un ladrillo.

Con renuencia hace a un lado la ropa de cama, se pone en pie y trastrabillando en la oscuridad se mete en el baño, de donde emerge veinte minutos después con la vejiga vacía y envuelta en una toalla.

Recorre la casa recogiendo las prendas que dejó sembradas por el salón y el pasillo y, al regresar a la habitación, sube la persiana de la ventana que da a la calle, abre las cortinas y sus ojos se abren de par en par con la vista clavada en la estrecha calle a varios pisos bajo su ventana.

—¡Ualaaaaa! —exclama, con la excitación de una niña a la que han regalado un cachorro—. Mira, Melón. ¡Está nevando!

Una lluvia de etéreos copos cae frente a su ventana desdibujando edificios, amortiguando los sonidos de la calle y cubriendo las aceras

de un manto níveo, tan solo mancillado por la rodadura de los escasos automóviles que a paso lento bajan por la calle Verdi.

Extasiada con esa visión que pocas veces se puede disfrutar en Barcelona, permanece frente a la ventana hasta que Melón, bastante menos emocionado con la nevada, se frota con su pierna y emite un maullido quejumbroso.

—Ya lo sé, dame un momento —le explica Nuria, renuente a apartar la vista de la ventana.

—*Miauuuuuuu*...

—Que sí, leñe. —Se rinde, volviendo a cerrar la cortina—. Qué pesado que eres.

Mientras Nuria se encamina a la cocina para resolver el asunto gatuno, Melón aumenta el volumen e insistencia de los maullidos, que alcanzan su punto álgido cuando abre la lata de comida y la deja caer entera sobre el cuenco.

—Hala, que aproveche —le dice, pero el gato ya se ha abalanzado sobre su almuerzo e ignora cualquier cosa que no sea el montón de carne de pollo y gelatina que devora a grandes mordiscos.

—Te va a sentar mal comer tan deprisa —le advierte Nuria, meneando la cabeza.

Entonces, un rugido de su propio estómago le recuerda que lleva sin comer desde el día anterior. Abre la nevera para ver qué puede hacerse y comprueba que, salvo unos pocos huevos, una lechuga pocha y medio limón, solo hay cervezas en el refrigerador.

—Mierda —masculla para sí.

Comprueba el reloj y calcula que todos los restaurantes ya estarán cerrados a esa hora, así que ya se puede olvidar de almorzar un *pad thai* o unos *singapore noodles*. Por suerte hay una hamburguesería a un par de manzanas que no cierra por las tardes, así que se viste como si fuera de expedición a la Antártida y, encasquetándose un gorro de lana blanco con borla, sale por la puerta dirigiéndole una última mirada a Melón, que ya se ha encaramado al sofá para hacer la digestión.

Nuria baja por las escaleras saltando los escalones de dos en dos y nada más abrir la puerta de la calle, ante la visión de la acera cubierta de nieve, una sonrisa feliz se forma en su cara.

Con precaución de no resbalar, se dirige a la hamburguesería disfrutando del crujir de la nieve bajo sus pies. Las luces de navidad brillando multicolores sobre su cabeza se reflejan en los cristales de hielo, multiplicándose calle abajo. Niños y no tan niños juegan con la nieve mientras sus padres los filman, un par de chicas graban un improvisado baile de TikTok con el paisaje nevado de fondo, unos caminan con los brazos extendidos y los ojos como platos, otros pasean con sus desconcertados perros envueltos en abrigos

multicolores y no pocos miran al cielo con la lengua fuera para averiguar a qué sabe la nieve.

La ciudad semeja otra y sus habitantes parecen haberse transformado en críos juguetones sin prisas ni vergüenza, como si todos se hubieran puesto de acuerdo en que ese día todo vale con tal de ser felices.

Entonces, una llamada suena en el teléfono de Nuria y se le tuerce la sonrisa al ver el nombre en la pantalla.

—Hola, mamá —saluda.

—Hola, Nurieta, ¿cómo estás?

—Bien. En la calle, de camino a comer algo. ¿Has visto cómo nieva?

—Sí, qué bonito está todo. Sin duda un regalo del Señor para este día tan especial.

—¿Especial? ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¡Es Nochebuena, Nuria!

—¿En serio? —Aparta el móvil de su oído y comprueba en la pantalla que es 24 de diciembre—. Joder —murmura, acercándose de nuevo al teléfono—. Se me había pasado totalmente.

—Trabajas demasiado.

Nuria traga saliva y se muerde el labio inferior.

—Eh, sí... Debe ser eso.

—¿Y a qué hora vas a venir? —le pregunta a continuación—. No harás como el año pasado, ¿no? Que viniste justo para cenar y te marchaste corriendo.

Un par de neuronas hacen saltar una chispa en el cerebro de Nuria y no es hasta entonces que recuerda su promesa de ir a cenar en Nochebuena a casa de su madre.

—Ehh... Sí, claro. Trataré de estar ahí antes.

—¿A qué hora?

—Pues, no sé... Déjame hablar con mi inspector y a ver qué me dice.

—De acuerdo. Pero dile de mi parte que hoy no es día para estar trabajando, que hasta los criminales estarán en casa con sus familias.

—Mamá, ya sabes que mi trabajo no es como estar en una oficina de 9 a 5. Los delincuentes no se toman días libres, ni siquiera en Navidad.

Un momento de silencio al otro lado de la línea.

—Pero vendrás, ¿no? —pregunta su madre con tono lastimero.

Nuria detesta mentir y aún más a su madre, pero tampoco tiene el ánimo para decirle la verdad e iniciar una discusión o escucharla llorar.

—Haré todo lo que pueda para estar ahí —termina diciendo—. Pero no te puedo prometer nada, mamá.

Brota un profundo suspiro de decepción en el auricular y Nuria comprende que, si sigue al teléfono, la conversación no va a ir a mejor.

—Ahora te tengo que dejar —añade, antes de que al suspiro de su madre le siga un reproche—. Luego te llamo, mamá —se despide, cortando la llamada.

«Mierda —piensa mientras se guarda el teléfono en el bolsillo—. ¿Cómo se me ha podido pasar que ya estamos en Navidad?... Aunque, quizá, las luces de la calle me tendrían que haber dado una pista».

Haciendo a un lado el sentimiento de culpa, se centra en llegar a la hamburguesería mientras piensa que Ismael tampoco mencionó que esa noche era Nochebuena. Por lo poco que lo conocía, diría que tampoco tenía nadie con quien celebrarla.

¿Sería ese el sino de los policías entregados a su trabajo? ¿La soledad y la incomprensión de amigos y familiares? ¿Valía la pena dar tanto a cambio de tan poco?

Entonces abre la puerta de la hamburguesería y se encuentra con todas las mesas llenas de familias con niños, parejas de enamorados y adolescentes flirteando entre sí.

—Parece que la nieve hace feliz a la gente, ¿no?

Se vuelve hacia la voz y se encuentra con los ojos negros de un guapo camarero hindú al otro lado del mostrador, ataviado con un gorro de Papá Noel y una deslumbrante sonrisa en el rostro.

—Sí, eso parece —sonríe a su vez Nuria, dedicándoles una nueva mirada y sintiendo muy dentro de sí la necesidad de protegerles de la oscuridad del mundo real.

Sí que vale la pena el sacrificio de hacer lo que hace, comprende, porque aunque quisiera no podría ser de otra manera.

50

De camino a recoger a Ismael, se ha encontrado con varias calles cortadas por una manifestación de los Renacidos, a quienes, al parecer, ni la nevada ni la inminente festividad disuaden de salir en masa con sus antorchas, sus cruces y sus coloridas pancartas en contra del aborto, los homosexuales o la eutanasia. A pesar de hallarse en las antípodas ideológicas, Nuria ha de admitir que el desfile de varios miles de manifestantes en un día como aquel resulta impresionante.

Aún no han dado las cinco de la tarde cuando aparcan muy cerca de donde lo hicieron la noche anterior. Desde su posición pueden ver la entrada principal del edificio, el coche patrulla que monta guardia frente a la puerta y, cinco pisos más arriba, las cálidas luces del exclusivo ático del conseller. Las cortinas echadas impiden ver nada de lo que sucede en su interior, pero siluetas de niños y adultos se proyectan en ellas como en un teatro de sombras chinescas; a Nuria le resulta fácil imaginar que están con los preparativos de la cena familiar.

—He traído un par de mantas —comenta Ismael, abriendo la bolsa deportiva que sostiene sobre las rodillas—. Hoy tiene pinta de que va a hacer más frío que ayer.

Nuria echa un vistazo a la bolsa entreabierta.

—Yo un termo de café y un paquete de galletas.

—Menuda cena de Navidad, ¿eh? —apunta Ismael con una mueca —. Ese cabrón poniéndose tibio de marisco frente a la chimenea con su familia y nosotros aquí, pasando frío y cenando café con galletas.

—Son galletas con trocitos de chocolate —advierte Nuria.

—Ah, vale. Haberlo dicho antes. Eso lo cambia todo.

Ambos intercambian una mirada cómplice y esbozan una sonrisa de resignación.

Es lo que hay, se dicen sin abrir la boca.

En ese momento, un vehículo oficial negro con los cristales tintados se detiene frente a la entrada del edificio. Un hombre fornido de traje oscuro se apea y comprueba los alrededores con aire profesional. Cuando parece darse por satisfecho, rodea el vehículo y abre la puerta del pasajero, del que sale el conseller Jordi Soler i Casas.

Cubriéndose de la nevada con su maletín, el conseller cruza la acera seguido por su guardaespaldas, que lo escolta hasta el interior del edificio y solo regresa cuando lo sabe a salvo, como un novio

acompañando a su chica en un barrio peligroso.

En cuanto vuelve, el coche oficial se pone en marcha y desaparece calle abajo, difuminándose en la nevada.

—Pues ya tenemos otra vez al gusano en el anzuelo —murmura Ismael.

Nuria se vuelve hacia él, alzando una ceja.

—¿Lo de gusano va con segundas?

—Y con terceras. Cuando ejercía de comisario era un cretino y un trepa, y diría que la cosa no ha ido a mejor con el tiempo.

—Bueno, si lo han puesto de conseller de Interior será por algo, ¿no?

Ismael Flores tuerce el gesto.

—Conociéndolo, lo más probable es que haya llegado hasta ahí a base de codazos y cuchilladas por la espalda.

Nuria se frota la barbilla con aire pensativo.

—Empiezo a sospechar que no te cae bien.

—Qué perceptiva —rezonga Ismael—. ¿Sabes? Deberías ser policía.

—¿Es que pasó algo entre tú y él? —pregunta Nuria.

—Dudo siquiera que recuerde mi existencia —aclara, negando con la cabeza—. Apenas hablamos un puñado de veces mientras fue comisario y ninguna de ellas para felicitarme por mi trabajo. Ni siquiera se dignó a despedirse el día que me jubilé.

—Ahora que lo mencionas... ¿Por qué te jubilaste antes de tiempo?

Ismael se encoge de hombros y resopla.

—Estaba quemado. Demasiados años viendo, oliendo y pisando mierda.

—Pero... he visto tu piso —objeta Nuria—. Tienes recortes de casos en las paredes.

—No me refiero al trabajo policial —aclara, volviéndose hacia ella —. Aunque también acaba pasando factura. Me refiero a todo lo demás; a los chanchullos de algunos, a la estupidez de otros, al politiqueo y el peloteo, a...

—A que cierren un caso y censuren el expediente.

Ismael asiente.

—Por ejemplo —confirma—. O, como en tu caso, que te suspendan por querer hacer bien tu trabajo.

—Ya, bueno..., aunque creo que la cagué bastante.

—Eso da igual —objeta—. Bueno, no del todo. Tu línea de investigación era la correcta y, en cambio, en lugar de apoyarte te suspenden. Mientras, ellos no saben por dónde tirar y el asesino aún anda suelto por la ciudad.

Nuria alza las cejas y exhala profundamente.

—Aún hay que ver si estoy en lo cierto —contesta—. De momento solo estamos tú y yo aquí vigilando una portería mientras nieva, en

lugar de celebrando la Nochebuena con la familia.

—Pues no sé tú —alega Ismael con una mueca—, pero yo casi que prefiero estar aquí. Mi familia es un hermano imbécil, una exmujer que se hartó de mí y una hija que no me habla desde hace años. —Hace una pausa y añade—: ¿Y tú? ¿Tienes familia con quien estar en Navidad?

—Mi madre y mi abuelo.

—¿Y por qué no estás con ellos? Esto lo podría estar haciendo yo solo.

—Aquí es donde tengo que estar —aclara—. Es mi deber.

—Ya no. Estás suspendida, ¿recuerdas?

—Y tú estás jubilado —replica—. Sea como sea, sigo siendo policía y quizá esta sea la última oportunidad de atraparlo.

Ismael se queda en silencio, contemplando los copos de nieve caer sobre el parabrisas.

—Ninguno de los dos tendría que estar aquí en realidad... —masculla al cabo de un rato.

—Pero aquí estamos.

—Aquí estamos —repite Ismael con resignación y, echando la mano al termo, pregunta—: ¿Café?

—Aún no me... —empieza a decir Nuria, pero se interrumpe al ver cómo el coche patrulla enciende las luces del techo—. ¿Qué pasa?

Antes de que Ismael llegue a contestar, el vehículo se pone en marcha y con las luces lanzando silenciosos destellos se aleja calle abajo.

—¿Qué cojones...? —murmura el expolicía con extrañeza.

—¿Por qué se marcha?

—Vete a saber —responde—. Imagino que al ser Nochebuena irán cortos de personal y les habrán necesitado para algo urgente.

—¿Y dejan sin protección al conseller?

Ismael se vuelve a medias con una sonrisa lobuna.

—Quizá no soy el único al que le cae mal —sugiere—. Aunque lo más seguro es que enseguida venga alguien a relevarlos.

—Eso espero.

—No te preocupes. De todos modos, estamos nosotros aquí, ¿no?

—Ya... bueno. Pero preferiría tener cerca un par de agentes armados.

Ismael introduce la mano en su abrigo y saca una pistola negra de su bolsillo interior.

—Heckler and Koch P30 de nueve milímetros —recita, mostrándosela a Nuria.

—No sabía que ibas armado.

—No me lo has preguntado —alega Ismael, volviendo a guardarse el arma—. ¿Dónde está la tuya?

—En mi taquilla de Egara.

—Ah, estupendo —comenta con sorna—. Nos resultará muy útil tenerla ahí.

—No pensé que fuera a necesitarla.

Ismael la mira en escorzo.

—Un arma es como un condón —le dice—. Es mejor tenerlo y no necesitarlo que necesitarlo y no tenerlo.

Nuria resopla por la nariz.

—Cuánta sabiduría en una sola frase.

—Tú ríete. Pero yo estoy más tranquilo si llevo conmigo a *Porsiaca*.

—¿*Porsiaca*? —repite con asombro—. ¿Le has puesto nombre a tu pistola? No me digas que eres de los que también llama «Pequeño Isma» a su pene.

El expolicía alza una ceja y la mira de reojo.

—No, pero si lo hubiera hecho te aseguro que la palabra «pequeño» no habría ido en el nombre.

Y en ese preciso instante, justo cuando Nuria abría la boca para contestarle, el alumbrado público, los adornos navideños y las luces del edificio del conseller se apagaron repentinamente, sumiéndolo en la más completa oscuridad.

51

A pesar de las náuseas que le producen, Laura mira todos los vídeos que le han enviado desde la agencia. Se trata únicamente de cortos fragmentos de lo que debieron de ser horas, pero no hace falta mucha imaginación para suponer lo que sucedió el resto de la noche.

Laura hunde el rostro entre sus manos y llora desconsoladamente, por ella, por esa chica del vídeo, y por sentir que ha perdido el control de su vida.

Llena de rabia, piensa en llamar a la policía y denunciar lo sucedido, retomar el control. Pero viéndose en el vídeo, es consciente de que nadie diría que está siendo víctima de una manipulación. Parece totalmente dispuesta y sumisa, sin que en ningún momento se resista a ninguna de las vejaciones que aquellos cinco hombres llevan a cabo por separado o en grupo mientras un sexto les filma; posiblemente el mismo fotógrafo.

Entonces el teléfono vuelve a sonar y es él mismo quien le pregunta:

—¿Ya lo has visto?

—Eres un hijo de puta —contesta Laura entre dientes.

—Entiendo que eso es un sí.

—Te voy a denunciar —advierte Laura—. A ti y a todos esos cerdos. Vais a acabar todos pudriéndoos en la cárcel.

Al otro lado de la línea suena una carcajada impostada.

—No, niña. Eso no va a pasar.

—Y una mierda que no. Voy a...

—Tú no vas a hacer nada —la interrumpe—. Nadie te va a creer al ver ese vídeo. Cualquiera que lo vea, dirá que te lo estás pasando en grande.

—Me drogasteis.

—La escopolamina desaparece del organismo a las pocas horas, así que para la policía solo serás una joven que ha querido sacarse un dinero extra prostituyéndose y que luego ha tratado de chantajearme queriendo sacar más. No podrás probar nada.

—¡Pero eso es mentira!

El hombre resopla con cansancio, como si no le tocara a él dar ciertas explicaciones.

—Madura, Laura —le dice, casi como si le estuviera haciendo un favor—. Hoy en día, la verdad y la mentira carecen de significado. Lo único que importa es lo que piense la gente, y ellos creerán lo que

nosotros queramos.

—Pero la justicia...

Esta vez la risotada es real.

—La justicia —repite, divertido—. ¿A quién crees que va a proteger?, ¿a una joven que se ha hecho fotos desnuda y luego se ha presentado en una fiesta llena de hombres adultos con los que ha tenido sexo... o a unos honrados hombres de negocios y respetados padres de familia?

—¿Qué fotos desnuda? —pregunta Laura, aunque mientras la formula ya sospecha cuál es la respuesta.

—¿Aún crees que la sesión de fotos era para hacerte un *book*? —inquiere, sinceramente sorprendido—. ¿Por qué crees que nunca te las mostré?

Laura se toma unos instantes para procesar todo aquello.

Se siente estúpida y, lo que es peor, avergonzada de ser tan estúpida.

La han engañado como a una niña pequeña con un caramelo y ni siquiera ha sospechado nada hasta que ha sido demasiado tarde.

Porque al contrario de lo que dicen las películas americanas, no todos los problemas tienen solución, la verdad no siempre triunfa y en su caso ya es demasiado tarde para hacer nada.

La han jodido bien, literal y metafóricamente, y no ve manera de solucionarlo. Entiende que ese desgraciado de Félix tiene razón y que ni la policía ni la justicia van a condenar a ninguno de esos hombres. Si acaso, parte de la opinión pública no tardará en tacharla de puta, drogadicta o ninfómana; el vídeo llegará a millones de hombres que se masturbarán viendo cómo la usan, y eso se quedará en la red para siempre.

No es raro el día en que aparecen noticias de una violación, y cómo parte de la opinión pública se ensaña con la víctima acusándola de ser la responsable por llevar una falda demasiado corta o salir sola por la noche. Qué no dirán de ella esos mismos tras verla en ese vídeo sin oponer resistencia.

Algún día, años o décadas después, tendrá una pareja que verá ese vídeo, una hija que verá ese vídeo, un jefe o un compañero de trabajo que verá ese vídeo... y de nada servirán sus explicaciones. Podrán, como mucho, asentir consternados, pero en el fondo siempre les quedará la duda. A ellos, a su padre, a su madre, a sus profesores, a sus compañeros de instituto...

Desde el día en que ese vídeo se haga público, su vida habrá terminado sin importar lo que ella diga o haga, e incluso sin importar lo que llegue a decidir un juez.

No quiere pasar por eso..., pero tampoco quiere volver a ser una muñeca hinchable en manos de unos depravados.

Aún con el teléfono al oído, comprende que no tiene escapatoria.

—Mierda —profiere Nuria, al comprobar que la luz se ha cortado en toda la manzana—. Esto no me gusta nada, Ismael.

—A mí tampoco. ¿Qué hacemos?

—No lo sé, pero quedarnos en el coche seguro que no.

—Creo que deberíamos ir a echar un vistazo —sugiere Ismael, desenfundando la pistola.

Nuria asiente, encasquetándose el gorro de lana en la cabeza y saliendo del coche.

El frío nocturno le muerde la cara como un ente físico y una nube de vaho se forma frente a su cara al respirar. La nieve cruje bajo sus pies, rompiendo el fantasmagórico silencio que se ha adueñado de la noche. Nadie en la calle, ningún coche circulando, solo la nieve cayendo sigilosamente como una perezosa lluvia de pequeñas plumas blancas.

Discretamente, se acercan a la portería del edificio mirando en todas las direcciones mientras caminan. Al llegar a esta se encuentran con la puerta cerrada y solo el tenue resplandor amarillento de una luz de emergencia apenas alumbrando la entrada.

Las luces del portero automático también están apagadas, y aunque Nuria pulsa el botón correspondiente al ático no suena ningún timbre ni responde voz alguna.

—Echemos un vistazo a la parte de atrás —sugiere Ismael en voz baja, sacando una pequeña linterna del bolsillo

Nuria sigue sus pasos, rodeando el cuidado jardín por el sendero de piedra que bordea el edificio.

—Ahí está la entrada de servicio —advierte Nuria señalando una sencilla puerta metálica parcialmente oculta entre los setos.

En cuanto la linterna de Ismael ilumina la cerradura, Nuria se da cuenta de que algo pasa. Algo malo.

—¡Joder, está abierta! —exclama.

—Peor —señala Ismael, agachándose y pasando la mano por el borde—. Mira, está forzada.

—Ya está aquí —concluye Nuria, echando un fugaz vistazo al interior por la puerta entreabierta.

—Tenemos que subir —resuelve Ismael, corriendo el cerrojo de la H&K para cargar una bala en la recámara—. Ahora.

—Vamos —asiente Nuria, agarrando el pomo de la puerta y abriéndola de golpe de par en par.

Ismael cruza el umbral iluminando en todas las direcciones con la linterna que lleva pegada junto al arma.

La entrada trasera consta de un pequeño recibidor, un ascensor de servicio y una estrecha escalera que se pierde en la oscuridad de las plantas superiores.

Nuria emplea la luz de su teléfono móvil para alumbrar a su espalda y el pequeño hueco bajo la escalera.

—Aquí no hay nadie —masculla en voz baja—. Subamos.

—Sígueme —contesta Ismael, y comienza a ascender por los escalones apuntando hacia adelante.

Ambos son como una burbuja de luz en las lúgubres escaleras de servicio. Ni tan solo hay luces de emergencia que arrojen una mínima claridad.

Nuria siente cómo empieza a transpirar bajo el gorro de lana y plumón. Con la manga del abrigo, seca las gotas de sudor que resbalan por su frente mientras se mantiene en tensión, vigilando su espalda y cualquier rincón especialmente oscuro en los rellanos.

Muy despacio y en absoluto silencio, van subiendo una planta tras otra. Voces de adultos y niños, ruidos de pasos y de sillas moviéndose emergen de las puertas de los pisos ante los que van pasando. Familias preparando la cena de Navidad a la luz de las velas, ajenas a lo que está sucediendo a pocos metros de sus domicilios.

Nuria da un respingo cuando alguien lanza un grito desde uno de los apartamentos; una mujer joven, a juzgar por la voz. No es hasta que una carcajada la sucede que vuelve a respirar tranquila y su corazón vuelve a palpitar.

Ismael sigue subiendo escalones sin prisa, pero sin pausa, con la espalda pegada a la pared y la linterna alumbrando lo más lejos posible.

Nuria, pendiente de cubrir las espaldas, casi tropieza con él cuando el expolicía se detiene en un rellano.

—¿Qué pasa? —le pregunta.

Ismael levanta el índice para señalar la placa dorada que hay sobre su cabeza.

«ÁTICO», pone en letras mayúsculas.

Al contrario de las plantas anteriores, hay solo una puerta en ese rellano.

Ismael apoya la mano sobre la madera maciza y empuja levemente.

—Está cerrada —informa.

Nuria se aproxima y pega la oreja a la puerta. Oye voces de gente hablando tranquilamente.

—Creo que llegamos a tiempo —dice, y un momento después golpea la puerta con los nudillos.

De repente las voces se callan y suenan unos pasos al otro lado.

—¿Sí? —pregunta la voz de una mujer—. ¿Quién es?

—¡Policía! —exclama Nuria, quizá demasiado alto dadas las circunstancias—. Necesitamos hablar con el conseller —añade bajando el volumen.

—El señor está cenando ahora mismo.

—Debe de ser la asistenta —susurra Ismael.

—Dígale que soy la agente Nuria Badal —insiste—. Y que tengo que hablar con él urgentemente. Es cuestión de vida o muerte.

La doncella parece pensárselo por un momento, pero acaba diciendo:

—Un momento, por favor.

Ismael es ahora quien vigila la escalera, barriéndola con la linterna, mientras Nuria aguarda.

—¿Hola? —pregunta la voz de Jordi Soler i Casas al otro lado de la puerta, que sigue sin abrirse.

—Conseller —contesta Nuria—. Soy Nuria Badal, tengo que hablar con usted.

—¿Usted otra vez? —inquiere el político con estupor—. No sé quién se ha pensado que es, pero que venga usted a mi casa es algo totalmente inadmi...

—¡Conseller! —le interrumpe—. Escúcheme. Está usted en peligro.

—¿Qué? ¿De qué me habla?

—El Asesino Satánico —le dice—. Creemos que viene a por usted.

—¿El Asesino...? ¿Ha perdido usted la cabeza?

—No, Jordi —interviene Ismael—. Créala. Está usted en peligro.

La puerta finalmente se abre y asoma el rostro deslumbrado del conseller. A su espalda brilla el resplandor de unos candelabros y se escuchan las voces de un par de niños.

—¿Agente Flores? —pregunta, desconcertado—. ¿Es usted?

«Vaya, pues sí que lo recuerda», piensa Nuria.

—Hace mucho que no soy agente —puntualiza—. Casi tantos como usted sin ser comisario.

—¿Están los dos juntos? —inquiere—. ¿Pero qué cojones está pasando aquí? ¿No ven que estoy de cena de Nochebuena con la familia?

—Señor —dice Nuria—. Aquí no está a salvo. Usted y su familia deberían marcharse a un lugar seguro.

—¿Un lugar seguro? ¿Bromea? Esta puerta es blindada y debajo de casa tengo una patrulla vigilando.

—Esa patrulla ya no está —aclara Nuria—. Y la puerta de servicio ha sido forzada. Creemos que el asesino puede estar ya en el edificio.

—¡Pues razón de más para no salir!

Nuria niega con la cabeza con vehemencia.

—Si algo sabemos de ese asesino... o asesina, es que es

terriblemente metódico y lo tiene todo calculado. Ha matado a varias personas en sus domicilios.

—Si ha venido a por usted —confirma Ismael—, es porque ya tiene planeado cómo entrar... Del mismo modo que ha planeado deshacerse de la patrulla de mossos y provocar un corte de luz en esta calle.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunta una voz femenina desde el interior del piso—. Clotilde ya está sirviendo la cena.

—¡Un momento! —contesta el conseller, dándose la vuelta.

—Tenemos que irnos —le apremia Ismael—. Cada segundo que pase aquí se está poniendo en peligro.

—¡Pero no puedo irme! —replica, haciendo un gesto hacia la luz de las velas a su espalda— Es Nochebuena..., mi familia...

—Si quiere proteger a su familia, lo mejor que puede hacer es venir con nosotros.

—No —replica—. Llamaré a Egara para que manden otra patrulla.

—Es Navidad y está nevando, conseller —alega Ismael—. Andan tan cortos de personal y habrá tanto lío ahí fuera con la nieve —señala hacia la calle—, que tendrá suerte si queda alguien libre dentro de una hora.

Ignorando la advertencia del exagente, el conseller saca su teléfono del bolsillo de su pantalón y tras elegir rápidamente un nombre de la agenda, pulsa el botón de llamada y se lleva el aparato a la oreja.

—No hay señal —advierte confuso, con la vista clavada en la pantalla—. ¿Por qué no hay señal?

—Quizá están usando un inhibidor —aventura Ismael— para evitar que pueda llamar pidiendo ayuda.

Nuria saca su teléfono y hace una rápida comprobación.

—Es cierto. No hay señal —confirma con preocupación—. Tenemos que irnos.

El conseller, siempre altanero y seguro de sí mismo, empieza a reflejar el miedo en su cara.

—Pero... pero...

—No hay tiempo para peros —le corta Ismael—. Hay que irse ya.

—Mi familia —protesta, alterado—. No puedo dejarla aquí.

—¿Tienen coche?

—¿Coche? —repite—. Sí, claro.

—Nuria —dice Ismael, tomándola por el brazo—, ¿te llevas tú a su familia en su coche, y yo me llevo al conseller en el tuyo a la comisaría de Plaza España?

—Eh... sí, claro —contesta ante la inesperada propuesta.

—Un momento —alega el conseller—. ¿Por qué separarnos? Prefiero que...

—Es lo más seguro para todos —replica Ismael sin dejarle acabar la frase—. Si el asesino decide perseguirnos, ¿quiere que su mujer y sus

hijos estén junto a usted? Será mejor que esta noche la pasen en un hotel o en casa de algún familiar.

El rostro de Jordi Soler i Casas es una máscara de confusión.

—Yo... No sé...

—Yo, sí —le ataja Ismael, acercándose y apoyando la mano en su hombro—. Diga a su familia que venga de inmediato, conseller. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

53

Dos minutos más tarde, Nuria sale del aparcamiento subterráneo del edificio conduciendo un Volvo XC90 blanco, propiedad de Elisenda Masferrer, la mujer del conseller y que en ese momento se sienta a su lado con un escotado traje de noche negro, confusa como nunca lo ha estado en su vida.

De reojo, Nuria observa por un segundo su porte regio y aspecto impecable sin un pelo fuera de su sitio, a pesar de haber sido sacada de casa sin tiempo para arreglarse. De haber sido ella la que estuviera en esa situación, piensa fugazmente, llevaría pelos de loca, un pijama agujereado y unas zapatillas de felpa rosa. La esposa del conseller debe ser unos diez o quince años más joven que su marido, calcula a ojo; la típica pija altanera de buena familia de Barcelona, criada para dar hijos pijos altaneros con apellidos compuestos, a políticos trepas y empresarios sin pedigrí.

En el asiento de atrás, un niño y una niña de ocho y diez años respectivamente, ataviados a juego con el inadecuado vestido de su madre, guardan un enojado silencio, mal resignados a haberse perdido la cena y la apertura de los regalos que aguardaban apilados bajo el árbol de Navidad.

—¿A dónde vamos? —pregunta la niña, enfurruñada.

—Ya os lo he dicho: a casa de la abuela —responde la madre con voz tranquila.

—¡Yo no quiero ir a casa de la abuela! —protesta el pequeño, cruzándose de brazos—. ¿Y quién es esa? —añade, refiriéndose a Nuria con un desprecio calculado.

—Es una agente de policía, Aleix —aclara Elisenda Masferrer, aunque la mirada de reojo que le dedica a Nuria parece ponerlo en duda.

—¿Y a dónde ha ido papá? —inquiere de nuevo la niña—. ¿Por qué no viene con nosotros?

—Papá ha tenido que ir a resolver un asunto urgente, Mireia —responde, volviéndose hacia su hija—. Mañana por la mañana pasará a buscarnos para volver a casa y abrir los regalos.

—¡Pero yo quiero abrirlos ahora! —exclama Aleix—. ¡La abuela es vieja y aburrida!

—Silencio los dos —les ordena Elisenda con firmeza, sin necesidad de alzar la voz—. Si volvéis a abrir la boca os quedaréis sin regalos de Navidad. ¿Está claro?

—Sí, mamá —responden sumisamente, bajando la cabeza.

Nuria los observa de reojo, sorprendida de la docilidad de los pequeños. Con esa edad, recuerda cómo ella sacaba de quicio a sus padres hasta que lograba lo que quería.

Conduciendo por calles semidesiertas cubiertas por una creciente capa de nieve, Nuria sube por Calatrava en dirección al paseo de la Bonanova. La casa de la abuela materna está, cómo no, en el barrio de Sarriá. A escasos minutos en coche de la vivienda del conseller.

Un momento antes, Nuria ha visto partir a Ismael y su pasajero con rumbo a la comisaría de la plaza de España, la más grande de la ciudad y donde podrá pasar la noche seguro y protegido.

Instintivamente, echa un vistazo por el retrovisor y comprueba que ningún vehículo les sigue. Es una de las ventajas de que no haya prácticamente nadie circulando en una noche como esa, sería casi imposible seguirles sin ponerse al descubierto.

Temió que bajar desde el ático a oscuras, con toda la familia e incluso la asistenta —que se fue a su casa por su cuenta—, fuera el momento elegido para atacarlos. El descenso de los cinco pisos por la escalera se le hizo eterno, temiendo tropezarse a cada esquina con un psicópata —o una psicópata, más bien—, cuchillo en mano y lanzándose a por ellos dando alaridos.

Por fortuna, nada de eso pasó y salvo algún traspiés llegaron sin problema al parking del edificio, de donde salieron vigilando a ambos lados de la calle con toda la precaución del mundo, como personajes en una película de zombis.

Si todo sale bien, piensa mientras conduce el todoterreno de lujo en dirección a Sarriá, el conseller e Ismael llegarán a la plaza de España en diez minutos y todo se habrá terminado. Quedará demostrado que ella tenía razón, que la muerte de Laura diecisiete años atrás y la forma en que se cerró el caso son la causa y el origen de los asesinatos actuales. «De aquellos polvos, estos lodos», como diría el abuelo Pepe. Con un poco de suerte, incluso, el conseller intercederá en su favor y será rehabilitada en su puesto, y quién sabe si incluso ascendida por su perspicacia.

De pronto, siente una necesidad apremiante de llamar a su abuelo y decirle que todo le va a salir bien.

Diez minutos, se dice. Diez minutos y todo esto habrá terminado.

Al llegar al paseo de la Bonanova, toma la avenida y, a su lado, Elisenda Masferrer comenta:

—Ya casi estamos —advierte—. El tercer semáforo a la izquierda.

—De acuerdo —contesta Nuria.

Entonces, la mujer se inclina hacia ella y susurra en su oído.

—Todo va a salir bien, ¿no?

Su carísimo perfume y su expresión hierática contrastan con la contenida ansiedad que destila su voz.

—Sí, claro que sí —responde Nuria con teatral entusiasmo—. Ismael es un buen policía y en pocos minutos llegarán a la comisaría.

—¿Puedo llamar ahora a mi marido? —pregunta, mostrándole el iPhone que lleva en la mano.

—Sí, claro —contesta—. Llámelo. Quédese tranquila.

Sin pensarlo, Elisenda enciende el teléfono y rápidamente selecciona el teléfono de su esposo en la agenda.

—Da señal —afirma, llevándose el aparato al oído.

Nuria puede oír el tono de llamada, pero nadie contesta al otro lado.

—Vamos, Jordi... Coge el teléfono —masculla en voz baja.

Al cabo de unos segundos, la llamada se corta al no ser atendida.

Elisenda se gira hacia ella con el ceño fruncido.

—¿Por qué no contesta? —inquiere con preocupación.

—¿Se llevó el teléfono con él? —pregunta Nuria.

—Se lo metí yo misma en el bolsillo.

—Pues quizá lo tenga en silencio.

—Le llegaría el aviso al *smartwatch*.

—No sé..., puede que estén por el túnel de General Mitre y falle la cobertura —aventura Nuria—. No se preocupe —insiste—. Todo va a salir bien.

Nuria saca su teléfono y pulsa en la pantalla sobre el nombre de Ismael Flores.

Su teléfono también da señal de llamada, pero con el mismo resultado.

Elisenda le lanza una mirada de preocupación al ver que cuelga el teléfono sin recibir respuesta.

—Puede haber mil razones para que no contesten —alega—. De verdad, no se preocupe. Estarán bien.

—Deberíamos llamar a la policía —dice, y al caer en la cuenta, añade—: A más policía, con armas y sirenas... Ya sabe a qué me refiero.

—La comprendo —contesta—. Yo me encargo en cuanto estén a salvo.

Tras un par de segundos, Elisenda asiente y señala una casa de tres plantas cien metros más allá. Una mujer de pelo canoso envuelta en un abrigo de visón aguarda en el portal.

—Ahí es —indica—. Puede dejarnos en la puerta. Estaremos bien.

—Estupendo…, ¿podría pedirle un favor?

—Dígame.

—Necesito su coche para llegar hasta la comisaría de la plaza de

España y allí recoger el mío. Le dejaré las llaves a su marido.

Esta vez la respuesta es inmediata.

—Claro, lléveselo. Y en cuanto vea a Jordi, dígale que me llame enseguida.

—Descuide —asiente, al mismo tiempo que detiene el Volvo frente a la casa familiar—. Ahora mismo llamaré a la comisaría para ver si ya están allí.

Los dos niños ya se han bajado del vehículo y corren al interior de la casa, pasando raudos junto a su abuela sin siquiera detenerse.

La madre se detiene un momento con la puerta abierta del vehículo y se queda un instante mirando a Nuria, como si no supiera si darle las gracias o maldecirla por aquella pesadilla navideña.

—Encuentre a mi marido —dice finalmente y, cerrando la puerta de golpe, se da la vuelta y abraza, atravesando la acera cubierta de nieve, a la mujer de pelo blanco bajo la protección del portal.

—De nada —contesta Nuria al asiento vacío del copiloto.

A continuación, vuelve a sacar el teléfono y llama a Ismael otra vez.

El resultado es idéntico.

—Joder, Ismael. ¿Qué coño pasa?

Se da cuenta de que ha olvidado pedirle el teléfono del conseller a su esposa, de modo que no puede contactar con ninguno de los dos.

Arranca el coche y mientras pone rumbo a la comisaría de la plaza de España, con la mano libre llama a Susana.

—¡Hola, Nurieta! —la saluda con voz achispada, nada más descolgar el teléfono—. ¡Feliz Navidad!

—Susi —contesta Nuria con voz tensa—, ¿estás en la comisaría?

—¿Qué? No, claro que no. ¿Qué pasa?

—Necesito que me hagas un favor urgente.

—¿Un favor? —repite—. Sí, claro, pero... ¿Qué pasa? ¿estás bien?

—Ya te lo explicaré —contesta cortante—. Ahora necesito que llames a la comisaría de la plaza de España y averigües si el conseller de Interior ha llegado con un expolicía llamado Ismael Flores.

Susana se toma unos instantes antes de contestar.

—¿Estás borracha, Nuria? —le pregunta—. Si es algún tipo de broma, ya te digo que no...

—¡No es ninguna broma! —la interrumpe—. Es cuestión de vida o muerte. ¿Puedes llamar?

—Eh... Vale. Pero ¿por qué no lo has hecho tú directamente?

—No puedo perder tiempo dando explicaciones a un agente. Insiste en que es urgente y que me avisen cuando lleguen, si no lo han hecho ya.

—Ah... Okey. Vale. Pero me debes una larguísima explicación de lo que...

—Mañana —la corta de nuevo—. Ahora llama, por favor. Y tenme al corriente.

Y sin esperar respuesta, cuelga el teléfono y se centra en la conducción mientras atraviesa el barrio de Pedralbes a toda velocidad sobre la nieve.

No han pasado ni dos minutos cuando suena el teléfono y el nombre de Susi aparece en la pantalla.

—Dime —contesta, al tiempo que se salta el semáforo de la Diagonal y se incorpora a la avenida sin pisar el freno.

—En la comisaría de la plaza de España no han aparecido —le informa Susana—. Les he dicho que te llamen enseguida si llegan.

—Gracias.

—¿Necesitas algo más? ¿Un Valium, quizá?

—No. Necesito que llames al resto de las comisarías de Barcelona por si han ido a alguna otra.

—Nuria..., estoy en mitad de la cena de Nochebuena con la familia.

—Es muy importante, Susana —le urge—. Por favor.

Nuria oye resoplar a su amiga al otro lado de la línea.

—Está bien... —se resigna—. Pero me de...

—Sí, lo sé —la corta—. Te debo otra. Pero, por favor, haz esas llamadas.

—De acuerdo.

—Gracias, Susi —le dice, y cuelga de nuevo.

¿Qué mierda está pasando aquí?, piensa mientras pasa junto al altísimo árbol de Navidad plantado frente al Corte Inglés, cubierto de nieve y de parpadeantes luces de colores.

—¿A dónde coño has ido, Ismael? —se pregunta en voz alta, dándole vueltas a la cabeza.

Entonces, recuerda que en su bolsa, que está en el asiento trasero de su coche, lleva un iPad que decidió traer por si se aburría durante la vigilancia.

Frenando de golpe, sube el Volvo a la acera y se detiene para poder acceder a la aplicación de «Buscar» de su teléfono. En cuanto la abre, le pide que lo localice e indique en el mapa la localización de su tableta Apple.

En menos de un segundo, el mapa se desplaza desde su posición y se detiene en un punto de la ciudad que no logra identificar.

Tiene que expandir el plano para comprender que su coche está aparcado en el último lugar que habría imaginado.

Justo frente al templo del Tibidabo.

Instintivamente, mira a su izquierda y levantando la vista contempla el llamativo santuario encaramado en la cumbre de la montaña del Tibidabo; resplandeciente bajo los focos que le hacen

brillar en la noche, creando la ilusión de que flota en el aire, como un inmenso fantasma suspendido a quinientos metros de altura sobre la ciudad.

54

Descartando que hayan sentido el repentino impulso de ir a rezar al Templo del Sagrado Corazón de Jesús, que es como se llama realmente la iglesia del Tibidabo, a Nuria solo se le ocurre que hayan llegado hasta allí huyendo, o que alguien les haya obligado a ir hasta allí arriba. El hecho de no poder contactar con Ismael ni con el conseller, no hace sino acrecentar su sospecha de que algo va terriblemente mal.

Angustiada por la posibilidad de que todo se esté yendo a la mierda, comprende que no le queda más remedio que hacer una llamada que de ninguna manera quería realizar.

Tras varios tonos de llamada, una malhumorada voz de hombre contesta al teléfono.

Nuria traga saliva y saluda.

—Hola, inspector.

—¿Agente Badal? —pregunta Sánchez con incredulidad—. ¿Es usted?

—Sí, soy yo. Disculpe que le llame a su teléfono privado.

—Estoy en plena cena navideña —le indica hoscamente

—Ya... lo siento. Pero tengo que hablar con usted, es muy urgente.

—¿Qué pasa?

—El Asesino Satánico va a por el conseller de Interior —le suelta de sopetón—. Lo hemos sacado de su casa a tiempo y he puesto a su familia a salvo, pero él debía ir a la comisaría de la plaza de España y en cambio he localizado el coche en el Tibidabo. Tiene que mandar refuerzos rápidamente —añade—, creo que algo muy malo está pasando.

Tras su atropellado resumen de la situación, Nuria se queda en silencio esperando la respuesta de Sánchez, pero en cambio solo escucha su respiración contra el micrófono.

—¿Está usted drogada, agente?

—¿Qué? ¡No, joder! —estalla—. ¡No estoy drogada ni borracha! Escúcheme, inspec...

—¡No, escúcheme usted a mí, agente Badal! —la interrumpe—. Mi paciencia ha llegado al límite con usted. Ayer el conseller se puso en contacto con el departamento para indicarme que una agente suspendida del DIC, alta, rubia y de ojos verdes le había interrogado en base a una absurda teoría conspiratoria.

—Joder, qué hijo de... —masculla Nuria, meneando la cabeza—.

Yo no le interrogué, inspector. Le pedí ayuda sobre un caso de hace casi veinte años que creo que está relacionado con el actual. Y si estoy en lo cierto —agrega, alzando la voz—, ahora mismo está en grave peligro de...

—¡Ya basta, agente! —la corta de nuevo—. Váyase a dormir la mona o haga lo que le dé la gana, pero olvídese del conseller y de lo que sea que cree que está pasando, si no quiere terminar delante de un tribunal psiquiátrico.

—Acúseme de lo que quiera, inspector —le ruega, suplicante—. Pero, por favor, envíe refuerzos ahora mismo al tempo del Tibidabo.

—No voy a mandar a nadie a ningún sitio, agente Badal —responde con frialdad—. Preséntese el lunes a primera hora en Egara para entregar su placa y su arma. ¿Estamos?

—Pero, inspector...

—No se lo repetiré más, agente. Buenas noches y... feliz Navidad —se despide y corta la llamada.

—¡Mierda! —reniega Nuria, lanzando el teléfono con fuerza sobre el asiento del copiloto.

Desesperada se lleva las manos al rostro, apretando las palmas contra los globos oculares.

—¡Joder! —exclama a pleno pulmón, dando golpes de frustración sobre el volante—. ¡Joder!

Mira en derredor, como si pudiera hallar la solución en el interior del habitáculo del Volvo. Pero ahí solo hay cuero gris claro y madera de nogal; nada con aspecto de poder servirle de ayuda.

Por si antes no lo tenía claro, certifica que está sola y que nada ni nadie va a ayudarle. Ni tan solo tiene la fe de su madre para poder pedir ayuda a dios o a algún santo patrono. Solo está ella.

Nuria respira lenta y profundamente para tratar de calmarse.

Una.

Dos.

Tres veces.

Sus opciones son pocas. Muy pocas.

En realidad, comprende, al fin, solo hay una cosa que pueda hacer.

Pone en marcha de nuevo el motor y bajándose de la acera bruscamente, hace girar el vehículo en redondo. Saltándose todos los carriles de la Diagonal, en sentido contrario y a más velocidad de la que sería razonable, se incorpora a General Mitre rumbo norte, con la mirada puesta en el espectral templo iluminado sobre la cima del monte Tibidabo.

A pesar de la nieve que se acumula en la montaña de Collserola, el escaso tráfico y la tracción 4x4 le permiten conducir a toda velocidad

por la serpenteante carretera que asciende hasta su cumbre. En apenas veinte minutos, ya está casi en el punto en que el sistema de búsqueda ha localizado su iPad.

Nuria levanta el pie del acelerador al vislumbrar entre la densa nevada el majestuoso templo iluminado que se eleva sobre la cima de la montaña. Allí, la nevisca es mucho más intensa y el grueso de la nieve alcanza fácilmente el palmo de altura.

Por supuesto, no hay ni un alma a la vista. ¿Quién querría estar ahí fuera en Nochebuena y con la que está cayendo?

«Yo no, desde luego», se dice Nuria, haciendo una mueca de resignación.

Lentamente, avanza por la estrecha carretera hasta que a unos cien metros de distancia distingue una difusa mancha roja junto al arcén bajo una farola.

Su coche.

Detiene el Volvo y apaga las luces.

Se queda un rato en el interior del vehículo con las luces apagadas, dejando que la vista se acostumbre a la oscuridad, atenta a cualquier movimiento. Pero nada se mueve en el interior ni en las cercanías de su Ford Fiesta de segunda mano.

Ahí no hay nadie.

No tiene su arma, ni la porra extensible que suele llevar en el bolso, ni un simple espray de pimienta. Como agente secreta no llegaría muy lejos, la verdad sea dicha.

Sale del vehículo, abre el maletero y rebuscando un poco encuentra una llave de tuerca junto a la rueda de repuesto. No es el arma que elegiría para enfrentarse a un asesino en serie, pero, al fin y al cabo —piensa, sopesándolo en la mano—, es un palo de hierro de más de un kilo. Con eso, una cuchara sopera y un peine, John Wick acababa en media hora con el cártel de Sinaloa.

Agarrando firmemente la llave, agachada junto al borde de la carretera, Nuria se acerca sigilosamente hasta su automóvil. En realidad, bajo tal nevada tendría mérito que la vieran aunque fuera dando saltos mortales en el aire, pero más vale no arriesgarse.

Cuando llega hasta la parte de atrás, se asoma por la ventana del maletero y comprueba que el coche está vacío y han dejado las llaves puestas.

Por un segundo siente la tentación de subirse, ponerlo en marcha y largarse de ahí por donde ha venido. Pero, haciendo acopio de valor, decide que no ha llegado tan lejos para salir corriendo ahora.

Abre la puerta del vehículo para coger las llaves, y se da cuenta de que en el interior no hay señales de lucha, sangre o cualquier otro indicio que apunte a que ha sucedido algo violento.

Ese hecho la tranquiliza y trata de convencerse a sí misma de que

quizá no les ha pasado nada y, por alguna razón, en lugar de ir a la comisaría han preferido refugiarse de la nevada en el interior del templo, que se alza justo en frente.

No tiene mucho sentido —reconoce para sí—. Pero ¿qué lo ha tenido en las últimas semanas?

A pesar de la intensa nevada, puede distinguir el rastro de pisadas en la nieve alejándose del Ford Fiesta en dirección al templo. Eso disipa cualquier duda del camino que han tomado, así que arrebujándose en su abrigo lo sigue hasta las imponentes escaleras que se encaraman desde la base del edificio hasta la entrada principal, una veintena de metros más arriba.

Paso a paso, asciende por los escalones y, cuando está a media altura, se detiene un instante y mira en derredor. Aguzando la vista, puede distinguir la oscura silueta de la noria y la montaña rusa del cercano parque de atracciones, a esas horas cerrado y a oscuras, como todo el espacio alrededor del templo. A lo lejos brillan las luces de Barcelona, quinientos metros más abajo, pero todo lo que la rodea es un mar de oscuridad sobre el que descuella el Templo Expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús, que se eleva con su bosque de afiladas torres rasgando el cielo.

Levantando la mirada, Nuria se queda mirando al Cristo de brazos abiertos que corona su torre más alta.

—Sé que no soy tu mejor clienta —le susurra—. Pero si hoy me echas una mano, de verdad que te lo agradeceré mucho.

Concluida la heterodoxa plegaria, retoma el ascenso por la interminable escalera y no es hasta más de un minuto después que alcanza la plaza que se extiende ante la puerta principal.

El rastro de las pisadas se pierde en el interior del templo y, siguiéndolos bajo la amarillenta luz que se refleja en los muros de piedra blanca, llega hasta el gran portón de madera, que encuentra entreabierto.

Evitando tocarlo para no hacer ningún ruido, se cuela de puntillas por el hueco y entra en el templo.

Su vista tarda unos segundos en acostumbrarse a la penumbra solo mitigada por unas pocas velas encendidas al final de la nave, junto al altar, que revelan la presencia de Ismael y el conseller.

Cuando Nuria comprende lo que está sucediendo, las piernas le flaquean y ha de apoyarse en la pared para no derrumbarse.

55

Desnudo, tumbado boca arriba sobre el altar de mármol negro, amordazado y atado de pies y manos, el conseller de Interior parece inconsciente o quizá muerto.

De pie a su lado, con guantes de látex y cerniéndose sobre él como un cirujano a punto de operar, Ismael Flores sostiene una jeringuilla en la mano.

A Nuria le da tantas vueltas la cabeza que siente como si acabara de bajarse de una montaña rusa. Confusa y desorientada, trata de que lo que está viendo frente a sí encaje de algún modo con lo que sabía o lo que creía saber.

¿El asesino es Ismael? ¿Un expolicía con el que había compartido la noche anterior en su coche? ¿Cómo es posible?

Las neuronas de Nuria tratan de buscar conexiones insospechadas y lo único que se le ocurre es que, por alguna razón, Ismael Flores está cerrando a su manera el caso que jueces y mandos policiales habían desestimado diecisiete años atrás.

No tiene ningún sentido, pero en el fondo eso ahora es lo que menos importa.

Mientras Nuria observa desde las sombras, Ismael clava la aguja hipodérmica en el cuello de Jordi Soler i Casas y, empujando el émbolo de la jeringuilla, vacía en la corriente sanguínea del conseller un líquido amarillento.

No puede perder el tiempo tratando de entender lo que está pasando, eso tendrá que venir después. Lo único que puede y debe hacer es evitar que Ismael cometa un nuevo crimen.

Aferrando con fuerza la llave de hierro, se agacha tras los bancos de madera y comienza a aproximarse lentamente por el costado izquierdo de la nave, a la espalda de Ismael, quien está totalmente concentrado en el cuerpo inerte del conseller.

Por un momento duda si llamar a una patrulla alegando cualquier urgencia, pero para eso tendría que volver a salir al exterior del templo, con el riesgo de que la descubra y, además, por mucha prisa que se dieran, llegarían demasiado tarde. A Jordi Soler i Casas le queda muy poco tiempo de vida..., si es que aún está vivo.

Haga lo que haga, tendrá que hacerlo sola.

Desde donde está, puede ver el bulto de la pistola de Ismael sobresaliendo en la parte de atrás de su pantalón. Si la descubre

acercándose a hurtadillas, es muy probable que la cosa acabe mal.

Aferrando la barra de hierro con los dientes para dejar las manos libres, comienza a gatear en dirección a Ismael con todo el sigilo de que es capaz.

Nuria solo espera que el expolicía no se vuelva en ese instante y la descubra en esa actitud tan ridícula. Si va a recibir un tiro, preferiría no estar a cuatro patas y con un palo en la boca.

De esa guisa se aproxima cautelosamente, rodeando la fila de bancos de madera hasta situarse a unos tres metros de su espalda. Lo malo es que entre ella e Ismael, rodeando el presbiterio como un cerco, hay una suerte de barandilla de medio metro de altura que tiene que sortear para alcanzarlo.

A esa distancia, la luz de los cirios dispuestos rodeando el altar la iluminan perfectamente. La oscuridad ya no es un factor, solo le queda el sigilo como factor sorpresa.

Con extrema precaución se incorpora, agarra la barra de acero con la mano derecha y, acercándose a la barandilla, pasa primero la pierna izquierda por encima con extrema lentitud y justo cuando está haciendo lo mismo con la derecha, la suela de su bota izquierda rechina inoportunamente contra el suelo de mármol.

Durante un instante que a Nuria se le hace eterno, Ismael se queda quieto como una estatua.

Aguantando la respiración y con la pierna aún en el aire, tiene la vista puesta en la nuca del expolicía, aguardando su reacción.

Ismael vuelve a inclinarse sobre el cuerpo del conseller y por un segundo parece que va a proseguir con lo que fuera que estaba haciendo, pero entonces, inesperadamente, lleva la mano derecha a la empuñadura de la pistola que lleva en el pantalón y se gira sobre sí mismo al tiempo que levanta el arma.

Por suerte, los años de experiencia que le faltan a Nuria los compensa con unos buenos reflejos y, en cuanto adivina el movimiento de Ismael, recorta en dos pasos la distancia que los separa.

Para cuando Ismael se ha dado la vuelta, Nuria ya está frente a él con la llave en alto.

Los ojos de Ismael destellan con un brevísimo momento de sorpresa e incomprensión al reconocerla, justo cuando Nuria descarga la barra de acero inoxidable sobre su sien con todas las fuerzas que es capaz de reunir.

Un desagradable ruido de huesos al romperse sigue al impacto y, acto seguido, el hombre se derrumba como si un titiritero le hubiese cortado los hilos.

Con una larga exhalación, Nuria deja escapar el aire que ha estado guardando en los pulmones y, apoyándose en las rodillas como si

hubiera terminado un maratón, trata de recuperar el aliento y las pulsaciones.

A sus pies, Ismael yace inerte. Espera no haberlo matado.

Se agacha para tomarle el pulso y comprobarlo, poniendo un par de dedos sobre su arteria carótida.

Por suerte, un latido lento pero regular delata que sigue vivo, aunque no hay quien le libre de sufrir una migraña de las gordas.

Le quita el arma de la mano y se la guarda en el bolsillo del abrigo.

A continuación, se vuelve hacia el altar, donde Jordi Soler i Casas sigue tendido boca arriba y también aparentemente inconsciente. Le quita la mordaza de la boca, lo desata y le propina un par de cachetes en la mejilla para ver si reacciona. Pero nada sucede. Ni la más mínima reacción.

Ante la duda, le toma el pulso y comprueba con alivio que, aunque lenta y débilmente, su corazón sigue latiendo. Seguramente, lo que vio inyectarle en el cuello era algún tipo de sedante.

Durante un momento Nuria se queda contemplando la escena, con Ismael tendido en el suelo, el conseller desnudo sobre el altar y un cristo crucificado como incómodo testigo, colgado en la pared del ábside.

En el exterior, la nevada aumenta su ímpetu y ahora el viento aúlla con fuerza contra las vidrieras del templo. Mientras, en el interior de la nave, reina la oscuridad y solo la cimbreante llama de las velas encendidas alrededor del altar crea una pequeña burbuja de luz amarillenta.

Sacudiéndose la sensación de irrealidad, Nuria saca el teléfono y marca el número de emergencias con la intención de pedir ayuda, pero de nuevo la señal de su teléfono está bloqueada.

—¿Pero qué narices...?

Se queda mirando la pantalla con desconcierto, hasta que, desviando la mirada a Ismael, comprende que debe ser él quien tiene el inhibidor. Por eso pudo volver a llamar por teléfono en cuanto se separaron y por eso no puede volver a hacerlo ahora que vuelve a estar cerca.

Se agacha de nuevo junto a él y comienza a registrarle los bolsillos. Un inhibidor de frecuencia puede tener el tamaño de un móvil, así que perfectamente podría llevarlo encima, pero no lo encuentra. Mira en derredor y su vista va a parar al pequeño estuche de piel, donde Ismael llevaba los inyectables que ha inoculado al conseller. Pero ahí tampoco hay nada.

—¿Dónde coño lo has escondido? —pregunta al expolicía inconsciente, mientras rebusca por el presbiterio en busca del aparato.

—Mierda —rezonga al cabo de un rato, rindiéndose.

Por un momento piensa en cargar a cuestas al conseller hasta su

coche y llevarlo al hospital más cercano, pero de un rápido vistazo calcula que debe pesar sus buenos noventa kilos, tras varios años de restaurantes de lujo a cuenta del contribuyente. No llegaría ni hasta la puerta.

Lo más lógico, concluye, es alejarse de la fuente de interferencia hasta poder llamar por teléfono a los servicios de emergencia. Pero antes de eso ha de hacer un par de cosas.

Primero cubre al conseller con el mantel del altar, no sea que se libre de un asesinato y acabe muriendo de hipotermia, y seguidamente usa la misma cuerda con la que lo había atado para inmovilizar a Ismael. No tiene aspecto de despertarse en un buen rato, pero mejor no fiarse.

Una vez que se da por satisfecha con la maraña de nudos alrededor de las muñecas y los tobillos de Ismael, se dispone a salir del templo y es entonces cuando se da cuenta de que no está sola.

Una solitaria silueta se recorta contra la penumbra de la entrada principal.

—Hola, Nuria —la saluda con tristeza—. Esperaba no encontrarte aquí.

56

Durante las últimas semanas, Laura ha conseguido con ropa larga y maquillaje disimular todas las marcas —físicas y psicológicas— y los moretones consecuencia de aquella noche, para que nadie en casa o el instituto se aperciba de ellas. No quería dar explicaciones a nadie, ni siquiera a Paula.

Pero, tras la última llamada del fotógrafo, su estado de ánimo ha decaído drásticamente y no puede evitar que su madre se la quede mirando con gesto de preocupación.

—¿Te pasa algo, Laura? —le pregunta.

Esta niega con la cabeza.

—No.

—¿Seguro?

—Estoy bien —contesta con un tono que evidencia que no es así.

—¿No hay nada de lo que quieras hablar?

—No, mamá —dicen sus labios, mientras que interiormente reza para que su madre insista y así no tenga más remedio que desmoronarse y compartir con ella su insoportable carga.

—Algo te pasa... —resopla—, pero no puedo ayudarte si no me dices el qué.

Laura no dice nada esta vez. Las lágrimas se agolpan en el balcón de sus ojos verdes empujando por salir mientras el llanto le sube por la garganta como un géiser a punto de explotar.

«Me han violado, mamá».

La frase se forma en su mente y comienza a tomar forma en sus labios, justo cuando suena el móvil de su madre.

—¿Sí? —contesta, sacándoselo del bolsillo—. ¿Seguro? ¿No puede ir nadie más? —pregunta al cabo de unos segundos—. No... ya, claro —añade tras escuchar la respuesta a su pregunta—. Estoy ahí en media hora —finaliza y corta la llamada.

Laura ha contemplado la escena con la primera sílaba de su confesión asomada a su boca abierta, que solo cierra cuando su madre vuelve a guardarse el teléfono.

—Me tengo que ir —le dice—. Pero luego seguimos hablando. ¿De acuerdo? Ya sabes que puedes contarme lo que sea.

Laura asiente.

—Ya, claro.

Su madre le da un beso en la mejilla y apoya las manos en sus hombros.

—En fin..., ya eres casi una mujer, Laura. Sea lo que sea, estoy segura de que sabrás solucionarlo.

Laura asiente de nuevo, pero esta vez no dice nada.

Su madre se la queda mirando unos instantes, como si estuviera a punto de añadir algo más.

—Tu padre llega a las nueve —dice, en cambio, echando un fugaz vistazo a su reloj—. En la nevera hay huevos y queso, por si no vuelvo a tiempo para cenar.

Laura está muda. El dolor se aferra de tal manera a su garganta que es incapaz de emitir ningún sonido.

Su madre, sin embargo, lo interpreta como una señal de conformidad y dándose la vuelta se aleja por el pasillo.

Unos segundos después, la puerta del piso se abre y se cierra al instante con un golpe seco y grave.

Laura se queda sola en la casa.

Parece que un puñal se haya clavado en su pecho e incluso le cuesta respirar.

Una oleada de náusea asalta su tracto digestivo y no le queda más remedio que correr hacia el baño. Justo ha levantado la tapa del retrete, cuando el vómito irrumpe sin previo aviso y Laura hunde la cabeza en la taza vaciando todo el contenido del estómago.

Cuando siente que ya no le queda nada más que expulsar, se sienta en el suelo del baño, agotada y vacía. Vacía de vida y esperanza. Vacía como si le hubieran metido la mano dentro y arrancado de cuajo el corazón. Vacía y con la terrible certeza de que nunca volverá a ser quien era, que ese dolor insoportable jamás la abandonará.

Su futuro, sus sueños y sus esperanzas se han hundido en el fondo de un mar de sufrimiento y vergüenza del que ya no volverán a salir.

Su vida, en fin, se ha terminado, y ya solo le queda aceptar un futuro triste y desgraciado.

Entonces, su mirada va a parar a la cuchilla de afeitar desechable que descansa olvidada sobre el lavamanos.

Es algo que nunca antes se le había pasado por la cabeza, pero en ese momento le parece la mejor solución a sus problemas. Una solución rápida y sencilla que la librará de ese dolor para siempre.

Laura, debilitada por los espasmos del vómito, se incorpora apoyándose en el retrete y coge la cuchilla de afeitar de color azul. Sin mayor dificultad, rompe el plástico y se queda mirando la afilada cuchilla de acero brillando en la palma de la mano.

—A la mierda con todo —dice, estirando la mano y abriendo el agua caliente de la bañera.

Por primera vez en las últimas semanas, Laura se siente aliviada y en paz consigo misma, convencida de que por una vez en su vida ha tomado la mejor decisión.

57

Nuria reconoce esa voz rasposa, pero no es hasta que se acerca por el pasillo central de la nave y la luz de las velas la alcanza que comprueba que sus oídos no la engañan.

—¡Antonia! —la saluda efusivamente, confusa pero extremadamente feliz de ver a la forense del DIC—. ¡Qué alegría verte! ¿Te ha pedido Sánchez que vinieras?

No es hasta que se aproxima unos pasos más que Nuria descubre una pistola en la mano de Antonia Grau. Una pistola que apunta directamente hacia ella.

—¿Qué... qué haces? —pregunta.

—No deberías estar aquí —contesta, meneando la cabeza con pesar.

—No..., no entiendo nada, Antonia. ¿Por qué me estás apuntando con tu arma? ¿Crees que yo...? —Se vuelve hacia el inconsciente conseller e imagina el malentendido—. Oh, joder... no —exclama, señalando a Ismael—. ¡Es él quien estaba a punto de matarlo! ¡Él es el asesino! ¡Yo no tengo nada que ver! ¡He venido a detenerlo!

—Ya lo sé —asiente Antonia con una sonrisa amarga—. Pero él tampoco es el asesino.

—¿Qué? ¡Sí que lo es! Yo misma he visto como...

—Soy yo, Nuria —dice, y deja que las palabras caigan por su propio peso.

Nuria parpadea media docena de veces antes de ser capaz de hablar.

—¿De... de qué estás hablando?

—Me recuerdas mucho a Laura —añade Antonia, situándose al otro lado del altar sin dejar de apuntarle—. Si siguiera viva, se parecería mucho a ti.

—¿Tú... la conocías?

Antonia esboza una sonrisa triste.

—Desde el día en que nació.

Las piezas encajan de pronto en la aturdida mente de Nuria.

—¿María? —pregunta incrédula, dando un paso hacia atrás—. ¿Tú eras... su madre?

—María Martínez murió hace diecisiete años —sentencia Antonia —. Cuando monstruos como él —añade, mirando al hombre desnudo cubierto con un mantel sacramental—, decidieron que la vida de Laura valía menos que sus perversiones o su carrera política.

—¿Tú...? —Nuria apenas es capaz de ordenar sus pensamientos—. ¿Tú los mataste?

Antonia se encoge de hombros con infinito cansancio.

—Hice lo que tenía que hacer.

—Pero eres policía, Antonia —alega Nuria, negando incrédula—. Las cosas no se hacen así... Podrías haber tratado de que se abriera una nueva investigación. Podrías haber...

—¿Precisamente tú me vas a dar lecciones de cómo se han de hacer las cosas de forma reglamentaria?

Nuria no puede hacer otra cosa que tragarse ese sapo. Antonia tiene razón, pero aun así...

—Tenía que haber otro modo —alega sin demasiada convicción—. Otra forma de resolverlo.

—¿A quién quieres engañar? —la interrumpe—. Sabes perfectamente lo que pasó y cómo esa gentuza se encubren unos a otros. No había otra manera de hacer justicia por lo que hicieron.

—¿Despellejándolos y torturándolos?

—Tenían que saber lo que es el verdadero dolor. El mío, el de mi marido, el de Laura y el de todas las otras chicas a las que destrozaron la vida... No podía limitarme a matarlos, Nuria. —Hace una pausa y añade con gravedad—: Tenían que sufrir.

—Pero eso no es justicia. Es pura venganza.

Antonia Grau apoya el cañón del arma en la sien del conseller.

—Llámalo como quieras —resopla—. Pero el hecho es que hoy hay cinco pervertidos, una jueza corrupta y un político miserable menos por los que preocuparse. El mundo será un poco mejor a partir de ahora.

Nuria niega con la cabeza.

—Pero esa no es la manera —insiste—. Si todos se saltaran la ley a su conveniencia, sería el caos.

—¿La ley? —Un gesto de enfado se forma en el rostro de Antonia —. ¿La misma ley que dejó libres a cinco violadores solo porque tenían dinero e influencias? Pensaba que a estas alturas ya sabrías diferenciar la ley de la justicia, Nuria.

—¿A esto llamas hacer justicia? —replica Nuria, señalando al hombre en el altar—. ¿No te convierte esto en alguien peor que ellos?

—Sé lo que he hecho y en lo que me he convertido —admite—. Ya no hay vuelta atrás para mí, ni quizá para él. —Hace un gesto hacia Ismael, aún inconsciente—. Pero llevo diecisiete años planeando esto, Nuria. Dejé atrás mi anterior vida, mis amigos, mi carrera, hasta mi nombre... Lo sacrifiqué todo para hacer lo que otros no habían querido hacer. Si esta rata no se hubiera vendido a cambio de apoyo para su carrera política, no habría sobornado a la jueza y los hombres que violaron a mi hija estarían pudriéndose en la cárcel.

—Por eso te hiciste forense —comprende Nuria.

—Era la mejor manera de llevar a cabo mi plan sin que nadie me detuviera. Después de matar al fotógrafo, tras arrancarle toda la información que necesitaba, comprendí que en el futuro debía ser más cuidadosa.

—Teniendo acceso a las pruebas y falsificándolas… —comprende Nuria—. Por eso nada tenía sentido.

—Me tomó mucho tiempo y esfuerzo prepararlo todo —le dirige un breve vistazo al conseller y añade—: pero al final ha resultado tan fácil que temí que alguien sospechara de mí.

—Joder… ¡Pues claro! Tú me mandaste ese mail sobre Monells y Los hijos de Lucifer para que fuera a registrar su sótano —razona, frunciendo el ceño.

—Eras la elección más lógica. Necesitaba a alguien que removiera el avispero, y una agente joven y lista con ganas de demostrar su valía era la mejor opción.

—Me manipulaste, me usaste —insiste.

—No solo a ti, querida —aduce, haciendo un amplio gesto con la mano—. A todos.

—Falseaste las pruebas que recogía tu equipo —continúa Nuria, encajando al fin todas las piezas en su cabeza.

—Tuve años para recoger el ADN y las huellas que necesitaba —confiesa tranquilamente—. Luego, como jefa forense, resultó muy fácil cambiarlas durante la investigación.

—Pero… ¿cómo podías acercarte tanto y que las víctimas no desconfiaran después de que mataras a los primeros? ¿No se conocían entre sí?

—Ahí está lo irónico del asunto. —Sonríe maliciosa—. Como todos llevaban máscaras para que las víctimas no los reconocieran, tampoco ellos sabían quiénes eran los demás, así que no se sentían amenazados porque no relacionaban los asesinatos con sus violaciones de menores. Acercarnos a ellos sin que sospecharan y en las circunstancias que nos convenía fue lo más complicado —añade—. Pero, para eso, las credenciales policiales resultan muy útiles.

—Os asegurabais de hacerlo en lugares sin cámaras ni testigos —deduce Nuria—, y luego pintabais el «666» para que creyéramos que los culpables eran una secta demoníaca.

—La fecha en la que murió Laura —aclara Antonia—. Una coincidencia muy conveniente, pero aun así diste con la pista correcta. Aunque suene raro decirlo en estas circunstancias —añade—, estoy orgullosa de ti.

—¿Y él? —Señala al expolicía—. ¿A él también lo manipulaste?

—No hizo falta. En realidad, fue él quien me avisó de lo que estaba pasando con mi caso y de lo injusto que era. Me ayudó a crear a

Antonia Grau y a salir adelante todos estos años. Ismael es un buen hombre.

—Un buen hombre cómplice de siete asesinatos.

—Ya te he dicho que él no ha matado a nadie —puntualiza Antonia—. Y lo correcto es acabar con estas alimañas para que no sigan violando a niñas ni corrompiendo a jueces y policías. ¿Sabes a cuántas les han hecho lo mismo que a Laura? ¡A decenas! Con sus contactos en las altas esferas hacían lo que querían impunemente. Si no los detenía yo —sentencia—, nadie iba a hacerlo.

Nuria cierra los ojos y respira profundamente.

—Quizá tengas razón... —admite y, mirando al conseller, añade—: Pero no puedo dejarte que lo mates.

Con un rápido movimiento se lleva la mano derecha a su espalda, saca la pistola de Ismael y apunta con ella a la forense.

—Ya basta, Antonia.

Esta menea la cabeza con decepción.

—¿Qué vas a hacer? ¿Estarías dispuesta a dispararme para proteger a este gusano? ¿Sabes que después de que fueras a verlo solicitó que te expulsen del cuerpo?

—Suelta el arma, Antonia —le ordena sin contestar a la pregunta.

—Ya es tarde para eso. Después de llegar hasta aquí, no voy a detenerme ahora: el conseller Jordi Soler i Casas es el último de mi lista.

—Y yo no puedo quedarme de brazos cruzados mientras lo matas. Tiene mujer e hijos.

—A los que les estaré haciendo un favor —replica de inmediato—. Y ya te digo yo que no van a pasar hambre.

—Por favor..., Antonia. Es una locura. ¿Crees... crees que Laura o tu marido habrían querido que hicieras esto?

—No me vengas con psicología barata. Eres más lista que eso.

Nuria se da cuenta de que no va a ganar una discusión que lleva años argumentándose en la cabeza de Antonia. Tiene que cambiar de estrategia.

—¿Y luego? —le pregunta—. ¿Qué pasará luego si lo matas? ¿Me matarás a mí también y seguirás en el DIC como si nada hubiera pasado?

—Después me entregaré —responde, para sorpresa de Nuria—. Dejaré que tú misma me detengas. Yo también tengo pecados que expiar.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Déjame que termine con esto y lo confesaré todo. Serás una heroína.

—No quiero ser una jodida heroína. Quiero que sueltes el arma.

Antonia menea la cabeza con tristeza.

—Eso no va a pasar, Nuria. Tú eliges. Dispárame ya... o márchate.

—¿Que me marche?

—Por la puerta. Vuelve dentro de media hora y todo habrá acabado. Diré que no llegaste a tiempo.

—¿Estás de coña? ¡No voy a ser cómplice de un asesinato!

Antonia Grau menea la cabeza de un lado a otro.

—Bueno..., en cierto modo, ya lo eres. Al fin y al cabo, ¿quién se ha presentado esta noche en casa del conseller y lo ha sacado de su hogar casi a rastras?

—¡Joder! —exclama Nuria, cayendo en la cuenta—. ¡Habéis hecho que parezca que os ayudo!

Antonia asiente.

—No fue algo planeado, pero cuando te presentaste en casa de Ismael después de hablar con el conseller... Bueno, simplemente aprovechamos la oportunidad. No te lo tomes como algo personal.

—Que te jodan —replica, agregando al cabo de un segundo—: Y eso sí que es personal. Suelta el arma, Antonia —añade, apoyando la culata del arma en la palma de la mano izquierda para apuntar mejor.

Para su sorpresa, la forense hace lo que le dice, dejando su arma sobre el altar.

Pero, en cambio, toma el bisturí del estuche de Ismael y, agachándose junto a él, empieza a cortar sus ligaduras.

—¡Detente! —le ordena Nuria—. ¿Qué haces?

Ignorándola, Antonia Grau le quita las ligaduras a Ismael y abriéndole los párpados comprueba la dilatación de sus pupilas.

—Ismael, ¿estás bien? —le pregunta al expolicía, que en ese momento abre ligeramente los ojos.

—¿Antonia? —masculla, haciendo el intento de incorporarse—. ¿Qué... qué ha pasado?

—No te levantes —le pide Antonia—. Te has llevado un buen golpe en la cabeza.

La forense pasa la mano por la frente y los pómulos de Ismael, y Nuria ve en ese contacto algo que va más allá de la amistad.

—Pero... ¿qué cojones? —inquiere confuso tras pasarse la mano por la sien y verla manchada de sangre.

—Nuestra querida Nuria ha resultado ser más obstinada de lo que pensábamos —le aclara Antonia.

Ismael se gira y contempla a Nuria, de pie frente a ellos, apuntándoles con el arma y el ceño fruncido en un gesto que tanto podría ser de determinación como de duda.

—Joder, me has dado fuerte —protesta él, mostrándole la mano ensangrentada—. ¿Cómo... me has encontrado?

—Tengo superpoderes —replica, reprochándole a continuación—: Me engañaste, Ismael.

—No lo bastante bien, por lo que parece.

—¿Ya has decidido de qué lado estás? —le pregunta entonces Antonia, mientras vuelve a ponerse en pie—. ¿Del suyo… —mira de reojo al conseller—, o de lo que es justo?

Nuria respira agitada, la pistola oscila en su mano.

—Tiene que haber otra manera.

—No, no la hay —responde Antonia con contundencia—. O muere él… o nos disparas a ambos.

—Matarlo no va a devolverte a tu hija.

—Dejarlo vivo tampoco —replica—. Pero así me aseguro de que su muerte y la de mi marido no le hayan servido para hacer carrera política. ¿Sabías que planea ser el próximo presidente de la Generalitat? —Y al ver el gesto de sorpresa de Nuria, añade—: ¿Quieres que alguien así gobierne a ocho millones de personas?

Antonia alarga la mano y saca un reluciente escalpelo del estuche de cuero.

—No lo hagas—le pide Nuria, casi suplicándole.

Haciendo caso omiso, la forense del DIC acerca la afilada hoja de acero a la yugular del conseller.

—Suelta el bisturí. Por favor, María… No quiero dispararte.

—Tendrás que hacerlo para detenerme —sentencia Antonia, haciendo una pequeña incisión en el cuello de la que empieza a manar un hilo de sangre.

Lágrimas de desesperación emergen de las comisuras de los ojos de Nuria.

Su corazón retumba a cañonazos.

Sus piernas se tambalean.

Sus manos le tiemblan.

La pistola que sostiene le pesa una tonelada.

Sabe que tiene que hacer algo de inmediato o ya será demasiado tarde. Lo malo es que solo puede hacer una cosa.

Con la mirada emborronada por las lágrimas, cierra el dedo sobre el gatillo.

Oye un grito. Quizá de Ismael o de Antonia, o puede que de ella misma.

Un grito que es ahogado por la detonación del disparo retumbando en el interior del templo.

El funeral

Un sol invernal brilla sobre un cielo azul cobalto que, a los pies del tanatorio de Sant Gervasi, pinta la ciudad de colores vivos y deslumbrantes. Los cielos grises han desaparecido y con ellos la nieve acumulada durante la gran nevada de Nochebuena, de la que solo queda algún rastro en las calles más umbrías.

Han pasado dos días desde entonces, pero a Nuria le han parecido dos semanas. Las consecuencias de lo sucedido retumban como un eco en un valle profundo y lo seguirán haciendo durante mucho tiempo, quizá durante el resto de su vida.

Por su lado desfilan personas a las que no conoce, todas invariablemente vestidas de negro o con el uniforme de los Mossos. Muchas gafas oscuras, palabras de consuelo y gestos afligidos, pero no para ella. Muchas preguntas susurradas en voz baja para las que nadie tiene respuesta.

A los oídos de Nuria tan solo llegan retazos de conversaciones ajenas: «cómo ha sido posible...», «...alguien debería haberse dado cuenta», «...es una tragedia para todos».

Nuria hace rato que ya ha desconectado de todo lo que sucede a su alrededor y, afortunadamente, nadie se acerca a ella para entablar una conversación que no desea tener. Ni siquiera con ella misma.

Todo lo que quiere es que la ceremonia funeraria termine de una vez, que el cuerpo sea incinerado y poder regresar a casa con su gato. Cerrar ese capítulo de su vida para no volver a pensar en ello jamás.

Algunos de los asistentes al funeral la miran de reojo y murmuran con mayor o menor disimulo; «sí, es ella» oye comentar alguna que otra vez. Pero Nuria hace como que no los oye.

Sí, soy yo, les diría. La agente suspendida que desoyó todas las advertencias de sus superiores, ignorando la cadena de mando y los protocolos de actuación. La razón última de que hoy estéis todos aquí y haya un cadáver a punto de ser incinerado en una caja de pino.

—Buenos días, agente.

Una voz conocida le hace darse la vuelta y se encuentra cara a cara con Sánchez en traje de gala con un lazo negro en el ojal.

—Buenos días, inspector.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta en tono paternal.

—¿Usted qué cree? —replica secamente, pero llegados a este punto tampoco es que le importe demasiado.

—He visto que has pedido el traslado a la División de Crimen

Organizado.

—Pensé que era lo mejor.

—No... no es necesario. Se ha retirado la suspensión y, después de lo que has hecho, los de Asuntos Internos no van a tocarte las narices.

—Sí, lo sé. Pero igual me quiero ir.

Visiblemente incómodo, Sánchez pasea la lengua por los labios y, bajando la mirada, masculla:

—Yo... ejem. No he tenido oportunidad de decírtelo antes, pero siento no haber puesto más atención a tu... línea de investigación.

Nuria se lo queda mirando un momento con cara de «a buenas horas...», pero termina asintiendo.

—No pasa nada —miente—. Yo era la novata, me salté las normas y usted hizo lo que tenía que hacer.

—Sí, claro —masculla, aliviado de zanjar el asunto y levantando la vista hacia el edificio blanco del que sigue saliendo gente cabizbaja, añade—: Quién lo hubiera imaginado, ¿eh? Parece increíble que Antonia nos engañara a todos durante tanto tiempo. Joder, diecisiete años planeando una venganza... Eso sí que es estar mal de la cabeza.

—Es una mujer que lo perdió todo y a la que nadie le hizo caso. No me extraña que terminara así.

—¿La estás justificando? —inquiere Sánchez con extrañeza.

—No, pero la comprendo.

—El sistema tiene fallos, como todo. Pero de ahí a asesinar a toda esa gente...

Nuria se encoge de hombros.

—Supongo.

En ese momento pasa frente a ellos el comisario Moncada, escoltado por una pequeña cohorte de oficiales y lameculos de distinto rango.

Nuria y Sánchez lo saludan marcialmente llevándose la mano a la visera, y este se aproxima con paso firme dedicándoles un apático gesto de reconocimiento.

—Descansen —murmura y, echando un vistazo al edificio blanco de hormigón y cristal del que acaba de salir, añade—: En fin... Parece que ya se ha acabado todo.

—Así es, comisario —asiente Sánchez.

—Aunque ha costado demasiado tiempo y demasiadas vidas.

—Hicimos todo lo que estuvo en nuestras manos.

—Algunos más que otros —apunta Moncada, mirando a Nuria de reojo.

Sánchez carraspea, incómodo.

Semanas atrás Nuria habría salido en defensa de su superior, quitándose méritos y dándoselos al inspector del DIC en un ejercicio de modestia. Hoy permanece en silencio con la vista clavada en el

comisario.

—Todos los cargos contra usted han sido levantados —le dice—, excepto la acusación de secuestro del conseller..., pero no creo que vaya a juicio; a todos nos engañaron. Aunque, se lo advierto, no lo entienda como una aprobación de sus métodos —añade, taladrándola con la mirada—. Si vuelve a desviarse siquiera un milímetro de las normas de actuación del cuerpo, no se librará de la sanción aunque descubra al asesino de Kennedy. ¿Está claro?

—Clarísimo —contesta con un punto de chulería.

Moncada parece dudar por un instante si añadir algo más, pero termina haciendo un leve asentimiento de cabeza a modo de despedida, dándose la vuelta sin más preámbulos camino de su coche oficial.

Al seguirlo con la mirada, Nuria descubre entre la multitud, ya cerca de la salida, la melena cobriza de su amiga Susana.

—Discúlpeme, inspector —le dice a Sánchez—. Tengo que ir a saludar a alguien.

Sin esperar respuesta, cruza la explanada abriéndose paso entre el gentío.

Al percatarse de su presencia, Susana pone los brazos en jarra y le dedica una sonrisa sin humor.

—Menuda la que has liado, Nurieta... —comenta Susana con su habitual tono mordaz.

—Ya me conoces. Me gusta ser el centro de atención.

—¿Cómo estás? —le pregunta, pasándole la mano por la espalda cariñosamente.

—De maravilla.

—¿Tan mal? Joder, Nuria. Deberías estar orgullosa. Hiciste lo que nadie más logró hacer.

—Ya, bueno. —Tuerce el gesto—. La cara con la que me mira la gente no parece de orgullo precisamente.

Susana hace un gesto de desdén con la mano.

—Ni puto caso, Nuria. La mitad son gilipollas y la otra mitad te tienen envidia —sentencia.

Nuria sonríe a su pesar. Es una de las grandes cualidades de su amiga de la academia.

—¿Nos largamos de aquí? —sugiere—. Te invito a unas cervezas.

—Eso es lo más sensato que te he oído decir en mucho tiempo. —Ahora es Susana la que sonríe—. Conozco un bar a cinco minutos de aquí donde suelen ir los del cuerpo de bomberos a desayunar —indica, señalando un punto de la ciudad que se extiende a sus pies—. Es como ir a un desfile de modelos.

—Pues vamos —le dice Nuria, haciendo un gesto en dirección a la salida—. Si estoy un segundo más aquí, me pondré enferma.

Caminando del brazo como viejas amigas, atraviesan la plaza del tanatorio en dirección al aparcamiento.

Al franquear la puerta de acceso, Susana le aprieta el brazo tratando de reconfortarla.

—Hiciste lo que pudiste —murmura sombría—. No te culpes por haber llegado unos minutos tarde.

Nuria se vuelve hacia su amiga y, al hacerlo, su mirada se encuentra con el cartel emplazado junto a la entrada del tanatorio:

«*Ceremonia fúnebre en memoria del Excmo. conseller Jordi Soler i Casas*»

—No lo hago —contesta.

NOTA DEL AUTOR

Muchas gracias por llegar hasta aquí. Espero que hayas disfrutado mucho y si te apetece leer otro libro protagonizado por Nuria (si no lo has hecho ya, claro está), te invito a leer **REDENCIÓN.** Estoy seguro de que te va a encantar.

Por otro lado, te agradecería enormemente una reseña de **PIEL** en Amazon, aunque sea breve. Es muy importante para animar a otros lectores a leerla y que así yo pueda seguir escribiendo nuevas historias. Además, y en agradecimiento, si me escribes a gamboaescritor@gmail.com para avisarme de ello, yo te haré llegar por email un capítulo extra titulado **CONSECUENCIAS**, en el que descubrirás lo que pasó exactamente esa última noche en el Templo del Tibidabo.

En fin, eso es todo de momento. Nuria volverá con nuevos casos en el futuro, pero de momento y si te ha gustado PIEL, mientras escribo, estoy convencido que disfrutarás del resto de mis novelas.

Si te apetece lanzarte a una nueva aventura conmigo, puedes encontrar todos mis libros en www.gamboaescritor.com.

¡Un fuerte abrazo, gracias por leerme y espero que nos veamos muy pronto!

@gamboaescritor

AGRADECIMIENTOS

Antes de despedirme quiero dar las gracias a mis padres Fernando y Candy, a mi hermana Eva, y a todos aquellos que me han ayudado y soportado durante la creación de este libro. Especialmente a los lectores alfa por sus atinadas sugerencias, a Andriy Liventsev por enseñarme a volar, a Carlos Manich, Albert Mirabet y los amigos del Aeroclub Empordá por acogerme tan bien, a Montse Pámies por lanzarme un salvavidas justo a tiempo, a Rosina Iglesias por sus certeras correcciones, a Ana M. por pulir la portada y, por encima de todos, a Marta Tonda por su amor, su esfuerzo, sus buenas ideas y su infinita paciencia con este escritor tozudo y despistado.

Sin el apoyo de todos mis amigos; los viejos y los nuevos, los jóvenes y los no tan jóvenes, los de pies en el suelo y los de cabeza en las nubes, los que conozco en persona y los de las redes sociales, los de izquierdas y los de derechas, los que veo a menudo y los que veo menos de lo que quisiera, los que están cerca y los que están lejos y, sobre todo, aquellos que compráis mis libros y me permitís seguir viviendo este sueño de ser escritor... sin todos vosotros, ni este libro ni ningún otro habría sido posible.

Así que gracias de todo corazón.

Sin vuestro cariño y generosidad, nada de esto estaría sucediendo.

Os quiero.

Fernando Gamboa